La corona de hielo

Terry Pratchett

Traducción: Manuel Viciano

Ilustraciones: Paul Kidby

# IMAGE

Un glosario feegle, adaptado

para lectores de disposición delicada

(Obra inacabada de la señorita Perspicacia Lento)

Aliviar tu/mi/su malandanza: afrontar el destino que tú/yo/él/ella tiene reservado.

Arpía: una bruja, sea de la edad que sea.

Arpía de arpías: una bruja muy importante.

Arpiar/arpiadas: cualquier cosa que haga una bruja.

Babayu: persona inútil.

Cagadoiro: el excusado.

Destrueñar: estar desesperado. Por ejemplo: «Me destrueño por una taza de té».

Güeyus: Ojos.

Empreñar: preocupar, molestar.

Escondos: secretos.

Espog: saquito de cuero que los feegles llevan en la parte delantera de su cinturón para guardar objetos valiosos, comida dejada para más tarde, insectos interesantes, ramitas con forma útil, mugre de la suerte, etcétera. No es buena idea hurgar en un espog.

Fai moito: hace mucho tiempo.

Gonnagle: bardo del clan, versado en instrumentos musicales, poemas, relatos y canciones.

Grandullones: seres humanos.

Gran hombre: jefe del clan (normalmente, el marido de la kelda).

Intriguero: persona desagradable.

Kelda: la líder femenina del clan y, con el tiempo, la madre de casi todos sus miembros. Los bebés feegle son muy pequeños, y una kelda dará a luz a centenares de ellos a lo largo de su vida.

Lamentu: expresión general de desesperación.

Linimento especial para ovejas: probablemente whisky de destilería clandestina, me temo. Nadie sabe qué efectos tendría en una oveja, pero se dice que una gota es beneficiosa para los pastores en las frías noches de invierno y para los feegles en cualquier momento que les apetezca. No intenten hacerlo en sus casas.

Mamalón: ver «Babayu».

Melindrero: misterioso, extraño. A veces también significa «oblongo», por algún motivo.

Mochuelo: un compromiso muy importante, respaldado por la tradición y la magia. No confundir con el ave.

Pámpano: persona desagradable en términos generales.

Papaberzas: persona realmente desagradable.

¡Pardiez!: exclamación de sentido general, que puede significar cualquier cosa desde «¡Madre mía!» hasta «Acabo de perder los estribos y aquí va a haber jaleo».

Pelleja: mujer anciana.

Tochuras: tonterías, cosas sin sentido.

Topetiño: persona débil.

Trompo: me han asegurado que significa «cansado».

Último Mundo: los feegles creen que están muertos. Argumentan que este mundo es tan maravilloso que deben de haber sido buenísimos en su vida anterior, y por eso al morir terminaron en este lugar. Cuando parecen morir aquí, lo que ocurre es simplemente que regresan al Último Mundo, que consideran bastante aburrido.

Vaporiño: solo se encuentran en los montículos feegle de las montañas, donde existe la suficiente agua para bañarse con regularidad. Es una especie de sauna. Los feegles de la Caliza suelen confiar en el hecho de que solo pueden acumular cierta cantidad de suciedad antes de que empiece a desprenderse por iniciativa propia.

Vejiñas: cosas lanudas que comen hierba y dicen «bee». No confundirlas con señoras mayores.

# 

# IMAGE

Cuando llegó la tormenta, cayó sobre las colinas como un martillazo. Ningún cielo debería poder sostener tanta nieve como aquella y, dado que ningún cielo podía, la nieve cayó; cayó creando una muralla de blanco.

Se había formado una pequeña colina de nieve allí donde, pocas horas antes, había habido unos espinos agrupados sobre un antiguo túmulo funerario. El año anterior por aquellas fechas habían salido unas prímulas tempranas, pero ahora todo era nieve.

Parte de ella se movió. Un terrón de nieve del tamaño de una manzana se elevó, envuelto en humo. Una mano que no era más grande que una pata de conejo hizo aspavientos para dispersarlo.

Una cara azul muy pequeña pero muy enfadada, con el terrón de nieve aún equilibrado sobre la cabeza, escrutó el repentino páramo blanco.

—¡Aj, pardiez! —refunfuñó—. Pero ¿vosotrus visteis esto? ¡Es cosa del Forjador de Inviernu! ¡Ese pámpano non parará hasta que sálgase con la suya!

Asomaron otros terrones de nieve. Más cabezas contemplaron el paisaje.

—¡Oh, lamentu, lamentu, lamentu! —exclamó una de ellas—. ¡Volvió a encontrar a la arpiíña grandullona!

La primera cabeza se volvió hacia esta última y añadió:

—¿Wullie Chiflado?

—¿Sí, Rob?

—¿Non díjete que dejaras estar ya todu ese asunto del lamentu?

—Sí, Rob, dijístemelo —respondió la cabeza a la que se habían dirigido como Wullie Chiflado.

—¿Y por qué acabas de hacerlu?

—Perdona, Rob. Es que escapóseme.

—Es muy desmoralizante.

—Perdona, Rob.

Rob Cualquiera suspiró.

—Pero témome que tienes razón, Wullie. Vino a por la arpiíña grandullona, y tantu que sí. ¿Quién hay echándole un ojo abaju en la granja?

—Pincho Pequeño Peligroso, Rob.

Rob alzó la mirada hacia unas nubes tan cargadas de nieve que se combaban por el centro.

—Muy ben —dijo, y volvió a suspirar—. Llegó el momentu del Héroe.

Se hundió en el suelo, dejando el tapón de nieve encajado en su sitio, y resbaló hasta llegar al corazón del montículo feegle.

Era bastante espacioso. Un ser humano podría caber de pie en el centro, pero entonces no tendría más remedio que doblarse sobre sí mismo por las toses, ya que el centro era donde estaba el agujero para que saliera el humo.

En la pared interior había hileras de galerías, y todas ellas estaban atestadas de feegles. En general siempre había mucho ajetreo en aquel lugar, pero ahora estaba tan silencioso que asustaba.

Rob Cualquiera se acercó a la hoguera, junto a la que le esperaba su esposa, Jeannie. Mantenía una postura erguida y orgullosa, como correspondía a una kelda, pero cuando Rob se acercó tuvo la impresión de que Jeannie había estado llorando. Le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Buenu, supongu que ya sabéis qué está pasando —dijo al público azul y rojizo que le miraba desde las galerías—. Esto non es una tormenta normal. El Forjador de Inviernu encontró a la arpiíña grandullona. ¡Eh, eh, non alborotarse! —Esperó a que remitieran los gritos y el agitar de espadas y siguió diciendo—: ¡Non podemus luchar en su lugar contra el Forjador! ¡Ese es su camino! ¡Non podémoslo recorrer por ella! ¡Pero la arpía de arpías púsonos en otru camino! ¡Es oscuru y peligroso! —La multitud vitoreó. Aquella idea sí que gustaba a los feegles, al menos—. ¡Pues esu! —gritó Rob, satisfecho—. ¡Marcho a recoger al Héroe!

Aquello provocó sonoras carcajadas, y Yan Grande, el feegle más alto de todos, añadió:

—¡Es muy prontu! ¡Solo dionos tiempo de darle un par de lecciones de heroísmo! ¡Aún está demasiadu verderol para servir de nada!

—Será un Héroe para la arpiíña grandullona y non háblese más —zanjó Rob—. Y agora, ¡todus fuera, tropa! ¡A la cantera de caliza! ¡Excavadme un senderu al Inframundo!

Tenía que ser el Forjador de Invierno, pensó Tiffany Dolorido, de pie frente a su padre en la gélida granja. Podía sentir su presencia ahí fuera. Aquel tiempo no sería normal ni siquiera en pleno invierno, y ya había pasado la época del frío. Era un desafío. O tal vez solo un juego. Costaba saberlo a ciencia cierta, con el Forjador.

Pero no puede ser un juego porque las ovejas se mueren. Tengo solo trece años, y mi padre y otros muchos hombres que son mayores que yo quieren que haga algo. Y no puedo. El Forjador de Invierno ha vuelto a encontrarme. Ha llegado hasta aquí, y soy demasiado débil.

Sería más fácil si intentaran obligarme, pero no: están suplicándome. Mi padre tiene la cara descompuesta de preocupación y está suplicándome. Mi padre está suplicándome.

Oh, no, ahora se quita el sombrero. ¡Se quita el sombrero para hablar conmigo!

Creen que puedo hacer fluir la magia con solo chasquear los dedos. Por otra parte, si no soy capaz de ayudarles en esto, ¿de qué sirvo entonces? No puedo decirles que tengo miedo. A las brujas no se nos permite tener miedo.

Y todo es culpa mía. Esto lo empecé yo, y nadie más que yo. Debo ponerle fin.

El señor Dolorido carraspeó.

—Y… hum, si pudieras… eh… ¿hacerla desaparecer por arte de magia, o algo? ¿Lo harías por nosotros?

En la sala no había más color que el gris, porque la luz de las ventanas llegaba a través de una capa de nieve. Nadie había perdido el tiempo quitando aquel horror blanco de las casas. Cualquier persona capaz de levantar una pala hacía falta en otro sitio, y seguían sin ser suficientes. Casi todo el pueblo había pasado la noche en vela haciendo pasear a los añojos y tratando de proteger a los corderos recién nacidos… en la oscuridad, entre la nieve…

La nieve de Tiffany. El mensaje iba dirigido a ella. Era un desafío. Una convocatoria.

—Muy bien —accedió Tiffany—. Haré lo que pueda.

—Buena chica —dijo su padre aliviado.

No, de buena chica nada, pensó Tiffany. Todo esto lo he traído yo conmigo.

—Tenéis que encender una buena hoguera arriba, donde los cobertizos —añadió en voz alta—. Cuando digo buena me refiero a grande de verdad, ¿entendido? Echadle todo lo que arda, y tenéis que impedir que se apague. Lo intentará, pero debe seguir ardiendo. Vosotros dadle más combustible, pase lo que pase. ¡El fuego no debe apagarse!

Se aseguró de que el «no» sonara fuerte y aterrador. No quería que la gente se distrajera. Se puso la pesada capa marrón de lana que le había hecho la señorita Traición y agarró el sombrero negro puntiagudo de detrás de la puerta de la granja. Hubo una especie de gruñido comunal por parte de los hombres apretujados en la cocina, y algunos de ellos retrocedieron. Ahora queremos una bruja, ahora necesitamos una bruja, pero… ahora retrocedemos también.

Esa era la magia del sombrero puntiagudo. Era lo que la señorita Traición llamaba «boffo».

Tiffany Dolorido salió al estrecho pasillo excavado en la nieve que se había amontonado en el patio, cuyo espesor ya era el doble que la altura de un hombre. Por lo menos, las paredes la protegían de lo peor del vendaval, que estaba hecho de cuchillos.

Habían despejado un camino hasta el redil, pero había sido muy a duras penas. Cuando hay cinco metros de nieve por todas partes, ¿cómo se despeja? ¿Hacia dónde se despeja?

Esperó junto al cobertizo de la carreta mientras los hombres hendían y rastrillaban los ventisqueros. A aquellas alturas ya no podían ni con su alma; llevaban horas cavando.

Lo importante era…

Pero había muchas cosas importantes. Era importante aparentar calma y confianza, era importante mantener la mente lúcida, era importante que no se le notara lo a punto que estaba de mearse de miedo…

Extendió un brazo, atrapó un copo de nieve y lo estudió con atención. No era de los normales, claro que no. Era uno de aquellos copos especiales que hacía él. Qué mala baba. Estaba burlándose de ella. Ahora sí que podía odiarle. Nunca antes había podido. Pero en esta ocasión estaba matando a los corderos.

Tuvo un escalofrío y se arrebujó con la capa.

—Elijo hacer esto —graznó mientras su aliento dejaba nubecitas en el aire. Carraspeó y volvió a empezar—. Elijo hacer esto. Si hay un precio, elijo pagarlo. Si el precio es mi muerte, entonces elijo morir. Allá donde esto me lleve, allá elijo ir. Yo elijo. Yo elijo hacer esto.

No era un hechizo, salvo en su propia mente, pero si no podías hacer que los hechizos funcionasen en tu propia mente, no podías hacerlos funcionar en absoluto.

Tiffany se ciñó la capa para protegerse del viento cortante y observó sin prestar mucha atención cómo los hombres traían paja y madera. El fuego tardó en prender, como si le diera miedo mostrar entusiasmo.

Lo había hecho otras veces, ¿verdad? Docenas de veces. El truco no era tan complicado cuando le cogía el tranquillo, pero en las anteriores ocasiones había tenido tiempo de poner la mente como debía estar y, aunque no fuera así, nunca lo había practicado con nada mayor que un fuego de cocina para calentarse los pies. En teoría, debería ser igual de fácil con una gran hoguera y un campo nevado, ¿verdad?

¿Verdad?

El fuego empezó a avivarse. Su padre le puso una mano en el hombro. Tiffany se sobresaltó; había olvidado lo sigiloso que podía ser.

—¿Qué ha sido todo eso de elegir? —preguntó.

Tiffany también había olvidado el buen oído que tenía.

—Es… cosa de brujas —respondió procurando no mirarle a la cara—. Es para que si esto… no funciona, la culpa no sea de nadie más que mía. —Y de verdad es culpa mía, añadió para sí misma. No es justo, pero nadie ha dicho que debiera serlo.

La mano de su padre le agarró la barbilla y le giró suavemente la cabeza. Qué manos tan suaves tiene, pensó Tiffany. Son unas manazas de hombretón, pero sedosas como las de un bebé por la grasa del vellón de oveja.

—No tendríamos que habértelo pedido, ¿verdad? —dijo.

Pues claro que teníais que pedírmelo, pensó Tiffany. Los corderos se mueren bajo la espantosa nevada. Y yo tendría que haberme negado porque aún no soy lo bastante buena. ¡Pero los corderos se mueren bajo la espantosa nevada!

Nacerán más corderos, añadieron sus Segundos Pensamientos.

Pero estos no son esos otros corderos, ¿a que no? Los corderos que se mueren son estos, aquí y ahora. Y se mueren porque yo hice caso a mis pies y me atreví a bailar con el Forjador de Invierno.

—Puedo hacerlo —respondió.

Su padre le sostuvo la barbilla y la miró a los ojos.

—¿Estás segura, jiggit? —preguntó. Era el apodo que había puesto a Tiffany su abuela, la abuela Dolorido, que nunca había perdido un solo cordero en una espantosa nevada. Su padre jamás la había llamado así. ¿Por qué le habría venido a la mente ahora?

—¡Sí! —Le apartó la mano y rehuyó su mirada para no echarse a llorar.

—Hay una cosa que… no le he contado a tu madre —dijo su padre despacio, como si las palabras requiriesen un enorme cuidado—. No encuentro a tu hermano. Creo que ha salido a ayudar. Pert Estafa lo ha visto por ahí con su palita. Hum… seguro que no le ha pasado nada, pero… mira a ver si lo ves, ¿quieres? Lleva el abrigo rojo.

Ver su cara inexpresiva destrozaba el alma. El pequeño Wentworth, de casi siete años, siempre corriendo detrás de los hombres, siempre deseando ser uno de ellos, siempre intentando ayudar… Qué fácil sería pasar por alto un cuerpo tan pequeño… La nieve seguía cayendo con fuerza. Los copos, horriblemente incorrectos, pintaban de blanco los hombros de su padre. Son esos detalles los que se recuerdan cuando desaparece el fondo del mundo y empieza la caída…

Aquello no solo era injusto, sino también… cruel.

¡Recuerda el sombrero que llevas! ¡Recuerda el trabajo que tienes delante! ¡Equilibrio! Todo está en el equilibrio. Mantén el equilibrio en el centro, mantén el equilibrio…

Tiffany extendió sus manos entumecidas hacia el fuego, para extraerle el calor.

—Recuerda, no dejéis que se apague la hoguera —dijo.

—He mandado a hombres a coger leña de todas partes —respondió su padre—. Les he pedido que se trajeran también todo el carbón de la forja. ¡No se quedará sin combustible, te lo prometo!

La llama danzó y se curvó hacia las manos de Tiffany. El truco estaba, el truco… estaba en plegar el calor en algún lugar cercano, llevarlo contigo y… equilibrar. ¡Olvida lo demás!

—Iré conti… —empezó a decir su padre.

—¡No! ¡Vigila el fuego! —gritó Tiffany demasiado alto, frenética de miedo—. ¡Harás lo que te digo!

¡Hoy no soy tu hija!, chilló su mente. ¡Hoy soy tu bruja! ¡Seré yo quien te proteja a ti!

Se volvió antes de que su padre le viera la cara y corrió entre los copos de nieve, por el sendero que habían excavado hasta el cercado de abajo. La nieve estaba apisonada y formaba un camino lleno de baches y montículos, resbaladizo por los copos recién caídos. Los hombres de las palas, agotados, se apretaron contra los bancos de nieve de ambos lados para abrirle paso.

Llegó a una zona más amplia donde otros pastores excavaban en la pared de nieve, que iba cayendo apilada en torno a ellos.

—¡Basta! ¡Volved! —gritó su voz, y su mente sollozaba.

Los hombres obedecieron enseguida. La boca que les había dado la orden llevaba puesto un sombrero puntiagudo. Con eso no se discutía.

Recuerda el calor, el calor, recuerda el calor, equilibrio, equilibrio…

Lo que estaba haciendo venía de los mismísimos huesos de la brujería. Sin juguetes, sin varitas, sin boffo, sin cabezología, sin trucos. Lo único que importaba era lo buena que se fuese.

Pero a veces había que engañarse a una misma. Tiffany no era ni la Dama del Verano ni Yaya Ceravieja. Necesitaba darse toda la ayuda posible.

Sacó el pequeño caballo de plata del bolsillo. Estaba grasiento y manchado, y había querido limpiarlo, pero no había tenido tiempo, nada de tiempo…

Como un caballero poniéndose el yelmo, Tiffany cerró la cadenita de plata alrededor de su cuello.

Tendría que haber practicado más. Tendría que haber hecho caso a la gente. Tendría que haberse hecho caso a sí misma.

Respiró hondo y extendió los brazos con las palmas hacia arriba. Una cicatriz blanca resplandeció en su mano derecha.

—Trueno en mi mano derecha —dijo—. Relámpago en mi mano izquierda. Fuego a mis espaldas. Hielo delante de mí.

Avanzó hasta que estuvo solo a unos centímetros del banco de nieve. Ya empezaba a notar su frialdad arrancándole el calor. Bueno, pues que así sea. Inspiró profundamente unas cuantas veces. Yo elijo hacer esto…

—Hielo a fuego —susurró.

En el patio, las llamas se volvieron blancas y rugieron como en un horno.

La muralla de nieve chisporroteó antes de estallar en vapor, haciendo saltar trozos sólidos por los aires. Tiffany avanzó poco a poco. La nieve se apartaba de sus manos como una neblina del amanecer. Se fundía en el calor de ella, dejando un túnel en el profundo ventisquero, huyendo de ella, arremolinándose a su alrededor en jirones de niebla fría.

¡Sí! Sonrió con desesperación. Era cierto. Si se tenía el centro perfecto, si se ponía la mente como debía estar, era posible equilibrarlo. En el centro de un balancín hay un lugar que nunca se mueve…

Sus botas chapotearon en agua tibia. Pisó hierba fresca bajo la nieve porque la terrible tormenta había llegado muy avanzado el año. Siguió andando en dirección al lugar donde estaban sepultadas las parideras.

Su padre miró el fuego fijamente. Ardía al blanco vivo, igual que un horno, devorando la madera como si lo azuzase una ventolera. Estaba consumiéndose, desmoronándose en un montón de cenizas delante de sus narices.

El agua pasaba a chorro alrededor de las botas de Tiffany.

¡Bien! ¡Pero no pienses en ello! ¡Mantén el equilibrio! ¡Más calor! ¡Hielo a fuego!

Oyó un balido.

Las ovejas podían sobrevivir bajo la nieve, al menos un tiempo. Sin embargo, como solía decir la abuela Dolorido, cuando los dioses crearon a las ovejas debieron de dejarse los cerebros en el otro abrigo. Si montaban en pánico, y las ovejas siempre vivían a punto de montar en pánico, podían pisotear a sus propios retoños.

Aparecieron hembras y corderos, perplejos y emanando vapor mientras la nieve que tenían alrededor iba fundiéndose, como esculpiéndolos.

Tiffany siguió adelante, sin dejar de mirar al frente, apenas consciente de los gritos exaltados que daban los hombres detrás de ella. Estaban siguiéndola, sacando a las ovejas de la nieve, acunando a los corderos…

Su padre gritó a los otros hombres. Había algunos dando hachazos a una carreta de granja y tirando la madera a las llamas, que seguían ardiendo al blanco vivo. Otros arrastraban muebles desde la casa. Ruedas, mesas, balas de paja, sillas… el fuego lo aceptaba todo, lo engullía y bramaba pidiendo más. Y no había nada más.

No hay abrigo rojo. ¡No hay abrigo rojo! Equilibra, equilibra. Tiffany siguió vadeando, dejando agua y ovejas atrás. El techo del túnel se derrumbó en forma de blanda y resbaladiza nieve semiderretida. No le hizo caso. Por el hueco cayeron copos nuevos, que hirvieron sobre su cabeza. Tampoco les hizo caso. Y luego, delante de ella… un atisbo de rojo.

¡Hielo a fuego! La nieve huyó ante su avance, y ahí estaba su hermano. Tiffany lo levantó, se lo pegó al cuerpo, envió algo de su calor hacia él, notó que se estremecía y susurró:

—¡Pesaba veinte kilos al menos! ¡Veinte kilos al menos!

El niño tosió y abrió los ojos. Tiffany, con lágrimas cayendo por sus mejillas como nieve derretida, corrió hacia un pastor y le puso al niño en brazos.

—Llévalo con su madre. ¡Ahora mismo!

El hombre agarró al niño y corrió, asustado por su ferocidad. ¡Hoy era su bruja!

Tiffany dio media vuelta. Había más corderos que salvar.

El abrigo de su padre cayó sobre las llamas hambrientas, brilló un instante y se deshizo en cenizas grises. Los otros hombres ya se esperaban lo que iba a hacer y le agarraron antes de que pudiera arrojarse tras su abrigo; lo alejaron del fuego, entre patadas y gritos.

Los pedernales se habían derretido como la manteca. Chisporrotearon durante un momento y entonces se helaron.

El fuego se apagó.

Tiffany Dolorido levantó la mirada y se encontró con los ojos del Forjador de Invierno.

Y en el tejado del cobertizo de la carreta, la vocecilla que pertenecía a Pincho Pequeño Peligroso dijo:

—¡Aj, pardiez!

Todo esto aún no ha sucedido. Podría no suceder en absoluto. El futuro siempre es un poco bamboleante. Cualquier detalle, como la trayectoria de un copo de nieve o que se caiga al suelo la cuchara equivocada, puede mandarlo de una patada por un camino nuevo. O tal vez no.

Todo empezó el otoño anterior, el día en que ocurrió lo de la gatita…

# IMAGE

Aquí está Tiffany Dolorido, montada en una escoba por entre los bosques de la montaña, a más de ciento cincuenta kilómetros de su casa. Es una escoba muy vieja, y Tiffany la hace volar a ras de tierra. Lleva otras dos escobas más pequeñas clavadas en la parte de atrás a modo de ruedecitas de aprendizaje, para evitar que vuelque. Pertenece, apropiadamente, a una bruja muy anciana conocida como la señorita Traición, que a sus ciento trece años vuela aún peor que Tiffany.

Tiffany es ciento y pico años menor que la bruja, más alta de lo que era incluso hace un mes y menos segura de nada en absoluto de lo que estaba un año atrás.

Está entrenando para ser bruja. Las brujas suelen vestir de negro pero, por lo que Tiffany tenía entendido, el único motivo de que vistieran de negro es que así lo habían hecho siempre. No le pareció una razón bastante buena, así que ella solía llevar ropa de color azul o verde. No se reía con desprecio de las ostentaciones porque nunca las había visto.

Pero del sombrero puntiagudo no había forma de librarse. Un sombrero puntiagudo no tenía nada mágico, excepto que decía que la mujer de debajo era una bruja. La gente prestaba atención a los sombreros puntiagudos.

Aun así, era difícil ser bruja en el pueblo que la había visto crecer. Era difícil ser la bruja de personas que la conocían como «la chica de Joe Dolorido» y la habían visto corretear por ahí en camiseta interior cuando tenía dos años.

Salir del pueblo había ayudado. La gran mayoría de los conocidos de Tiffany nunca se habían alejado más de quince kilómetros de su punto de nacimiento, así que, si alguien visitaba misteriosos lugares extranjeros, se le pegaba una pizca del misterio. Al regresar, era un poco distinta a ellos. Una bruja necesitaba ser distinta.

La brujería estaba resultando ser sobre todo un trabajo duro, con muy poca magia de la variedad «¡zap!-clin-clin-clin». No existía ninguna escuela, ni nada que fuese exactamente una lección formal. Pero no era recomendable intentar aprender brujería por una misma, y mucho menos si se tenía talento natural. Si entendía las cosas al revés, podía pasar de la ignorancia a las carcajadas histéricas en una semana…

En el fondo, todo se reducía a las carcajadas histéricas. Sin embargo, nadie hablaba nunca de ello. Las brujas decían cosas como: «Cuanto más vieja, más flaca y con más verrugas, mejor», pero jamás mencionaban las carcajadas histéricas. Al menos, no con todas las palabras. Pero estaban siempre en guardia por si las veían.

Era demasiado fácil volverse una carcajeadora. La mayoría de las brujas vivían solas (con gato optativo) y podían pasar semanas enteras sin ver siquiera a otra bruja. En los tiempos en que la gente las odiaba, solían acusarlas de hablar con sus gatos. Por supuesto que hablaban con sus gatos. Después de tres semanas sin tener una conversación inteligente que no trate de vacas, hablarían hasta con la pared. Y ese era un síntoma temprano del carcajeo.

El «carcajeo», para una bruja, no significaba solo soltar risotadas desagradables. Significaba que la mente se desanclaba. Significaba perder el control. Significaba que la soledad, el trabajo duro, la responsabilidad y los problemas ajenos iban volviéndola loca pasito a pasito, con movimientos tan pequeños que muchas veces ni se daba cuenta de darlos, y terminaba considerando normal dejar de lavarse y ponerse un hervidor en la cabeza. Significaba pensar que, como ella sabía más que cualquier otra persona del pueblo, era mejor que el resto. Significaba creer que lo correcto y lo incorrecto eran una materia negociable. Y, con el tiempo, significaba lo que las brujas llamaban «echarse a perder». Era muy mal camino. Al final de ese camino había ruecas envenenadas y casitas de mazapán.

Para evitarlo existía la costumbre de hacerse visitas entre ellas. Las brujas iban a verse unas a otras continuamente, a veces recorriendo grandes distancias para tomar una taza de té y un bollito. En parte lo hacían por el cotilleo, claro, porque a las brujas les encantan los chismorreos, sobre todo si son más emocionantes que veraces. Pero el motivo principal era echarse un ojo unas a las otras.

Aquel día Tiffany visitaba a Yaya Ceravieja, que en opinión de casi todas las brujas (incluyendo a la propia Yaya) era la más poderosa de las montañas. El proceso era siempre muy educado. Nadie llegaba y decía: «¿Qué, no nos hemos vuelto majaras?», ni: «¡Por supuesto que no! ¡Estoy perfecta de la molleja!». No hacía falta. Todas entendían en qué consistía aquello, así que hablaban de otras cosas. Pero Yaya Ceravieja podía ser dura de pelar cuando tenía el ánimo torcido.

Estaba sentada sin hacer ruido en su mecedora. Hay personas a quienes se les da bien hablar, pero a Yaya Ceravieja se le daba bien el silencio. Podía sentarse tan callada y quieta que se desvanecía. Los demás olvidaban que estaba allí. La habitación se quedaba vacía.

Aquello molestaba a la gente. Probablemente fuese la intención. Pero Tiffany también había aprendido el silencio de la abuela Dolorido, su verdadera abuela. Ahora estaba aprendiendo que, si alguien se volvía silencioso de verdad, podía acabar siendo casi invisible.

Yaya Ceravieja era una experta.

Tiffany lo llamaba el hechizo de «no estoy aquí», si es que era un hechizo. Había razonado que todo el mundo tenía algo en su interior que le decía al mundo que estaba allí. Por eso muchas veces podías notar si tenías a alguien detrás, aunque no hicieran absolutamente ningún ruido. Estabas recibiendo su señal de «¡estoy aquí!».

Había personas que la emitían con mucha fuerza. Eran los primeros a los que atendían en las tiendas. Yaya Ceravieja tenía una señal de «estoy aquí» que rebotaba contra las montañas cuando quería; si entraba en un bosque, todos los lobos y osos lo abandonaban por el extremo opuesto.

También podía apagarla.

Era lo que estaba haciendo ahora. Tiffany tuvo que concentrarse para verla. Casi toda su mente estaba diciéndole que allí no había nadie más que ella.

Bueno, pensó, creo que ya está bien. Carraspeó. De pronto, Yaya Ceravieja había estado allí todo el tiempo.

—La señorita Traición se encuentra muy bien —dijo Tiffany.

—Una gran mujer —afirmó Yaya—, ya lo creo que sí.

—Tiene sus cosillas —continuó Tiffany.

—Nadie es perfecto —añadió Yaya.

—Está probando con unos ojos nuevos —dijo Tiffany.

—Qué bien.

—Son un par de cuervos…

—Me alegro.

—Son mejores que el ratón que suele usar.

—Imagino que sí.

Aquello siguió durante un rato, hasta que Tiffany empezó a hartarse de hacer todo el trabajo. Al fin y al cabo, existía algo llamado educación elemental. Bueno, Tiffany sabía cómo remediarlo.

—La señora Carcoma ha escrito otro libro —dijo.

—Ya me he enterado —respondió Yaya. Las sombras de la sala tal vez se hicieran un poco más oscuras.

Muy bien, aquello explicaba el mal humor. Hasta pensar en la señora Carcoma hacía enfadar a Yaya. Para Yaya Ceravieja todo lo relacionado con la señora Carcoma estaba mal. Para empezar, no había nacido en la zona, lo que ya era casi un delito por derecho propio. Escribía libros, y Yaya Ceravieja no se fiaba de los libros. Y la señora Carcoma (pronunciado «Caj-coum», al menos por la señora Carcoma) creía en varitas relucientes y talismanes mágicos y runas místicas y en el poder de las estrellas, mientras Yaya Ceravieja creía en tazas de té, pastas secas, limpiarse con agua fría todas las mañanas y, en fin, sobre todo creía en Yaya Ceravieja.

La señora Carcoma era muy popular entre las brujas más jóvenes porque, si una practicaba la brujería a su manera, podía ponerse tantas joyas que le costaba trabajo andar. Yaya Ceravieja no era demasiado popular entre nadie…

… salvo cuando la necesitaban. Si la Muerte aguardaba junto a la cuna o el hacha resbalaba en los bosques y la sangre empapaba el musgo, enviaban a alguien corriendo hasta la fría y retorcida casita del claro. Cuando se agotaba la esperanza, era a Yaya Ceravieja a quien llamaban, porque era la mejor.

Y ella siempre acudía. Siempre. Pero ¿era popular? No. Necesitar no es lo mismo que apreciar. Yaya Ceravieja estaba para cuando las cosas se ponían serias.

Sin embargo, a Tiffany le caía bien, de alguna manera extraña. Creía que a Yaya Ceravieja también le caía bien ella. Permitía que Tiffany la llamase Yaya a la cara, cuando todas las demás brujas jóvenes tenían que dirigirse a ella como señora Ceravieja. A veces Tiffany pensaba que Yaya ponía a prueba a todo el que se mostrara amistoso con ella para ver cómo de amistosos se mantenían. Todo en Yaya Ceravieja era una prueba.

—El libro nuevo se llama Primeros vuelos en la brujería —dijo, observando atenta a la vieja bruja.

Yaya Ceravieja sonrió. Es decir, las comisuras de su boca se elevaron.

—¡Ja! —exclamó—. Lo he dicho muchas veces y volveré a decirlo: no se puede aprender a brujear de los libros. Letice Carcoma cree que te puedes hacer bruja yendo de compras. —Dedicó una mirada penetrante a Tiffany, como si estuviera tomando alguna decisión. Entonces añadió—: Y seguro que no sabe hacer esto.

Levantó su taza de té caliente, rodeándola con la mano. Entonces extendió su otra mano y cogió la de Tiffany.

—¿Lista? —preguntó Yaya.

—¿Para qu…? —empezó a decir Tiffany, y entonces notó que se le calentaba la mano. El calor se extendió brazo arriba, impregnándolo hasta el hueso.

—¿Lo notas?

—¡Sí!

El calor desapareció. Y Yaya Ceravieja, sin dejar de mirar la cara de Tiffany, puso la taza boca abajo.

El té cayó en un solo bloque sólido. Estaba congelado.

Tiffany era lo bastante mayor para no decir: «¿Cómo lo has hecho?». Yaya Ceravieja no contestaba las preguntas tontas ni, ya puestos, demasiadas preguntas en general.

—Has movido el calor —dijo Tiffany—. Has sacado el calor del té y me lo has pasado a través de ti, ¿verdad?

—Sí, pero a mí ni me ha tocado —replicó Yaya, triunfal—. Es todo cosa de equilibrio, ¿entiendes? El truco está en el equilibrio. Si mantienes el equilibrio… —Se detuvo—. ¿Alguna vez has montado en un balancín? Cuando un lado sube, el otro baja. Pero el trocito del centro, el que está justo en el centro, se queda donde está. La arribez y la abajez pasan a través de él. Da igual lo altos o bajos que estén los dos lados, en ese punto se mantiene el equilibrio. —Resopló—. La magia es casi toda mover cosas de un lado para el otro.

—¿Puedo aprender a hacerlo?

—Digo yo que sí. Difícil no es, si pones la mente como debe estar.

—¿Puedes enseñarme?

—Acabo de hacerlo. Te lo he mostrado.

—No, Yaya, solo me has enseñado cómo se hace, no… cómo se hace.

—Eso no puedo decírtelo. Yo sé cómo lo hago yo. Tú lo harás distinto. Solo hay que poner la mente como debe estar.

—¿Y eso cómo se hace?

—¡Yo qué sé! Es tu mente —gruñó Yaya—. Vuelve a poner el hervidor al fuego, ¿quieres? Se me ha enfriado el té.

Había algo casi malicioso en todo aquello, pero Yaya era así. Daba por hecho que, si alguien era capaz de aprender, lo resolvería por su cuenta. No tenía sentido poner las cosas fáciles a la gente. La vida no era fácil, decía siempre.

—Y veo que aún llevas esa baratija —añadió Yaya. No le gustaban las baratijas, palabra con la que designaba cualquier cosa metálica que llevara puesta una bruja y no sirviese para sostener, cerrar o abrochar. Esas cosas eran «ir de compras».

Tiffany tocó el caballito de plata que llevaba al cuello. Era pequeño y simple, y significaba mucho para ella.

—Sí —respondió con calma—. Aún lo llevo.

—¿Qué llevas en esa cesta? —preguntó entonces Yaya, lo que era una grosería casi inaudita. La cesta de Tiffany estaba sobre la mesa. Dentro había un regalo, por supuesto. Todo el mundo sabía que cuando se iba de visita se llevaba un pequeño detalle, pero se suponía que la persona visitada debía sorprenderse al recibirlo y decir cosas como: «Huy, no tendrías que haberte molestado».

—Te he traído una cosa —contestó Tiffany mientras ponía el gran hervidor negro al fuego.

—A mí no tienes por qué traerme regalos, te lo aseguro —replicó Yaya en tono severo.

—Ya, bueno —dijo Tiffany, y lo dejó ahí.

Oyó que, detrás de ella, la bruja estaba levantando la tapa de la cesta. Dentro había una gatita.

—Es hija de Rosita, la gata de la viuda Cable —dijo Tiffany, para llenar el silencio.

—No tendrías que haberte molestado —gruñó la voz de Yaya Ceravieja.

—No ha sido ninguna molestia. —Tiffany sonrió al fuego.

—Los gatos no me hacen gracia.

—Se ocupará de los ratones —replicó Tiffany, todavía de espaldas.

—No tengo ratones.

Porque aquí no hay nada que puedan comerse, pensó Tiffany. En voz alta, dijo:

—La señora Carcoma tiene seis gatos gordos y negros.

En la cesta, la gatita blanca estaría mirando a Yaya Ceravieja con la expresión triste y sorprendida que ponen todos los gatitos. Tú me pones a prueba a mí y yo te pongo a prueba a ti, pensó Tiffany.

—No sé qué voy a hacer con esto, de verdad que no. Tendrá que dormir en el cobertizo de las cabras —concluyó Yaya Ceravieja. La mayoría de las brujas tenían cabras.

La gatita se frotó contra las piernas de Yaya e hizo: «Miu».

Más tarde, cuando Tiffany se marchó, Yaya Ceravieja se despidió de ella en la puerta y se cuidó mucho de dejar fuera a la gatita antes de cerrarla.

Tiffany cruzó el claro del bosque hasta el sitio donde había atado la escoba de la señorita Traición.

Pero no montó en ella, todavía no. Retrocedió hasta detrás de un arbusto de acebo y se volvió silenciosa hasta que dejó de estar presente, hasta que todo en ella decía: no estoy aquí.

Todo el mundo podía entrever imágenes en el fuego y en las nubes. Solo había que darle la vuelta al proceso. Apagar el trocito de una misma que decía que estaba allí. Disolverse. Cualquiera que mirara a Tiffany la encontraría muy difícil de distinguir. Su cara se convirtió en un fragmento de hoja y sombra, su cuerpo en una parte de árbol y arbusto. La mente del observador rellenaría los huecos.

Con el aspecto de un matorral de acebo cualquiera, vigiló la puerta. Se había levantado un viento cálido pero preocupante, que arrancaba las hojas amarillas y rojas de los arces blancos y las enviaba revoloteando y zumbando por el claro. La gatita intentó derribarlas del aire a zarpazos y luego se quedó sentada, dando unos débiles maullidos tristes. En cualquier momento Yaya Ceravieja pensaría que Tiffany se había ido, abriría la puerta y…

—¿Te has olvidado alguna cosa? —dijo Yaya junto a su oreja.

Era el arbusto.

—Esto… de verdad que es una gatita muy buena. Había pensado que a lo mejor, ya sabes, con el tiempo te acababa gustando —respondió Tiffany, pero lo que pensaba era: Vale, corriendo podría haber llegado antes que yo, pero ¿por qué no la he visto? ¿Se puede correr y ocultarse al mismo tiempo?

—Por mí no te preocupes, chica. Anda, vuelve ahora mismo a casa de la señorita Traición y dale recuerdos de mi parte. Pero… —La voz de Yaya se suavizó un poco—. Hace un momento te has escondido muy bien. Hay muchos que no te habrían visto. ¡Caray, si yo apenas oía cómo te crece el pelo!

Cuando la escoba de Tiffany hubo partido del claro y Yaya Ceravieja se cercioró mediante algunas otras medidas de que se había marchado de verdad, volvió a entrar en casa, de nuevo cuidándose mucho de no fijarse en la gatita.

Al cabo de unos minutos la puerta se abrió un poco con un chirrido. Pudo haber sido por una ráfaga de aire. La gatita trotó al interior…

Todas las brujas son un poco raras. Tiffany se había acostumbrado a lo raro hasta el punto de que le parecía bastante normal. Estaba la señorita Cabal, por ejemplo, que tenía dos cuerpos, aunque uno de ellos era imaginario. La señorita Sehúnde, que criaba lombrices con pedigrí y les ponía nombre a todas, era… bueno, en realidad apenas era rara, solo algo peculiar, y además las lombrices tenían cierto interés básicamente poco interesante. También estaba la vieja madre Dismass, que sufría unos ataques de confusión temporal que pueden ser algo extraños cuando le suceden a una bruja: su boca no se movía al ritmo de las palabras, y a veces sus pasos bajaban por la escalera diez minutos antes que ella.

Pero en lo que respectaba a gente rara, la señorita Traición no solo se llevaba la palma, sino también los dátiles, la resina y cualquier arbusto que hubiese alrededor.

Por dónde empezar, si todo era raro de principio a fin…

La señorita Euménides Traición se había quedado ciega a los sesenta años. Para casi todo el mundo habría sido una desgracia, pero la señorita Traición estaba muy versada en el Préstamo, un talento particular de la brujería.

Podía utilizar los ojos de los animales, leer de sus mentes lo que veían.

Se había quedado sorda a los setenta y cinco, pero a aquellas alturas ya le había cogido el tranquillo y se limitó a aprovechar cualquier oreja que tuviera a mano.

Cuando Tiffany había llegado a su casa para instalarse, la señorita Traición empleaba a un ratón para ver y oír, porque la grajilla que tenía antes había muerto de vieja. Era un poco inquietante ver a una anciana recorrer la casa con paso firme y un ratón en la mano abierta, y muy inquietante decir algo y que girara el ratón para encararlo hacia la voz. Era increíble el repelús que podía dar un hociquito rosa meneándose de un lado a otro.

Los cuervos nuevos eran mucho mejores. Alguien de los pueblos de la zona había fabricado para la anciana un posadero que le encajaba sobre los hombros, para llevar un ave a cada lado, y el efecto que hacían con su cabello largo y blanco era muy… bueno, brujeril, aunque también algo cochino en la parte baja de su capa, hacia el final del día.

Luego estaba el reloj. Era muy pesado y estaba hecho de hierro oxidado por alguien que era más herrero que relojero, por lo que hacía clonc clanc en vez de tic tac. Lo llevaba sujeto al cinturón, y podía saber la hora tocando las manecillas pequeñas y gruesas.

Por los pueblos corría la historia de que la señorita Traición utilizaba aquel reloj como corazón desde que había muerto el suyo de verdad. Pero sobre la señorita Traición corrían muchas historias.

Había que tener una alta tolerancia a lo extraño para poder tratar con ella. La tradición dictaba que las brujas jóvenes viajaran y vivieran con brujas más mayores para aprender el oficio de varias expertas, a cambio de lo que la señorita Lento, buscadora de brujas, llamaba «una ayudita con las tareas» y en realidad significaba «ocuparse de todas las tareas». La mayoría de las jóvenes se marchaban de casa de la señorita Traición después de la primera noche. Tiffany, de momento, había aguantado tres meses.

Ah, y a veces, cuando buscaba un par de ojos por los que mirar, la señorita Traición se metía en los suyos. Era una sensación extraña e irritante, como tener a alguien invisible mirando por encima del hombro.

Sí… A lo mejor la señorita Traición no solo se llevaba la palma, los dátiles, la resina y los arbustos de alrededor, sino también los bancos del parque, el empedrado y el puesto ambulante de frutos secos.

La señorita Traición estaba tejiendo en su telar cuando entró Tiffany. Dos picos se volvieron hacia ella.

—Ah, niña —saludó la señorita Traición con voz débil y cascada—. Has tenido un buen día.

—Sí, señorita Traición —respondió Tiffany con docilidad.

—Has visto a la joven Ceravieja y se encuentra bien. —Clic clac, hizo el telar. Clonc clanc, hizo el reloj.

—Bastante bien —dijo Tiffany. La señorita Traición no hacía preguntas; se limitaba a dar las respuestas. «La joven Ceravieja», pensó Tiffany mientras empezaba a preparar la cena. Pero claro, la señorita Traición era muy vieja.

Y daba mucho miedo. Era un hecho. No había forma de negarlo. La señorita Traición no tenía la nariz aguileña ni le faltaba ningún diente, aunque los tuviese amarillos, pero aparte de eso era la clásica bruja malvada de libro de ilustraciones. Le crujían las rodillas al andar. Y andaba muy deprisa, ayudándose con sus dos bastones, correteando de un lado a otro como una gran araña. Esa era otra cosa rara: su casa estaba llena de telarañas, que Tiffany tenía órdenes de no tocar jamás, pero nunca se veía ni una sola araña.

Ah, y también estaba el asunto del negro, ahora que se acordaba. A la mayoría de las brujas les gustaba el negro, pero la señorita Traición tenía hasta cabras negras y pollos negros. Las paredes eran negras. El suelo era negro. Si se caía una tira de regaliz al suelo, podía darse por perdida para siempre. Y, para disgusto de Tiffany, la bruja insistía en que hiciera los quesos negros, es decir, cubiertos de brillante cera negra. Tiffany era una quesera excelente, y era cierto que la cera impedía que se secaran, pero los quesos negros no le daban ninguna confianza. Siempre tenían pinta de estar tramando algo.

Y no parecía que la señorita Traición necesitara dormir. Le daba bastante igual que fuese de noche o de día. Cuando los cuervos se iban a dormir, convocaba a un búho y tejía empleando la vista del ave nocturna. Decía que los búhos eran estupendos porque no se cansaban de girar la cabeza para seguir la lanzadera del telar. Clic clac, hacía el telar. Clonc clanc, respondía el reloj sin perder comba.

La señorita Traición, con su capa negra ondeando al viento, sus ojos vendados y sus canas revueltas…

La señorita Traición, con sus dos bastones, recorriendo la casa y el jardín en la noche oscura y helada, oliendo el recuerdo de las flores…

Cada bruja tenía algún talento particular, y el de la señorita Traición era impartir Justicia.

La gente llegaba desde kilómetros a la redonda para explicarle sus problemas:

«¡Yo sé que la vaca es mía, pero él dice que es suya!»

«¡Va diciendo a todos que el terreno es de ella, pero mi padre me lo dejó a mí!»

… y la señorita Traición se quedaba sentada frente a su telar que hacía «clic clac», dando la espalda a una sala llena de personas inquietas. El telar les preocupaba. Lo miraban como si les diera miedo, y los cuervos los observaban a ellos.

Exponían sus casos con balbuceos salpicados de «hums» y de «ehs», mientras el telar traqueteaba a la parpadeante luz de las velas. Ah, sí, las velas…

Los portavelas eran dos cráneos. Uno tenía tallada la palabra ENOCHI, y el otro, la palabra ATHOOTITA.

Significaban «CULPA» e «INOCENCIA». Tiffany habría deseado no saberlo. No había modo de que una chica criada en la Caliza lo supiera, porque las palabras estaban en otro idioma, que además era antiguo. Ella las conocía gracias al doctor Sensibilidad Bullicio, Dr. M. y Fil., Lic. L. Elem., profesor patricio de magia en la Universidad Invisible, que vivía en su cabeza.

Bueno, al menos una parte diminuta de él vivía en su cabeza.

Un par de veranos atrás, un colmenero se había apoderado de Tiffany; era una… cosa que llevaba millones de años coleccionando mentes. Tiffany había logrado expulsarlo de su cabeza, pero algunos fragmentos se le habían quedado enredados en el cerebro. Entre ellos estaba un minúsculo bulto de ego y una mezcolanza de recuerdos que eran todo lo que quedaba del difunto doctor Bullicio. No le daba muchos problemas, pero ahora, si miraba cualquier cosa escrita en otro idioma, podía leerla… o, más bien, oír en su mente la vocecilla aguda del doctor Bullicio traduciéndosela. (No parecía quedar nada más de él en su mente, pero Tiffany procuraba no desvestirse delante de ningún espejo).

Las velas habían dejado las calaveras llenas de goterones de cera, y a la gente se le iba la mirada hacia ellas durante todo el tiempo que pasaba en la sala.

Y entonces, cuando todas las palabras estaban dichas, el telar se detenía con el impacto de un silencio repentino y la señorita Traición se giraba con su silla grande y pesada, que tenía ruedecitas, retiraba la venda de sus ojos de color gris perla y decía:

—He oído. Ahora veré. Veré lo que es cierto.

Había gente que, llegado el momento en que les miraba a la luz de los cráneos, incluso echaba a correr. Aquellos ojos, que no podían distinguir las caras, de algún modo sí podían ver las mentes. Cuando la señorita Traición te clavaba la mirada en el alma, solo podías ser sincero o muy, muy tonto.

Por tanto, nadie discutía jamás con la señorita Traición.

A las brujas no se les permitía cobrar por emplear sus talentos, pero todo el que llegaba para que la señorita Traición dirimiera una disputa le traía un regalo: normalmente comida, pero a veces ropa usada limpia, si era negra, o un par de botas viejas si eran de su talla. Si el veredicto de la señorita Traición era en tu contra, era muy mala idea (o eso decían todos) pedirle que te devolviera el regalo, ya que suele sentar mal que te transformen en algo pequeño y pegajoso.

Se decía que quien mintiera a la señorita Traición sufriría una muerte horrible en menos de una semana. Se decía que los reyes y los príncipes iban a ver a la señorita Traición de noche, para dejarse aconsejar sobre importantes asuntos de estado. Se decía que tenía un gran montón de oro en el sótano, vigilado por un demonio con piel de fuego y tres cabezas, dispuesto a atacar a cualquiera que se acercara y comerse su nariz.

Tiffany sospechaba que al menos dos de esas creencias eran falsas. Sabía que la última lo era porque un día había bajado al sótano (con un cubo lleno de agua y un atizador, por si las moscas), y allí solo había montones de patatas y zanahorias. Y un ratón, observándola con atención.

Tiffany no estaba asustada, o al menos no mucho. Para empezar, a menos que al demonio se le diera bien disfrazarse de patata, era probable que no existiera. Y para terminar, aunque la señorita Traición parecía mala, sonaba a mala y olía como un armario que llevara mucho tiempo cerrado, no daba la sensación de ser mala.

Primera Vista y Segundos Pensamientos, eso era en lo que podía confiar una bruja: la Primera Vista para ver lo que estaba allí de verdad y los Segundos Pensamientos para vigilar a los Primeros Pensamientos y asegurarse de que pensaban bien. También estaban los Terceros Pensamientos, de los que Tiffany no había oído hablar nunca y por lo tanto mantenía en secreto; eran extraños, daban la impresión de pensar por sí mismos y no aparecían muy a menudo. Le decían que en la señorita Traición había gato encerrado.

Y entonces un día, mientras quitaba el polvo, Tiffany volcó la calavera llamada Enochi.

… y de pronto supo mucho más sobre la señorita Traición que lo que la bruja, con toda probabilidad, querría que nadie supiese.

Ese atardecer, mientras cenaban estofado (con judías negras), la señorita Traición dijo:

—Se está levantando viento. Tendremos que salir con tiempo. No me fío de ir en escoba sobre los árboles en una noche como esta. Podría haber criaturas extrañas.

—¿Salir? ¿Vamos a algún sitio? —preguntó Tiffany. Nunca salían por la tarde, que era por lo que siempre parecía que duraran un siglo.

—Ya lo creo que sí. Esta noche danzarán.

—¿Quiénes?

—Los cuervos no podrán ver y el búho se hará un lío —continuó la señorita Traición—. Tendré que utilizar tus ojos.

—¿Quién va a bailar, señorita Traición? —preguntó Tiffany. Le gustaba bailar, pero parecía que allí arriba era la única.

—No está lejos, pero va a haber tormenta.

Y eso fue todo; la señorita Traición no pensaba responderle. Pero sonaba interesante. Además, cualquier cosa que la señorita Traición considerase extraña sería digna de ver.

Por supuesto, también significaba que la señorita Traición se pondría el sombrero puntiagudo. A Tiffany no le gustaba nada esa parte. Tendría que plantarse delante de la señorita Traición y mirarla fijamente, y sentir ese hormigueo en los ojos mientras la anciana bruja la usaba como una especie de espejo.

El viento ya aullaba en los bosques como un animal grande y oscuro cuando terminaron de cenar. Cuando Tiffany abrió la puerta, se la arrancó de las manos y recorrió toda la habitación hasta que sacó un zumbido a los cordajes del telar.

—¿Está segura de esto, señorita Traición? —preguntó, mientras intentaba cerrar la puerta de un empujón.

—¡A mí no me digas eso! ¡No te atrevas a decírmelo! ¡La danza debe ser presenciada! ¡Jamás me he perdido la danza! —La señorita Traición parecía tensa y nerviosa—. ¡Debemos ir! Y tú debes vestirte de negro.

—Señorita Traición, ya sabe que nunca llevo ropa negra —dijo Tiffany.

—Esta es una noche de negro. Te pondrás mi segunda mejor capa.

Lo dijo con firmeza de bruja, como si no pudiera ni concebir que alguien le desobedeciera. Tenía ciento trece años. Había practicado mucho. Tiffany cedió.

No es que tenga nada contra el negro, pensó mientras iba a buscar la segunda mejor capa, pero es que no me pega en absoluto. Cuando la gente dice que las brujas van de negro, en realidad se refieren a que las ancianas van de negro. Y en todo caso, tampoco es que me dedique a vestirme de rosa ni nada por el estilo…

Después tuvo que envolver el reloj de la señorita Traición en retales de sábana, para que el clonc clanc se convirtiera en clonc clanc. Dejarlo en casa era impensable. La señorita Traición siempre tenía cerca el reloj.

Mientras Tiffany se preparaba, la anciana dio cuerda al reloj con un espantoso chirrido. Le daba cuerda a todas horas. A veces se paraba para hacerlo en pleno juicio, con la sala llena de gente horrorizada.

Aún no llovía, pero al salir encontraron el aire lleno de ramitas y hojas voladoras. La señorita Traición iba montada a asentadillas en la escoba, agarrada como si le fuera la vida en ello, mientras Tiffany caminaba delante y la remolcaba tirando de un cabo de cuerda de tender.

El cielo aún se veía rojizo por el ocaso y en lo alto la luna estaba casi llena, pero las nubes pasaban frente a ella como si algo las azuzara y llenaban los bosques de sombras móviles. Las ramas de los árboles entrechocaban, y Tiffany oyó el crujido y el estrépito de una cayendo al suelo, en algún lugar de la oscuridad.

—¿Vamos hacia los pueblos? —gritó Tiffany para hacerse oír sobre el ruido.

—¡No! ¡Coge el camino del bosque! —vociferó la señorita Traición.

¡Anda!, pensó Tiffany. ¿Esto será el famoso «bailar sin las calzas puestas» del que tanto he oído hablar? Bueno, en realidad no he oído hablar tanto porque en el momento en que alguien lo menciona otro alguien le dice que se calle, así que tampoco he oído mucho sobre el tema, pero no lo he oído de forma muy significativa.

Era algo que la gente creía que hacían las brujas, pero las brujas no creían hacerlo. Tiffany tuvo que reconocer que entendía el motivo. Ni siquiera en las noches más cálidas del verano hacía tanto calor, y siempre había que preocuparse por los erizos y los espinos. Además, era imposible imaginarse a alguien como Yaya Ceravieja bailando sin las… bueno, era imposible imaginarlo y punto, porque intentarlo hacía que te explotara la cabeza.

El viento remitió mientras Tiffany tomaba el sendero del bosque tirando de la flotante señorita Traición. Pero el viento había traído consigo el frío y se lo había dejado al marcharse. Tiffany se alegró de llevar la capa, aunque fuese negra.

Siguió andando con paso trabajoso, tomando los distintos desvíos que le indicaba la señorita Traición, hasta que vio la luz de una fogata entre los árboles en una pequeña depresión del terreno.

—Para aquí y ayúdame a bajar, niña —dijo la vieja bruja—. Y escúchame con atención. Hay reglas. Primera, no hablar; segunda, mirar solo a los bailarines; tercera, no moverse hasta que termine la danza. ¡Que no tenga que decírtelo dos veces!

—Sí, señorita Traición. Aquí arriba hace mucho frío.

—Y más que hará.

Se encaminaron hacia el brillo lejano. ¿De qué sirve un baile que solo se puede mirar?, se preguntó Tiffany. No tenía pinta de ser muy divertido.

—No se hace por diversión —dijo la señorita Traición.

Unas sombras cruzaron la luz de la hoguera y Tiffany oyó voces de hombre. Entonces, mientras llegaban al borde de la cuesta descendente, alguien echó agua al fuego.

Hubo un siseo, y entre los árboles ascendió una nube de humo y vapor. Sucedió muy deprisa y terminó antes de que diera tiempo a sorprenderse del todo. Lo único que había parecido vivo en aquel lugar acababa de morir.

Las hojas secas crujieron bajo sus pies. La luna, en un cielo que ahora estaba despejado por completo, pintaba formas plateadas en el suelo del bosque.

Tiffany tardó un tiempo en darse cuenta de que había seis hombres de pie en el centro del claro. Debían de ir vestidos de negro; en contraste con la luz de luna, parecían agujeros con forma de hombre abiertos hacia la nada. Habían formado en dos hileras de tres, una frente a la otra, pero estaban tan quietos que al cabo de un rato Tiffany se preguntó si no serían imaginaciones suyas.

Se oyó un ritmo de tambor: pum… pum… pum.

Se mantuvo durante medio minuto, más o menos, y cesó. Pero en el silencio del frío bosque el ritmo continuó dentro de la mente de Tiffany, y tal vez no fuera la única mente en la que retumbaba, porque los hombres seguían llevando el compás con leves asentimientos de cabeza.

Arrancaron a bailar.

No había más sonido que el de sus botas contra el suelo, mientras las sombras con forma de hombre se entrelazaban. Pero entonces Tiffany, con la cabeza llena del tambor silencioso, oyó otro ruido. Su pie había empezado a dar golpecitos por sí mismo.

Ya conocía aquel ritmo y había visto a hombres bailar del mismo modo. Pero había sido en tiempos más cálidos y a plena luz del día. Los hombres habían llevado campanillas en los trajes.

—¡Esto es un baile Morris! —dijo, no del todo en voz baja.

—¡Chist! —la cortó la señorita Traición.

—Pero no se hace…

—¡Guarda silencio!

Ruborizada y furiosa en la oscuridad, Tiffany apartó la mirada de los bailarines y la paseó desafiante por todo el claro. Había más sombras acercándose, humanas o al menos con forma humana, pero no acababa de distinguirlas, lo que probablemente fuese bueno.

Hacía cada vez más frío, de eso sí que estaba segura. La escarcha blanca se extendía crujiendo entre las hojas.

El ritmo continuó. Pero a Tiffany le dio la impresión de que ya no estaba solo, de que había recogido otros ritmos y también los ecos del interior de su cráneo.

La señorita Traición podía chistarla todo lo que le diera la gana. Aquello era un baile Morris. ¡Pero iba desacompasado!

La cuadrilla Morris siempre llegaba a su pueblo en algún momento del mes de mayo. No podía saberse el día exacto porque tenían que pasar por muchas localidades de la Caliza y cada una tenía una taberna que los ralentizaba.

Llevaban palos y vestían ropa blanca con campanillas cosidas, para evitar que dieran sustos a la gente. A nadie le gusta un bailarín Morris inesperado. Tiffany siempre los aguardaba con los otros niños a las afueras del pueblo y entraba bailando detrás de ellos.

Y entonces ellos danzaban en la plaza del pueblo al ritmo de un tambor, entrechocando sus palos en el aire, y después todos se iban a la taberna y llegaba el verano.

Tiffany nunca había acabado de entender cómo funcionaba eso último. Los bailarines danzaban y entonces llegaba el verano… eso era todo lo que parecía saber la gente. Su padre le había contado que un año no se presentaron los bailarines, y pasaron de una primavera fría y húmeda a un otoño gélido, con los meses intermedios llenos de neblinas, lluvia y escarcha en agosto.

Ahora el sonido de los tambores le inundó la cabeza y la mareó. Lo hacían mal, había algo equivocado…

Y entonces recordó al séptimo bailarín, al que llamaban el Bufón. Solía ser un hombre menudo que llevaba una chistera raída y trapos de colores brillantes cosidos a la ropa. No hacía gran cosa, solo pasearse sosteniendo la chistera y sonreír a la gente hasta que le echaban dinero para cerveza. Sin embargo, a veces soltaba el sombrero y se arrojaba entre los bailarines haciendo piruetas. Lo normal sería que se produjera un aparatoso choque de brazos y piernas, pero no ocurría nunca. Saltando y girando entre los hombres sudorosos, el Bufón siempre se las ingeniaba para estar donde no estaban los otros bailarines.

El mundo se movía alrededor de Tiffany. Pestañeó. Ahora los tambores de su cabeza sonaban como el trueno y uno de los ritmos era profundo como el océano. La señorita Traición había caído en el olvido, igual que la multitud extraña y misteriosa. Ya solo existía la propia danza.

Se enroscaba en el aire como un ser vivo. Pero en ella había un espacio vacío que se movía. Estaba exactamente donde se habría puesto ella, lo sabía. La señorita Traición se lo había prohibido, pero eso había sido hacía mucho tiempo y, además, ¿cómo iba a entenderlo ella? ¿Qué podía saber? ¿Cuánto tiempo llevaba sin bailar? La danza había llegado a los huesos de Tiffany y la llamaba. ¡Seis bailarines no eran suficientes!

Salió corriendo y se metió de un salto en el baile.

Los ojos de los bailarines la miraron furiosos mientras Tiffany daba saltitos y pasos de baile entre ellos, siempre en el lugar preciso que no ocupaban. Los tambores se habían apoderado de sus pies y los hacían caer donde los enviaba el ritmo.

Y entonces…

… allí hubo alguien más.

Fue como la sensación de tener a una persona detrás, pero también como la de tener a alguien delante, y al lado, y encima, y debajo, todo a la vez.

Los bailarines se quedaron petrificados, pero el mundo giró. Los hombres eran solo sombras negras, siluetas más oscuras en la oscuridad. Los ritmos se detuvieron y hubo un largo momento en el que Tiffany giró suave y silenciosamente, con los brazos extendidos, sin que sus pies tocaran el suelo, con la cara levantada hacia unas estrellas frías como el hielo y menudas como puntas de aguja. Fue una sensación… maravillosa.

Una voz dijo:

—¿Quién eres?

La pregunta llegó con eco, o tal vez la hubieran hecho dos personas casi al mismo tiempo.

El ritmo volvió de sopetón y seis hombres se estrellaron contra ella.

Pocas horas después, en la pequeña aldea de Tuerceperro, abajo en las llanuras, los vecinos tiraron a una bruja al río, con los brazos y las piernas atados entre sí.

Esa clase de cosas nunca sucedía en las montañas, donde se respetaba a las brujas, pero en el extenso llano siempre había gente lo bastante boba para creerse las peores historias. Además, por las tardes no había mucho más que hacer.

Sin embargo, no debía de ser muy frecuente que a la bruja le dieran una taza de té y galletitas antes del chapuzón.

Esa vez había ocurrido porque Tuerceperro era un pueblo que Respeta Las Normas.

En este caso, las normas venían en un libro titulado Magavenatio Obtusis.[[1]](#footnote-1)

Los lugareños no sabían de dónde habían sacado el libro. Apareció un día sin más, en la estantería de una tienda.

Sabían leer, por supuesto. Hace falta un mínimo de lectura y escritura para abrirse paso en el mundo, incluso en Tuerceperro. Pero allí no se fiaban mucho de los libros, ni de la clase de gente que los leía.

Este, sin embargo, era un libro que explicaba cómo ocuparse de las brujas. Además parecía bastante fidedigno y no tenía demasiadas palabras largas (y por tanto sospechosas) como «mermelada». Por fin, se dijeron unos a otros, tenemos lo que necesitábamos. En este libro pone cosas sensatas. Vale, no es lo que nos esperábamos, pero ¿os acordáis de aquella bruja del año pasado? ¿La que tiramos al río y luego intentamos quemar viva pero estaba empapada y salió corriendo? ¡Que no vuelva a pasarnos!

Prestaron especial atención al siguiente pasaje:

Es muy importante que después de capturar a una bruja no se le haga daño (¡todavía!). ¡No prenderle fuego bajo ningún concepto! Es un error que suelen cometer los principiantes. Lo único que se consigue así es ponerla furiosa y que regrese con más poder. Como todo el mundo sabe, la otra forma de librarse de una bruja es lanzarla a un río o laguna.

El mejor plan es el que sigue:

Encerrarla de inmediato para que pase la noche en una habitación moderadamente templada y darle tanta sopa como pida. La de zanahorias y lentejas está bien, pero para obtener el mejor efecto recomendamos la de puerros y patatas, hecha con un buen caldo de ternera. Se ha demostrado que tiene el efecto de mermar mucho sus poderes mágicos. No darle sopa de tomate, o se volverá muy poderosa.

Por si acaso, introducirle una moneda de plata en cada bota. No podrá sacarlas porque se le quemarían los dedos.

Proporcionarle buenas mantas y una almohada. Así caerá en la trampa y se echará a dormir. Cerrar la puerta con llave y asegurarse de que no entre nadie.

Aproximadamente una hora antes del amanecer, entrar en la habitación. Aquí cabría suponer que lo ideal es hacerlo irrumpiendo a grito pelado. NO HAY NADA MÁS LEJOS DE LA REALIDAD. Hay que pasar de puntillas, dejar una taza de té junto a la bruja dormida, regresar a la puerta con sigilo y entonces dar un carraspeo suave. Esto es muy importante. Si se la despierta de golpe, puede ponerse de lo más desagradable.

Algunos expertos recomiendan acompañar el té con galletas de chocolate, y otros que basta con las de jengibre. Si se aprecia la vida, es mejor no darle galletas sin nada, porque eso provoca que le salten chispas de las orejas. Cuando despierte, recitar la siguiente runa mística de poder que impide que se transforme en un enjambre de abejas y huya volando:

KÊPE NALÒT ONTOK ÊSOI

Cuando la bruja se haya acabado el té y las galletas, atarle las manos y los pies por delante con cuerda, usando un nudo de carraca, y arrojarla al agua. NOTA IMPORTANTE DE SEGURIDAD: Debe hacerse antes de que empiece a haber luz. ¡No quedarse a mirar!

Por supuesto, aquella vez hubo gente que se quedó. Lo que vieron fue que la bruja se hundía y no volvía a la superficie, mientras su siniestro sombrero puntiagudo se alejaba flotando. Entonces volvieron a sus casas para desayunar.

En aquel río concreto no pasó nada notable durante varios minutos. Después el sombrero puntiagudo empezó a moverse hacia una espesa mata de juncos. Al llegar, se detuvo y se elevó muy poco a poco. Un par de ojos miraron en todas las direcciones desde debajo del ala…

Cuando estuvo segura de que no había nadie cerca, la señorita Perspicacia Lento, profesora y buscadora de brujas, trepó ribera arriba con cautela y luego salió por piernas hasta llegar al bosque, en el preciso instante en que salía el sol. Había guardado una bolsa con un vestido y ropa interior limpia en una tejonera, junto a una caja de cerillas (nunca llevaba cerillas encima si había riesgo de que la atraparan, no fuese a dar ideas a la gente).

En fin, pensó mientras se secaba frente a una hoguera, podría haber ido peor. Menos mal que en esa aldea aún quedaba alguien que sabía leer, o las habría pasado canutas. A lo mejor fue buena idea imprimir el libro con letra grande.

De hecho, Caza de brujas para tontos estaba escrito por la señorita Lento, que se había preocupado de hacer llegar ejemplares a las zonas donde aún se creía que había que quemar o ahogar a las brujas.

Como últimamente no había más brujas que pudieran pasarse por allí aparte de la propia señorita Lento, el libro significaba que, en el peor de los casos, dormiría bajo techo y comería algo antes de que la echaran al río. El agua no suponía ningún problema para la señorita Lento, que se había educado en el Colegio de Quirm para Jóvenes Damas, donde las obligaban a bañarse cada mañana en agua helada para enseñarles a ser Mujeres De Bien. Y el nudo de carraca era muy fácil de deshacer con los dientes, hasta bajo el agua.

Ah, sí, pensó mientras escurría las botas, y ahora tengo dos monedas de plata de seis peniques. La gente de Tuerceperro se estaba volviendo muy, muy estúpida. Era lo que solía pasar a quienes se deshacían de sus brujas. Una bruja solo era alguien que sabía un poco más que el resto. Posiblemente era lo que significaba el nombre en un principio. Pero había gente a la que no le gustaba que nadie supiera más que ellos, así que los profesores itinerantes y los bibliotecarios nómadas ni se acercaban a aquel lugar desde hacía tiempo. Tal y como iba la cosa, si la aldea de Tuerceperro se empeñaba en apedrear a cualquiera que supiese más que ellos, no tardaría en apedrear a los cerdos.

El sitio estaba hecho un desastre. Por desgracia, había una niña de ocho años que prometía mucho, y la señorita Lento se pasaba de vez en cuando a ver cómo iba. Por supuesto, nunca se presentaba allí vestida de bruja porque, aunque le gustara darse un chapuzón bien frío por las mañanas, de todo se acababa cansando una. Llegaba disfrazada de humilde vendedora de manzanas o de adivina. (Las brujas no suelen dedicarse a la adivinación porque, si lo hicieran, se les daría demasiado bien. La gente no quiere que le digan lo que va a pasar de verdad, sino que todo irá bien. Pero las brujas no se andan con paños calientes).

La pena fue que, mientras la señorita Lento bajaba por la calle Mayor, el resorte de su sombrero de camuflaje había fallado y la punta se había extendido. Ni siquiera la señorita Lento pudo librarse de aquello a base de labia. Bueno, a partir de ahora tendría que ingeniárselas de otra manera. Encontrar brujas siempre era peligroso, pero debía hacerse. Una bruja que crecía sin otras alrededor siempre era una niña triste y peligrosa…

Se sobresaltó y clavó la mirada en el fuego. ¿Por qué acababa de venirle a la mente Tiffany Dolorido? ¿Por qué ahora?

Con movimientos rápidos, se vació los bolsillos y empezó a componer un batiburrillo.

Los batiburrillos funcionaban. Venía a ser lo único que podía decirse de ellos con certeza. Se hacían a partir de un cordel, un par de palitos y cualquier cosa que se llevara en los bolsillos a la hora de empezar. Eran el equivalente brujeril de las navajas con quince filos distintos, tres destornilladores, una lupa diminuta y un cachivache para sacar cera de las orejas a los pollos.

Ni siquiera se sabía con exactitud qué hacían los batiburrillos, aunque la señorita Lento pensaba que eran una forma de averiguar las cosas que, de algún modo, sabían las partes ocultas de la propia mente. Había que montarlos cada vez desde cero, y solo con las cosas que se llevaran en los bolsillos. Pero no había ninguna regla que prohibiera llevar siempre cosas interesantes en los bolsillos, por si acaso.

En menos de un minuto la señorita Lento había creado un batiburrillo a partir de:

Una regla de treinta centímetros

Un cordón de bota

Un trozo de cordel de segunda mano

Un poco de hilo negro

Un lápiz

Un sacapuntas

Una piedrecita con agujero

Una caja de cerillas que contenía un gusano de la harina llamado Roger y un mendrugo de pan para que comiera, porque en todos los batiburrillos tiene que haber algo vivo

Como medio paquete de grageas para la garganta de la señora Oropuro

Un botón

Se parecía a jugar a las cunitas, o tal vez a las cuerdas enredadas de una marioneta muy extraña.

La señorita Lento lo contempló, esperando a que el batiburrillo la leyera. Entonces la regla se balanceó, los caramelos para la garganta explotaron dejando nubecitas de polvo rojo, el lápiz salió disparado para clavarse en el sombrero de la señorita Lento y la regla se cubrió de escarcha.

No era lo que debía haber pasado.

La señorita Traición estaba sentada en el piso de abajo de su casa, viendo cómo dormía Tiffany en el dormitorio que le quedaba justo encima. La observaba por medio de un ratón, que montaba guardia en el somier de latón deslustrado. Al otro lado de las ventanas grises (la señorita Traición no se había preocupado de limpiarlas en cincuenta y tres años, y Tiffany no había podido con todas las capas de mugre), el viento aullaba entre los árboles, aunque solo era media tarde.

La está buscando, pensó mientras daba un trocito de queso viejo a otro ratón que tenía en el regazo. Pero no la encontrará. Aquí está a salvo.

Entonces el ratón levantó la mirada del queso. Había oído algo.

—¡Díjeoslo! ¡Está por aquí, compadres!

—Non comprendu por qué non podemos hablar con la vieja arpía y en paz. Con las arpías llevámonos ben.

—Puede ser, pero esta es un elementu de aúpa. Dícese que tiene un demoño terrible en el sótanu de las tatiñas.

La señorita Traición puso cara de perplejidad.

—¿Ellos? —susurró para sí misma. Las voces llegaban desde debajo del suelo. Envió al ratón correteando por los tablones y a través de un agujero.

—Non dígolo con ánimo de decepcionarte, pero agora mesmo estamos en un sótanu y está lleno de tatiñas.

Al cabo de un rato, una voz dijo:

—¿Dónde está, pues?

—¿Igual es su día libre?

—¿Para qué quiere días libres un demoño?

—Non sé, ¿para marchar de visita a casa de su madre?

—¿Ah, sí? Entonces, ¿los demoños tienen madre?

—¡Pardiez! ¡Dejad de discutir ya y chistad el boquerón! ¡Oiranos!

—Qué va, si dicen que está ciega como un murciélagu y sorda como una tapia.

Los ratones tienen muy buen oído. La señorita Traición sonrió mientras el ratón salía a toda prisa de la tosca pared de piedra del sótano, casi a ras del suelo.

Miró por sus ojos. El animal también veía bastante bien en la penumbra.

Había un grupito de hombres diminutos avanzando con cautela por el suelo. Tenían la piel azul, cubierta de tatuajes y polvo. Todos llevaban unos kilts mugrosos y espadas igual de largas que ellos sujetas a la espalda con correas. Y eran todos pelirrojos, con el pelo de un auténtico rojo anaranjado y recogido en coletas desastradas. Uno de ellos se había puesto un cráneo de conejo a modo de casco. Impresionaría más si no se le deslizara todo el rato y le tapara los ojos.

En la sala de encima, la señorita Traición volvió a sonreír. Conque habían oído hablar de ella, ¿eh? Pues no habían oído lo suficiente.

Mientras los cuatro hombrecillos se arrastraban subiendo por una vieja ratonera desde el sótano, pasaron frente a los puestos de guardia de otros dos ratones, tres escarabajos distintos y una polilla. Avanzaron de puntillas y con cuidado por el suelo, más allá de una vieja bruja que a todas luces estaba dormida… hasta que dio unas fuertes palmadas en los brazos de la silla y berreó:

—¡C’rallu! ¡Non creáis que non véoos, pequeñus intrigueros!

Los feegles reaccionaron con un pánico instantáneo, chocando entre ellos por la conmoción y el pavor.

—¡Non recuerdu decir que pudierais moverus! —gritó la señorita Traición, con una sonrisa aterradora.

—¡Oh, lamentu, lamentu, lamentu! ¡Tiene la sabienda de la hablamienda! —sollozó alguien.

—Sois de los Nac Mac Feegle, ¿verdad? Pero me da que non reconozcu las marcas de clan. Tranquilus, que non voy a refreíros. ¡Tú! ¿Cómo llámaste?

—Soy Rob Cualquiera, gran hombre del clan de la Colina de Caliza —dijo el del casco de cráneo de conejo—. Y…

—¿Ah, sí? ¿Gran hombre, dices que eres? ¡Entonces harasme la deferencia de quitarte ese gorru huesudo para hablar conmigu! —exclamó la señorita Traición, divirtiéndose como una loca—. ¡Y quiéroos ver ben rectos! ¡Nada de encorvarse en esta casa! —Al instante, los cuatro feegles se pusieron en tensa posición de firmes—. ¡Ben! ¿Y quiénes sois los otrus?

—Este es mi hermanu Wullie Chiflado, señora —explicó Rob Cualquiera, zarandeando el hombro del feegle que era un lamentador instantáneo. Estaba mirando con espanto a Enochi y Athootita.

—¿Y los otros dos…? O sea, ¿los otrus dos? —dijo la señorita Traición—. El de ese lado. Quiero decir ladiño. Tienes la gaita de piel de ratón. ¿Non serás un gonnagle?

—Sí, mi señora —admitió un feegle de aspecto más aseado y limpio que los demás, aunque debe recalcarse que había cosas viviendo bajo troncos viejos que eran más aseadas y limpias que Wullie Chiflado.

—¿Y llámaste…?

—Billy Mandíbula, mi señora.

—Non apartas la mirada de mí, Billy Mandíbula —observó la señorita Traición—. ¿Doyte miedo?

—Non, mi señora. Admirábala. Regocíjame el alma ver a una bruja tan… brujil —dijo Billy, midiendo las palabras.

—Conque regocíjatela, ¿eh? —añadió la señorita Traición con un tono de sospecha en la voz—. ¿Seguro que non doyle miedo, señor Billy Mandíbula?

—Non, mi señora. Peru puede dármelo si prefiérelo así —respondió Billy, cauteloso.

—¡Ja! —replicó la señorita Traición—. Bueno, veo que tenemos… tenemus aquí a uno listu. ¿Quién es su amigu el grandote, don Billy?

Billy le dio un codazo en las costillas a Yan Grande. A pesar de su tamaño, inmenso para ser un feegle, estaba temblando como un flan. Como solía ocurrir a la gente muy musculosa, le inquietaba estar en presencia de alguien que tuviera otra clase de fuerza.

—Es Yan Grande, mi señora —respondió Billy Mandíbula mientras el otro se miraba los pies.

—Veo que lleva puestu un collar de dientes ben enormes —dijo la señorita Traición—. ¿Dientes humanus?

—Sí, mi señora. Cuatru, mi señora. Uno por cada hombre que tumbó.

—¿Háblasme de hombres humanus? —preguntó la señorita Traición, asombrada.

—Sí, mi señora —dijo Billy—. Normalmente lo que hace es tirarse contra ellos desde un árbol, con la testa por delante. Tiene la testa durísima —añadió, por si no había quedado claro.

La señorita Traición se reclinó en su silla.

—Y agora explicadme qué tramabais arrastrándoos a hurtadiñas por mi casa —dijo—. ¡Agora mesmo!

Se produjo la más breve de las pausas antes de que Rob Cualquiera respondiera con jovialidad:

—Ah, bueeeno, esa es fácil. Cazábamos el haggis.

—Non cazábaislo —replicó bruscamente la bruja—, porque el haggis es un picadillo de carne y vísceras de cordero, muy especiado y cocido dentro de un estómago de oveja.

—Ah, pero eso es solu cuando non encuéntrase el auténticu, señora —explicó Rob Cualquiera en tono cauto—. Al auténticu non hácele ni sombra. Oh, astuta bestia es el haggis, que hácese su madriguera en los sótanus de tatiñas…

—¿Esa es la verdad? ¿Estabais cazando el haggis? ¿Es así, Wullie Chiflado? —preguntó la señorita Traición, áspera de repente. Todos los ojos, incluido el par perteneciente a una tijereta, se volvieron hacia el desafortunado Wullie.

—Estu… sí… oh… aaaj… ¡lamentu, lamentu, lamentu! —gimoteó Wullie Chiflado, y se dejó caer de rodillas—. ¡Por favor, non hágame ninguna demoñada, señora! —suplicó—. ¡La tijeretiña esa está mirándome mal!

—De acuerdo, empezaremos de nuevo —dijo la señorita Traición. Se quitó la venda de los ojos. Los feegles dieron un paso atrás mientras la bruja posaba las manos en los cráneos que tenía a ambos lados—. No necesito ojos para olerme una mentira a la legua. Decidme por qué estáis aquí. Decídmelo… otra vez.

Rob Cualquiera vaciló un momento, lo cual fue un acto de valor por su parte, dadas las circunstancias. Luego añadió:

—Es por la arpiíña grandullona, señora, que vinimos.

—La arpi… Ah, ¿te refieres a Tiffany?

—¡Sí!

—Estamos bajo un pájaro de esos ben grandes —dijo Wullie Chiflado, sin cruzar la mirada con la de la bruja ciega.

—Refiérese a un mochuelo, señora —añadió Rob Cualquiera, haciendo a la vez una mueca feroz a su hermano—. Es comu una…

—Una obligación enorme que no podéis desobedecer —dijo la señorita Traición—. Conózcome los mochuelos. Peru ¿por qué?

La señorita Traición había oído de todo en sus ciento trece años, pero ahora escuchó anonadada la historia de una niña humana que, al menos durante unos días, había sido la kelda de un clan de los Nac Mac Feegle. Y si alguien era su kelda, aunque fuese solo unos días, los feegles cuidaban de ella… para siempre.

—Y es la arpía de nuestras colinas —añadió Billy Mandíbula—. Cuida de ellas y protégelas. Peru…

Titubeó, y Rob Cualquiera acabó por él.

—Nuestra kelda está teniendu sueños. Sueños del futuro. ¡Sueños de las colinas todas heladas y llenas de gente muerta y de la arpiíña grandullona con una corona de hielu puesta en la testa!

—¡Madre mía!

—¡Sí, y eso non es todu! —exclamó Billy separando los brazos—. ¡Vio un árbol verde creciendu en la tierra helada! ¡Vio un anillo de hierro! ¡Vio un hombre con un clavo en el corazón! ¡Vio una plaga de gallinas y un quesu que anda igual que una persona!

Se hizo el silencio, y al cabo la bruja dijo:

—Con los dos primeros, el del árbol y el del anillo, no hay problema: son simbolismo oculto de toda la vida. El del clavo también es muy metafórico. Lo del queso no acabo de verlo claro… ¿se referirá a Horacio? Y las gallinas… No estoy nada segura de que las gallinas lleguen en plagas, ¿no os parece?

—Jeannie díjonoslo ben segura —dijo Rob Cualquiera—. Soñó muchas cosas extrañas y melindreras, así que pensamos que mejor pasábamonos a ver cómu le marchaba a la arpiíña grandullona.

—¿Así que vinisteis desde tan lejos los cuatru solos? —preguntó la señorita Traición.

—Buenu, trajímonos a algunos de los muchachus —respondió Rob—. Non quisimos entrar todus juntos, ya sabe. Están fuera, en el bosque.

—¿Y cuántos son?

—Ah, unos quinientos, espog arriba o espog abaju.

Los diversos ojos de la señorita Traición se clavaron en él. Rob Cualquiera les devolvió la mirada con expresión de feroz honestidad y sin parpadear.

—Parece que esto es una misión honorable —dijo—. ¿Por qué me habéis mentido al principio?

—Ah, porque la mentira iba a ser muchu más interesante —explicó Rob.

—A mí la verdad me parece bastante interesante —replicó la señorita Traición.

—Buenu, non dígole que non, peru yo tenía pensadu ponerle gigantes y piratas y comadrejas mágicas —afirmó Rob—. ¡Non confórmese con menos!

—Está bien —asintió la señorita Traición—. Cuando la señorita Lento me trajo a Tiffany, ya me dijo que la protegían extraños poderes.

—Ajá —dijo Rob Cualquiera con orgullo—. Esos somos nosotrus, y tantu que sí.

—Pero la señorita Lento es una mujer más bien mandona —prosiguió la señorita Traición—. Lamento decir que no presté mucha atención a lo que decía. Siempre me viene con que esas chicas tienen muchas ganas de aprender, pero luego casi todas son unas cabezas de chorlito que quieren ser brujas para impresionar a los chicos, y se largan corriendo a los pocos días. ¡Pero esta no, ni hablar! ¡Esta corre hacia las cosas! ¿Sabéis que intentó bailar con el Forjador de Invierno?

—Sí. Sabémoslo. Estuvimos allí —dijo Rob Cualquiera.

—¿Estuvisteis?

—Ajá. Seguímoslas.

—Allí no os vio nadie. Si os hubieran visto, yo lo sabría —señaló la bruja.

—¿Ah, sí? La verdad es que sí que dásenos ben que non véanos nadie —apuntó Rob Cualquiera con una sonrisa—. Non sabe la de gente que hay por ahí que non venos.

—De verdad intentó bailar con el Forjador —repitió la señorita Traición—. Le dije que no lo hiciera.

—Aj, a nosotrus siempre están diciéndonos que non hagamos cosas —dijo Rob Cualquiera—. ¡Así es comu sabemos qué cosas son las más interesantes de hacer!

La señorita Traición fijó en él las miradas de un ratón, dos cuervos, varias polillas y una tijereta.

—Muy cierto —asintió con un suspiro—. Sí. ¿Sabéis? El problema de ser tan vieja como yo es que la juventud ya me queda tan lejos que a veces tengo la impresión de que le ocurrió a otra persona. Vivir mucho no es un chollo tan grande como parece, eso seguro. Es…

—El Forjador de Inviernu anda buscando a la arpiíña grandullona, señora —interrumpió Rob Cualquiera—. Vímosla bailar con él. Y agora él anda buscándola. Óyesele en el aullar del vientu.

—Lo sé. —La señorita Traición calló y se quedó un momento escuchando—. Ya no hace viento —dijo—. La ha encontrado.

Recogió sus bastones y correteó hacia la escalera, que subió con una velocidad pasmosa. Los feegles entraron alrededor de ella en el dormitorio, donde Tiffany estaba tumbada en una cama estrecha.

En cada esquina de la habitación brillaba una vela en un platillo.

—Pero ¿cómo la ha encontrado? —se preguntó la bruja—. ¡Si la tenía oculta! ¡A ver, hombrecillos azules, traedme madera ahora mismo! —Les lanzó una mirada furiosa—. He dicho que me traig…

Oyó un par de golpes secos. El polvo estaba posándose. Los feegles miraban expectantes a la señorita Traición. Y en el diminuto hogar del dormitorio había ramas y más ramas apiladas.

—Ben hechu —dijo—. ¡Y ya era hora!

Por la chimenea se empezaron a colar copos de nieve.

La señorita Traición enarboló sus bastones cruzados frente a ella y afianzó las botas contra el suelo.

—¡Arde madera, abrasa llama! —gritó. Las ramas de la chimenea se encendieron con un estallido. Pero en la ventana ya se estaba formando escarcha, blancos zarcillos con forma de helecho que chasqueaban al invadir el cristal—. ¡A mi edad no tengo por qué soportar esto! —exclamó.

Tiffany abrió los ojos y dijo:

—¿Qué está pasando?

# 

# IMAGE

No es bueno acabar emparedada entre un puñado de bailarines perplejos. Eran hombres robustos. Tiffany tenía todo el cuerpo dolorido. Estaba llena de moratones, entre los que había uno en forma de bota que no pensaba enseñar a nadie en absoluto.

Todas las superficies planas que había en la sala del telar de la señorita Traición estaban cubiertas de feegles. Ella tejía de espaldas porque, según decía, le ayudaba a pensar, pero alguien como la señorita Traición daba igual hacia dónde se encarara. Al fin y al cabo, había ojos y oídos de sobra por los que podía mirar. El fuego ardía y había velas encendidas por todas partes. Negras, por supuesto.

Tiffany estaba enfadada. La señorita Traición no le había gritado, ni siquiera había levantado la voz. Solo había suspirado y había dicho: «Chiquilladas», que era mucho peor, sobre todo porque Tiffany sabía que era justo lo que había hecho. Un bailarín había cargado con ella hasta la casa. No recordaba nada de esa parte.

¡Una bruja no hacía las cosas porque le parecieran buena idea en el momento! ¡Eso era casi como soltar carcajadas histéricas! Tenía que relacionarse a diario con gente estúpida, perezosa, falsa y directamente desagradable, y era fácil acabar creyendo que el mundo mejoraría mucho con un buen cachete. Pero una bruja no se lo daba porque, como había explicado una vez la señorita Lento: (a) solo mejoraría el mundo durante muy poco tiempo, (b) después el mundo acabaría un poquito peor que al principio, y (c) se supone que tú no eres tan tonta como ellos.

Los pies de Tiffany se habían movido y ella les había hecho caso. Debería haber escuchado a su cabeza. Ahora tenía que quedarse sentada junto a la chimenea de la señorita Traición, con una botella de latón llena de agua caliente en el regazo y un chal sobre los hombros.

—Entonces, ¿el Forjador de Invierno es una especie de dios? —preguntó.

—Una cosiña del estilu, sí —dijo Billy Mandíbula—. Peru non es de los dioses a los que se reza. Él solu… hace inviernos. Es su trabajo.

—Es un elemental —añadió la señorita Traición desde su telar.

—Ajá —dijo Rob Cualquiera—. Dioses, elementales, demoños, espíritus… a veces non distinguiríaslos ni abriéndolos en canal.

—¿Y el baile era para recibir el invierno? —preguntó Tiffany—. ¡No tiene sentido! El Morris se baila para dar la bienvenida al verano, sí, es…

—¿Qué eres, una chiquilla? —interrumpió la señorita Traición—. ¡El año es redondo! ¡La rueda del mundo debe girar! Por eso aquí arriba bailan el Morris Oscuro, para equilibrarla. ¡Dan la bienvenida al invierno por el nuevo verano que lleva en su interior!

Clic clac, hizo el telar. La señorita Traición estaba tejiendo una tela nueva de lana marrón.

—Vale, muy bien —dijo Tiffany—. Pues ya está recibido el inv… él. ¡Eso no significa que tenga que venir a buscarme!

—¿Por qué te uniste al baile? —exigió saber la señorita Traición.

—Esto… había un espacio y…

—Sí. Un espacio. Un espacio que no estaba destinado a ti. No era para que tú hicieras la chiquillada de ocuparlo. Bailaste con él, y ahora quiere conocer a la chica que tuvo el valor de hacerlo. ¡Nunca había oído algo así! Quiero que me traigas el tercer libro contando desde la derecha del segundo estante de arriba. —Entregó una llave negra y pesada a Tiffany—. ¿Crees que eso podrás hacerlo tal cual te lo pido?

A las brujas no les hacía falta dar cachetes a los tontos, no cuando disponían de una lengua afilada que siempre estaba a punto.

La señorita Traición tenía varias estanterías llenas de libros, algo poco habitual en las brujas más mayores. Los estantes empezaban muy lejos del suelo, los libros parecían grandes y pesados y, hasta el momento, la señorita Traición no había permitido ni que Tiffany les quitara el polvo, ya no digamos que abriera la gran tira de hierro que los retenía en sus estantes. La gente que visitaba la casa siempre los miraba de reojo, con nerviosismo. Los libros eran un peligro.

Tiffany abrió los cerrojos de las tiras de hierro y apartó el polvo a manotazos. Ah… Los libros, al igual que la señorita Traición, no eran del todo lo que parecían. Tenían aspecto de libros mágicos, pero títulos como Enciclopedia de la sopa. Había un diccionario. A su lado, el volumen que le había pedido la señorita Traición estaba cubierto de telarañas.

Todavía sonrojada de vergüenza y rabia, Tiffany apartó las telarañas para poder bajar el libro. Algunas hicieron «¡pling!» al partirse, y cayó polvo de encima de las páginas. Al abrir el libro, olió a viejo y apergaminado, igual que la señorita Traición. El título, escrito en letras doradas casi desprendidas del todo, era Mitología antigua y clásica, de Pinzonero. Estaba lleno de marcapáginas.

—Páginas dieciocho y diecinueve —señaló la señorita Traición sin mover la cabeza. Tiffany las buscó.

—¿«La Dazna de las Enstacioes»? —preguntó—. ¿Significa «La danza de las estaciones»?

—Por desgracia, don Weizen de Yoyó, el artista cuya obra maestra contemplas, no tenía el mismo talento para las letras que para las ilustraciones —dijo la señorita Traición—. Le preocupaban, vete a saber por qué. Me he fijado en que comentas las palabras antes que el dibujo. Te gusta la lectura.

La ilustración era… rara. Había dos figuras representadas. Tiffany nunca había visto a nadie disfrazado para un baile de máscaras. En la Caliza no había dinero para esas cosas. Pero sí había leído sobre ellos, y el dibujo se parecía bastante a lo que había imaginado.

En la página aparecían un hombre y una mujer… o, al menos, cosas parecidas a un hombre y una mujer. La mujer llevaba la leyenda «Verano» y era alta, rubia y hermosa, lo que, para la bajita y castaña Tiffany, la volvía merecedora de una desconfianza inmediata. Llevaba en el brazo algo similar a una gran cesta con forma de caparazón, llena de fruta.

El hombre, «Invierno», era viejo, encorvado y gris. En su barba brillaban carámbanos de hielo.

—Aj, está claru que el Forjador de Inviernu ha de tener esa pinta, sí —apuntó Rob Cualquiera, que estaba paseándose por la página—. El Vieju Témpano.

—¿Ese? —se sorprendió Tiffany—. ¿Ese es el Forjador de Invierno? ¡Si parece que tenga cien años!

—Un jovenzuelo, ¿eh? —dijo la señorita Traición con mala uva.

—¡Non déjesle besarte, o la nariz pondrásete azul y caerásete! —exclamó Wullie Chiflado con alegría.

—¡Wullie Chiflado, no quiero oírte hablar de esas cosas! —dijo Tiffany.

—Solu fue por quitar hierru al asunto, ya sabes —explicó Wullie, con gesto avergonzado.

—El pintor se tomó licencias artísticas, claro —observó la señorita Traición.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tiffany sin apartar la mirada del dibujo. Estaba mal. Lo sabía. Él no tenía ese aspecto para nada…

—Significa que inventóselo —intervino Billy Mandíbula—. Non pudo haberlu visto, ¿a que non? Al Forjador de Inviernu non violo nadie jamás.

—¡Aún! —saltó Wullie Chiflado.

—Wullie —dijo Rob Cualquiera volviéndose hacia su hermano—, ¿recuerdas que díjete que solu dijeras cosas que tuvieran tactu?

—Sí, Rob, recuérdolo ben —respondió Wullie, dócil.

—Eso que dijiste agora non túvolo.

Wullie se quedó cabizbajo.

—Lo sientu, Rob.

Tiffany apretó los puños.

—¡No pretendía que pasara todo esto!

La señorita Traición giró su silla con cierta ceremonia.

—Entonces, ¿qué pretendías? ¿Quieres explicármelo? ¿Saliste a bailar por alguna inclinación juvenil a desobedecer a los mayores? Pretender es pensar. ¿Pensaste durante un momento siquiera? No eres la primera que se ha unido al baile alguna vez. Niños, borrachos, jóvenes que han hecho una apuesta tonta… y hasta ahora nunca ha pasado nada. Los bailes de primavera y otoño son solo… una vieja tradición, te diría la mayoría. Una mera forma de indicar el momento en que el hielo y el fuego se ceden el dominio del mundo. Pero algunos creemos saber más del asunto. Creemos que pasa algo. Para ti, la danza se hizo real, y de verdad ha ocurrido algo. Y ahora el Forjador está buscándote.

—¿Por qué? —logró articular Tiffany.

—No lo sé. Cuando bailabas, ¿viste algo? ¿Oíste algo?

¿Cómo describo la sensación de estar en todas partes y serlo todo?, se preguntó Tiffany. No lo intentó.

—Creo que… oí una voz, o a lo mejor eran dos —musitó—. Esto… me preguntaron quién era.

—In-te-re-san-te —dijo la señorita Traición—. ¿Dos voces? Tendré en cuenta las implicaciones. Lo que no comprendo es cómo te ha encontrado. Pensaré en ello. Mientras tanto, supongo que sería buena idea que te pusieras ropa caliente.

—Esu —apuntó Rob Cualquiera—. El Forjador de Inviernu non soporta el calor. ¡Ah, por ciertu, qué testa la mía! Trajímoste una cartiña de ese árbol huecu que hay ahí en el bosque. Wullie, dásela a la arpiíña grandullona. Recogímosla de camino hacia aquí.

—¿Una carta? —preguntó Tiffany, mientras el telar traqueteaba detrás de ella y Wullie Chiflado empezaba a sacar un sobre enrollado y roñoso de su espog.

—Es del montonciño de porcallada ese que vive en el castillu de casa —siguió diciendo Rob mientras su hermano tiraba con todas sus fuerzas—. Dice que está ben y que ojalá tú tambén, y que espera que vuelvas prontu a casa, y luego hay líneas y más líneas de qué cosas están pasandu con las vejiñas y tal y cual, non muy interesantes en mi opinión, y al final escríbete S.C.U.B.A., pero esu non pudimos averiguar lo que significa.

—¿Habéis leído mi carta? —preguntó Tiffany horrorizada.

—Ah, claru —dijo Rob orgulloso—. Sin problema. Buenu, Billy Mandíbula tuvo que darme alguna pistiña con las palabras más largas, pero hícelo casi yo solo, sí. —Sonrió de oreja a oreja, pero la sonrisa se le estrechó al ver la expresión de Tiffany—. Aj, ya imagínome que estás un poquiño molesta porque abriéramos la sobricosa esa tuya —continuó—, pero non pasa nada porque volvímosla a pegar con babosa. Ni se nota que alguien leyola.

Carraspeó porque Tiffany seguía mirándole con el gesto torcido. A los feegles les daban un poco de miedo todas las mujeres, y las brujas las que más. Por fin, cuando ya empezaba a ponerse muy nervioso, Tiffany dijo:

—¿Cómo sabíais dónde encontrar la carta?

Miró de reojo a Wullie Chiflado. Estaba mordisqueando el borde de su kilt. Solo lo hacía cuando estaba asustado.

—Eh… ¿Aceptaríasme una mentirijiña de nada? —preguntó Rob.

—¡No!

—Es interesante, ¿eh? Hay dragones y unicornios…

—No. ¡Quiero la verdad!

—Aj, es que es muy aburrida. Fuimos al castillo del barón y leímos las cartas que esviástele tú, y… y decías que el cartero ya sabe que ha de dejarte tus cartiñas en el árbol huecu que hay al lado de la cascada —confesó Rob. Si el Forjador de Invierno hubiera entrado en la casa, el aire no habría podido ser más frío—. El rapaz guárdase todas las cartas que envíasle en una caja bajo su… —empezó a explicar, pero cerró fuerte los ojos cuando la paciencia de Tiffany explotó con un tañido más fuerte que los de las extrañas telarañas de la señorita Traición.

—¿No sabes que está mal leer las cartas ajenas? —preguntó con firmeza.

—Eh… —empezó a decir Rob.

—Y habéis irrumpido en el castillo del b…

—¡Eh, eh, eh, non, non, non! —siguió Rob, dando saltitos—. ¡Por ahí sí que non puedes pillarnos! De rumpir nada, colámonos por una de las rendijiñas esas que tienen para la disparanda de las flechas…

—¿Y habéis leído mis cartas personales que envié personalmente a Roland? —dijo Tiffany—. ¡Eran personales!

—Ah, claru —asintió Rob Cualquiera—. Pero non empréñeste, que non contaremos a nadie lo que pone.

—Igual que tampocu dijimos nunca a nadie lo que pone en tu diariu —añadió Wullie Chiflado—. Ni siquiera los trozus donde dibujaste floreciñas alrededor y tal.

La señorita Traición está sonriendo detrás de mí, pensó Tiffany. Sé que sonríe. Pero a Tiffany se le habían acabado los tonos desagradables de voz. Solía pasar después de mantener una conversación con los feegles, por poco que durase.

Fuiste su kelda, le recordaron sus Segundos Pensamientos. Creen que tienen el solemne deber de protegerte. Da igual lo que opines tú. Te van a complicar muchísimo la vida.

—No leáis mis cartas, ni mi diario tampoco.

—Vale —dijo Rob Cualquiera.

—¿Lo prometes?

—Ah, claru.

—¡Pero ya me lo prometiste la última vez!

—Ah, claru.

—¿Que te mueras si es mentira?

—Ajá, non problemo.

—¿Así es como promete un feegle traicionero, mentiroso y ladrón, entonces? —intervino la señorita Traición—. Porque vosotros pensáis que ya estáis muertus, ¿non es así? Es una creyenda de vuestro pueblu, ¿o non?

—Ah, sí, señora —dijo Rob Cualquiera—. Gracias por llamarme la atención sobre esu.

—De hechu, Rob Cualquiera, ¡non tienes la menor intención de cumplir ninguna promesa!

—Exactu, señora —asintió Rob con orgullo—. Non las promesiñas pequeñas y debiluchas como esa. Porque, verá, nuestro solemne destinu es defender a la arpiíña grandullona, aunque hayamos de entregar la vida llegadu el caso.

—¿Cómo podéis entregar la vida si ya estáis muertus? —preguntó la señorita Traición, incisiva.

—Ahí nos pilló, sí que es verdad —convino Rob—, así que supongu que tendremos que entregar la vida de cualquier pámpano que quiérale hacer algún mal.

Tiffany se rindió con un suspiro.

—Tengo casi trece años. Sé cuidarme sola.

—Ahí tenéis a doña Independiente —dijo la señorita Traición, pero sin particular malicia en el tono—. ¿Sola contra el Forjador de Invierno?

—¿Qué es lo que quiere?

—Ya te lo he dicho. Tal vez quiera averiguar qué tipo de chica es tan atrevida como para bailar con él.

—¡Fueron mis pies! ¡Ya he dicho que no pretendía que pasara!

La señorita Traición se giró en su silla. ¿Cuántos ojos está usando?, se preguntaron los Segundos Pensamientos de Tiffany. ¿Feegles? ¿Cuervos? ¿Ratones? ¿Todos ellos? ¿Cuántas yos está viendo? ¿Me observa mediante ratones, o mediante insectos con docenas de ojos relucientes?

—Ah, entonces no pasa nada —dijo la señorita Traición— porque, como ya habías dicho, no pretendías que pasara. ¡Las brujas aceptan la responsabilidad! ¿Es que no has aprendido nada, niña?

Niña. Era un insulto tremendo para alguien de casi trece años. Tiffany sintió que volvía a sonrojarse. El terrible calor se extendió dentro de su cabeza.

Por eso cruzó la habitación, abrió la puerta principal y salió fuera.

Una nieve algodonosa caía con parsimonia. Cuando Tiffany miró el cielo de color gris claro, vio que los copos descendían agrupados en cúmulos blandos y plumosos; era el tipo de nieve que la gente de la Caliza llamaba «la abuela Dolorido esquilando a sus corderos».

Tiffany sintió que los copos se le derretían en el pelo mientras se alejaba de la casa. La señorita Traición estaba gritándole desde el umbral, pero siguió andando, dejando que la nieve le enfriara los sonrojos.

Pues claro que estoy haciendo una bobada, se dijo. Pero es que ser bruja es una bobada. ¿Para qué lo hacemos? Es un trabajo duro que no tiene apenas recompensa. ¿Qué es un buen día para la señorita Traición? ¡Que alguien le traiga un par de botas de segunda mano que le entren bien! ¿Qué sabe ella de nada?

¿Y dónde está el Forjador? ¿Aquí? ¡Solo tengo la palabra de la señorita Traición al respecto! ¡Eso y un dibujo inventado que sale en un libro!

—¡Forjador de Invierno! —gritó.

Se oía caer la nieve. Hacía un ruidito extraño, como un tenue y frío chisporroteo.

—¡Forjador de Invierno!

No hubo respuesta.

Bueno, ¿qué se había esperado? ¿Un vozarrón atronador? ¿Que apareciera don Pinchos, el hombre témpano? Allí no había nada más que la suavidad de la nieve blanca, cayendo paciente entre los árboles oscuros.

Se sintió un poco tonta, pero también satisfecha. ¡Aquello era lo que debía hacer una bruja! ¡Se había enfrentado a lo que la asustaba y ya no le tenía miedo! ¡Aquello se le daba bien!

Giró sobre sus talones… y vio al Forjador de Invierno.

Recuerda esto, dijeron sus Terceros Pensamientos, imponiéndose. Hasta el menor detalle es importante.

El Forjador era…

… nada. Pero la nieve lo perfilaba. Fluía a su alrededor en curvas, como si recorriera una piel invisible. Solo era una silueta, nada más, salvo quizá dos puntitos minúsculos de color violeta grisáceo suspendidos en el aire, donde deberían estar los ojos.

Tiffany se quedó quieta, con la mente congelada y el cuerpo esperando a que alguien le dijera qué hacer.

El brazo hecho de la nieve que caía estaba extendiéndose hacia ella, pero muy despacio, como acercándose a un animal al que no quería espantar. Había… algo, una extraña sensación de palabras sin decir porque no había boca que las dijera, un sentido de intención, como si la cosa estuviera dedicándose a aquel momento en cuerpo y alma, aun sin saber el significado de cuerpo ni de alma.

La mano se detuvo a unos treinta centímetros de ella. Estaba en un puño, que se giró mientras abría los dedos.

Algo brillaba. Era el caballo blanco, en su fina cadena de plata.

La mano de Tiffany subió disparada a su cuello. ¡Pero si anoche lo llevaba puesto! Antes de ir… a… ver… la… danza.

¡Tenía que habérsele caído! ¡Y lo había encontrado él!

Qué interesante, dijeron sus Terceros Pensamientos, los que asimilaban el mundo a su propia manera. No podías ver un objeto porque estaba oculto dentro de un puño invisible. ¿Cómo funciona eso? ¿Y por qué hay unos borrones entre gris y morado flotando en el aire donde esperarías ver unos ojos? ¿Por qué ellos no son invisibles?

Así son los Terceros Pensamientos. Si hay un pedrusco enorme a punto de caerte en la cabeza, son los pensamientos que reflexionan: ¿Será una roca ígnea como el granito o será arenisca?

La parte del cerebro de Tiffany que no era tan meticulosa contemplaba el caballo de plata que se balanceaba en su cadenita.

Su Primer Pensamiento fue: Cógelo.

Su Segundo Pensamiento fue: No lo cojas. Es una trampa.

Su Tercer Pensamiento fue: En serio, no lo cojas. Estará más frío de lo que puedas imaginar.

Y entonces el resto de ella invalidó por completo a los Pensamientos y se dijo: Cógelo. Forma parte de quién eres. Cógelo. Cuando lo sostienes, piensas en el hogar. ¡Cógelo!

Extendió su mano derecha.

El caballo cayó en ella. Por instinto, Tiffany cerró los dedos en torno a él. En efecto, estaba más frío de lo que podía haber imaginado, y le quemó.

Dio un chillido. El contorno nevado del Forjador se convirtió en una ráfaga de copos. La nieve caída a su alrededor estalló con un grito de «¡Pardiez!» y una horda de feegles agarraron los pies de Tiffany y se la llevaron a cuestas, erguida como estaba, por el claro hasta cruzar la puerta hacia el interior de la casa.

Tiffany se obligó a abrir la mano y, con dedos temblorosos, separó el caballo plateado de su palma. Le dejó una huella perfecta, un caballo blanco sobre la piel rosada. No era una quemadura, sino una… congeladura.

La silla de la señorita Traición giró retumbando sobre sus ruedecitas.

—Ven aquí, niña —ordenó. Aún agarrándose la mano, intentando contener las lágrimas, Tiffany caminó hasta ella—. ¡Ponte al lado de mi silla ahora mismo! —Tiffany lo hizo. No era momento de desobedecer—. Quiero mirarte en la oreja. Apártate el pelo.

Tiffany se levantó el pelo y se estremeció al oír el roce de los bigotes de ratón. Entonces le quitaron el animal de la oreja.

—Vaya, me sorprende —señaló la señorita Traición—. No se ve nada.

—Hum… ¿qué esperaba ver? —preguntó Tiffany.

—¡La luz del día! —vociferó la señorita Traición, tan fuerte que el ratón se escabulló—. ¿Es que has perdido la sesera, niña?

—Non sé yo si estu interesará a alguien —dijo Rob Cualquiera—, pero me da que vuestru Forjador de Inviernu diose el piriño. Y paró de nevar.

Nadie le escuchaba. Cuando las brujas riñen, se concentran.

—¡Era mío!

—¡Es una baratija!

—¡No!

—Ya hágome cargu de que tal vez non sea el mejor momentu para decirlo… —continuó Rob en tono lastimero.

—¿Crees que te hace falta para ser bruja?

—¡Sí!

—¡Una bruja no necesita artefactos!

—¡Pues la he visto usar batiburrillos!

—¡Usar, sí! No necesitar. ¡No los necesito!

—Dígolo porque está fundiéndose much… —insistió Rob con una sonrisa nerviosa.

La furia agarrotó la lengua de Tiffany. ¿Cómo se atrevía aquel vejestorio idiota a darle lecciones sobre no necesitar cosas?

—¡Boffo! —chilló—. ¡Boffo, Boffo, Boffo!

El silencio cayó como un yunque. Al cabo de un tiempo, la señorita Traición miró detrás de Tiffany y dijo:

—¡Vosotrus, feegles intrigueros! ¡Fuera de aquí ya mismo! ¡Y sabrelo si non marcháis! ¡Esto es asuntu de arpías!

Un sonido como de ventolera recorrió la sala, y la puerta de la cocina se cerró de golpe.

—Entonces —añadió la señorita Traición—, sabes lo de Boffo, ¿es eso?

—Sí —respondió Tiffany, jadeando—. Lo sé.

—Muy bien. ¿Y le has contado a alguien…? —La bruja se detuvo y se llevó un dedo a los labios. Entonces dio un bastonazo en el suelo—. ¡Dije que fuera, pámpanos! ¡Quíeroos a todos en el bosque! ¡Comprobad que se dio el piriño de veras! ¡Veré la remordienda en vuestros güeyus si osáis desafiarme!

Desde el sótano llegó el sonido de muchas patatas rodando mientras los feegles se apelotonaban para salir por la pequeña reja de ventilación.

—Ahora sí que se han ido —dijo la señorita Traición—. Y no volverán, además. Boffo se encarga de eso. —De algún modo, en el espacio de unos segundos, la señorita Traición se había vuelto más humana y mucho menos aterradora. Bueno… algo menos aterradora—. ¿Cómo lo descubriste? ¿Ibas buscándolo? ¿Te dedicaste a hurgar por toda la casa? —preguntó.

—¡No! ¡Yo no soy así! ¡Lo averigüé un día por casualidad, mientras usted se echaba la siesta! —Tiffany se frotó la mano.

—¿Eso duele mucho? —preguntó la bruja, inclinándose hacia delante. Podía ser ciega pero, igual que todas las brujas mayores que sabían lo que hacían, reparaba en todo.

—No, ya no. Pero antes sí. Mire, yo…

—¡Pues entonces aprenderás a escuchar! ¿Crees que el Forjador se ha marchado?

—Me ha parecido que se esfumaba… o sea, que se esfumaba aún más. Creo que solo quería devolverme el collar.

—¿Te parece que el espíritu del Invierno, amo de la ventisca y el hielo, haría una cosa como esa? ¿En serio?

—¡Y yo qué sé, señorita Traición! ¡Es el único que conozco!

—Bailaste con él.

—¡No sabía que iba a hacerlo!

—Sin embargo.

Tiffany esperó, y entonces dijo:

—Sin embargo, ¿qué?

—Era un sinembarguismo general. El caballito lo ha traído hasta ti. Pero ya no está, en eso tienes razón. Lo sabría si estuviera.

Tiffany fue hasta la puerta principal, vaciló un momento y luego la abrió y salió al claro. Había algo de nieve aquí y allá, pero el día estaba convirtiéndose en la típica jornada invernal de cielo gris.

Yo también lo sabría si estuviera aquí, pensó. Y no está. Sus Segundos Pensamientos replicaron: ¿Ah, no? ¿Cómo lo sabes?

—Los dos hemos tocado el caballo —dijo para sí misma.

Paseó la mirada por las ramas desnudas y los árboles durmientes mientras jugueteaba con la cadena de plata que tenía en la mano. Los bosques estaban replegándose, listos para el invierno.

Está ahí fuera, pero no cerca. Tiene que andar muy ocupado, si ha de crear un invierno entero…

Pronunció un «¡Gracias!» automático, porque su madre siempre le había enseñado que no costaba nada ser educada, y regresó dentro. La cabaña estaba mucho más caldeada que antes, pero la señorita Traición siempre disponía de un montón enorme de leña… apilada por el secreto de Boffo. Los leñadores de la zona se ocupaban de que el montón no menguara. Una bruja que pasa frío puede ponerse borde.

—Me gustaría una taza de té negro —dijo la anciana mientras Tiffany entraba con el rostro pensativo. Esperó a que Tiffany enjuagara la taza antes de decir—: ¿Has oído las historias que cuentan de mí, niña?

La voz era amable. Se habían gritado, se habían dicho cosas que podrían haber expresado un poco mejor, había habido carácter y desafío. Pero estaban allí las dos juntas, sin ningún otro sitio al que ir. La voz tranquila era una oferta de paz, y Tiffany se alegró de recibirla.

—Hum, ¿la de que tiene un demonio en el sótano? —respondió con la mente aún llena de dudas—. ¿Y que come arañas? ¿Y la visitan reyes y príncipes? ¿Y que cualquier flor que se plante en su jardín sale con pétalos negros?

—Anda, ¿eso dicen? —se maravilló la señorita Traición—. La última no la había oído. Qué buena. ¿Y has oído que la última noche del año hago la ronda por las casas y recompenso a los que han sido buenos con un monedero lleno de plata? ¿Pero que, si han sido malos, les rajo la barriga con la uña así?

Tiffany saltó hacia atrás mientras una mano arrugada la volteaba, y la uña amarillenta del pulgar de la bruja pasó como una guadaña a muy poca distancia de su tripa. La anciana tenía un aspecto aterrador.

—¡No! ¡No, esa no la he oído! —dijo a bocanadas, apretándose contra el fregadero.

—¿Cómo puede ser? ¡Pero si es estupenda, hasta tiene antecedentes históricos reales! —continuó la señorita Traición, transformando su mueca feroz en una sonrisa—. ¿Y la de que tengo rabo de vaca?

—¿Rabo de vaca? ¡No!

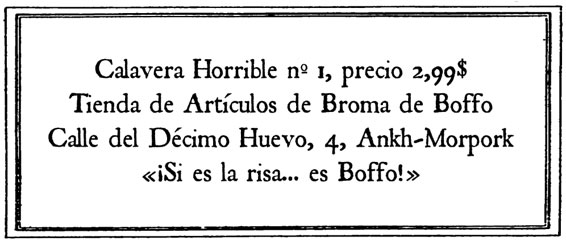
—¿En serio? Qué contrariedad —dijo la señorita Traición, bajando el dedo—. Me temo que el arte de la narrativa ha degenerado mucho por estos lares. Tendré que hacer algo al respecto.

—Esto es solo otra clase de boffo, ¿verdad? —preguntó Tiffany. No estaba segura del todo. La señorita Traición daba bastante miedo con aquella uña. Normal que las chicas se marcharan de allí a las primeras de cambio.

—Ah, veo que sí tienes sesos, al fin y al cabo. Claro que lo es. Boffo, sí. Es un buen nombre para llamarlo, ya lo creo que sí. El arte de la expectativa. Mostrar a la gente lo que quiere ver, lo que cree que debería tener delante. A fin de cuentas, tengo una reputación que mantener.

Boffo, pensó Tiffany. Boffo, Boffo, Boffo.

Fue hasta las calaveras, levantó una y leyó la etiqueta que tenía debajo, igual que había hecho un mes antes.



—Tienen su chicha, ¿verdad? —dijo la señorita Traición, volviendo a la silla entre chasquidos—. ¡Si es que puede decirse que una calavera tenga chicha, claro! También venden una máquina de hacer telarañas maravillosa. Hay que echarle un mejunje pastoso, ¿sabes?, pero con la práctica te acaban saliendo unas telarañas bastante apañadas. No soporto a esos bichos asquerosos, pero claro, las telarañas hay que tenerlas. ¿Te has fijado en las moscas muertas?

—Sí —asintió Tiffany, levantando la mirada—. Son pasas. Pensaba que sus arañas eran vegetarianas.

—Bien visto. Por lo menos, en los ojos no te pasa nada. El sombrero también lo compré allí: «Vieja Bruja Malvada nº 3, Imprescindible para una Fiesta de Miedo», creo que era. Tengo su catálogo guardado en algún sitio, si te interesa.

—¿Todas las brujas compran en Boffo? —preguntó Tiffany.

—Solo yo, al menos por los alrededores. Ah, y creo que la vieja señora Sinaliento, la de Dos Caídas, les compraba las verrugas a ellos.

—Pero… ¿por qué? —dijo Tiffany.

—No le salían. A la pobre no le salían ni a la de tres. Probó de todas las maneras imaginables, pero tuvo la cara toda la vida como el culito de un bebé.

—No, me refiero a por qué quiere aparentar que es así de… —Tiffany titubeó antes de terminar—: ¿Horrible?

—Tengo mis razones —respondió la señorita Traición.

—Pero no hace esas cosas que cuentan las historias, ¿verdad? Los reyes y príncipes no vienen a hacerle consultas, ¿a que no?

—No, pero podrían —dijo rotundamente la bruja—. Si se perdieran, por ejemplo. Oh, lo sé todo sobre esas historias. ¡La mayoría las inventé yo!

—¿Se inventó historias sobre sí misma?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Era mejor que dejar algo tan importante en manos de aficionados.

—¡Pero la gente dice que puede ver el alma de los hombres!

La señorita Traición soltó una risita.

—Sí. ¡Esa no es mía! Ojo, también es verdad que con algunos de mis parroquianos necesitaría lupa. Veo lo que ellos ven, oigo con sus orejas. Conocí a sus padres, abuelos y bisabuelos. Conozco los rumores y los secretos y los cuentos y las verdades. Y para ellos soy la Justicia, y soy imparcial. Mírame. Veme.

Tiffany miró… y miró más allá de la capa, las calaveras, las telarañas de goma, las flores negras, la venda para los ojos y las historias, y lo que vio fue una anciana menuda, ciega y sorda.

Boffo marcaba la diferencia… y no solo eran los ridículos artículos de broma, sino el pensamiento boffo: los cuchicheos y las historias. La señorita Traición tenía poder porque la gente creía que lo tenía. Era como el sombrero de bruja básico. Pero la señorita Traición estaba llevando el boffo mucho, mucho más allá.

—Una bruja no necesita artefactos, señorita Traición —dijo Tiffany.

—No vayas de lista conmigo, niña. ¿La joven Ceravieja no te explicó todo esto? Pues claro que no hace falta varita, ni batiburrillo, ni siquiera un sombrero puntiagudo, para ser bruja. ¡Pero el espectáculo ayuda! La gente se lo espera. Así creerán en ti. ¡No llegué donde me ves hoy por llevar un gorrito de lana con borla y un delantal de algodón! Yo me meto en el papel. Yo…

Se oyó un estrépito fuera de la casa, en la dirección de la lechería.

—¿Nuestros amiguitos azules? —preguntó la señorita Traición levantando las cejas.

—No; tienen absolutamente prohibido entrar en cualquier lechería donde yo trabaje —empezó a decir Tiffany dirigiéndose a la puerta—. Ay, madre, espero que no sea Horacio…

—¡Ya te dije que solo nos traería problemas! —gritó la señorita Traición mientras Tiffany se alejaba a toda prisa.

Sí que era Horacio. Había vuelto a escurrirse de su jaula. Podía derretirse bastante cuando le interesaba.

Había una mantequera rota en el suelo y completamente vacía de mantequilla, aunque la había contenido. Solo quedaba una mancha grasienta.

Y desde la oscuridad de debajo del fregadero llegó una especie de gruñido a alta velocidad, algo que sonaba como «mnnamnamnam»…

—Conque ahora vas a por la mantequilla, ¿eh, Horacio? —dijo Tiffany cogiendo la escoba de la lechería—. Eso es prácticamente canibalismo, ¿sabes?

Aun así, era mejor que los ratones, había que reconocerlo. El momento en que encontraron en el suelo los primeros montoncitos de huesos de ratón fue un poco turbador. Después ni siquiera la señorita Traición pudo descubrir lo que pasaba. A lo mejor estaba mirando por los ojos de un ratón que intentaba llegar a los quesos y de pronto todo se volvía oscuro.

El motivo era que Horacio era un queso.

Tiffany sabía que los quesos azules lancrastianos solían pasarse un poco de vivarachos, y a veces había que retenerlos con un clavo, pero… bueno, ella era una quesera excelente, aunque estuviera mal decirlo, y Horacio era, sin duda, una obra maestra. Las famosas vetas azules que daban su maravilloso color a la variedad eran muy hermosas, aunque Tiffany no estaba muy segura de que debieran brillar en la oscuridad.

Tanteó las sombras con el palo de la escoba. Hubo un crujido y, cuando volvió a sacarlo, le faltaban cinco centímetros de la punta. Se oyó un «¡chuuu!» y el trozo perdido de escoba rebotó contra la pared opuesta de la habitación.

—Pues ahora te quedas sin leche —dijo Tiffany enderezando la espalda, y pensó:

El Forjador de Invierno ha venido para devolverme el caballo. Se ha tomado la molestia de hacerlo.

Hum…

Es bastante… impresionante, si te paras a pensarlo.

O sea, tendrá que organizar avalanchas y vendavales, y pensar en formas nuevas para los copos de nieve y esas cosas, pero se ha reservado tiempo solo para venir y devolverme mi collar. Hum…

Y se ha quedado ahí de pie sin hacer nada.

Y después de eso se ha esfumado. Es decir, se ha esfumado aún más.

Hum…

Dejó a Horacio murmurando bajo el grifo e hizo el té a la señorita Traición, que había vuelto a ponerse a tejer.

Después subió a su cuarto en silencio.

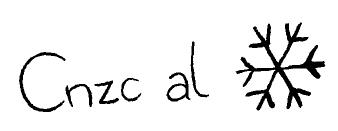
El diario de Tiffany tenía ocho centímetros de grosor. Annagramma, otra aprendiz de bruja amiga suya (más o menos), decía que debería llamarlo su Libro de Sombras y escribir en papel de vitela, usando una tinta especial de las que vendían en el Emporio Mágico Zakzak Fuerteenelbrazo a precios muy populares… o que, por lo menos, a Zakzak sí que le caían bien.

Tiffany no podía permitírselo. La brujería solo podía intercambiarse, se suponía que no debía venderse. A la señorita Traición no le importaba que cobrara por sus quesos, pero de todos modos el precio del papel estaba por las nubes allí arriba y los buhoneros nunca llevaban mucho para vender. Sin embargo, lo que sí solían llevar era veinticinco o cincuenta gramos de caparrosa verde, con la que podía hacer una tinta decente si la mezclaba con agalla de roble machacada o cáscara de nuez verde.

El diario se había vuelto grueso como un ladrillo por las páginas adicionales que le había ido pegando Tiffany. Había calculado que podía estirarlo dos años más si escribía con letra pequeña.

En la portada de cuero había escrito, con un espetón al rojo, las palabras: «¡¡Prohibido a los feegles!!». Nunca funcionó. Se tomaban esa clase de cosas como una invitación. Así que últimamente escribía algunas partes del diario cifradas. La lectura no era un talento natural entre los feegles de la Colina de Caliza, así que con toda probabilidad jamás le cogerían el tranquillo a un código.

Miró a su alrededor con cautela, por si acaso, y abrió el enorme candado que cerraba una cadena en torno al libro. Hojeó hasta la fecha actual, mojó la pluma en tinta y escribió:



Sí, un copo de nieve sería una buena forma de representar al Forjador de Invierno.

Se ha quedado ahí de pie, pensó.

Y ha huido porque yo he chillado.

Lo que ha sido algo bueno, por supuesto.

Hum…

Pero… ojalá no hubiera chillado.

Abrió la mano. La imagen del caballo aún estaba allí, blanca como la caliza, pero no le dolía en absoluto.

Tiffany tuvo un leve escalofrío y recobró la compostura. Había conocido al espíritu del Invierno, ¿y qué? Era bruja. A veces pasaban esas cosas. Él había venido con toda la educación del mundo a devolverle lo que era suyo y luego se había marchado. No había ninguna necesidad de ponerse en plan sentimental. Tenía cosas que hacer.

Entonces escribió: «Crt d R».

Abrió con mucha delicadeza la carta de Roland; no le costó mucho porque la baba de babosa no pega muy bien. Con un poco de suerte, hasta podría volver a usar el sobre. Se encorvó sobre la carta para que nadie pudiera leerla por encima de su hombro. Por último, dijo:

—Señorita Traición, ¿puede salir de mi cara, por favor? Necesito usar los globos oculares en privado.

Hubo un silencio y luego un refunfuño, y el cosquilleo de detrás de sus ojos desapareció.

Recibir carta de Roland siempre estaba… bien. De acuerdo, solían tratar de ovejas y demás asuntos de la Caliza, y a veces venían acompañadas de una flor seca, campanillas o primaveras. La abuela Dolorido no lo habría visto con buenos ojos: siempre decía que, si las colinas hubieran querido que la gente arrancara las flores, harían que crecieran más.

Las cartas siempre le daban nostalgia.

Un día la señorita Traición le había preguntado: «Ese joven con el que te carteas… ¿es tu galán?», y Tiffany había cambiado de tema para tener tiempo de consultar la palabra en el diccionario, y luego más tiempo para que le bajara el rubor.

Roland era… en fin, lo que tenía Roland es que… lo más notable de… bueno, el caso era que… estaba allí.

Sí, cuando lo conoció era un tarugo bastante inútil y tonto, pero ¿qué podía haber esperado? Llevaba un año prisionero de la Reina de los Elfos, para empezar, y estaba gordo mantecoso y medio enloquecido de azúcar y desesperación. Además, lo habían criado dos tías suyas muy estiradas, ya que a su padre —el barón— le interesaban más los perros y los caballos.

Desde entonces, más y menos había cambiado: más considerado y menos pendenciero, más serio y menos idiota. Además le habían tenido que poner gafas, las primeras que se veían en la historia de la Caliza.

¡Y tenía una biblioteca! ¡Con más de cien libros! En realidad pertenecía al castillo, pero nadie más mostraba el menor interés en ella.

Algunos libros eran gigantescos y antiguos, con cubiertas de madera, letra grande y negra y dibujos a color de animales extraños y parajes lejanos. Estaba el Libro de los días inusuales de Avisparro, el Por qué las cosas no son de otra manera de Bollibaya y todos los volúmenes de la Enciclopedia Ominosa menos uno. Roland se había quedado anonadado al ver que Tiffany leía en idiomas extranjeros, y ella se había cuidado mucho de revelarle que lo hacía con la ayuda de lo que quedaba del doctor Bullicio.

El caso era… la cosa era… en fin, ¿a quién más tenían ellos dos? Roland no podía hacer amigos entre los chicos del pueblo, le era imposible del todo, por aquello de ser hijo del barón y demás. Pero ahora Tiffany llevaba el sombrero puntiagudo, que tenía su peso. La gente de la Caliza no era muy partidaria de las brujas, pero ella era nieta de la abuela Dolorido, ¿verdad? A saber lo que habría aprendido de la buena mujer, allá arriba en la cabaña de pastoreo. Y cuentan que les dio una buena lección de brujería a todas esas brujas que tienen en las montañas, ¿eh? ¿Y os acordáis de la temporada de cría del año pasado? ¡Caray, si solo le faltaba devolver los corderos muertos a la vida con nada más que mirarlos! Y es una Dolorido, y esa familia lleva estas colinas en los huesos. Es bueno tenerla. Es nuestra, ¿sabes?

Estaba bien, pero por otra parte significaba que había perdido a todos sus viejos amigos. Los chicos de la Caliza que habían sido amables con ella eran ahora… respetuosos, por el sombrero. Había una especie de barrera, como si ella hubiera crecido y ellos no. ¿De qué podían hablar? Tiffany había visitado lugares que no podían ni imaginarse. La mayoría de ellos ni siquiera había llegado a Doscamisas, que estaba solo a medio día de distancia. Y les traía sin cuidado. Iban a trabajar en lo mismo que sus padres o a criar niños igual que sus madres. Ojo, que no tiene nada de malo, añadió enseguida Tiffany para sus adentros. Pero no lo habían decidido ellos. Simplemente estaba sucediéndoles sin que se dieran cuenta.

En las montañas pasaba lo mismo. Las únicas personas de su edad con quienes podía hablar de verdad eran las otras aprendices de bruja, Annagramma y las demás. Cualquier intento de entablar conversación con alguien de los pueblos, sobre todo con los chicos, era una pérdida de tiempo. Todos se limitaban a bajar la mirada, farfullar y removerse inquietos, como hacía la gente de casa cuando el barón se dirigía a ellos.

En realidad, Roland también hacía todo aquello, además de ponerse rojo cada vez que lo miraba. Siempre que Tiffany iba al castillo, o si daban un paseo por las colinas, el aire se llenaba de silencios incómodos… igual que acababa de pasar con el Forjador de Invierno.

Leyó la carta con atención, intentando no hacer caso a las mugrosas huellas dactilares de feegle que la recubrían. Roland había tenido el detalle de incluir unos cuantos folios en blanco.

Alisó uno con gran meticulosidad, se quedó un rato mirando la pared y empezó a escribir.

Abajo, en la recocina. H[[2]](#footnote-2)oracio el queso acababa de salir de detrás del cubo de las sobras. Estaba ante la puerta trasera. Si algún queso tuvo alguna vez un aire pensativo, Horacio lo tenía ahora.

En la minúscula aldea de Doscamisas, el cochero del correo pasaba por algunas dificultades. Gran parte de la correspondencia procedente de los alrededores de Doscamisas acababa en la tienda de regalos del pueblo, que también hacía las veces de oficina de correos.

En general, el cochero recogía la saca y se marchaba, pero aquel día había surgido un problema. Ahora estaba pasando las páginas del Reglamento Postal con desesperación.

La señorita Lento seguía dando golpecitos en el suelo con el pie. Aquello ponía al hombre de los nervios.

—Ah, ah, ah —dijo el cochero en tono triunfal—. ¡Aquí dice que no se permiten animales, pájaros, dragones ni peces!

—¿Y cuál de entre ellos cree que soy? —preguntó la señorita Lento, gélida.

—Ah, bueno, ya, pero el ser humano viene a ser como un animal, ¿no? O sea, mire los monos…

—No tengo la menor intención de mirar a los monos —interrumpió la señorita Lento—. Ya he visto las cosas que les gusta hacer.

El cochero entendió a la primera que no le convenía seguir por ese camino, y siguió pasando páginas con furia. Entonces sonrió.

—¡Ah, ah, ah! ¿Cuánto pesa usted, señorita?

—Cincuenta gramos —respondió la señorita Lento—, que casualmente es el peso máximo permitido para una carta enviada a la zona de Lancre y el Interior Cercano por diez peniques. —Señaló los dos sellos que llevaba pegados a la solapa—. Ya he comprado los sellos.

—¡Usted no pesa cincuenta gramos ni de milagro! —dijo el cochero—. ¡Pesa cincuenta y cinco kilos como mínimo!

La señorita Lento suspiró. Habría preferido no tener que hacerlo, pero Doscamisas no era Tuerceperro, al fin y al cabo. Al ser un pueblo pegado al camino, veía pasar el mundo. Levantó una mano y pulsó el botón que accionaba su sombrero.

—¿Le gustaría que olvidara eso último que ha dicho? —preguntó.

—¿Por qué? —replicó el cochero.

La señorita Lento miró inexpresiva al hombre durante un tiempo. Entonces levantó la mirada.

—Disculpe —dijo—. Ocurre muchas veces, me temo. Es por tanto chapuzón, ¿sabe? El resorte se oxida.

Dio un manotazo en un lado del sombrero. La punta oculta ascendió de golpe, esparciendo florecillas de papel.

Los ojos del cochero la siguieron hacia arriba.

—Oh.

Y lo que tenían los sombreros puntiagudos era lo siguiente: la persona que llevaban debajo era, sin duda alguna, una bruja o un mago. Era cierto que alguien que no lo fuese podría hacerse con un sombrero puntiagudo y salir a la calle con él, y no le pasaría nada hasta el momento en que se encontrara a un propietario real de sombrero puntiagudo. A los magos y las brujas no les gustan los impostores. Tampoco les gusta que les hagan esperar.

—¿Qué peso ha dicho que me veía, si no le importa repetírmelo? —preguntó.

—¡Cincuenta gramos! —se apresuró a responder el cochero.

La señorita Lento sonrió.

—¡Sí! ¡Ni un escrúpulo más! Un escrúpulo, por supuesto, es el peso de veinte granos o la veinticuatroava parte de una onza. De hecho, podría decirse que soy… ¡inescrupulosa!

Esperó para ver si aquel chiste tan extremadamente profesoril se llevaba una sonrisa, pero no le molestó no lograrla. La señorita Lento disfrutaba bastante siendo más lista que los demás.

Se subió al carro.

Mientras el correo se adentraba en las montañas, empezó a nevar. La señorita Lento, que sabía que no existen dos copos de nieve idénticos, no les prestó ninguna atención. Si lo hubiera hecho, se habría sentido un pelín menos lista.

Tiffany dormía. En la chimenea de su cuarto había un fuego encendido. Abajo, el telar de la señorita Traición tejía el discurrir de la noche…

Unas siluetas pequeñas y azules cruzaron con sigilo el suelo del dormitorio y, formando una pirámide feegle, coronaron la mesita que Tiffany utilizaba como escritorio.

Tiffany dio media vuelta en la cama e hizo un ruidito de «snfgl». Los feegles se quedaron quietos como estatuas, solo por un instante, y al siguiente la puerta de la habitación estaba cerrándose con suavidad a sus espaldas.

Un borrón azul levantó un reguero de polvo en la estrecha escalera, por todo el suelo de la sala del telar, hacia la recocina y cruzando un extraño agujero con forma de queso en la puerta que daba al exterior. A partir de ahí se transformó en un reguero de hojas revueltas que se internó en la profundidad del bosque, donde ardía una pequeña hoguera. El fuego iluminaba los rostros de una horda de feegles, aunque tal vez no por voluntad propia.

El borrón se detuvo y se transformó en unos seis feegles, dos de los cuales cargaban con el diario de Tiffany.

Lo depositaron con cuidado en el suelo.

—A esa casa non volvemos ni trompos —dijo Yan Grande—. ¿Visteis las calaveras de grandullón que tiene? ¡A esa arpía non hay que buscarle las cosquiñas!

—Aj, ya volvió a ponerle una candicosa de esas —soltó Wullie Chiflado, rodeando el diario.

—Rob, non puedo evitar pensar que leerlo non está ben —dijo Billy Mandíbula, mientras Rob metía el brazo en el ojo de la cerradura—. ¡Es personal!

—Es nuestra arpía. Si es personal para ella, es personal para nosotrus —sentenció Rob sin inmutarse, hurgando por dentro del mecanismo—. Además, seguru que quiere que léalo alguien, porque escribió cosas. ¿Qué sentido tiene escribir cosas si non quieres que léalas nadie? ¡Son ganas de gastar lápiz!

—A lo mejor quiérelo para leerlu ella misma —insistió Billy aún dudoso.

—¿Ah, sí? ¿Qué sentidu tendría hacer algu como eso? —replicó Rob desdeñoso—. Si ya sabe lo que pone. Y Jeannie quiere saber qué opina la arpiíña del rapaz del barón.

Hubo un chasquido y el candado se abrió. La feeglidad reunida observó con atención.

Rob pasó las páginas susurrantes y sonrió.

—Aj, aquí escribió: «Oh, los estupendos feegles han aparecidu otra vez» —La frase recibió una ovación general.

—Aj, qué amable de su parte escribirlu —dijo Billy Mandíbula—. ¿Déjasme verlo? —Y leyó: «Oh, estupendo, los feegles han aparecido otra vez»—. Ah.

Billy Mandíbula había llegado con Jeannie desde el lejano clan del Lago Largo. En su viejo clan había más costumbre de leer y escribir y, como Billy era el gonnagle, se esperaba de él que tuviera talento en ambas disciplinas.

Los feegles de la Colina de Caliza, por su parte, tenían más costumbre de beber, robar y pelear, y Rob Cualquiera tenía talento haciendo las tres cosas. Sin embargo, había aprendido a leer y escribir porque se lo había pedido Jeannie. Se desenvolvía con mucho más optimismo que precisión, Billy lo sabía; cuando se enfrentaba a una frase larga, tendía a descifrar unas pocas palabras y después adivinar a lo loco.

—El arte de la leyenda va sobre todu de entender lo que las palabriñas intentan decirte, ¿verdad? —preguntó Rob.

—Sí, puede ser —intervino Yan Grande—, peru ¿alguna palabriña de ahí dícenos si a la arpiíña gústale el montón de porcallada ese del castillu de piedra?

—Qué alma más ro-mán-tica que tienes —dijo Rob—. Y la respuesta es: non puede saberse. Algunos trozos de las cartas escríbenselos en codiguiños de esos. A un lector non deberían hacérsele esas cosas tan terribles. Ya cuesta lo suyu leer las palabras normales, para que encima vayan y maréentelas todas.

—La cosa pondrásenos muuuy negra a todos si la arpiíña grandullona empieza a preocuparse de los rapaces y no de aprender la sabienda de las arpiadas —señaló Yan Grande.

—Ya, pero al chaval non interésale casarse —apuntó Angus Levemente Loco.

—Puédele interesar un día —replicó Billy Mandíbula, que se había aficionado a observar a los humanos—. Casi todos los grandullones cásanse antes o después.

—¿En seriu? —dijo un feegle estupefacto.

—Y tantu.

—¿Quieren casarse?

—Muchos de ellos quieren, sí —afirmó Billy.

—¿Y que acábeseles lo de beber, robar y pelear?

—¡Eh, que yo aún puedu beber, robar y pelear un poquín! —exclamó Rob Cualquiera.

—Sí, Rob, pero non pudimos evitar fijarnos en que agora además tienes que hacer la Explicamienda —dijo Wullie Chiflado. Hubo un asentimiento general entre la multitud. Para los feegles, Dar Explicaciones era un arte oscura. ¿Cómo podía ser tan difícil?—. Refiérome a que, cuando volvemos de beber, robar y pelear, Jeannie te hace la Fruncienda de los Labios —explicó.

Un gemido se alzó de labios de todos los feegles:

—¡Oh, non, la Fruncienda de los Labios non!

—Y tambén está la Cruzanda de los Brazos —dijo Wullie porque estaba dándose miedo hasta a sí mismo.

—¡Oooh, lamentu, lamentu, lamentu, la Cruzanda de los Brazos! —aullaron los feegles, tirándose de los pelos.

—Y eso por non hablar de la Tapeteanda de los Pieses… —Wullie dejó la frase ahí porque no quería hablar de la Tapeteanda de los Pieses.

—¡Aaaj! ¡Oooh! ¡La Tapeteanda de los Pieses no! —Algunos feegles empezaron a darse cabezazos contra los árboles.

—Sí, sí, sí, pero —soltó Rob Cualquiera a la desesperada— lo que non sabéis vosotrus es que todo esu forma parte de los escondos del maridismo.

Los feegles se miraron entre ellos. Todo quedó en silencio, salvo por el crujido de un árbol pequeño al caer al suelo.

—Nunca oímos hablar de nada parecidu, Rob —dijo Yan Grande.

—¡Ja, y non extráñame! ¿Quién íbaoslo a contar? ¡Non estáis casados! Non pilláis la si-mi-tía-po-é-ti-ca de todo el asuntu. Acercaos, que cuéntooslo…

Rob miró a su alrededor para asegurarse de que no le escuchara nadie aparte de unos quinientos feegles, y siguió hablando:

—Veréis… primeru tú marchas a beber y pelear y robar, hasta ahí todo ben. Y cuando vuelves al túmulo, es hora de la Tapeteanda de los Pieses…

—¡Oooh!

—… y la Cruzanda de los Brazos…

—¡Aaaj!

—… y, por supuestu, la Fruncienda de los Labios y… ¡a ver, pámpanos, vale ya con tanto melindre o empezaré a chocar unas testas con otras! ¿Estamos?

Todos los feegles callaron excepto uno:

—¡Oh, lamentu, lamentu, lamentu! ¡Ooooh! ¡Aaaaj! ¡La Fruncienda… de… los…!

Dejó la frase en el aire y miró a su alrededor, avergonzado.

—¡Wullie Chiflado! —exclamó Rob Cualquiera con paciencia glacial.

—¿Sí, Rob?

—¿Recuerdas que díjete que algunas veces tienes que escuchar las cosas que digo?

—¿Sí, Rob?

—Esta fue una de esas veces.

Wullie Chiflado dejó caer la barbilla sobre el pecho.

—Lo sientu, Rob.

—¡Ben! A ver, ¿por dónde andaba…? Ah, sí… encuéntraste con los labios y los brazos y los pieses, ¿vale? Peru entonces…

—¡Es el momentu de Hacer la Explicamienda! —exclamó Wullie Chiflado.

—¡Ajá! —saltó Rob Cualquiera—. ¿Y quién de vosotros, babayus, quiere ser el que atrévase a Hacer la Explicamienda, eh?

Miró a su alrededor.

Los feegles retrocedieron arrastrando los pies.

—Con la kelda toda fruncida y cruzada y tapeteada —siguió diciendo Rob con voz calamitosa—, y esa mirada en sus majos ojos que dice: «Más válete que la Explicamienda sea de las buenas». ¿Qué? ¿Alguno atrévese?

En aquel punto los feegles estaban sollozando y mordiéndose los bordes de los kilts, aterrorizados.

—Non, Rob —murmuraron.

—¡Exactu, non! —exclamó victorioso Rob Cualquiera—. ¡Normal que non! ¡Es porque non tenéis la sabienda del maridismo!

—Oí decir a Jeannie que ocúrrensete unas Explicamiendas que non intentaría ningún otro feegle del mundo —dijo Wullie Chiflado en tono de admiración.

—Sí, es muy posible —asintió Rob hinchándose de orgullo—. ¡Y los feegles tenemos una larga tradición de Explicamiendas grandes comu una casa!

—Dijo que a veces hacíasle una Explicamienda tan larga y retorcida que, para cuando llegabas al final, ya non acordábase del principiu —continuó Wullie Chiflado.

—Es un don natural, tampocu quisiera presumir —dijo Rob, con un gesto de modestia.

—Me da a mí que los grandullones non pueden ser muy buenus con la Explicamienda —apuntó Yan Grande—. Piensan muy lentu.

—Pero aun así, cásanse —señaló Billy Mandíbula.

—Sí, y el rapaz del gran castillu es demasiado amable con la arpiíña grandullona —dijo Yan Grande—. Su padre está poniéndose viejo y enfermu, y el chaval non tardará en ser el dueñu de un castillu de piedra grandote y de todus esos papeliños que dicen que las colinas son suyas.

—A Jeannie dale canguelo que, si danle los papeliños que dicen que las colinas son suyas —siguió diciendo Billy Mandíbula—, éntrele la tontuna y crea que pertenécenle. Y todos sabemus lo que viene después, ¿verdad?

—Sí —dijo Yan Grande—. Los arados.

Era una palabra repugnante. El viejo barón había acariciado la idea de arar algunas de las zonas más llanas de la Caliza porque el trigo estaba vendiéndose caro y las ovejas no daban dinero, pero por aquel entonces la abuela Dolorido estaba viva y le había hecho cambiar de opinión.

Con todo, había pastos en la Caliza que ya se cultivaban. En efecto, el grano se vendía a buen precio. Los feegles daban por hecho que Roland también recurriría al arado. ¿Acaso no lo habían criado esas dos tías suyas tan vanidosas, intrigantes y desagradables?

—Non fíome de él —observó Angus Levemente Loco—. Lee libros y tal. Non preocúpase por la tierra.

—Ajá —dijo Wullie Chiflado—. Peru si estuviera casado con la arpiíña grandullona, non pensaría en el arado, porque la arpiíña haríale la Fruncienda de los Brazos…

—¡Es la Cruzanda de los Brazos! —le corrigió Rob Cualquiera.

Todos los feegles miraron temerosos a su alrededor.

—¡Nooo, la Cruzanda de los…!

—¡Chistad el boquerón! —bramó Rob—. ¡Vergüénzome de todos vosotrus! ¡La arpiíña grandullona puédese casar con quien quiera! ¿Non es así, gonnagle?

—¿Hum? —gruñó Billy mirando hacia arriba. Atrapó un copo de nieve.

—Dije que la arpiíña grandullona puédese casar con quien quiera, ¿verdad?

Billy estaba contemplando el copo de nieve.

—¿Billy? —insistió Rob.

—¿Qué? —soltó Billy como si despertara—. Ah… sí. ¿Crees que pueda querer casarse con el Forjador de Inviernu?

—¿El Forjador? —dijo Rob—. Ese non puédese casar con nadie. Es comu un espíritu, ¡non tiene sustancia!

—Peru ella bailó con él. Vímosla todos —replicó Billy, cogiendo otro copo al vuelo e inspeccionándolo.

—¡Eso es entusiasmu juvenil y puntu, hombre! Además, ¿por qué iba a pensar la arpiíña grandullona en el Forjador de Inviernu?

—Tengo motivos para creer —dijo muy despacio el gonnagle, mientras más copos caían meciéndose— que el Forjador de Inviernu está pensando muchu en la arpiíña grandullona…

# IMAGE

Dicen que nunca puede haber dos copos de nieve que sean idénticos, pero ¿alguien lo ha comprobado últimamente?

La nieve caía poco a poco en la oscuridad. Se amontonaba en los tejados, se abría camino a besos entre las ramas de los árboles y se posaba en el suelo del bosque con un leve chisporroteo y un penetrante olor metálico.

Yaya Ceravieja siempre comprobaba la nieve. Estaba de pie en el umbral de su casa, mientras la luz de las velas escapaba entre ella y el marco de la puerta, y recogía copos con una pala vuelta hacia abajo.

La gatita blanca miraba los copos de nieve. Era lo único que hacía. No les daba zarpazos; solo observaba, con gran atención, cómo cada copo trazaba una espiral antes de aterrizar. Entonces la gatita le prestaba atención un rato más, hasta que se convencía de que el entretenimiento había terminado y seleccionaba otro copo.

Se llamaba Tú, como en las frases «¡Tú, ya basta!» o «¡Tú, fuera de ahí!». A la hora de poner nombres, Yaya Ceravieja no se andaba con virguerías.

Yaya miró los copos de nieve y sonrió a su manera no-amable-del-todo.

—Tú, tira para adentro —dijo, y luego cerró la puerta.

La señorita Lento estaba tiritando junto al fuego. No había mucha llama, solo la suficiente. Sin embargo, desde una pequeña cazuela apoyada en las brasas subía un olor a budín de panceta y guisantes, y junto a ella había otra mucho más grande de la que emanaba un aroma a pollo. A la señorita Lento no solían darle de comer pollo, así que vivía ilusionada.

Debe decirse que Yaya Ceravieja y la señorita Lento no se llevaban bien. Es lo normal entre las brujas expertas. Podía apreciarse en lo extremadamente educadas que se mostraban todo el tiempo.

—Este año la nieve ha empezado pronto, señora Ceravieja —señaló la señorita Lento.

—Muy cierto, señorita Lento —asintió Yaya—. Y es muy… interesante. ¿Le ha echado un vistazo?

—Ya he visto nieve antes, señora Ceravieja —dijo la señorita Lento—. Es más, he tenido nevada todo el camino hasta aquí arriba. ¡Si hasta he tenido que ayudar a empujar el carro del correo! ¡He visto demasiada nieve, de largo! Pero ¿qué vamos a hacer con Tiffany Dolorido?

—Nada, señorita Lento. ¿Le apetece más té?

—La chica es responsabilidad nuestra, podría decirse.

—No. Es suya, ante todo. Es bruja. Bailó la Danza del Invierno. Yo vi cómo lo hacía.

—Seguro que no era su intención —apuntó la señorita Lento.

—¿Cómo se puede bailar sin tener intención?

—Es joven. Lo más probable es que la emoción le moviera los pies. No sabía lo que estaba ocurriendo.

—Pues tendría que haberse enterado —dijo Yaya Ceravieja—. Tendría que haber hecho caso.

—Seguro que cuando tenía casi trece años usted siempre obedecía en todo, señora Ceravieja —soltó la señorita Lento, con solo una pizca de sarcasmo.

Yaya Ceravieja contempló la pared un momento.

—No —respondió—. Cometí errores. Pero no ponía excusas.

—Creía que quería ayudar a la niña…

—La ayudaré a que se ayude a sí misma. Yo lo hago así. Se ha metido bailando en la Historia más vieja que existe, y la única salida está en el otro extremo. La única salida, señorita Lento.

La bruja más joven suspiró. Historias, se dijo. Yaya Ceravieja cree que el mundo consiste en historias. En fin, cada una tiene sus rarezas. Menos yo, obviamente.

—Claro. Es solo que Tiffany es tan… normal —afirmó en voz alta—. Teniendo en cuenta todo lo que ha hecho, quiero decir. Y piensa muchísimo. Ahora que el Forjador de Invierno está prestándole atención, me temo…

—Ella le fascina —explicó Yaya Ceravieja.

—Supondrá un gran problema.

—Que va a tener que resolver.

—¿Y si no puede?

—Entonces no es Tiffany Dolorido —sentenció Yaya Ceravieja—. ¡Sí, ahora mismo ya está dentro de la Historia, solo que no lo sabe! Mire la nieve, señorita Lento. Se dice que no existen dos copos iguales, pero ¿cómo van a saberlo ellos? ¡Qué listos se creen! Siempre he querido pillarles. ¡Y les he pillado! Ande, salga un momento y mire la nieve. ¡Mire la nieve, señorita Lento! ¡Todos los copos son idénticos!

Tiffany oyó que llamaban a la diminuta ventana de su dormitorio y tuvo que esforzarse para abrirla. En el alféizar se había acumulado una nieve suave y algodonosa.

—Non queríamos despertarte —dijo Rob Cualquiera—, pero Billy Terriblemente Pequeñín dice que estu tienes que verlo.

Tiffany bostezó.

—¿Qué tengo que ver? —farfulló.

—Pesca unos pocos copos de esos —sugirió Rob—. Non, con la mano non, que derrítense enseguida.

En la penumbra, Tiffany tanteó en busca de su diario. No estaba. Miró al suelo, por si lo había tirado sin querer. Entonces Rob Cualquiera encendió una vela con el fogonazo de una cerilla y allí estaba el diario, como si nunca se hubiera movido, aunque Tiffany se fijó en que tenía un sospechoso tacto frío. Rob ponía cara de inocencia, lo que era un claro signo de culpabilidad.

Tiffany dejó las preguntas para más tarde y sacó el diario por la ventana. Unos copos se posaron en él y Tiffany los observó cuidadosamente.

—Parece nieve normal y corr… —empezó a hablar pero se detuvo y luego exclamó—: Oh, no… ¡Esto tiene que ser un truco!

—¿Sí? Buenu, podríamos llamarlu así —dijo Rob—, pero el truco hízolo él, ya sabes.

Tiffany miró boquiabierta los copos que caían, flotando a la luz de la vela.

Hasta el último de ellos era Tiffany Dolorido. Una pequeña, congelada y centelleante Tiffany Dolorido.

En la planta de abajo, la señorita Traición se echó a reír.

El pomo de la puerta del dormitorio que había en la cima de la torre se sacudió con furia. Roland de Chumsfanleigh (pronunciado «Chofli»; no era culpa suya) se esmeró en no prestarle atención.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro, niño? —prorrumpió una irritante voz amortiguada.

—Nada, tía Danuta —respondió Roland sin girar la cabeza de su escritorio. Una de las ventajas de vivir en un castillo era que las habitaciones eran fáciles de atrancar; en su puerta había tres cerraduras de hierro y dos trancas tan gruesas como su brazo.

—¡Tu padre está llamándote a gritos, no sé si lo sabes! —se oyó otra voz más irritante si cabe.

—Será a susurros, tía Araminta —dijo Roland con calma, concentrado en escribir una dirección en un sobre—. Solo grita cuando le echáis encima a los médicos.

—¡Es por su propio bien!

—Grita —repitió Roland, y entonces lamió la solapa del sobre.

La tía Araminta volvió a sacudir el pomo de la puerta.

—¡Eres un niño muy desagradecido! ¡Ahí dentro te morirás de hambre y lo sabes! ¡Haremos que los guardias derriben esta puerta!

Roland suspiró. El castillo lo habían construido personas a las que no les gustaba que derribaran sus puertas, y si alguien lo intentaba con aquella antes tendría que subir el ariete por una escalera de caracol sin espacio arriba para girar, y luego hallar la forma de echar abajo una puerta con cuatro tablones de grosor, hecha de madera de roble tan vetusta que era dura como el hierro. Un solo hombre podía defender aquella habitación durante meses si contaba con provisiones. Oyó a sus tías refunfuñar un poco más en el rellano, y luego el eco de sus zapatos mientras bajaban la escalera de la torre. Después escuchó que volvían a chillar a los guardias.

De poco iba a servirles. Al sargento Roberts y sus hombre. no [[3]](#footnote-3)les hacía ninguna gracia obedecer órdenes de las tías. Pero no era ningún secreto que, si el barón fallecía antes de que el chico tuviera veintiún años, las tías gobernarían el castillo y sus terrenos hasta que los cumpliera. Y aunque el barón estaba muy enfermo, no había muerto. No era buena época para ser un guardia desobediente, pero el sargento y sus hombres sobrevivían a la furia de las tías siendo, cuando sus órdenes lo justificaban, sordos, tontos, olvidadizos, confundidos, enfermos, perdidos o —en el caso de Kevin— extranjeros.

De momento, Roland solo hacía excursiones de madrugada, cuando no había nadie y podía saquear la cocina. También aprovechaba para ir a ver a su padre. Los médicos mantenían al anciano sedado con algo, pero Roland le cogía la mano un rato a modo de consuelo. Si veía algún frasco con avispas o sanguijuelas, lo arrojaba al foso.

Miró el sobre. A lo mejor debería contarle todo aquello a Tiffany, pero no acababa de gustarle la idea. Se preocuparía, y a lo mejor intentaba rescatarle otra vez, lo cual no estaría bien. Era algo que tenía que afrontar él solo. Además, él no se había encerrado allí dentro: había encerrado fuera a los demás. Mientras la torre permaneciera en su poder, habría un lugar que no podrían registrar, forzar y robar. Roland había metido los candeleros de plata que quedaban bajo la cama, junto con lo que pudo rescatar de la antigua cubertería de plata («Se la han llevado para tasarla», dijeron) y el joyero de su madre. Eso último lo había encontrado un poco tarde: ya faltaban el anillo de boda y un collar de plata y granates que había heredado de la abuela.

Pero al día siguiente se levantaría temprano y cabalgaría con la carta hasta Doscamisas. Le gustaba escribirlas. Las cartas transformaban el mundo en un lugar mejor, ya que no tenía que incluir las partes malas.

Roland suspiró. Le habría gustado contar a Tiffany que había encontrado un libro en la biblioteca titulado Asedios y supervivencia, del famoso general Callus Tacticus (el inventor de la «táctica», qué interesante). ¿Quién iba a decir que un libro tan vetusto podía serle tan útil? El general insistía mucho en la importancia de las provisiones, así que Roland tenía acumulada una gran cantidad de patatas pequeñas, salchichas grandes y pesado pan de los enanos, que venía muy bien para dejar caer sobre la gente.

Miró al otro lado de la sala, donde había un retrato de su madre que había subido desde el sótano en el que lo habían metido («Solo hasta que lo limpien», dijeron). A su lado, si se sabía lo que se buscaba, había una zona de la pared del tamaño aproximado de una puertecita que tenía un tono más claro que las piedras de alrededor. El candelero que había al otro lado estaba un poco inclinado, además.

Vivir en un castillo tenía muchas ventajas.

Fuera empezó a nevar.

Los Nac Mac Feegle entrecerraron los ojos para observar los esponjosos copos desde el tejado de la señorita Traición. A la luz que lograba escapar de las sucias ventanas de abajo vieron pasar revoloteando a las diminutas Tiffanys.

—Dígaselo con copos de nieve —dijo Yan Grande—. ¡Ja!

Wullie Chiflado atrapó un copo que caía en espiral.

—El sombreriño puntiagudo quedole de maravilla, esu hay que reconocerlo —observó—. La arpiíña tiene que gustarle peru mucho.

—¡Non tiene ningún sentidu! —exclamó Rob Cualquiera—. ¡Es el Inviernu! Él es toda la nieve y el hielu y las tormentas y las heladas. ¡Ella es solo una rapaza grandullona! ¡Non véngasme agora con que son la pareja ideal! ¿Tú qué dices, Billy? ¿Billy?

El gonnagle estaba mordisqueando la caña de su gaita de piel de ratón, con la mirada perdida entre los copos de nieve. Pero de algún modo la voz de Rob penetró en sus pensamientos, porque dijo:

—¿Qué sabe él de la gente? Non tiene ni la vida de un insectiño, pero es poderosu como el mar. Y gústale la arpiíña grandullona. ¿Por qué? ¿Qué puede ser ella para él? ¿Qué hará el Forjador agora? Dígoos esto: los copos de nieve son solo el principiu. Debemos estar alerta, Rob. Esto puédese poner feo, pero que muy feo…

En lo alto de las montañas, 990.393.072.007 Tiffanys Dolorido cayeron ligeras sobre la vieja nieve prensada de una cima y provocaron un alud que se llevó por delante más de cien árboles y una cabaña de cazadores. No fue culpa de Tiffany.

Tampoco fue culpa suya que la gente resbalara en las placas resbaladizas de ella, o que no pudiera abrir la puerta porque ella estuviera amontonada en el exterior, o que la golpearan bolas de Tiffany lanzadas por los niños pequeños. Casi toda ella se había fundido al día siguiente a la hora del desayuno, y además nadie notó nada extraño, salvo las brujas que no se fiaban de lo que decía la gente y muchos niños a los que nadie hizo caso.

Aun así, Tiffany se levantó sintiéndose muy avergonzada.

La señorita Traición no mejoró las cosas en nada.

—Por lo menos le gustas —dijo mientras daba cuerda a su reloj con ahínco.

—No sabría qué decirle, señorita Traición —respondió Tiffany, a quien no le apetecía nada hablar de ese tema. Estaba fregando platos en el fregadero, de espaldas a la anciana, y se alegraba de que la bruja no pudiera verle la cara… y ya puestos, de no ver ella la cara de la señorita Traición.

—Me pregunto qué opinará ese joven tuyo de todo esto…

—¿A qué joven se refiere, señorita Traición? —dijo Tiffany, en el tono más pétreo que pudo lograr.

—¡El que te escribe cartas, niña!

Que supongo que lees por medio de mis ojos, pensó Tiffany.

—¿Roland? Es un amigo… más o menos.

—¿Más o menos un amigo?

No pienso entrar al trapo, pensó Tiffany. Seguro que está sonriendo. De todas formas, no es asunto suyo.

—Sí —respondió—. Eso es, señorita Traición. Más o menos un amigo.

Hubo un largo silencio que Tiffany empleó en frotar la parte de abajo de una sartén de hierro.

—Tener amigos es importante —dijo la señorita Traición con una voz que de algún modo era más pequeña que antes. Sonaba como si Tiffany hubiera ganado—. Cuando acabes, querida, acércame mi saquito del batiburrillo, por favor.

Tiffany se lo llevó antes de huir hacia la lechería. Siempre la tranquilizaba estar allí. Le recordaba su hogar y le aclaraba las ideas. Le…

Había un agujero con forma de queso en la parte de abajo de una puerta, pero Horacio volvía a estar en su jaula rota, emitiendo un «mnmnmnmn» muy tenue que tal vez fuese un ronquido quesuno. Lo dejó estar y se ocupó de la leche matutina.

Por lo menos no nevaba. Notó que empezaba a ruborizarse y trató de evitar pensar en ello.

Y, para colmo, aquella noche tenían aquelarre. ¿Las otras chicas lo sabrían? ¡Ja! Claro que lo sabrían. Las brujas prestaban atención a la nieve, sobre todo si podía resultar embarazosa para alguien.

—¿Tiffany? Quiero hablar contigo —la llamó la señorita Traición.

Era de las primeras veces que la bruja usaba el nombre de Tiffany. Oírla pronunciarlo era bastante preocupante.

La señorita Traición tenía un batiburrillo entre las manos. Su ratón lazarillo se balanceaba incómodo entre los trocitos de hueso y cinta.

—Qué contrariedad —dijo, y luego levantó la voz—: ¡Aj, a ver, babayus! ¡Salid todos! ¡Sé que estáis ahí! ¡Véoos mirándome! —Aparecieron cabezas de feegle desde detrás de prácticamente todo—. ¡Bien! ¡Tiffany Dolorido, siéntate! —Tiffany se sentó a toda prisa—. Y en qué mal momento, caray —añadió la señorita Traición, dejando el batiburrillo en la mesa—. Qué inconveniente. Pero no hay la menor duda. —Hizo una pausa antes de continuar—: Moriré pasado mañana. El viernes, justo antes de que den las seis y media de la mañana.

Era una afirmación imponente que no mereció esta respuesta:

—Vaya, qué pena perderse el fin de semana —dijo Rob Cualquiera—. ¿Va a algún sitiu bonito?

—Pero… pero… ¡no puede morirse! —estalló Tiffany—. ¡Tiene ciento trece años, señorita Traición!

—¿Sabes? Es muy posible que el motivo sea ese, niña —explicó la señorita Traición con voz calmada—. ¿No te habían dicho que las brujas tenemos un aviso cuando vamos a morir? De todas formas, me gustan los funerales.

—Oh, sí, non hay nada mejor que un buen veladoiro —dijo Rob Cualquiera—. Con bailes y saludos y comilonas y bebercio a carretadas.

—Puede que haya un poco de jerez dulce —señaló la bruja—. En cuanto a las comilonas, yo siempre digo que con los rollitos de jamón cocido siempre aciertas.

—Pero no puede… —empezó a decir Tiffany, y calló al ver que la señorita Traición giraba de golpe la cabeza, como los pollos.

—¿… dejarte de esta manera? ¿Ibas a decir eso?

—Hum, no —mintió Tiffany.

—Tendrás que mudarte con otra bruja, claro —dijo la señorita Traición—. En realidad no tienes bastante experiencia para quedarte una casita, con la cantidad de chicas más mayores que están esperando…

—Ya sabe que no quiero vivir para siempre en las montañas, señorita Traición —contestó enseguida Tiffany.

—Sí, sí, me lo dijo la señorita Lento —repuso la bruja anciana—. Quieres volver a tus pequeñas colinas de caliza.

—¡No son pequeñas! —exclamó Tiffany, más alto de lo que pretendía.

—Sí, han sido tiempos un poco difíciles para todas —dijo la señorita Traición con toda la tranquilidad del mundo—. Voy a escribir unas cartas que querré que bajes al pueblo, y luego tómate el resto del día libre. El funeral será mañana por la tarde.

—¿Disculpe? ¿Quiere decir antes de que muera?

—¡Hombre, pues claro! ¡A ver por qué no puedo pasar un buen rato yo también!

—¡Ben pensado! —asintió Rob Cualquiera—. Son esos detalles de sentidu común los que la gente siempre olvídase de tener en cuenta.

—Lo llamamos fiesta de despedida —explicó la señorita Traición—. Las invitadas son todas brujas, por supuesto. Los demás tienden a ponerse un poco nerviosos, a saber por qué. Y mira el lado positivo: tenemos ese jamón cocido con tan buena pinta que nos regaló el señor Atabrazos la semana pasada por dirimir la propiedad del castaño, y me encantaría darle un tiento.

Tiffany salió una hora más tarde con los bolsillos llenos de notas para los carniceros, panaderos y granjeros de los pueblos cercanos.

Le sorprendió un poco la recepción que tuvo. Todos daban la impresión de pensar que era broma.

—La señorita Traición ya no está en edad de ir muriéndose por ahí —dijo un carnicero mientras pesaba salchichas—. ¡Dicen que la Muerte ya vino una vez a por ella y se llevó un portazo en toda la cara!

—Trece docenas de salchichas, por favor —pidió Tiffany—. Tráiganoslas ya cocidas.

—¿Estás segura de que va a morirse? —preguntó el carnicero con la incertidumbre empezando a nublarle la cara.

—No. Pero ella sí —respondió Tiffany.

Y el panadero le dijo:

—¿Es que no sabes lo de ese reloj que tiene? Se lo hizo fabricar cuando su corazón murió. Es como un corazón pero de relojería, ¿sabes?

—¿En serio? —preguntó Tiffany—. Pero, si su corazón murió y se hizo construir uno nuevo con mecanismos, ¿cómo se mantuvo viva mientras le hacían el corazón nuevo?

—Ah, eso sería con magia, claro —dijo el panadero.

—Pero el corazón bombea sangre, y el reloj de la señorita Traición está fuera de su cuerpo —señaló Tiffany—. No tiene… tubos…

—Bombea la sangre con magia —explicó el panadero, hablando despacio. La miró torciendo el gesto—. ¿Cómo puedes ser bruja si no sabes estas cosas?

Ocurrió lo mismo en todas partes. Era como si la idea de que ya no hubiera señorita Traición no encajase en la cabeza de nadie. Tenía ciento trece años, y todos argumentaban que cuándo se había visto que alguien muriera a los ciento trece. Decían que sería una broma, o que la bruja tenía un pergamino firmado con sangre que le confería la vida eterna, o que había que robarle el reloj para que pudiera morir, o que cada vez que venía a llevársela el Segador Oscuro le daba un nombre falso o lo mandaba hacia otra persona, o que a lo mejor era solo que estaba un poco pachucha, nada más…

Cuando Tiffany acabó los recados ya empezaba a dudar que fuera a suceder de verdad. Pero la señorita Traición parecía estar convencida. Y si alguien llega a los ciento trece años, lo increíble no es que vaya a morirse mañana, sino que esté vivo hoy.

Con la cabeza llena de pensamientos lúgubres emprendió la marcha hacia el lugar del aquelarre.

En un par de ocasiones le pareció sentirse observada por los feegles. Nunca supo cómo podía notarlo; era un talento que se aprendía. La mayor parte del tiempo se aprendía a soportarlo.

Todas las demás brujas jóvenes ya habían llegado cuando lo hizo Tiffany, y hasta habían encendido una pequeña fogata.

Hay quienes dicen que «aquelarre» es la forma de llamar a una reunión de brujas, y es verdad que así figura en el diccionario. Pero la auténtica palabra que define una reunión de brujas es «discusión».

De todas formas, aquelarre no era una palabra que empleara casi ninguna bruja de las que Tiffany conocía. La señora Carcoma sí la usaba, sin embargo, casi a todas horas. Era una mujer alta, delgada y más bien seca, que llevaba unos anteojos de plata con cadenita y decía palabras como «avatar» y «signáculo». Y Annagramma, que dirigía el aquelarre porque había sido idea suya y tenía el sombrero más alto y la voz más afilada de todas, era su alumna estrella (y única).

Yaya Ceravieja decía siempre que lo que hacía la señora Carcoma era magia de mago pero con un vestido puesto, y la verdad era que Annagramma siempre traía a las reuniones un buen montón de libros y varitas. Las chicas solían hacer algunos de sus rituales místicos para no tener que oírla, ya que, desde su punto de vista, el auténtico propósito del aquelarre era ver a las amigas, aunque sobre todo fuesen amigas porque en realidad eran las únicas personas con quienes podían desahogarse, que tenían sus mismos problemas y que entendían sobre qué rezongaban.

Las reuniones siempre se celebraban en pleno bosque, aunque nevara. En la zona siempre había madera de sobra para encender una fogata, y todas solían llevar ropa de abrigo. Incluso en pleno verano, la comodidad a bordo de una escoba, por bajo que se volara, requería un número de capas de ropa interior que nadie osaría adivinar, y a veces un par de bolsas de agua caliente ceñidas con un cordel.

En aquel momento tres pequeñas bolas de fuego daban vueltas a la hoguera. Las había lanzado Annagramma. Podían usarse para aniquilar a tus enemigos, decía. A las otras brujas les inquietaban. Eran magia de mago, espectacular y peligrosa. Las brujas preferían dejar a sus enemigos muertos en el sitio con una mirada. Matar a tu enemiga no tenía sentido. ¿Cómo sabría entonces que le habías ganado?

Cortiza Jaleo había llevado una bandeja enorme de bizcocho de nuez, perfecto para añadir a las costillas una capa de protección contra el frío.

Tiffany dijo:

—La señorita Traición me ha dicho que va a morir el viernes por la mañana. Dice que lo sabe y punto.

—Es una pena —respondió Annagramma en tono de en-realidad-no-es-una-pena—. Pero estaba ya muy mayor.

—Aún lo está —repuso Tiffany.

—Hum, se llama «la Llamada» —apuntó Petulia Ternilla—. Las brujas viejas saben cuándo van a morir. Nadie entiende cómo funciona. Lo saben y ya está.

—¿Aún tiene esos cráneos? —preguntó Lucy Warbeck, que llevaba el pelo recogido en un moño sobre la cabeza con un cuchillo y un tenedor clavados—. Yo no los soportaba. ¡Me parecía que estaban como, no sé, mirándome todo el rato!

—Yo al final acabé yéndome porque me usaba de espejo —dijo Lulú Cariñín—. ¿Aún lo hace?

Tiffany suspiró.

—Sí.

—Yo me planté y dije que no pensaba ir a vivir allí —intervino Apeoria Cansino, atizando el fuego—. ¿Sabéis eso de que, si abandonas a una bruja sin permiso, las demás ya no te aceptan? ¿Pero que si dejas a la señorita Traición, aunque sea al segundo día, nadie dice ni mu y te buscan otro sitio?

—La señora Carcoma cree que las calaveras, los cuervos y esas cosas son pasarse tres pueblos —añadió Annagramma—. ¡Toda la gente de aquí está literalmente muerta de miedo!

—Hum, ¿qué pasará contigo después? —preguntó Petulia a Tiffany.

—No lo sé. Supongo que iré a algún otro sitio.

—Pobrecita —dijo Annagramma—. ¿La señorita Traición no habrá mencionado quién va a quedarse con su casa, por casualidad? —añadió, como si se le acabara de ocurrir.

El siguiente sonido fue el silencio que irradiaban seis pares de orejas escuchando con tanta atención que casi crujían.

—No —respondió Tiffany.

—¿Ni una pista?

—No.

—No ha dicho que fueras a ser tú, ¿verdad? —preguntó Annagramma bruscamente. Su voz podía ser de lo más molesta. Era capaz de hacer sonar un «hola» como una acusación.

—¡No!

—De todas formas, no eres lo bastante mayor.

—En realidad, no hay… ya sabes, límite de edad como tal —dijo Lucy Warbeck—. No hay ninguna norma, vamos.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? —ladró Annagramma.

—Se lo pregunté a la vieja señora Lodobanco.

Annagramma entrecerró los ojos.

—¿Se lo preguntaste? ¿Por qué?

Lucy puso los ojos en blanco.

—Porque quería saberlo, nada más. Mira, todo el mundo sabe que eres la más mayor y la… ya sabes, la que más tiempo lleva practicando. Está claro que la casita será para ti.

—Sí —dijo Annagramma observando a Tiffany—. Por supuesto.

—Pues ya está, hum, resuelto —zanjó Petulia, más alto de lo necesario—. ¿Anoche os nevó mucho? La vieja madre Gorronegro dijo que no era normal.

Tiffany pensó: Huy, huy, huy, allá vamos…

—Aquí arriba sí que suele empezar tan pronto —observó Lucy.

—A mí me pareció un poco más esponjosa de lo normal —dijo Petulia—. Bastante bonita, si te gustan esas cosas.

—Era nieve y en paz —concluyó Annagramma—. Eh, ¿queréis saber lo que le pasó a la chica nueva que empezó con la señorita Tumulto? ¿La que se fue corriendo y chillando al cabo de una hora? —Puso una sonrisa no muy compasiva.

—Hum, ¿fue por la rana? —aventuró Petulia.

—No, la rana no. La rana le daba igual. Fue por Charlie el Desafortunado.

—Puede dar impresión —asintió Lucy.

Y eso había sido todo, pensó Tiffany mientras el cotilleo seguía su rumbo. Alguien que prácticamente era como una especie de dios había creado miles de millones de copos de nieve a su imagen… ¡y ni se habían dado cuenta!

… lo cual estaba bien, claro…

Claro que sí. Lo último que quería era que le gastaran bromas y le hicieran preguntas tontas, por supuesto. Hombre, eso faltaba…

… pero… en fin… tampoco habría estado mal que lo supieran, que dijeran «Uau», que les entraran celos, miedo o admiración. Y no podía mencionarlo ella, o al menos no podía mencionárselo a Annagramma, porque haría un chiste y dejaría caer sin decirlo que todo eran invenciones de Tiffany.

El Forjador de Invierno había ido a visitarla y se había quedado… impresionado. Era un poco triste que solo lo supieran la señorita Traición y cientos de feegles, sobre todo porque —tuvo un escalofrío— el viernes por la mañana solo lo sabrían cientos de hombrecillos azules.

Dicho de otra manera: si no se lo contaba a alguien que tuviera al menos su mismo tamaño y estuviera vivo, explotaría.

De modo que se lo dijo a Petulia en el camino de vuelta. Vivían en la misma dirección y las dos volaban tan despacio que de noche era más sencillo andar, ya que no se estrellaban contra tantos árboles.

Petulia era una chica rellena, responsable y que ya se había convertido en la mejor bruja de cerdos de las montañas, un título muy importante en una zona donde cada familia tiene un cerdo. Y la señorita Traición le había dicho que los chicos no tardarían en pelearse por ella porque, sabiendo de cerdos, no iban a faltarle pretendientes.

El único problema que tenía Petulia era que siempre estaba de acuerdo con su interlocutor y siempre decía lo que creía que quería oír. Pero Tiffany fue un poco cruel y se limitó a explicarle todos los hechos. Se llevó unos cuantos «uaus» que le complacieron.

Al cabo de un rato, Petulia dijo:

—Eso tiene que haber sido muy… hum, interesante. —Así era Petulia.

—¿Qué voy a hacer?

—Hum… ¿tienes que hacer algo?

—¡Bueno, tarde o temprano la gente se dará cuenta de que todos los copos de nieve tienen mi forma!

—Hum, ¿te preocupa que no se den cuenta? —preguntó Petulia con tanta inocencia que hizo reír a Tiffany.

—¡Pero es que tengo la sensación de que los copos son solo el principio! O sea, ¡él es todo lo que trae consigo el invierno!

—Y se fue corriendo cuando gritaste… —dijo Petulia pensativa.

—Eso es.

—Y luego hizo algo un poco… tonto.

—¿Cómo?

—Los copos de nieve —le explicó Petulia.

—Bueno, yo no diría tanto —replicó Tiffany, algo dolida—. Tonto, tonto, tampoco.

—Está clarísimo —asintió Petulia—. Es un chico.

—¿Qué?

—Un chico. ¿Sabes lo que son? —dijo Petulia—. ¿Sonrojo, gruñido, murmullo, parloteo? Son todos más o menos iguales.

—¡Pero él tiene millones de años y se comporta como si fuera la primera vez que ve a una chica!

—Hum, no sé. ¿Alguna vez había visto a una chica?

—¡Seguro que sí! A Verano, por ejemplo —señaló Tiffany—. Es una chica. Bueno, una mujer. Según he visto en un libro, al menos.

—Supongo que no te queda otra que esperar a ver qué hace. Lo siento. Es que nunca han hecho copos de nieve en mi honor… Mira, ya estamos… —Habían llegado al claro donde vivía la señorita Traición y Petulia empezó a poner cara de nerviosismo—. Hum… todas esas historias que cuentan de ella… —dijo mirando la casita—. ¿Tú estás bien ahí?

—¿Una habla de lo que puede hacer con la uña del pulgar? —preguntó Tiffany.

—¡Sí! —dijo Petulia estremeciéndose.

—Se la inventó ella. Pero no se lo cuentes a nadie.

—¿Por qué iba alguien a inventarse una historia como esa de sí misma?

Tiffany vaciló. Los cerdos no se dejaban engañar por el boffo, así que Petulia no lo conocía. Y era una chica increíblemente sincera, cosa que Tiffany iba aprendiendo que era un pequeño lastre para una bruja. No era que fuesen personas insinceras, pero las brujas tenían cuidado con el tipo de verdad que decían.

—No lo sé —mintió—. En todo caso, hay que arrancar mucho trozo de una persona antes de que empiecen a caer las cosas de dentro. Y la piel es bastante dura. No creo que sea posible.

Petulia puso cara de susto.

—¿Lo has intentado?

—Esta mañana he practicado con la uña del dedo gordo en un jamón grande, si te refieres a eso —aclaró Tiffany. Las cosas hay que comprobarlas, pensó. He oído decir que la señorita Traición tiene colmillos de lobo, y la gente se sigue contando la historia aunque todos la hayan visto.

—Hum… Mañana vendré a ayudar, claro —dijo Petulia mirando con inquietud las manos de Tiffany por si hacía más experimentos con la uña—. Las fiestas de despedida pueden ser muy animadas, en realidad. Pero, hum, yo de ti le diría al señor Forjador que se largue con viento fresco. Es lo que hice yo cuando Davey Montículo empezó a ponerse, hum, demasiado romántico. Y le dije que estaba, hum, saliendo con Makky Tejedor… ¡no se lo cuentes a las demás!

—¿Ese es el que habla de cerdos todo el rato?

—Pero es que los cerdos son muy interesantes —le regañó Petulia—. Y su padre, hum, tiene la porqueriza más grande de las montañas.

—Es algo a tener en cuenta, está claro —dijo de repente Tiffany—. ¡Au!

—¿Qué te pasa? —preguntó Petulia.

—No, nada. Me ha dado una punzada fuerte en la mano. —Tiffany se la frotó—. Supongo que es porque está curándose. Mañana nos vemos.

Tiffany entró en la casa. Petulia siguió cruzando el bosque.

Desde cerca del techo llegaron los sonidos de una conversación.

—¿Oísteis lo que dijo la gordiña?

—Sí, peru los cerdos non son tan interesantes.

—Oye, pues non sabría decirte. Es un animal de lo más apañadu. Aprovéchanse todas las partes de él, ¿sabes?, menos el gruñidu.

—Aj, ahí yerras. El gruñidu tambén puede comerse.

—¡Non digas tochuras!

—¡Que sí, que puédese! Haces masa de empanada, ¿vale?, y métesle todu el jamón que quieras, ¿ben hasta ahí?, y entonces atrapas el gruñidu, póneslo encima de la empanada antes de que escape y cáscaslo directo al horno.

—¡Es la primera vez que oigo algu así!

—¿Ah, sí? Pues llámase empanada de gruñidu y jamón.

—¡Eso non existe!

—¿Por qué non? Están los bocadus de atún, ¿verdad? Y un gruñidu non es nada si compárase con un bocadu. A mí me da que…

—¡Como non chistéis el boquerón de una vez, babayus, acabaréis vosotrus dentro de una empanada! —bramó Rob Cualquiera. Los murmullos de los feegles se apagaron.

Y desde el otro lado del claro, el Forjador de Invierno vigilaba con sus ojos de color violeta grisáceo. Siguió observando hasta que ardió una vela en una habitación del piso de arriba, y contempló su brillo anaranjado hasta que se apagó.

Después, andando con la torpeza de unas piernas nuevas, fue hacia el parterre donde en verano habían crecido las rosas.

Un cliente que entrara en el Emporio Mágico Zakzak Fuerteenelbrazo encontraría bolas de cristal de todos los tamaños pero, a grandes rasgos, de un solo precio, que era Un Ojo De La Cara. Como la mayoría de las brujas, y las buenas las que más, casi no tenían ni Donde Caerse Muertas, se las ingeniaban con otras cosas, como boyas de vidrio sacadas de viejas redes de pesca o un platito con tinta negra.

En la mesa de Yaya Ceravieja había un oscuro charco de tinta. Antes había estado en un platito, pero las cosas se habían agitado un poco cuando Yaya y la señorita Lento se dieron un cabezazo por intentar mirar en el platito al mismo tiempo.

—¿Ha oído eso? —se sorprendió Yaya Ceravieja—. ¡Petulia Ternilla ha hecho la pregunta importante y no se ha dado ni cuenta!

—Lamento decir que a mí también se me ha escapado —reconoció la señorita Lento. La gatita Tú se subió de un salto a la mesa, se aseguró de pisar el charco de tinta al cruzarla y se dejó caer en el regazo de la señorita Lento.

—Tú, fuera de ahí —ordenó Yaya Ceravieja distraída mientras la otra bruja se miraba el vestido.

—Casi no se nota —dijo la señorita Lento, pero en realidad se distinguían a la perfección cuatro huellas de gato. Los vestidos de las brujas empiezan siendo negros, pero no tardan mucho en decaer a tonos de gris por los frecuentes lavados o, en el caso de la señorita Lento, los constantes chapuzones en diversos estanques y riachuelos. También se deshilachaban y se quedaban raídos, pero a sus propietarias les gustaban así. Demostraban que los llevaba una bruja trabajadora, no de boquilla. Sin embargo, lo que sugerían cuatro huellas negras de gatito en el centro del vestido era que la bruja era un poco sensiblera. Bajó al suelo a la gata, que trotó en dirección a Yaya Ceravieja, se frotó contra su pierna e intentó el maullido que hacía aparecer más pollo de la nada—. ¿Qué era lo importante?

—Se lo pregunto de bruja a bruja, Perspicacia Lento: ¿el Forjador de Invierno ha conocido a una chica alguna vez?

—Bueno —dijo la señorita Lento—, supongo que la representación clásica del Verano podría considerarse…

—Pero ¿se ven en algún momento? —preguntó Yaya Ceravieja.

—En la Danza, supongo. Solo un instante —respondió la señorita Lento.

—Y en ese momento, en ese preciso instante, va Tiffany y se mete en el baile —dijo Yaya Ceravieja—. Una bruja que no quiere vestir de negro. No, ella va toda de azul y verde, igualita que la hierba verde bajo el cielo azul. Tiffany recurre a la fuerza de sus colinas todo el tiempo. ¡Y las colinas recurren a ella! ¡Colinas que una vez estuvieron vivas, señorita Lento! Sienten el ritmo de la Danza, así que ella también lo lleva en sus huesos, aunque no lo sepa. ¡Y eso da forma a su vida, incluso aquí arriba! ¡No pudo evitar llevar el ritmo con el pie! ¡La tierra no hace otra cosa que dar golpecitos de pie con la Danza de las Estaciones!

—Pero ella… —empezó a decir la señorita Lento, porque a ningún profesor le gusta escuchar a nadie mucho rato.

—¿Qué pasó en ese momento? —continuó Yaya Ceravieja, imparable—. Verano, Invierno y Tiffany. ¡Giran por un instante! Y luego se separan. ¿Quién sabe lo que se quedó enredado ahí? De pronto, el Forjador de Invierno empieza a hacer unas tonterías tan grandes que hasta podría ser un poquito… ¿humano?

—¿En qué se ha metido Tiffany? —preguntó la bruja más joven.

—En la Danza, señorita Lento. En la Danza que nunca termina. Y no puede cambiarle los pasos, todavía no. De momento tendrá que bailar al son que marca él.

—Correrá mucho peligro.

—Tiene la fuerza de sus colinas.

—Pero son colinas blandas —apuntó la señorita Lento—. Se erosionan enseguida.

—Pero el corazón de la caliza es pedernal, no lo olvide. Es más afilado que cualquier cuchillo.

—La nieve puede cubrir las colinas.

—No para siempre.

—Una vez lo hizo —insistió la señorita Lento, harta de jueguecitos—. Si no para siempre, sí durante miles de años. Una edad de hielo. Las grandes bestias se resbalaban y estornudaban a lo largo y ancho del mundo.

—No le digo que no —respondió Yaya Ceravieja con un brillo en los ojos—. Claro que, por aquel entonces, no estaba yo. Mientras tanto, será mejor que vigilemos a nuestra niña.

La señorita Lento dio un sorbo de té. Quedarse en casa de Yaya Ceravieja era un pequeño suplicio. La cazuela con trocitos de pollo de la noche anterior había resultado no ser para ella, sino para Tú. Las brujas habían cenado una sopa espesa de guisantes machacados y panceta, pero —y aquello era importante— sin la panceta. Yaya guardaba un gran pedazo de panceta atado a un cordel y lo había sacado de la cazuela, lo había secado y lo había reservado para otro día. A pesar del hambre que tenía, la señorita Lento se quedó impresionada. Yaya era capaz de pelarle tiempo a un segundo para aprovecharlo más adelante.

—Han dicho que la señorita Traición ha oído su Llamada —comentó.

—Sí. El funeral es mañana —asintió Yaya Ceravieja.

—La suya será una encomienda complicada —dijo la señorita Lento—. Los lugareños llevan muchísimo tiempo con la señorita Traición. La bruja que se quede allí se las verá y se las deseará.

—Va a ser complicado que alguien esté a la altura de su… exhibición, ya lo creo —convino Yaya Ceravieja.

—¿Exhibición?

—Me refería a su vida, por supuesto —aclaró Yaya Ceravieja.

—¿A cuál de entre las chicas se lo asignará? —preguntó la señorita Lento, porque le gustaba enterarse de todo antes que nadie. Además, procuraba decir «cuál de entre» siempre que podía. Le sonaba más culto.

—Señorita Lento, eso no depende de mí —respondió Yaya con brusquedad—. Las brujas no tenemos líderes, ya lo sabe.

—Oh, sin duda —afirmó la señorita Lento, que también sabía que la líder que las brujas no tenían era Yaya Ceravieja—. Pero seguro que la señora Carcoma sugerirá a Annagramma, y de un tiempo a esta parte cuenta con bastantes seguidoras. Será por esos libros que escribe. Sabe hacer que la brujería suene emocionante.

—Ya sabe que no me gustan las brujas que intentan imponer su voluntad sobre los demás —afirmó Yaya Ceravieja.

—Desde luego —respondió la señorita Lento, conteniendo la risa.

—De todas formas, dejaré caer un nombre sobre la mesa —declaró Yaya Ceravieja.

Y supongo que la partirás del porrazo, pensó la señorita Lento.

—Petulia Ternilla ha progresado muy bien —dijo—. Es una bruja muy versátil.

—Sí, pero sobre todo en lo que respecta a los cerdos —replicó Yaya Ceravieja—. Yo estaba pensando en Tiffany Dolorido.

—¿Qué? ¿No cree que la pobre ya tiene bastante con lo que lidiar?

Yaya Ceravieja le dedicó una breve sonrisa.

—Bueno, señorita Lento, ya saben lo que se dice: ¡si quieres que se haga algo, encárgaselo a alguien que esté ocupado! Y puede que la joven Tiffany pronto esté muy ocupada —añadió.

—¿Por qué lo dice? —preguntó la señorita Lento.

—Hum. Bueno, segura no puedo estar, pero me interesará mucho ver qué les pasa a sus pies…

Tiffany no durmió mucho la noche anterior al funeral. El telar de la señorita Traición se había pasado la noche cliqueando y claqueando porque tenía un pedido de sábanas y quería acabarlo.

Apenas empezaba a amanecer cuando Tiffany por fin se rindió y se levantó, en ese orden. Al menos podía cepillar y ordeñar las cabras antes de tener que ocuparse de todo lo demás. Había nieve, y un viento la zarandeaba de lado a lado del claro.

No fue hasta que ya estaba empujando la carretilla cargada de estiércol hacia el montón de abono cuando oyó el tintineo. Le recordó un poco a los móviles de viento que colgaba la señorita Sehúnde alrededor de su casita, solo que ella los tenía afinados en una nota que molestaba a los demonios.

Provenía del lugar donde estaba el parterre en verano. Allí florecían unas rosas antiguas preciosas, muy aromáticas y tan rojas que casi eran… sí, negras.

Las rosas estaban volviendo a florecer. Pero ¿cómo…?

—¿Te gustan, chica de las ovejas? —dijo una voz. No le llegó a la mente, ni eran sus propios pensamientos, ninguno de ellos, y el doctor Bullicio jamás se despertaba antes de las diez. Había sido su propia voz, salida de sus propios labios. Pero ella ni lo había pensado ni había querido decirlo.

En ese instante corría de vuelta a la casa. Eso tampoco había decidido hacerlo, pero sus piernas habían tomado el control. No era miedo, no exactamente; era solo que le apetecía mucho estar en otro lugar que no fuese aquel jardín, antes de que acabara de salir el sol y con la nieve volando y llenando el aire de menudos cristales de hielo como una neblina.

Cruzó la puerta de la recocina a toda prisa y chocó con una silueta oscura, que dijo «Hum, lo siento» y que por tanto era Petulia. Era la clase de persona que se disculpa cuando alguien le da un pisotón. En aquel momento no podía existir un rostro más bienvenido para Tiffany.

—Perdona, es que me han llamado para ocuparme de una vaca difícil y, hum, total, ¿para qué volverme a la cama ya? —dijo Petulia, y luego añadió—: ¿Te encuentras bien? ¡No lo parece!

—¡He oído una voz en mi boca! —exclamó Tiffany.

Petulia la miró con una expresión rara y tal vez retrocediera un par de centímetros.

—¿En tu cabeza, quieres decir? —preguntó.

—¡No! ¡De esas puedo ocuparme! ¡Mi boca ha dicho palabras por sí misma! ¡Y ven a ver lo que ha crecido en el rosal! ¡No te lo vas a creer!

Había rosas. Estaban hechas de un hielo tan fino que, si se les echaba el aliento, se derretían y solo dejaban atrás los tallos muertos de los que habían crecido. Había docenas de ellas meciéndose al viento.

—Solo con acercarles la mano el calor ya hace que goteen —observó Petulia—. ¿Crees que habrá sido tu Forjador de Invierno?

—¡No es mío! ¡Y no se me ocurre ninguna otra forma de que puedan haber aparecido!

—¿Y crees que, hum, te ha hablado? —preguntó Petulia arrancando otra rosa. Cada vez que se movía resbalaban partículas de hielo del ala de su sombrero.

—¡No! ¡He sido yo! ¡O sea, mi voz! Pero no sonaba como él. ¡Quiero decir como creo que sonaría! ¡Era un poco maliciosa, como Annagramma cuando se pone borde! ¡Pero era mi voz!

—¿Cómo crees que sonaría él?

Una bocanada de viento cruzó el claro, sacudiendo los pinos y haciéndoles rugir.

—… Tiffany… sé mía…

Al cabo de un tiempo, Petulia carraspeó y dijo:

—Hum, ¿es cosa mía o eso ha sonado como…?

—No es cosa tuya —susurró Tiffany sin mover un solo músculo.

—Ah —dijo Petulia con una voz tan brillante y quebradiza como una rosa de hielo—. Bueno, creo que deberíamos meternos para dentro, ¿te parece? Hum, y encender todas las chimeneas y poner té a hacerse, ¿qué me dices? Y luego podemos empezar a prepararlo todo, porque muy pronto vendrá muchísima gente.

Un minuto más tarde estaban dentro de la casita con las puertas atrancadas y todas las velas chisporroteando, recién encendidas.

No hablaron del viento ni de las rosas. ¿Qué sentido tendría? Además, había trabajo que hacer. Trabajo, eso iba muy bien. Trabajar, pensar y hablarlo más tarde, no farfullar ahora como patos asustados. Hasta consiguieron retirar otra capa de mugre de las ventanas.

A lo largo de la mañana fue llegando gente de los pueblos con las cosas que había encargado la señorita Traición. Caminaban por el claro. El sol había salido, aunque estaba pálido como un huevo escalfado. El mundo pertenecía a… la normalidad. Tiffany se descubrió preguntándose si estaría equivocada. ¿Habían existido las rosas? Ya no quedaba ninguna: los delicados pétalos no habían sobrevivido ni siquiera a la tenue luz del amanecer. ¿Había hablado el viento? En ese instante cruzó la mirada con Petulia. Sí, había ocurrido. Pero ahora mismo tenían un funeral que preparar.

Las chicas ya se habían puesto con los rollitos de jamón y sus tres tipos de mostaza pero, por mucho que con los rollitos de jamón siempre aciertes, si son lo único que vas a sacar para que coman setenta u ochenta brujas, donde acertarás será en que consideren tu fiesta un Desastre Absoluto. Así que iban llegando a la casita carretillas con hogazas, ternera asada y tarros con unos pepinillos en escabeche tan enormes que parecían ballenas ahogadas. Las brujas solían ser muy aficionadas a los encurtidos, pero la comida que más les gustaba era la gratuita. Sí, ahí estaba el secreto para acertar con la típica bruja: montones de comida que fuese a pagar otra persona, y en tanta cantidad que pudiera llevarse bastante en los bolsillos para más tarde.

Resultó que la señorita Traición tampoco era quien la pagaba. Todo el mundo se negaba a cobrarle nada. También se negaban a marcharse y se quedaban paseando cerca de la puerta trasera, con aire preocupado, esperando para hablar un momento con Tiffany. La conversación, cada vez que podía tomarse un respiro de cortar y untar, era parecida a esta:

—No va a morirse en serio, ¿verdad?

—Sí. Mañana, más o menos a las seis y media de la mañana.

—¡Pero si es muy mayor!

—Ya. Creo que ese viene a ser el motivo, ¿no cree?

—Pero ¿qué haremos sin ella?

—No lo sé. ¿Qué hacían antes de que estuviera aquí?

—¡Ha estado aquí siempre! ¡Lo sabía todo! ¿Ahora quién nos dirá lo que debemos hacer? —Y entonces añadían—: No irás a ser tú, ¿verdad? —Y le dedicaban una Mirada que decía: «Esperamos que no. Ni siquiera llevas vestido negro».

Tiffany acabó hartándose de aquello y a la siguiente persona, una mujer que traía seis pollos asados, le preguntó bruscamente:

—¿Y qué pasa con todas esas historias de que rajaba la panza de la gente mala con la uña del pulgar, eh?

—Hum, bueno, sí, pero nunca se lo hizo a nadie que conociéramos —dijo la mujer en tono virtuoso.

—¿Y lo del demonio del sótano?

—Sí que dicen que lo tiene, sí. Yo nunca lo he visto en persona, claro. —La mujer miró preocupada a Tiffany—. Está ahí abajo, ¿verdad?

Quieres que esté, pensó Tiffany. ¡De verdad quieres que haya un monstruo en el sótano!

Pero, por lo que sabía Tiffany, aquella mañana lo que había en el sótano eran muchos feegles roncando que se habían cogido una buena cogorza la noche anterior. Si se dejaba a unos cuantos feegles en el desierto, a los veinte minutos ya habrían encontrado una botella de algo espantoso para bebérsela.

—Créame, señora, no le interesa nada que se despierte lo que hay ahí abajo —dijo dedicando a la mujer una sonrisa nerviosa.

La mujer pareció quedar satisfecha con aquello, pero de pronto volvió a poner cara de preocupación.

—¿Y las arañas? ¿Es cierto que come arañas? —preguntó.

—Bueno, hay muchas telarañas… —afirmó Tiffany—. ¡Pero arañas, nunca se ve ni una!

—Anda, mira —dijo la mujer como si la hubieran hecho partícipe de un gran secreto—. Ya pueden decir por ahí lo que quieran, pero la señorita Traición fue una bruja de verdad. ¡Con calaveras y todo! Supongo que habrá que pulirlas de vez en cuando, ¿no? ¡Ja! ¡Esa mujer te puede sacar un ojo de un escupitajo a las primeras de cambio!

—Pero no lo hizo nunca, cuidado —intervino un hombre que traía una inmensa bandeja de salchichas—. Por lo menos a la gente de por aquí.

—Es verdad —admitió la mujer a regañadientes—. Siempre fue muy cortés en ese aspecto.

—Ay, la señorita Traición sí que era una buena bruja como las de antes —dijo el hombre de las salchichas—. No pocos hombres se han meado en los pantalones al ver el lado afilado de esa lengua suya. ¿Sabéis eso de que siempre está tejiendo? ¡Lo que hace es tejer tu nombre dentro del telar! ¡Y si le mientes, se rompe tu hilo y caes muerto allí mismo!

—Sí, sucede continuamente —convino Tiffany, mientras pensaba: ¡Esto es asombroso! ¡El boffo tiene vida propia!

—Es que las brujas de ahora ya no son como ella —aportó un hombre que traía cuatro docenas de huevos—. De un tiempo a esta parte, todo son pajaritos en la cabeza y bailar por ahí sin las calzas puestas.

Todos dirigieron una mirada interrogativa a Tiffany.

—Estamos en invierno —dijo ella con frialdad—. Y yo tengo que seguir trabajando. Las brujas ya no tardarán en llegar. Muchas gracias.

Mientras ponían los huevos a hervir, describió la conversación a Petulia. A su amiga no le sorprendió.

—Hum, lo que pasa es que están orgullosos de ella —afirmó Petulia—. Los he oído fanfarronear en la feria porcina de Lancre.

—¿Fanfarronean?

—Ya lo creo. En plan: «¿Te crees que la señora Ceravieja es dura? ¡Pues la nuestra tiene calaveras! ¡Y un demonio! ¡Vivirá para siempre de los jamases porque tiene un corazón de relojería y le da cuerda cada mañana! ¡Y come arañas, así como te lo digo! A su lado, la vuestra es de chicha y manzana podrida».

El Boffo funciona solo, pensó Tiffany, una vez lo pones en marcha. Nuestro barón es más importante que vuestro barón, nuestra bruja es más brujeril que vuestra bruja…

# 

# IMAGE

Las brujas empezaron a llegar sobre las cuatro de la tarde, y Tiffany salió al claro para ocuparse del control de tráfico aéreo. Annagramma apareció sola, con la cara muy pálida y más joyería oculta puesta de la que pudiera imaginarse. También hubo un momento complicado cuando la señora Carcoma y Yaya Ceravieja llegaron al mismo tiempo y se pusieron a dar vueltas en un ballet de minuciosa cortesía mientras cada una esperaba a que se posara la otra. Al final, Tiffany las envió a extremos opuestos del claro y escapó corriendo.

No había ni rastro del Forjador de Invierno, y Tiffany estaba segura de que lo sabría si se acercaba. Esperaba que se hubiera marchado muy lejos para organizar una tormenta o dirigir una ventisca. Aún conservaba el recuerdo de aquella voz en su boca, incómodo y preocupante. Igual que hace una ostra cuando le entra un granito de arena, Tiffany envolvió aquel recuerdo con gente y trabajo duro.

Al final había salido un día gris y seco como cualquiera de principios de invierno. Aparte de la comida, no habían organizado nada más para el funeral. Las brujas se organizan ellas solas. La señorita Traición estaba sentada en su gran silla, saludando con la misma efusividad a viejas amigas y viejas enemigas. No ca[[4]](#footnote-4)bían todas dentro de la casita ni de lejos, así que se habían esparcido por el jardín en grupos de chismorreo como una bandada de cuervos viejos o, posiblemente, gallinas. Tiffany no tenía mucho tiempo de charlar porque estaba demasiado atareada llevando bandejas de un lado a otro.

Pero algo estaba pasando, eso lo notaba. Las brujas callaban y se giraban para mirarla cuando pasaba cerca a trompicones, y luego se volvían de nuevo hacia el grupo y el nivel de barullo se elevaba un poco. Los grupos se unían y volvían a separarse. Tiffany reconoció el proceso. Las brujas estaban tomando una Decisión.

Lucy Warbeck se le acercó con disimulo cuando estaba sacando una bandeja de té y le cuchicheó al oído, como si se tratara de un oscuro secreto:

—La señora Ceravieja te ha propuesto a ti, Tiff.

—¡No!

—¡De verdad! ¡Están hablando de eso! ¡A Annagramma va a darle un ataque!

—¿Estás segura?

—¡Del todo! ¡Mucha suerte!

—Pero yo no quiero la… —Tiffany puso la bandeja en las manos de Lucy—. Oye, ¿puedes repartir todo esto en mi lugar, por favor? Irán cogiendo las tazas mientras pasas. Tengo que llevar el… hum, poner las cosas en, esto… tengo trabajo…

Bajó deprisa los escalones del sótano, que estaba sospechosamente desierto de feegles, y se apoyó en la pared.

¡A Yaya Ceravieja tiene que haberle dado el carcajeo, con reglas o sin ellas! Pero sus Segundos Pensamientos, furtivos, le susurraron: Aun así, podrías hacerlo. A lo mejor tiene razón. Annagramma irrita a la gente. Les habla como si fueran niños. Le interesa el ocultismo (perdón, Okultismo con mayúscula y K), pero la gente la pone de los nervios. Va a fastidiarla a base de bien, sabes que lo hará. Pero claro, resulta que es alta y lleva un montón de joyas ocultistas y queda muy impresionante con el sombrero puntiagudo.

¿Por qué habría sugerido Yaya a Tiffany? Vale, buena era. Sabía que era buena. Pero ¿no sabían todas que no quería vivir allí arriba para siempre? En fin, la casita tenía que ser para Annagramma, ¿verdad? Las brujas solían ser cautas y tradicionales, y ella era la mayor del aquelarre. Vale, a muchas brujas no les caía bien la señora Carcoma, pero Yaya Ceravieja tampoco es que tuviera muchísimas amigas.

Volvió arriba antes de que alguien la echara en falta y trató de pasar desapercibida mientras navegaba entre la multitud.

Vio a la señora Carcoma y a Annagramma en el centro de un grupito; la chica parecía preocupada y al ver a Tiffany se acercó corriendo. Tenía la cara roja.

—¿Has oído algo? —exigió saber.

—¿Qué? ¡No! —dijo Tiffany, empezando a apilar platos sucios.

—Estás intentando quitarme la casita, ¿es eso? —Annagramma estaba al borde del llanto.

—¡Qué tontería! ¿Yo? ¡Pero si yo no quiero ninguna casa!

—Eso dices tú. ¡Pero algunas están diciendo que deberías quedártela! ¡La señorita Cabal y la señorita Sehúnde te han apoyado!

—¿Qué? ¡Pero si yo no podría estar a la altura de la señorita Traición!

—Bueno, eso es lo que está explicándoles a todas la señora Carcoma, claro —puntualizó Annagramma, calmándose un poco—. Completamente inaceptable, dice.

Yo llevé al colmenero al otro lado de la Puerta Oscura, pensó Tiffany mientras rascaba los platos con saña y dejaba caer los restos al suelo del jardín para los pájaros. El Caballo Blanco salió de la colina para mí. Rescaté a mi hermano y a Roland de la Reina de los Elfos. He bailado con el Forjador de Invierno, que me ha convertido en diez mil millones de copos de nieve. Y no, no quiero vivir en una casita en este bosque húmedo, ni quiero ser una especie de esclava de personas que ni se molestan en pensar por sí mismas, ni quiero vestirme de medianoche y dar miedo a la gente. Lo que yo quiero ser no tiene nombre. Pero para hacer todo eso sí que era lo bastante mayor, y también aceptable.

Lo que exclamó fue:

—¡Yo no sé nada de este asunto!

Momento en el cual notó que alguien la miraba y supo que, si se giraba, resultaría ser Yaya Ceravieja.

Sus Terceros Pensamientos —los que prestaban atención a todas horas por el lóbulo del ojo y el rabillo de la oreja— le dijeron: Está sucediendo algo. Lo único que puedes hacer al respecto es ser tú misma. No mires alrededor.

—¿En serio no estás interesada? —preguntó Annagramma, dudosa.

—Subí a las montañas para aprender brujería —respondió Tiffany en tono envarado—. Y después volveré a casa. Pero… ¿tú estás segura de que quieres la casita?

—¡Pues claro! ¡Todas las brujas quieren una casita!

—Pero aquí han tenido a la señorita Traición años y años —señaló Tiffany.

—Pues tendrán que acostumbrarse a mí —repuso Annagramma—. ¡Seguro que se alegrarán de librarse de los cráneos y de las telarañas y de pasarse la vida asustados! Tengo entendido que los lugareños le tienen mucho miedo.

—Ah —dijo Tiffany.

—Yo seré como una escoba nueva. En serio, Tiffany, después de esa vieja, cualquiera que se instalara aquí se haría popular.

—Eh… sí… Dime, Annagramma, ¿alguna vez has trabajado con más brujas?

—No, siempre con la señora Carcoma. Soy su primera discípula, ya lo sabes —añadió Annagramma con orgullo—. Es una mujer muy exclusiva.

—Y no hace mucho la ronda por los pueblos, ¿verdad? —dijo Tiffany.

—No. Ella concentra sus esfuerzos en el Auténtico Okultismo. —Annagramma no destacaba por su poder de observación y era muy vanidosa, incluso para el rasero de las brujas, pero ahora empezaba a mostrarse un poco menos confiada—. Bueno, alguien ha de hacerlo. No podemos pasearnos todas por ahí vendando dedos cortados, ya sabes —añadió—. ¿Hay algún problema?

—¿Eh? Ah, no. Estoy segura de que te llevarás bien con ellos —respondió Tiffany—. Eh… yo sé dónde está todo, así que si quieres que te ayude en algo, dímelo.

—Oh, sin duda lo organizaré todo a mi gusto —dijo Annagramma, cuya inacabable confianza en sí misma era imposible de contener durante mucho tiempo—. Tengo que irme. Por cierto, me parece que empezamos a andar cortas de comida.

Se marchó con paso firme.

Era cierto que, en la mesa de caballetes que había junto a la puerta, las grandes bandejas de comida se habían vaciado bastante. Tiffany vio a una bruja metiéndose cuatro huevos duros en el bolsillo.

—Buenas tardes, señorita Lento —la llamó en voz alta.

—Ah, Tiffany —saludó la señorita Lento al instante, volviéndose sin el menor atisbo de vergüenza—. La señorita Traición estaba contándonos lo bien que lo has hecho aquí.

—Gracias, señorita Lento.

—Dice que tienes ojo para los detalles ocultos —siguió la señorita Lento.

Como las etiquetas de las calaveras, pensó Tiffany.

—Señorita Lento, ¿usted sabe algo de que hayan propuesto que me quede yo la casita?

—Ah, eso ya está decidido —respondió la señorita Lento—. Hay quien opinaba que debías quedártela tú, ya que estás aquí, pero la verdad es que aún eres joven y Annagramma tiene mucha más experiencia. Lo lamento, pero…

—No es justo, señorita Lento —dijo Tiffany.

—Venga, venga, Tiffany, esas cosas no debe decirlas una bruja… —empezó la señorita Lento.

—No digo que no sea justo para mí, sino que no lo es para Annagramma. La va a fastidiar, ¿verdad?

Durante la piel de un instante, la culpabilidad recorrió las facciones de la bruja. Ocurrió solo durante el más fugaz de los momentos, pero Tiffany lo captó.

—La señora Carcoma está convencida de que Annagramma hará un estupendo trabajo —afirmó la señorita Lento.

—¿Y usted?

—¡Recuerda con cuál de entre nosotras estás hablando, por favor!

—¡Hablo con usted, señorita Lento! ¡Esto está… mal! —Los ojos de Tiffany relampagueaban indignados.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Un gran plato lleno de salchichas se movía por el mantel blanco a gran velocidad.

—Y eso es robar —gruñó mientras saltaba tras él.

Persiguió el plato mientras este, levantado apenas unos centímetros sobre el suelo, rodeaba la casa y desaparecía por detrás del cobertizo de las cabras. Tiffany se arrojó al suelo para capturarlo y vio que, sobre las hojas de detrás del cobertizo, había varias bandejas. Contenían patatas que rezumaban mantequilla, una docena de rollitos de jamón, una torre de huevos hervidos y dos pollos asados. Todo, excepto las salchichas del plato que ahora se había quedado inmóvil, tenía aspecto de haber sido mordisqueado.

No había ni el menor rastro de los feegles. Por eso supo a ciencia cierta que estaban allí. Siempre se escondían de ella cuando sabían que estaba enfadada.

Bueno, pues esta vez se había enfadado de verdad. No con los feegles (o no mucho), aunque el truco tonto de esconderse la ponía de los nervios, sino con la señorita Lento y Yaya Ceravieja y Annagramma y la señorita Traición (por morirse), y con el propio Forjador de Invierno (por una gran variedad de motivos que aún no había tenido tiempo de catalogar).

Dio un paso atrás y se volvió silenciosa.

Otras veces había tenido la sensación de estar hundiéndose lenta y pacíficamente, pero en esa ocasión fue como tirarse de cabeza a la oscuridad.

Cuando volvió a abrir los ojos, el efecto fue el mismo que si mirara hacia el interior de un gran salón desde fuera de las ventanas. El sonido daba la impresión de venir de muy lejos, y notó un hormigueo entre los ojos.

Aparecieron feegles de debajo de las hojas, de detrás de ramitas y hasta de debajo de las bandejas. Sus voces sonaron como si estuviesen bajo el agua.

—¡Aj, pardiez! ¡Hízonos una arpiada de las gordas!

—¡Eso non habíalo hecho nunca!

Ja, estoy escondiéndome de vosotros, pensó Tiffany. ¿Qué os parece el cambio, eh? Hum, me pregunto si podré moverme. Dio un paso lateral. Los feegles no reaccionaron.

—¡De un momento a otru saltaranos encima! ¡Oooh, lamentu…!

¡Ja! Si pudiera acercarme así a Yaya Ceravieja, seguro que la dejaba impresionada…

El picor de la nariz se hizo más acuciante y ahora también había una sensación similar, aunque por suerte no idéntica, a las ganas de visitar el escusado. Significaba que pronto ocurriría algo y que sería buena idea estar preparada.

El sonido de las voces comenzó a aclararse y unas pequeñas manchas azules y violetas empezaron a circular por su campo de visión.

Y entonces ocurrió algo que, de haber hecho ruido, habría sonado como «¡Fffump!». Fue como cuando se le destaponaban las orejas después de volar alto con la escoba. Reapareció entre los feegles, desatando un pánico instantáneo.

—¡Dejad de robar los platos del funeral ahora mismo, pequeñus paviberzas! —gritó.

Los feegles se quedaron quietos y la miraron. Entonces Rob Cualquiera dijo:

—¿Calzas sin los pieses?

Hubo uno de esos momentos, tan frecuentes si había feegles cerca, en los que el mundo parecía enmarañarse y era crucial desenredarlo antes de poder seguir adelante.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tiffany.

—Los paviberzas —respondió Rob Cualquiera—. Son comu calzas pero sin los pieses. Para tener las piernas calentiñas, ¿sabes?

—¿Te refieres a los calentadores?

—Ajá, sí, sería un nombre estupendu para ellos, dadu que es lo que hacen —concluyó Rob—. Pero decíalo porque la expresión que buscabas es «pámpanos chorizus», que significa…

—Nosotros —aportó Wullie Chiflado.

—Ah. Sí. Gracias —dijo Tiffany en voz baja. Se cruzó de brazos y entonces gritó—: ¡Vale, pámpanos chorizus! ¿Cómo os atrevéis a robar la comida del funeral de la señorita Traición?

—¡Oh, lamentu, lamentu, es la Cruzanda de los Brazos, la Cruzaaanda de los Braaazos! —sollozó Wullie Chiflado tirándose al suelo e intentando recubrirse de hojas. A su alrededor los feegles empezaron a gimotear y encogerse de miedo, mientras Yan Grande se daba los primeros cabezazos contra la pared trasera de la lechería.

—¡Venga, venga, que non cunda el pánico! —vociferó Rob Cualquiera, que había dado media vuelta y hacía aspavientos desesperados hacia sus hermanos.

—¡Ahí está la Fruncienda de los Labios! —gritó un feegle señalando la cara de Tiffany con un dedo tembloroso—. ¡Tiene la sabienda de la Fruncienda de los Labios! ¡La hecatombe ciérnese sobre nosotrus!

Los feegles intentaron correr pero, como volvían a estar despavoridos, sobre todo chocaron unos con otros.

—¡Estoy esperando una explicación! —dijo Tiffany.

Los feegles se quedaron petrificados y todas las caras se volvieron hacia Rob Cualquiera.

—¿Una Explicamienda? —dijo removiéndose con inquietud—. Ah, ben. Una Explicamienda. Non problemo. Una Explicamienda. Eh… ¿de qué tipo quiéresla?

—¿Cómo que de qué tipo? ¡Lo que quiero es la verdad!

—¿Sí? Ah. La verdad. ¿Estás segura? —probó suerte Rob, bastante nervioso—. Puedu hacer Explicamiendas mucho más interesantes que esu…

—¡Ahora mismo! —le espetó Tiffany, dando golpecitos en el suelo con un pie.

—¡Aj, pardiez, ya empezó la Tapeteanda de los Pieses! —gimió Wullie Chiflado—. ¡En cualquier momentu llegará una regañiña del avernu!

Y aquello colmó el vaso. Tiffany estalló en carcajadas. No se podía mirar a los Nac Mac Feegle cuando estaban asustados y no reírse. Qué negados eran. Una palabra brusca y se convertían en una cesta de gatitos asustados, solo que con peor olor.

Rob Cualquiera le dedicó una sonrisa torcida.

—Buenu, todas las arpías grandullonas están haciendu lo mismo. ¡La gordiña robó quince rollitos de jamón! —exclamó con admiración.

—Esa debe de ser Tata Ogg —supuso Tiffany—. Sí, lleva siempre una bolsa de red metida en una pernera de las calzas.

—Aj, esto non es un veladoiro comu debe ser —protestó Rob Cualquiera—. Tendría que haber canciones y bebercio y la doblamienda de las rodillas, non todu esto de quedarse de pie cotorreandu.

—Bueno, el cotorreo es parte de la brujería —dijo Tiffany—. Así comprueban que ninguna se ha vuelto majara todavía. ¿Qué es la doblamienda de las rodillas?

—La danzamienda, ya sabes —explicó Rob—. Las gigas y los saltarenes. Non es un buen veladoiro hasta que álzanse las manos y centellean los pieses y dóblanse las rodillas y vuelan los kilts.

Tiffany nunca había visto bailar a los feegles, pero sí los había oído. Sonaba igual que una batalla, que con toda probabilidad era en lo que acababa convirtiéndose. La vuelamienda de los kilts era una imagen algo preocupante, sin embargo, y le recordó una pregunta que nunca se había atrevido a hacer hasta entonces.

—Decidme… ¿debajo del kilt se lleva más ropa?

Por el modo en que los feegles volvieron a quedarse callados le dio la impresión de que no les gustaba que les preguntaran aquello.

Rob Cualquiera entrecerró los ojos. Los feegles contuvieron el aliento.

—Non necesariamente —dijo.

Por fin terminó el funeral, tal vez porque ya no quedaba nada de comer ni de beber. Muchas de las brujas se llevaban pequeños paquetes al marcharse. Era otra tradición. La mayor parte de los objetos de la casa eran propiedad de la casa y pasarían a la siguiente bruja, pero todo lo demás se lo llevaban las amigas de la futura difunta. Que la bruja siguiera viva durante el proceso evitaba muchos rifirrafes innecesarios.

Era lo que tenían las brujas. Eran, según Yaya Ceravieja, «personas que miran para arriba». No había explicado a qué se refería. Era raro que lo hiciera. No podía hablar de la gente que miraba el cielo, porque eso lo hacía todo el mundo. Tenía que referirse a que miraban por encima de las tareas cotidianas y se preguntaban: «¿En qué consiste todo esto? ¿Cómo funciona? ¿Qué debo hacer? ¿Para qué sirvo?». Tal vez, incluso: «¿Debajo del kilt se lleva algo?». A lo mejor por eso lo extraño, en una bruja, era lo normal…

… pero podían pelearse como turones por una cuchara de plata que ni siquiera era de plata. De hecho, varias brujas estaban esperando impacientes junto al fregadero a que Tiffany acabara con unos platos grandes que les había prometido la señorita Traición, en los que se habían servido las patatas asadas y los hojaldres de salchicha del funeral.

Por lo menos no tendría que preocuparse de las sobras. Tata Ogg, una bruja que había inventado la sopa de sobras de sándwiches, aguardaba en la recocina con su gran bolsa de red y una sonrisa aún más grande.

—Pensábamos cenar lo que queda del jamón y unas patatas —dijo Tiffany con exasperación pero también con cierta cantidad de interés. Había conocido a Tata Ogg hacía tiempo y le había caído bastante bien, pero la señorita Traición había dicho, en tono lúgubre, que era «un vejestorio repugnante». Ese tipo de comentarios atrae la atención.

—Qué se le va a hacer —contestó Tata Ogg mientras Tiffany ponía una mano sobre la carne—. Hoy has hecho muy buen trabajo aquí, Tiff. La gente se ha fijado.

Se marchó antes de que Tiffany pudiera recuperarse. ¡Una de ellas casi le había dado las gracias! ¡Increíble!

Petulia le ayudó a entrar la enorme mesa y acabar de recogerlo todo. Antes de marcharse, vaciló un momento.

—Hum… Estarás bien, ¿verdad? —preguntó—. Todo esto es un poco… extraño.

—Se supone que no debemos ser extrañas a lo extraño —dijo Tiffany en tono virtuoso—. Además, tú ya habrás velado a muertos y moribundos, ¿no?

—Sí, sí. Pero sobre todo eran cerdos. Unos pocos humanos. Hum… no me importa quedarme, si lo prefieres —añadió Petulia con voz de marcharme-lo-antes-posible.

—Gracias. Pero, bien pensado, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Petulia se la quedó mirando y luego dijo:

—Vale, a ver que piense… mil vampiros demonio, cada uno con inmensos…

—Estaré bien —se apresuró a asegurarle Tiffany—. Tú no te preocupes. Buenas noches.

Tiffany cerró la puerta y, apoyada en ella, se tapó la boca con la mano hasta que oyó el chasquido de la verja al cerrarse. Contó hasta diez para asegurarse de que Petulia se había alejado un poco y entonces se arriesgó a retirar la mano. Para entonces, el chillido que esperaba con paciencia el momento de escapar se había reducido a algo parecido a: «¡Unc!».

Aquella iba a ser una noche muy rara.

La gente moría. Era triste, pero era un hecho. ¿Qué se hacía a continuación? Todo el mundo esperaba que la bruja de la zona lo supiera. Así que se lavaba el cuerpo, se le hacían unas pocas cosas secretas y pringosas, se le ponía su mejor ropa, se dejaba tendido con cuencos de tierra y sal a los dos lados (esto último nadie sabía por qué se hacía, ni siquiera la señorita Traición, pero era así de toda la vida), se le ponían dos peniques en los ojos «para el barquero» y luego la bruja velaba el cuerpo la noche anterior al entierro, pues no debía dejarse solo.

Nunca había una explicación convincente de por qué, aunque circulaba la historia de aquel anciano que estaba un pelín menos muerto de lo que se pensaba y en plena noche se había levantado de la cama de invitados para meterse en la suya con su esposa.

Probablemente el motivo real fuese mucho más oscuro. Los principios y los finales siempre eran peligrosos, sobre todo los de las vidas.

Pero la señorita Traición era la vieja bruja malvada. ¿Quién sabía lo que podía pasar? Espera, se dijo Tiffany, no caigas tú también en el boffo. ¡Solo es una anciana muy lista que compra por catálogo!

En la otra habitación, el telar de la señorita Traición se detuvo.

Lo hacía muchas veces. Pero aquella tarde el repentino silencio fue más alto de lo normal.

La señorita Traición dijo en voz alta:

—¿Qué tenemos en la despensa que pueda comerse?

Sí, esta va a ser una noche muy rara, pensó Tiffany.

La señorita Traición solía dormirse temprano. Era la primera vez que Tiffany no la veía dar cabezazos en la silla. Además, se había puesto un largo camisón blanco, la primera prenda no negra con la que la había visto jamás.

Todavía quedaba mucho por hacer. Era tradicional dejar la casita resplandeciente para la siguiente bruja y, aunque sería difícil que el negro resplandeciera, Tiffany hizo lo que pudo. En realidad la casa siempre estaba bastante limpia, pero Tiffany rascó y cepilló y sacó brillo porque así aplazaba el momento de tener que ir a hablar con la señorita Traición. Hasta descolgó las telarañas falsas y las echó al fuego, donde ardieron con una fea llamarada azul. No supo muy bien qué hacer con las calaveras. Por último, escribió todo lo que recordaba de los pueblos de la zona: cuándo salían de cuentas las embarazadas, quiénes estaban muy enfermos y de qué, quiénes estaban reñidos, quiénes eran «difíciles» y todos los detalles del lugar que consideró que pudieran servir de algo a Annagramma. Cualquier cosa, con tal de retrasar el momento…

Al final no le quedó más remedio que subir la estrecha escalera y decir:

—¿Va todo bien, señorita Traición?

La anciana estaba sentada en su cama, garabateando. Los cuervos estaban posados en el cabezal.

—Sí, solo escribo unas cartas de agradecimiento —dijo—. Algunas de las señoras de antes han venido desde muy lejos, y les espera un vuelo de vuelta muy frío.

—¿Cartas de «gracias por venir a mi funeral»? —preguntó Tiffany con un hilo de voz.

—Exacto. Y no se escriben muy a menudo, eso te lo aseguro. ¿Sabes que la tal Annagramma Halcón va a ser la nueva bruja de aquí? Seguro que le gustaría que te quedaras, al menos un tiempo.

—No me parece muy buena idea —dijo Tiffany.

—Ya —replicó la señorita Traición con una sonrisa—. Sospecho que la joven Ceravieja debe de tener algún arreglo en mente. Será interesante ver cómo encaja la rama de brujería de la señora Carcoma entre mis pobres paletos, aunque tal vez convendría mirarlo desde detrás de una roca. O, en mi caso, desde debajo. —Apartó las cartas y los dos cuervos volvieron sus miradas hacia Tiffany—. Solo has estado aquí conmigo tres meses.

—Sí, señorita Traición.

—No hemos tenido una conversación de mujer a mujer. Tendría que haberte enseñado más.

—He aprendido mucho, señorita Traición. —Y era cierto.

—Tienes a un joven, Tiffany, que te envía cartas y paquetes. Tú vas cada semana a la capital de Lancre para mandarle cartas. Me temo que no estás viviendo donde amas.

Tiffany no dijo nada. Ya habían hablado de aquello. Roland parecía fascinar a la señorita Traición.

—Yo siempre estuve demasiado ocupada para hacer caso a los chicos —continuó la señorita Traición—. Los dejaba para más tarde, y al final ese más tarde fue demasiado tarde. Haz caso a ese joven tuyo.

—Eh… ya le dije que en realidad no es mi… —empezó a replicar Tiffany mientras notaba un principio de sonrojo.

—Pero no te vuelvas una zorrona como la señora Ogg —apuntó la señorita Traición.

—Yo siempre pago lo que pido —dijo Tiffany dubitativa.

La señorita Traición se echó a reír.

—Tenías un diccionario, si no me equivoco. Una posesión rara pero útil para una chica.

—Sí, señorita Traición.

—En mi estante encontrarás un diccionario bastante más grande. El Diccionario sin expurgar. Una posesión útil para una joven. Puedes llevártelo, además de otro libro que elijas. El resto se quedarán con la casa. También te lego mi escoba. Todo lo demás, por supuesto, pertenece a la casita.

—Muchísimas gracias, señorita Traición. Me gustaría tener ese libro de mitología.

—Ah, sí, el Pinzonero. Muy buena elección. A mí siempre me ha sido de gran ayuda, y sospecho que a ti te vendrá particularmente bien. El telar se queda aquí, por supuesto. Annagramma Halcón le encontrará utilidad.

Tiffany lo dudaba mucho. Annagramma no era nada aficionada al trabajo manual. Pero tal vez no fuera buen momento para decirlo.

La señorita Traición se recostó sobre los almohadones.

—Creen que teje sus nombres en las telas que hace —dijo Tiffany.

—Ah, ¿eso? Sí, es verdad. No tiene nada de mágico. Es un truco muy viejo, cualquier tejedor sabe hacerlo. Pero ojo, no puede leerse sin antes saber cómo se ha tejido. —La señorita Traición suspiró—. Ay, estos paletos míos. Cualquier cosa que no entienden es magia. Creen que veo el interior de sus corazones, pero eso no puede hacerlo ninguna bruja. No sin cirugía, al menos. Pero para leer sus pequeñas mentes no hace falta ninguna magia. Los conozco desde que eran bebés. ¡Me acuerdo de cuando sus abuelos eran bebés! ¡Se creen tan adultos! Pero siguen sin ser más que chiquillos en el cajón de arena, peleándose por pasteles de barro. Se les notan las mentiras, las excusas y los temores. Nunca crecen, no del todo. Nunca miran hacia arriba y abren los ojos. No dejan de ser niños en toda su vida.

—Estoy segura de que la echarán de menos —dijo Tiffany.

—¡Ja! Yo soy la vieja bruja malvada, chica. ¡Me han temido y han hecho todo lo que les decía! Les asustaban los cráneos de broma y las historias ridículas. Yo escogí el miedo. Supe que nunca me amarían por decirles la verdad, así que me aseguré de contar con su temor. No; les aliviará saber que la bruja ha muerto. Y ahora voy a revelarte algo de vital importancia. Es el secreto de mi longevidad.

Ah, pensó Tiffany, y se inclinó hacia delante.

—Lo importante es contener el paso del viento. Debes evitar las frutas y verduras tempestuosas. Las alubias son lo peor, créeme.

—Creo que no entiendo… —empezó Tiffany.

—Sin paños calientes, que procures no tirarte pedos.

—¡Pero con paños calientes sería un poco asqueroso! —exclamó Tiffany, nerviosa. No podía creer que le estuvieran diciendo aquello.

—Con esto no se hace broma —dijo la señorita Traición—. El cuerpo humano tiene una cantidad limitada de aire. Hay que hacerlo durar. Un plato de alubias puede costarte un año de vida. Yo siempre he evitado el tempestuosismo, día tras día. ¡Soy una anciana y por tanto lo que digo es sabiduría! —Dirigió una mirada severa a la perpleja Tiffany—. ¿Lo has entendido, niña?

La mente de Tiffany zumbó. ¡Todo es una prueba!

—No —respondió—. ¡No soy una niña y eso es una chorrada, no sabiduría!

La mirada severa se quebró con una sonrisa.

—Sí —dijo la señorita Traición—. Una chorrada como una casa. Pero reconocerás que también es tremenda, ¿eh? ¿A que te la has tragado enterita, por un momento? El año pasado se la colé a todo el mundo. ¡Deberías haber visto los andares que tuvieron durante unas semanas! ¡Esa tensión en sus caras me alegró la temporada! ¿Cómo van las cosas con el Forjador de Invierno? ¿Todo tranquilo? —La pregunta fue como una cuchilla de afeitar en una porción de tarta, y llegó tan de sopetón que Tiffany ahogó un grito—. Me he despertado temprano y no sabía dónde estabas.

Qué fácil era olvidarse de que usaba los ojos y los oídos de otra gente a todas horas, casi sin darse cuenta.

—¿Ha visto las rosas? —preguntó Tiffany. No había notado el cosquilleo revelador, pero tampoco había tenido mucho tiempo para otra cosa que no fuera preocuparse.

—Sí. Muy bonitas —dijo la bruja—. Ojalá pudiera ayudarte, Tiffany, pero me reclaman otros asuntos. Y el romance es una disciplina en la que no puedo aconsejarte bien.

—¿Romance? —repitió Tiffany sorprendida.

—Tendrán que guiarte la joven Ceravieja y la señorita Lento —continuó la señorita Traición—. Debo decir, sin embargo, que me temo que ninguna de ellas ha participado mucho en las justas del amor.

—¿Las justas del amor? —dijo Tiffany. ¡Esto cada vez se pone peor!

—¿Sabes jugar a póquer? —preguntó de pronto la señorita Traición.

—¿Disculpe?

—Póquer. El juego de cartas. ¿O a Mutilar a Doña Cebolla? ¿Persigue A Mi Vecino Por El Pasillo? Alguna vez habrás velado a muertos y moribundos, ¿no?

—Bueno, sí. ¡Pero nunca he jugado a cartas con ellos! ¡Además, no sé jugar!

—Yo te enseño. En el cajón de abajo de mi tocador hay una baraja. Ve y tráela.

—¿Esto es como apostar? Mi padre dice no se debe apostar.

La señorita Traición asintió.

—Es un buen consejo, querida. No te preocupes. Tal y como yo juego al póquer, esto no es ninguna apuesta…

Cuando Tiffany despertó sobresaltada, con las cartas cayéndole del regazo, la luz fría y gris de la mañana inundaba la habitación.

Miró de reojo a la señorita Traición, que roncaba como un cerdo.

¿Qué hora era? ¡Las seis como mínimo! ¿Qué debía hacer?

Nada. No había nada que hacer.

Cogió el as de varas y lo contempló. Conque eso era el póquer, ¿eh? Bueno, no se le había dado mal del todo una vez descubrió que consistía en obligar a tu cara a mentir. La mayor parte del tiempo las cartas solo estaban para tener algo que hacer con las manos.

La señorita Traición seguía dormida. Tiffany se preguntó si la mujer tendría que desayunar, pero parecía un…

—Los antiguos reyes de Djelibeibi, a los que enterraban en pirámides —dijo la señorita Traición desde la cama—, creían que podían llevarse cosas con ellos al más allá. Cosas como oro, piedras preciosas e incluso esclavos. Teniéndolo en cuenta, por favor prepárame un sándwich de jamón.

—Esto… ¿quiere decir…? —empezó Tiffany.

—El viaje que se emprende al morir es bastante largo —explicó la señorita Traición incorporándose—. A lo mejor me entra hambre.

—¡Pero será solo un alma!

—Bueno, a lo mejor los sándwiches de jamón también tienen alma —replicó la señorita Traición mientras bajaba sus piernas escuálidas de la cama—. La mostaza no lo veo tan claro, pero vale la pena intentarlo. ¡Quieta ahí! —Eso último fue porque tenía el cepillo para el pelo en la mano y estaba usando a Tiffany como espejo. La mirada de fiera concentración a tan pocos centímetros de distancia puso a prueba el aguante de Tiffany en una mañana como aquella—. Gracias. Ya puedes ir a hacer el sándwich —dijo soltando el cepillo—. Yo me vestiré mientras.

Tiffany salió deprisa y se lavó la cara en la palangana de su cuarto; lo hacía siempre después de prestar sus ojos pero nunca había reunido el valor para negarse, y desde luego no era momento de empezar.

Mientras se secaba la cara, le pareció oír un sonido amortiguado en el exterior y se acercó a la ventana. Había escarcha en…

Oh, no… oh… no… ¡no! ¡Volvía a las andadas!

El hielo que se formaba en la ventana estaba deletreando la palabra «Tiffany». Una y otra vez.

Cogió un trapo y lo limpió, pero el hielo apareció de nuevo, más grueso.

Corrió al piso de abajo. Todas las ventanas estaban escarchadas y, cuando intentó limpiarlas, se le quedó el trapo pegado al cristal. Crujió al darle un tirón.

Su nombre, por toda la ventana. Por todas las ventanas. Tal vez por todas las ventanas de las montañas. De todas partes.

Iba a regresar. ¡Era espantoso!

Pero también… molaba, solo un poquito…

No pensó la palabra porque para Tiffany «molar» era un diente de atrás de la boca. Pero pensó el pensamiento, aun así. Era una idea pequeñita y ardiente.

—En mis tiempos, los chicos solo tallaban las iniciales de la chica en un árbol. —La señorita Traición bajaba la escalera con pasos cuidadosos. Tiffany notó demasiado tarde el cosquilleo detrás de los ojos.

—¡No tiene gracia, señorita Traición! ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé. Si te es posible, sé tú misma.

La señorita Traición se inclinó casi con un chirrido y abrió la mano. El ratón lazarillo saltó al suelo, se volvió y la miró un momento con sus ojillos negros. La bruja lo empujó con el dedo.

—Venga, márchate. Gracias. —El ratón se escabulló por un agujero. Tiffany la ayudó a enderezarse y la bruja dijo—: Se te están escapando las lágrimas, ¿verdad…?

—Bueno, es que es un poco… —arrancó Tiffany. El ratoncito le había dado la impresión de estar perdido y triste.

—No llores —la consoló la señorita Traición—. Vivir tanto tiempo no es tan estupendo como cree la gente. O sea, te toca la misma cantidad de juventud que a todo el mundo, y luego una enorme ración extragrande de estar toda vieja, sorda y cascada. Venga, suénate la nariz y ayúdame a ponerme el posadero de los cuervos.

—Podría estar ahí fuera aún… —murmuró Tiffany mientras colocaba el posadero sobre los delgados hombros. Entonces volvió a frotar la ventana y vio siluetas y movimiento en el exterior—. Oh… han venido —dijo.

—¿Qué? —soltó la bruja. Se detuvo—. ¡Ahí fuera hay mucha gente!

—Eh… sí —confirmó Tiffany.

—¿Qué sabes tú de esto, chica?

—Bueno, verá, no paraban de preguntarme cuándo…

—¡Trae mis cráneos! ¡No deben verme sin los cráneos! ¿Cómo llevo el pelo? —preguntó la señorita Traición dando cuerda a su reloj con frenesí.

—Se ve bien…

—¿Bien? ¿Bien? ¿Estás loca? ¡Revuélvelo ahora mismo! —ordenó—. ¡Y tráeme mi capa más harapienta! ¡Esta está demasiado limpia! ¡Venga, muévete, niña!

Llevó varios minutos preparar a la señorita Traición, y buena parte de ese tiempo estuvo dedicada a convencerla de que sacar los cráneos a la luz del día era muy arriesgado, porque podían caerse y que alguien viera las etiquetas. Después, Tiffany abrió la puerta.

El murmullo de conversaciones se empotró en un muro de silencio.

La multitud se había congregado en torno a la puerta. Mientras la señorita Traición avanzaba, fueron abriéndole pasillo.

Para su horror, Tiffany vio que había una tumba excavada al otro lado del claro. No se la había esperado. No sabía muy bien qué se había esperado, pero no era una tumba.

—¿Quién la ha…?

—Nuestros amigos azules —dijo la bruja—. Se lo pedí yo.

Y entonces el gentío empezó a dar vítores. Las mujeres se acercaban al trote con grandes ramos de tejo, acebo y muérdago, lo único verde que crecía en aquella época del año. La gente reía. La gente lloraba. Se apiñaron alrededor de la bruja, con lo que Tiffany se vio expulsada al borde de la multitud. Se volvió silenciosa y escuchó.

«No sabemos qué haremos sin usted, señorita Traición»… «¡No creo que vayamos a tener otra bruja tan buena como usted, señorita Traición!»… «Nunca creímos que nos dejaría, señorita Traición. Usted trajo a mi abuelo al mundo»…

Descenderá a la tumba por su propio pie, se dijo Tiffany. Caray, eso es tener estilo. Es… boffo del bueno, boffo de oro. Esto lo recordarán durante el resto de sus vidas…

—En ese caso, usted se queda con todos los cachorros excepto uno. —La señorita Traición se había detenido para organizar la muchedumbre—. La costumbre es entregar ese al dueño del perro. Al fin y al cabo, tendría que haber impedido que la perra escapara y reparar sus verjas. ¿Qué me preguntaba, señor Guiñocuerno?

Tiffany irguió la espalda de golpe. ¡Estaban agobiándola! ¡Hasta esa mañana! Pero ella… quería que la agobiaran. Que la agobiaran era su vida.

—¡Señorita Traición! —gritó abriéndose paso entre la multitud—. ¡Recuerde que tiene una cita!

No era lo mejor que podía haber dicho, pero sí mucho mejor que: «¡Ha dicho que iba a morir como en cinco minutos!».

La señorita Traición se giró con una momentánea expresión de inseguridad.

—Ah, sí —dijo—. Ciertamente. Mejor que nos pongamos a ello.

Sin dejar de hablar con el señor Guiñocuerno de un complejo problema sobre un árbol caído y el cobertizo de alguien, y con el resto de la gente siguiéndolos, la bruja dejó que Tiffany la guiara con delicadeza hasta el borde de la sepultura.

—Bueno, al menos está teniendo un final feliz, señorita Traición —susurró Tiffany. Era una bobada y merecía la réplica que se llevó.

—Nosotras hacemos los finales felices, niña, día tras día. Pero verás, para la bruja no hay finales felices. Solo hay finales. Y aquí estamos…

Mejor no pensar, pensó Tiffany. Mejor no pensar que estás bajando por una escalerilla de verdad al interior de una tumba de verdad. Intenta no pensar que ayudas a la señorita Traición a descender hasta el montón de hojas acumuladas en un extremo. No te dejes saber a ti misma que estás de pie en una fosa fúnebre.

Allí abajo, el horrible reloj parecía tañer incluso más fuerte: clonc, clanc, clonc, clanc…

La señorita Traición mulló un poco el montón de hojas y dijo con voz jovial:

—Sí, me parece que aquí estaré bien cómoda. Escúchame, niña, ya te he dicho lo de los libros, ¿verdad? Además, te he dejado un regalito bajo mi silla. Sí, este lugar es aceptable. Ah, se me olvidaba…

Clonc, clanc, clonc, clanc, hizo el reloj, mucho más alto en aquel espacio reducido.

La señorita Traición se puso de puntillas y sacó la cabeza por encima del borde de la fosa.

—¡Señor Fácil! ¡Le debe dos meses de alquiler a la viuda Langley! ¿Me ha oído? ¡Señor Abundio, el cerdo pertenece a la señora Frumento y, como no se lo devuelva, pienso regresar del más allá para gimotear fuera de su ventana! Señora Repleta, la familia Dogelley tiene derecho de paso por sus pastos del lado dextro desde antes de que yo recuerde, y debe… debe…

Clon… c.

Hubo un momento, un largo momento, en que el súbito silencio del reloj parado llenó el claro como un trueno.

Lentamente, la señorita Traición se desplomó sobre las hojas.

El cerebro de Tiffany tardó unos pocos segundos horribles en empezar a funcionar, y entonces Tiffany chilló a la gente que se apretujaba arriba:

—¡Atrás todos! ¡Déjenle aire!

Se arrodilló mientras los lugareños retrocedían a toda prisa.

El penetrante olor de la tierra excavada llenaba el aire. Al menos, la señorita Traición había muerto con los ojos cerrados. No todo el mundo lo hacía. Tiffany odiaba tener que cerrárselos: era como matarlos otra vez.

—¿Señorita Traición? —susurró.

Era la primera comprobación. Existían muchas, y había que hacerlas todas: hablarles, levantarles un brazo, tomarles el pulso en varios puntos, incluyendo el de detrás de la oreja, comprobar el aliento con un espejo… y siempre le asustaba tanto equivocarse que la primera vez que la llamaron para ocuparse de alguien que parecía muerto —un joven implicado en un horrible accidente en el aserradero—, le hizo hasta la última de las pruebas, incluso habiendo tenido que ir a buscar la cabeza.

En la casita de la señorita Traición no había espejos.

En tal caso, debía…

… ¡pensar! ¡Se trata de la señorita Traición! ¡Y he oído cómo daba cuerda al reloj hace solo unos minutos!

Sonrió.

—¡Señorita Traición! —dijo muy cerca de la oreja de la mujer—. ¡Sé que está ahí!

Y fue entonces cuando la mañana, que había sido triste, escalofriante, rara y horrible, se convirtió… en boffo de cabo a rabo.

La señorita Traición sonrió.

—¿Se han ido? —preguntó.

—¡Señorita Traición! —le regañó Tiffany—. ¡Eso ha estado muy feo!

—He parado el reloj con la uña del pulgar —explicó la señorita Traición, orgullosa—. No podía decepcionarles, ¿sabes? ¡Había que darles un espectáculo!

—Señorita Traición —dijo Tiffany sin cambiar de tono—, ¿la historia del reloj se la inventó usted?

—¡Pues claro que sí! Y es folclore de primera clase, tremendo de verdad. ¡La señorita Traición y su corazón de relojería! A lo mejor hasta me vuelvo leyenda, con un poco de suerte. ¡Recordarán a la señorita Traición durante miles de años!

La bruja volvió a cerrar los ojos.

—Yo seguro que la recordaré, señorita Traición. De verdad que sí, porque…

El mundo se había vuelto gris, y seguía engriseciendo más y más. La señorita Traición se había quedado muy quieta.

—¿Señorita Traición? —dijo Tiffany dándole unos golpecitos—. ¿Señorita Traición?

¿SEÑORITA EUMÉNIDES TRAICIÓN, DE CIENTO ONCE AÑOS DE EDAD?

Tiffany oyó la voz dentro de su cabeza. No parecía haber llegado pasando por las orejas. Y ya la había oído antes, lo que la convertía en una persona muy inusual. La mayoría escucha la voz de la Muerte solo en una ocasión.

La señorita Traición se levantó sin que le crujiera ni un solo hueso. Tenía el aspecto exacto de la señorita Traición, sólida y sonriente. Lo que ahora yacía sobre las hojas muertas era, en aquella luz extraña, solo una sombra.

Pero a su lado había una figura alta y oscura. Era la Muerte en persona. Tiffany ya lo había visto antes, en su territorio de más allá de la Puerta Oscura, pero no era necesario haber tratado con él para saber quién era. La guadaña, la larga túnica con capucha y, por supuesto, el manojo de relojes de arena podían servir de pistas.

—Esos modales, niña —indicó la señorita Traición.

Tiffany levantó la mirada y dijo:

—Buenos días.

BUENOS DÍAS, TIFFANY DOLORIDO, DE TRECE AÑOS DE EDAD, dijo la Muerte con su no-voz. VEO QUE GOZAS DE BUENA SALUD.

—Una pequeña reverencia tampoco vendría mal —insistió la señorita Traición.

¿A la Muerte?, pensó Tiffany. La abuela Dolorido no lo habría visto con buenos ojos. Diría que no hay que hincar la rodilla ante los tiranos.

POR FIN, SEÑORITA EUMÉNIDES TRAICIÓN, LLEGA EL MOMENTO DE QUE CAMINEMOS JUNTAS. La Muerte la cogió del brazo con gentileza.

—¡Eh, un momento! —exclamó Tiffany—. ¡La señorita Traición tiene ciento trece años!

—Hum… lo ajusté un pelín por motivos profesionales —confesó la señorita Traición—. Ciento once suena tan… adolescente. —Como si quisiera encubrir su sofoco fantasmal metió una mano en el bolsillo y sacó el espíritu de un sándwich de jamón—. Ah, funcionó. Sabía que ten… ¿dónde ha ido la mostaza?

LA MOSTAZA ES UN TEMA COMPLICADO, dijo la Muerte mientras empezaban a desvanecerse.

—¿Nada de mostaza? ¿Y qué hay de las cebolletas en escabeche?

NINGÚN TIPO DE ESCABECHE PARECE LLEGAR AL OTRO LADO. LO SIENTO. Detrás de ellos apareció el contorno de una puerta.

—¿No hay encurtidos en el otro mundo? ¡Qué horroroso! ¿Qué me dice de los adobos? —preguntó la evanescente señorita Traición.

HAY CONFITURA. LA CONFITURA FUNCIONA.

—¿Confitura? ¡Confitura! ¿Con jamón?

Y desaparecieron. La luz volvió a la normalidad. Regresó el sonido. Regresó el tiempo.

De nuevo, mejor no dar demasiadas vueltas a las cosas, mejor mantener los pensamientos fluidos, superficiales y centrados en lo que tenía que hacer.

Observada por la gente que aún pululaba por el claro, Tiffany entró a buscar unas mantas y las amontonó de forma que, al regresar con ellas a la tumba, nadie notara los dos cráneos de Boffo y la máquina de telarañas que había metido dentro. Entonces, con la señorita Traición y el secreto del boffo a buen recaudo, empezó a cubrir la tumba, y en ese momento un par de hombres corrieron para ayudarla… hasta que, de debajo de la tierra, llegó un:

Clonc clanc. Clonc.

Los hombres se quedaron paralizados. Tiffany también, pero sus Terceros Pensamientos tomaron el relevo: ¡Tranquila! ¡Acuérdate, lo ha parado ella! ¡Se habrá puesto en marcha al asentarse una piedra o algo!

Se relajó y dijo con dulzura:

—Seguro que ha sido ella, despidiéndose.

Las paladas de tierra que faltaban por dar fueron muy rápidas.

Y ahora formo parte del boffo, pensó Tiffany mientras la gente volvía deprisa a sus pueblos. Pero la señorita Traición trabajó mucho para ellos. Merece convertirse en leyenda, si es lo que quería. Y seguro, segurísimo que en las noches oscuras la oirán…

Pero ahora solo estaba el viento en los árboles.

Contempló la tumba.

Alguien debería decir algo. ¿Y bien? La bruja era ella, al fin y al cabo.

Ni en la Caliza ni en las montañas abundaba mucho la religión. Más o menos cada año, los omnianos llegaban y congregaban a la gente para rezar, y a veces aparecía montado en burro un sacerdote de los Prodigioseros del Noveno Día o la Diócesis de la Poca Fe o la Iglesia de los Dioses Menores. La gente les escuchaba si el sacerdote decía cosas interesantes, o si se ponía rojo y berreaba, y cantaban los himnos siempre que tuvieran una melodía pegadiza. Y después volvían a sus casas.

«Somos gente humilde —había dicho su padre—. No nos conviene que los dioses se fijen en nosotros».

Tiffany recordó las palabras que le había oído pronunciar junto a la tumba de la abuela Dolorido, en lo que a ella le parecían tiempos ya muy lejanos. Sobre la hierba estival de las lomas, con las águilas ratoneras trompeteando en el cielo, esas palabras habían resultado ser todo lo que había que decir. De modo que las pronunció:

«Si existe algún terreno bendito, este terreno lo está.

Si existe algún día sagrado, es este día».

Captó un movimiento, y Billy Mandíbula, el gonnagle, trepó a la tierra revuelta de la tumba. Dedicó una mirada solemne a Tiffany, se descolgó la gaita de piel de ratón del hombro y empezó a tocar.

Los seres humanos no oían muy bien la gaita feegle porque emitía notas demasiado altas, pero Tiffany las percibía en su cabeza. Un gonnagle podía incorporar muchas cosas a su música, y Tiffany distinguió anocheceres y otoños, y la niebla en las colinas, y el olor de unas rosas tan rojas que eran casi negras…

Al terminar, el gonnagle se quedó un momento en silencio, volvió a mirar a Tiffany y se esfumó.

Tiffany se sentó en un tocón y lloró un poco porque había que hacerlo. Después fue a ordeñar a las cabras, porque también eso tenía que hacerlo alguien.

# IMAGE

En la casa, las camas estaban ventilándose, los suelos estaban barridos y la cesta de leña rebosaba. Sobre la mesa de la cocina había dejado expuesto el inventario: tantas cucharas, tantas cacerolas, tantos platos, todo ordenado bajo la apática luz. Tiffany empaquetó algunos quesos para llevárselos. Al fin y al cabo, los había hecho ella.

El telar estaba silencioso en su sala; recordaba a los huesos de algún animal muerto, pero bajo la enorme silla estaba el paquete que había mencionado la señorita Traición, envuelto en papel negro. Contenía una capa tejida de una lana marrón tan oscura que era casi negra. Tenía aspecto de abrigar mucho.

Eso era todo, pues. Hora de marcharse. Cuando se tumbó y acercó el oído a la ratonera le llegaron los ronquidos generalizados del sótano. Los feegles creían que después de un funeral como es debido todo el mundo debería estar acostado. No era buena idea despertarlos. Ya la encontrarían. Lo hacían siempre.

¿Estaba todo? Ah, no, claro que no. Bajó el Diccionario sin expurgar y la Mitología de Pinzonero, con su «Dazna de las Enstacioes», y fue a hacerles hueco en el saco bajo los quesos. Al moverse, las páginas se separaron como una baraja de cartas y cayeron varios objetos al suelo de piedra. Algunos eran viejas cartas con la tinta descolorida, que por el momento volvió a meter en el libro.

También estaba el catálogo de Boffo. En la portada había un payaso sonriente y las palabras:



Sí, una podía pasarse años intentando hacerse bruja o bien gastar una fortuna en la tienda del señor Boffo y serlo tan pronto como llegara el cartero.

Fascinada, Tiffany hojeó el catálogo. Había calaveras (Brillo en la Oscuridad, 8$ Adicionales), orejas falsas, páginas llenas de narices hilarantes (Espantoso Mocarro Colgante gratis en narices de más de 5$) y máscaras, como diría Boffo, ¡¡¡A Porrillo!!! La máscara nº 19, por ejemplo, era: Bruja Malvada Deluxe, con Loco Pelo Grasiento, Dientes Podridos y Verrugas Peludas (se entregan sin montar, ¡¡¡péguelas donde más le gusten!!!). La señorita Traición obviamente no había llegado al extremo de comprársela, tal vez porque la nariz parecía una zanahoria pero, con toda probabilidad, porque la piel era de color verde chillón. También podría haberse comprado las Aterradoras Manos de Bruja (8$ el par, con piel verde y uñas negras) y los Pies Olorosos de Bruja (9$).

Tiffany volvió a guardar el catálogo dentro del libro. No podía dejarlo allí y que lo encontrara Annagramma, o se revelaría el secreto del boffo de la señorita Traición.

Y eso era todo: una vida, acabada y recogida con pulcritud. Una casita, limpia y vacía. Una chica, preguntándose qué iba a pasar ahora. Habría «algún arreglo».

«Clonc clanc».

Ni se movió ni miró a su alrededor. No pienso dejarme boffear, se dijo. Ese ruido tiene una explicación en la que no aparece la señorita Traición. Veamos… he limpiado la chimenea, ¿verdad? Y he dejado el atizador apoyado al lado. Pero si no aciertas bien el sitio, se acaba cayendo tarde o temprano, cuando menos te lo esperas. Es eso. Cuando me vuelva y mire detrás de mí, veré que el atizador se ha caído y ahora está sobre la rejilla, y por tanto ese sonido no lo ha provocado ningún reloj fantasmagórico.

Se giró lentamente. El atizador estaba sobre la rejilla.

Y ahora, pensó, sería buena idea salir a que me dé el aire. El de aquí dentro está un poco triste y cargado. Por eso quiero salir, por el ambiente triste y viciado. No es para nada porque me dé miedo ningún ruido imaginario. No soy supersticiosa. Soy una bruja. Las brujas no somos supersticiosas. Somos de lo que los demás se vuelven supersticiosos. Es solo que no quiero quedarme. Aquí me sentía a salvo mientras ella estaba viva —era como resguardarse bajo un árbol inmenso—, pero ya no creo que sea seguro. Si el Forjador hace que los árboles griten mi nombre… bueno, me taparé las orejas. Esta casa da la sensación de estar muriéndose y yo me voy fuera.

No había necesidad de cerrar con llave. A la gente de la zona ya le asustaba entrar incluso cuando vivía la señorita Traición. Ahora ni se les ocurriría poner un pie dentro, al menos no hasta que otra bruja hubiera hecho suyo el lugar.

Entre las nubes asomaba un sol tenue, como de huevo a medio cocer, y el viento se había llevado por delante la escarcha. Pero allí arriba los otoños cortos se volvían inviernos muy deprisa; a partir de entonces, el olor a nieve ya no abandonaría el aire. En lo alto de las montañas el invierno nunca acababa del todo. Hasta en verano el agua de los arroyos bajaba fría como el hielo al derretirse la nieve.

Tiffany se sentó en el viejo tocón junto a su vieja maleta y un saco, a esperar los «arreglos». Annagramma no tardaría en llegar, eso seguro.

Desde allí, la casita ya parecía abandonada. Daba la impresión de estar…

Era su cumpleaños. El pensamiento se impuso a base de fuerza bruta. Sí, era justo hoy. La Muerte lo había dicho bien. El único gran día del año que era suyo por completo y se le había pasado con toda la emoción, y ahora ya habían transcurrido dos terceras partes.

¿Alguna vez había dicho a Petulia y las demás qué día cumplía años? No se acordaba.

Trece años. Pero ya llevaba meses considerándose una chica de «casi trece». Pronto empezaría a tener «casi catorce».

Se disponía a disfrutar de un ratito de autocompasión cuando hubo un frufrú sigiloso a sus espaldas. Giró la cabeza tan deprisa que Horacio el queso saltó hacia atrás.

—Ah, eres tú —dijo Tiffany—. ¿Dónde te habías metido, niñ… queso malo? ¡Me tenías preocupadísima!

Horacio pareció avergonzado, pero era difícil saber cómo lo lograba exactamente.

—¿Vas a venirte conmigo? —preguntó Tiffany.

Horacio emanó al instante una sensación de siísmo.

—Vale. Pues entonces, al saco. —Tiffany lo abrió, pero Horacio se echó atrás—. Oye, si vas a ponerte en plan queso travie… —empezó a decir y calló. Le picaba la mano. Levantó la mirada… hacia el Forjador de Invierno.

Tenía que ser él. Al principio solo vio nieve arremolinada en el aire pero pareció tomar forma a medida que cruzaba el claro a zancadas, volverse humano, transformarse en un joven cuya capa ondeaba al viento, con nieve en el pelo y sobre los hombros. Esta vez no era transparente, no del todo, pero lo recorrían una especie de ondulaciones y a Tiffany le pareció que podía entrever los árboles que tenía detrás, como sombras.

Dio unos pasos apresurados hacia atrás, pero el Forjador surcaba la hierba muerta con la velocidad de un patinador. Podía girarse y correr, pero eso significaría que estaba… bueno, girándose y corriendo, y ¿por qué tenía que hacerlo? ¡Ella no era la que se había puesto a hacer garabatos en las ventanas de la gente!

¿Qué decir, qué decir?

—Oye, de verdad te agradezco que encontraras mi collar —empezó, retrocediendo aún más—. Y los copos de nieve y las rosas fueron muy… fuiste muy considerado. Pero… no creo que nosotros… bueno, tú estás hecho de frío y yo no soy… yo soy un ser humano, hecho de… cosas humanas.

—Debes de ser ella —dijo el Forjador de Invierno—. ¡Estuviste en la Danza! Y ahora estás aquí, en mi invierno.

La voz no encajaba. Sonaba… falsa, de algún modo, como si alguien hubiera enseñado al Forjador a pronunciar el sonido de las palabras sin explicarle lo que eran.

—Soy una ella —replicó insegura—. No sé nada de ningún «debes de ser». Esto… por favor, lamento mucho lo del baile, no era mi intención, es que parecía tan… —Se fijó en que tenía los mismos ojos a medio camino entre el violeta y el gris. Violeta y gris en un rostro esculpido de neblina congelada. Y guapo, además—. Mira, no pretendía hacerte pensar que…

—¿Pretendías? —dijo el Forjador con gesto de asombro—. Pero nosotros no pretendemos. ¡Nosotros somos!

—¿A qué te… refieres?

—¡Pardiez!

—Oh, no… —musitó Tiffany mientras la hierba estallaba en feegles.

Los feegles no conocían el significado de la palabra «miedo». A veces Tiffany desearía que leyeran un diccionario. Peleaban como tigres, peleaban como demonios, peleaban como gigantes. Lo que no hacían era pelear como algo que tuviera más de una cucharada de cerebro.

Atacaron al Forjador de Invierno con espadas, cabezas y pies, y el hecho de que todo lo atravesaba igual que a una sombra no pareció importarles. Si un feegle apuntaba la bota hacia una pierna neblinosa y acababa pateándose su propia cabeza, lo consideraba un buen resultado.

El Forjador hizo como si no existieran, como un hombre que no presta atención a las mariposas.

—¿Dónde está tu poder? ¿Por qué vas vestida así? —exigió saber el Forjador—. ¡No es como debería ser! —Dio un paso adelante y agarró la muñeca de Tiffany con fuerza, mucha más fuerza de la que debería poder ejercer una mano fantasmal—. ¡Está mal! —vociferó.

Las nubes pasaban raudas por encima del claro.

Tiffany intentó zafarse.

—¡Suéltame!

—¡Eres ella! —gritó el Forjador de Invierno, acercándola hacia él.

Tiffany sabía de dónde había salido el grito, pero el bofetón salió de su mano, que había estado pensando por sí misma. Dio tal tortazo en la mejilla del ser que por un momento se le emborronó la cara, como si hubiera esparcido con la mano la pintura de un cuadro.

—¡No te acerques a mí! ¡No me toques! —chilló.

Hubo un rielar detrás del Forjador de Invierno. Tiffany no pudo apreciar los detalles por culpa de la gélida niebla y de su propia furia y terror, pero algo borroso y oscuro llegaba hacia ellos por el claro, oscilante y distorsionado como una silueta vista a través del hielo. Se cernió sobre la figura transparente durante un momento oscuro y entonces se convirtió en Yaya Ceravieja, ocupando el mismo espacio que el Forjador… dentro de él.

La figura pasó un segundo chillando antes de explotar. Dejó solo niebla.

Yaya trastabilló hacia delante, parpadeando.

—Puajjjj. Me va a costar tiempo quitarme ese sabor de la cabeza —dijo—. Cierra la boca de una vez, chica, que te puede entrar algo.

Tiffany cerró la boca. Le podía entrar algo.

—¿Qué… qué le has hecho al hombre? —logró decir.

—¡A la cosa! —restalló la bruja, frotándose la frente—. ¡Es un ello, no un él! ¡Un ello que cree ser un él! ¡Ahora dame tu collar!

—¿Qué? ¡Es mío!

—¿Crees que tengo ganas de discutir? —replicó Yaya Ceravieja con severidad—. ¿Te parece que pongo cara de querer discutir? ¡Dámelo ahora mismo! ¡No te atrevas a desafiarme!

—No voy a…

Yaya Ceravieja bajó la voz y, con un siseo penetrante que era mucho peor que un chillido, dijo:

—Es su forma de encontrarte. ¿Quieres que te encuentre otra vez? Ahora solo es niebla. ¿Cómo de sólido crees que va a hacerse?

Tiffany pensó en esa cara extraña, que no se movía como lo haría una de verdad, y en aquella voz tan rara, que juntaba las palabras como si fuesen ladrillos…

Soltó el pequeño cierre de plata y sostuvo el collar en alto.

Solo es boffo, se dijo. Cualquier palo es una varita, cualquier charco es una bola de cristal. Esto es solo un… un objeto. No lo necesito para ser yo.

Sí que lo necesito.

—Tienes que entregármelo tú —señaló Yaya con suavidad—. No puedo quitártelo.

La bruja tendió el brazo con la palma hacia arriba.

Tiffany dejó caer en ella el caballo y se esforzó para no visualizar los dedos de Yaya Ceravieja como una zarpa que se cerraba.

—Muy bien —dijo satisfecha Yaya—. Ahora tenemos que irnos.

—Estabas observándome —repuso Tiffany, hosca.

—Toda la mañana. Podías haberme visto si se te hubiera ocurrido mirar. Pero no has hecho un mal trabajo en el entierro, debo decir.

—¡He hecho un buen trabajo!

—Eso he dicho.

—No —respondió Tiffany, todavía temblorosa—. No has dicho eso.

—Nunca he aprobado las calaveras ni nada por el estilo —dijo Yaya sin hacer caso a la protesta—. Las artificiales, por lo menos. Pero la señorita Traición…

Se detuvo en seco y Tiffany la vio escrutar las copas de los árboles.

—¿Es él otra vez? —preguntó.

—No —dijo Yaya como si le resultara decepcionante—. No, es la joven señorita Halcón. Y la señora Letice Carcoma. Le ha faltado tiempo, por lo que veo. Y la señorita Traición ahí mismo, casi sin enfriarse. —Resopló—. Algunas podrían tener un poco de decencia y no alargar la mano.

Las dos escobas aterrizaron a poca distancia. Annagramma parecía estar nerviosa. La señora Carcoma tenía el mismo aspecto de siempre: alta, de tez pálida, muy bien vestida, luciendo muchas joyas ocultistas y con una expresión que sugería que estaba algo molesta pero tenía la cortesía de no dejar que se le notara. Y cada vez que miraba a Tiffany, si es que se dignaba a advertir su existencia, lo hacía como si fuera una especie de criatura inusitada que no acababa de entender.

La señora Carcoma siempre mostraba hacia Yaya una cortesía formal y fría. Eso hacía perder los estribos a Yaya Ceravieja, pero así era como se comportaban las brujas. Cuando no podían ni verse entre ellas, eran tan estiradas como duquesas.

Mientras las dos recién llegadas se acercaban, Yaya hizo una profunda inclinación y se quitó el sombrero. La señora Carcoma la imitó, solo que su inclinación fue un poco más profunda.

Tiffany vio que Yaya echaba un vistazo y se inclinaba aún más bajo, unos dos centímetros.

La señora Carcoma logró descender otro centímetro más.

Tiffany y Annagramma cruzaron una mirada resignada por encima de las espaldas tensas. A veces aquella clase de cosas podía prolongarse durante horas.

Yaya Ceravieja soltó un gruñido y enderezó la espalda. Lo mismo hizo la señora Carcoma, con la cara colorada.

—Que las bendiciones caigan sobre este encuentro —dijo Yaya en tono apacible. Tiffany hizo una mueca. La frase era una declaración de hostilidades. Gritarse y pincharse con el dedo mutuamente era de lo más normal en las discusiones entre brujas, pero hablar con calma y cautela significaba una guerra sin cuartel.

—Es muy amable de su parte recibirnos —replicó la señora Carcoma.

—Confío en que siga con buena salud.

—Vamos tirando, señorita Ceravieja. —Annagramma cerró los ojos con fuerza. Aquello era una patada en el estómago, según el rasero de las brujas.

—Es señora Ceravieja, señora Carcoma —aclaró Yaya—. Como creo que ya sabe.

—Vaya, sí. Por supuesto. Cuánto lo lamento.

Intercambiados los primeros golpes salvajes, Yaya continuó:

—Espero que la señorita Halcón lo encuentre todo a su gusto.

—Oh, estoy segura de que… —La señora Carcoma miró a Tiffany, su cara hecha un interrogante.

—Tiffany —le apuntó esta.

—Tiffany. Es verdad. Qué nombre tan encantador… Estoy segura de que Tiffany lo ha hecho tan bien como ha podido —dijo la señora Carcoma—. Aun así, absolveremos y consagraremos la casita, para purgarla de… influencias.

¡Yo ya lo he frotado y frotado todo!, pensó Tiffany.

—¿Influencias? —repitió Yaya Ceravieja, y ni siquiera al Forjador de Invierno le habría salido una voz más gélida.

—Y vibraciones perturbadoras —dijo la señora Carcoma.

—Ah, esas sé de dónde salen —intervino Tiffany—. Es por el tablón suelto de la cocina. Si se pisa, hace bailar un poco el aparador.

—Hay rumores acerca de un demonio —señaló la señora Carcoma, pasando aquello por alto con aire de gravedad—. Y… cráneos.

—Pero… —empezó a replicar Tiffany, sin embargo la mano de Yaya le apretó tan fuerte el hombro que se detuvo.

—Ay, madre mía —dijo Yaya, sin aflojar la presa—. Cráneos, ¿eh?

—Circulan algunas historias muy inquietantes —continuó la señora Carcoma, observando a Tiffany—. De la más oscura naturaleza, señora Ceravieja. Me temo que se ha hecho mal servicio a la gente de esta encomienda. Se han desencadenado fuerzas tenebrosas.

Tiffany se moría de ganas de gritar: ¡No! ¡Solo eran historias! ¡Todo era boffo! ¡Ella cuidaba de ellos! ¡Zanjaba sus absurdas discusiones, recordaba sus leyes y les regañaba cuando hacían tonterías! ¡No podría haberlo hecho siendo solo una débil ancianita! ¡Tenía que convertirse en leyenda! Pero el apretón de Yaya la mantuvo en silencio.

—Sin duda hay fuerzas extrañas actuando —afirmó Yaya Ceravieja—. Le deseo lo mejor en sus proyectos, señora Carcoma. Y ahora, si me disculpa…

—Por supuesto, señori… señora Ceravieja. Que las estrellas benefactoras la asistan.

—Que el camino frene para recibir sus pies —dijo Yaya. Liberó algo de presión del hombro de Tiffany, pero de todas formas casi dobló la esquina de la casa con ella a rastras. La escoba de la difunta señorita Traición estaba apoyada contra la pared—. ¡Ata tus cosas deprisa! —le ordenó—. ¡Hay que marcharse!

—¿Él va a volver? —preguntó Tiffany afanándose en atar el saco y la vieja maleta a las cerdas.

—Aún no. Ni pronto, creo yo. Pero estará buscándote. Y se hará más fuerte. ¡Me parece que será un peligro para ti y para los que te rodean! ¡Te queda mucho por aprender! ¡Te queda mucho por hacer!

—¡Le he dado las gracias! ¡He intentado ser amable con él! ¿Por qué sigue interesado en mí?

—Por la Danza —dijo Yaya.

—¡Lamento haberme metido!

—No basta. ¿Qué sabe la tormenta de las lamentaciones? Tienes que resolverlo. ¿De verdad creíste que ese espacio estaba ahí para ti? ¡Oh, qué enredado está todo! ¿Cómo tienes los pies?

Tiffany, furiosa y desconcertada, se quedó quieta con una pierna levantada sobre la escoba.

—¿Los pies? ¿Qué pasa con mis pies?

—¿Te pican? ¿Qué ocurre si te quitas las botas?

—¡Nada! ¡Que me veo los calcetines! ¿Qué pintan mis pies en todo esto?

—Lo averiguaremos. —Fue la respuesta exasperante de Yaya—. Venga, vámonos.

Tiffany intentó que la escoba se elevara, pero apenas lograba mantenerla por encima de la hierba muerta. Miró a su alrededor. Las cerdas estaban atestadas de feegles.

—Tú haz comu si non estuviéramos —dijo Rob Cualquiera—. ¡Agarrarémonos fuerte!

—Pero non sacúdasnos mucho, que siéntome comu si diéranme martilladas en la testa —añadió Wullie Chiflado.

—¿Este vuelu tiene servicio de a bordu? —preguntó Yan Grande—. Destruéñome por una copiña.

—¡No puedo llevaros a todos! —exclamó Tiffany—. ¡Ni siquiera sé hacia dónde vamos!

Yaya Ceravieja fulminó a los feegles con la mirada.

—Tendréis que ir andando. Vamos a la capital de Lancre. La dirección es Tir Nani Ogg, plaza Mayor.

—Tir Nani Ogg —repitió Tiffany—. ¿Eso no es…?

—Significa «Territorio de Tata Ogg» —dijo Yaya mientras caían feegles de la escoba—. Allí estarás a salvo. Bueno, más o menos. Pero hemos de hacer una parada por el camino. Hay que alejar este collar de ti tanto como podamos. ¡Y sé cómo hacerlo! ¡Ya lo creo que sí!

Los Nac Mac Feegle cruzaban el bosque al trote mientras empezaba a caer la tarde. La fauna local ya estaba al tanto de su llegada, así que todas las criaturas peludas se habían metido en sus madrigueras o trepado a las copas de los árboles, pero al cabo de un rato Yan Grande hizo detenerse a la columna y dijo:

—¡Hay algo siguiéndonos!

—Non digas tochuras —replicó Rob Cualquiera—. ¡En estos bosques non queda nada tan locu como para cazar feegles!

—Sé lo que notu —se empecinó Yan Grande—. Siéntolo en mis aguas. ¡Agora mesmo hay algo acechándonos!

—Ben, non seré yo quien discuta con las aguas de un hombre —accedió Rob en tono cansado—. ¡Vale, muchachus, a separarse en un círculo ben grandote!

Los feegles se desplegaron con las espadas desenvainadas, pero al cabo de unos minutos se inició un murmullo general. No se veía nada, no se oía nada. Algunos pájaros cantaban desde una distancia segura. La paz y la tranquilidad, tan infrecuentes en la cercanía de los feegles, estaba por todas partes.

—Siéntolo, Yan Grande, peru me da que tus aguas fallaron el tiro esta vez —dijo Rob Cualquiera.

En ese preciso instante, Horacio el queso se dejó caer de una rama contra su cabeza.

Bajo el gran puente de Lancre corría mucha agua, pero desde tan arriba apenas podía distinguirse por culpa del rocío procedente de las cataratas cercanas, un rocío que se quedaba flotando en el aire helado. El agua espumosa bajaba por la profunda garganta y luego el río saltaba la catarata como un salmón y caía sobre los llanos como una tronada. Desde la base de la cascada podía seguirse el río hasta más allá de la Caliza, pero trazaba curvas amplias y perezosas y era más rápido viajar en línea recta.

Tiffany había remontado el río volando en una sola ocasión, cuando la señorita Lento la trajo por primera vez a las montañas. Desde entonces siempre había tomado la ruta larga, con su escoba a poca altura sobre el zigzagueante camino de las diligencias. Sobrevolar el precipicio al que se arrojaba aquel torrente furioso, notar la repentina altura llena de húmedo aire frío y entonces apuntar la escoba hacia abajo casi en vertical ocupaba una posición bastante alta en su lista de cosas que no pretendía hacer jamás.

Yaya Ceravieja estaba de pie en el puente, con el caballo de plata en la mano.

—Es la única manera —dijo—. Así acabará en el fondo del océano. ¡Que te busque allí el Forjador!

Tiffany asintió. No estaba llorando, que no es lo mismo que decir que, bueno, no lloraba. La gente iba por ahí sin llorar a todas horas, y no pensaba en ello para nada. Ahora Tiffany sí. Pensaba: No estoy llorando…

Tenía sentido. Claro que tenía sentido. ¡Todo era boffo! Cualquier palo es una varita, cualquier charco es una bola de cristal. Ningún objeto tenía un poder que no le hubiera dado ella. Los batiburrillos, las calaveras y las varitas eran como… las palas, los cuchillos y los anteojos. Eran como… palancas. Con una palanca se podía levantar una roca grande, pero la palanca no hacía ningún trabajo.

—Ha de ser decisión tuya —dijo Yaya—. No puedo tomarla yo por ti. Pero esto una pequeñez y, mientras lo tengas, será peligroso.

—¿Sabes? No creo que quisiera hacerme daño. Solo estaba disgustado —confesó Tiffany.

—¿En serio? ¿Quieres volver a encontrártelo disgustado?

Tiffany recordó aquel extraño rostro. Se había presentado con la forma de un ser humano —más o menos—, pero parecía que al Forjador le sonara de algo la idea de ser un hombre pero aún no hubiera descubierto cómo hacerlo.

—¿Crees que hará daño a más gente? —preguntó.

—Es el invierno, niña. No son todo copos de nieve bonitos, ¿a que no?

Tiffany extendió la mano.

—Devuélvemelo, por favor.

Yaya lo soltó con un encogimiento de hombros.

Permaneció en la mano de Tiffany, sobre la rara cicatriz blanca. Era el primer objeto que le habían regalado en la vida que no era útil, que no servía para hacer algo.

No lo necesito, pensó. Mi poder proviene de la Caliza. Pero ¿así es como va a ser mi vida? ¿Nada que no necesite?

—Tendríamos que atarlo a algo ligero —dijo como si nada—. Si no, se enganchará en las rocas del fondo.

Se puso a hurgar un poco en la hierba que crecía junto al puente. Encontró un palo y enrolló la cadena de plata a su alrededor.

El sol estaba alto en el cielo. Tiffany había inventado la palabra luzdedía porque le gustaba cómo sonaba. Cualquiera podía ser bruja a medianoche, había pensado, pero tendría que dársete de maravilla para ser una bruja bajo la luzdedía.

Dársete de maravilla ser una bruja, claro, pensó mientras regresaba al puente. No dársete de maravilla ser feliz.

Arrojó el collar al río.

No le dio mayor importancia. Habría sido bonito decir que el caballo de plata reflejó la luz, que pareció quedar suspendido un momento en el aire antes de su larga caída. Tal vez lo hiciera, pero Tiffany no estaba mirando.

—Bien —dijo Yaya Ceravieja.

—Entonces, ¿se acabó?

—¡No! Te metiste bailando en una historia, niña, una historia que se cuenta a sí misma al mundo cada año. Es la historia del hielo y el fuego, del verano y el invierno. Tú la has trastocado. Ahora tendrás que seguirla hasta el final y asegurarte de que acabe como debe. Con lo del caballo solo hemos ganado tiempo, nada más.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Esto no había pasado nunca. Tiempo para pensar, al menos. ¿Cómo tienes los pies?

El Forjador de Invierno se desplazaba por el mundo sin desplazarse en absoluto, en ningún sentido humano. Allá donde estaba el invierno, estaba él.

Intentaba pensar. Nunca había tenido que hacerlo antes, y dolía. Hasta aquel momento, los humanos habían sido meras partes del mundo que se movían de forma extraña y encendían fuegos. Ahora que estaba tejiéndose una mente, todo era nuevo.

Un ser humano, hecho de… cosas humanas… eso había dicho ella.

Cosas humanas. Tenía que hacerse a sí mismo a partir de cosas humanas para su amada. En la frialdad de las morgues y entre los barcos naufragados, el Forjador de Invierno cabalgó el aire en busca de cosas humanas. ¿Cuáles eran? Polvo y agua, sobre todo. Si dejabas estar a un humano el tiempo suficiente, hasta el agua desaparecía y solo quedaban unos puñados de polvo que se llevaba el viento.

Por tanto, como el agua no pensaba, era el polvo el que hacía todo el trabajo.

El Forjador era lógico porque el hielo era lógico. El agua era lógica. El viento era lógico. Había reglas. Por tanto, ser humano consistía en… ¡encontrar el tipo correcto de polvo!

Y mientras se dedicaba a buscarlo, podía demostrarle lo fuerte que era.

Aquella tarde Tiffany se sentó al borde de su nueva cama mientras los vapores del sueño invadían su cerebro como un nubarrón, bostezó y estudió sus pies.

Eran rosados y tenían cinco dedos cada uno. Unos pies bastante buenos, teniéndolo todo en cuenta.

Normalmente, cuando la gente saludaba decía cosas parecidas a «¿Cómo estás?». Tata Ogg había dicho: «Pasa, pasa. ¿Cómo tienes los pies?».

De repente a todo el mundo le interesaban sus pies. Estaba claro que los pies eran importantes, pero ¿qué esperaban todas que les pasara a los suyos?

Los balanceó desde las rodillas. No hicieron nada inusual, así que se metió en la cama.

Llevaba dos noches sin dormir como debía. No había acabado de darse cuenta de ello hasta que llegó a Tir Nani Ogg, donde su cerebro había empezado a rotar por iniciativa propia. Tiffany había hablado con la señora Ogg, pero le costaba recordar de qué. Las voces le habían atronado en los oídos. Ahora, al menos, no tenía nada más que hacer que dormir.

Era una buena cama, la mejor en la que se había acostado jamás. También era el mejor dormitorio que había utilizado, aunque había llegado demasiado cansada para explorarlo. Las brujas no eran muy partidarias de la comodidad, y mucho menos en los cuartos de invitados, pero ella había crecido durmiendo en una vieja cama cuyos muelles hacían «gloing» cada vez que se movía, hasta el punto de que concentrándose podía interpretar una melodía.

Aquel colchón era grueso y mullido. Tiffany se hundió en él como si fuera unas arenas movedizas muy suaves, muy cálidas y muy lentas.

El problema era que podía cerrar los ojos, pero no podía cerrar la mente. Allí tendida, la oscuridad trazó garabatos dentro de su cabeza, de relojes que hacían clonc clanc, de copos de nieve con su forma, de la señorita Traición recorriendo de noche el bosque a zancadas, buscando a las personas malas con su uña amarillenta en ristre.

La señorita Traición…

Se precipitó desde aquellos recuerdos revueltos hacia una blancura apagada que fue ganando brillo y detalle, definiendo pequeñas zonas de negro y gris. Empezaron a balancearse suavemente…

Tiffany abrió los ojos y se le aclaró la visión. Estaba en un… una barca… no, un gran velero. Había nieve en las cubiertas y témpanos de hielo colgando de los aparejos. Navegaba a la luz del alba, sucia como el agua de fregar, en un silencioso mar gris sembrado de bloques de hielo y brumas. Los aparejos crujieron y el viento suspiró contra las velas. No había nadie a la vista.

—Ah. Esto parece ser un sueño. Déjame salir, por favor —dijo una voz conocida.

—¿Quién eres? —preguntó Tiffany.

—Tú. Tose, por favor.

Tiffany pensó: Bueno, total, es un sueño… y tosió.

Una figura se alzó a partir de la nieve de cubierta. Era ella, y miró a su alrededor con aire pensativo.

—¿Tú eres yo también? —preguntó Tiffany. Lo raro era que, sobre aquella cubierta helada, no parecía tan… bueno, raro.

—Hum. Ah, sí —respondió la otra Tiffany, sin dejar de mirarlo todo con ojo crítico—. Soy tus Terceros Pensamientos. ¿Te acuerdas? ¿La parte de ti que nunca deja de pensar? ¿La que se fija en los pequeños detalles? Qué gusto que te dé un poco el aire. Hum.

—¿Pasa algo malo?

—Bueno, esto tiene toda la pinta de ser un sueño. Si te paras un momento a mirar, comprobarás que ese timonel con el chubasquero amarillo que está en el castillo es el Alegre Marinero, el del envoltorio del tabaco que fumaba la abuela Dolorido. Siempre nos viene a la mente cuando pensamos en el mar, ¿verdad?

Tiffany miró al hombre barbudo, que la saludó con un gesto jovial de la mano.

—¡Sí, sí que es él! —dijo.

—Pero no creo que este sueño sea nuestro exactamente. Es demasiado… real.

Tiffany se agachó y recogió un puñado de nieve.

—Se nota real —dijo—. Se nota frío.

Hizo una bola de nieve y se la lanzó a sí misma.

—Preferiría no volver a hacer eso —protestó la otra Tiffany sacudiéndose nieve del hombro—. Pero ¿sabes a qué me refiero? Los sueños nunca son tan… poco ensoñados como este.

—Sé a qué me refiero —respondió Tiffany—. Creo que va a seguir pareciendo real y que entonces se presentará algo feo.

—Exacto. No me gusta nada de nada. Si esto es un sueño, entonces va a pasar algo horrible…

Miraron por delante del barco. Había una masa de bruma oscura y sucia que iba extendiéndose por el mar.

—¡Hay algo en la niebla! —dijeron las dos Tiffanys al unísono.

Dieron media vuelta y subieron deprisa la escalera del castillo.

—¡Aléjese de la niebla! ¡Por favor, no se acerque a ella! —gritó Tiffany.

El Alegre Marinero se sacó la pipa de la boca y puso cara de desconcierto.

—¿Fume Bien Haga el Tiempo que Haga? —preguntó a Tiffany.

—¿Cómo?

—¡Es lo único que sabe decir! —exclamó la otra Tiffany aferrando el timón—. ¿Te acuerdas? ¡Es lo que pone en la solapa!

El Alegre Marinero la apartó con delicadeza.

—Fume Bien Haga el Tiempo que Haga —dijo con voz tranquilizadora—. El Tiempo que Haga.

—Mire, solo queremos que… —empezó a decir Tiffany, pero sus Terceros Pensamientos, sin mediar palabra, le pusieron una mano en la cabeza y la obligaron a girarla.

Algo estaba emergiendo de la bruma.

Era un iceberg de los grandes, como mínimo cinco veces más alto que el barco y tan majestuoso como un cisne. Era tan inmenso que provocaba su propio clima. Daba la impresión de moverse despacio, pero el agua que rodeaba su base estaba espumosa. A su alrededor nevaba. El iceberg arrastraba unos banderines de niebla tras de sí.

Al Alegre Marinero se le cayó la pipa mientras lo contemplaba boquiabierto.

—¡Fume Bien! —maldijo.

El iceberg era Tiffany. Era una Tiffany que medía decenas de metros y estaba hecha de hielo verde resplandeciente, pero seguía siendo una Tiffany. Tenía aves marinas posadas en la cabeza.

—¡Esto no puede ser cosa del Forjador! —protestó Tiffany—. ¡Me he deshecho del caballo! —Se hizo bocina con las manos y gritó—: ¡ME HE DESHECHO DEL CABALLO!

Su voz rebotó en la inmensa figura de hielo. Algunas aves alzaron el vuelo desde la enorme y fría cabeza, dando graznidos. Detrás de Tiffany, el timón del barco rodó. El Alegre Marinero dio un pisotón contra el suelo y señaló las velas blancas que tenían encima.

—¡Fume Bien Haga el Tiempo que Haga! —ordenó.

—¡Lo siento, no entiendo lo que significa! —replicó Tiffany desesperada.

El hombre señaló las velas e hizo un frenético gesto de tirar con las manos.

—¡Fume Bien!

—¡Perdone, es que no le comprendo!

El marinero soltó un bufido y corrió hacia una soga, de la que tiró como si le fuera la vida en ello.

—Ya se ha puesto feo —dijo su otra Tiffany entre dientes.

—Bueno, sí, yo diría que un iceberg enorme con mi forma es…

—No, eso solo es raro. Lo feo es esto. Tenemos pasajeros. Mira. —Señaló.

Abajo, en la cubierta principal, había una hilera de escotillas con grandes rejas de hierro; antes Tiffany no había reparado en ellas.

Cientos de manos, pálidas como raíces bajo un tronco caído, asomaron por los huecos de las rejas, moviéndose para tantear el aire.

—¿Pasajeros? —susurró Tiffany, horrorizada—. Oh, no…

Y entonces empezaron los chillidos. Habría sido mejor, aunque tampoco mucho, si hubieran sido chillidos de «¡Socorro!» y de «¡Sálvanos!», pero eran solo gritos y gemidos sin articular, sonidos de dolor y miedo…

¡No!

—Vuelve dentro de mi cabeza —ordenó adusta—. Me distrae demasiado tenerte dando vueltas por ahí fuera. Ahora mismo.

—Pasaré desde detrás —dijo su otra Tiffany—. Así no se hará tan…

Tiffany sintió una punzada de dolor y un cambio en su mente, y pensó: Bueno, supongo que podría haber sido mucho más pringoso.

Vale. A pensar. A pensar toda yo.

Miró las manos desesperadas, meciéndose como algas bajo el agua, y razonó: Estoy en algo parecido a un sueño, pero no creo que sea mío. Voy en barco, y nos va a matar un iceberg que es una estatua gigante de mí.

Creo que me gustaba más ser copos de nieve…

¿De quién es este sueño?

—¿Qué es todo esto, Forjador de Invierno? —preguntó, y sus Terceros Pensamientos, ya desde el lugar que les correspondía, comentaron: Es increíble, puedes verte hasta el aliento en el aire—. ¿Es una advertencia? —gritó—. ¿Qué quieres?

A ti como esposa, dijo el Forjador de Invierno. Las palabras llegaron directas a su memoria.

Tiffany dejó caer los hombros.

Sabes que no es real, dijeron sus Terceros Pensamientos. Pero podría ser la sombra de algo real…

No tendría que haber dejado que Yaya Ceravieja echara a Rob Cualquiera tan deprisa…

—¡Pardiez! ¡Que reviente mi cuaderna! —gritó una voz detrás de ella.

Y entonces llegó el vocerío habitual:

—¡Dícese «mis cuadernas», pavitontu!

—¿Ah, sí? ¡Pues solu veo una!

—¡Ayustad ese tablón tan grande de ahí! ¡Wullie Chiflado cayose al agua!

—¡Pedazo de pámpano! ¡Mira que díjele que solu era un parche cada uno!

—Ron, ron, ron, la botella de ron…

Los feegles salieron en tropel del camarote que Tiffany tenía detrás, y Rob Cualquiera se detuvo frente a ella mientras los demás continuaban pasando. Le dedicó un saludo marcial.

—Sientu que lleguemos un poquiño tarde, pero tuvimos que buscar los parches negros —dijo—. Si tiénese estilo, tiénese estilo, ya sabes.

Tiffany se quedó sin palabras, pero solo un momento. Señaló con el dedo.

—¡Hay que detener el barco antes de que choque con ese iceberg!

—¿Solu eso? ¡Non problemo! —Rob pasó la mirada de Tiffany a la imponente giganta de hielo y sonrió de oreja a oreja—. La nariz saliole clavadita, ¿eh?

—¡Detén el barco! ¿Por favor? —rogó Tiffany.

—¡Sí, mi capitana! ¡Venga, muchachus!

Ver trabajar a los feegles era como mirar hormigas, solo que ellas no llevaban kilt ni gritaban «¡Pardiez!» sin parar. Tal vez esa capacidad para exprimir tanto una sola palabra era lo que les permitía entender las órdenes del Alegre Marinero sin el menor inconveniente. Hormigueaban por toda la cubierta igual que… bueno, que hormigas. Tiraron de cuerdas misteriosas. Las velas se movieron y se inflaron acompañadas de gritos de «¡Fume Bien!» y «¡Pardiez!».

Ahora el Forjador de Invierno quiere casarse conmigo, pensó Tiffany. Ay, ay, ay…

A veces se había preguntado si se casaría algún día, pero no tenía la menor duda de que «algún día» le quedaba todavía muy lejano en el tiempo. De acuerdo, su madre se había casado a los catorce años, pero eso era algo que hacía la gente en tiempos remotos. Tiffany tenía muchísimas cosas que hacer antes de plantearse siquiera una boda, eso era definitivo.

Además, si lo pensaba un poco… puaj. Si él ni siquiera era una persona. Sería demasiado…

«¡Flop!», hizo el viento en las velas. El barco crujió y escoró, y todos empezaron a gritar a Tiffany. Sobre todo le gritaban: «¡El timón! ¡Agarra el timón agora mesmo!», pero también había un desesperado «¡Fume Bien Haga el Tiempo que Haga!» entre el barullo.

Tiffany se giró y vio que la rueda del timón giraba rápida y emborronada. Intentó hacerse con ella y los radios le aporrearon los dedos, pero cerca había una soga enrollada y consiguió atrapar la rueda con un lazo y pararla de un tirón sin resbalar demasiado por la cubierta. Entonces empuñó el timón y trató de hacerlo girar hacia el otro lado. Era como empujar una casa, pero terminó moviéndolo, muy despacio al principio y luego más deprisa a medida que aprendía cómo aprovechar todo el cuerpo.

El barco viró. Tiffany lo notaba moverse, empezar a cambiar de dirección y dejar de navegar directo hacia el centro del iceberg. ¡Sí! ¡Al fin las cosas salían bien! Giró un poco más la rueda y ahora la gigantesca muralla de hielo pasaba junto a ellos, llenando el aire de niebla. Todo iría bien tan pronto como…

El barco chocó contra el iceberg.

Empezó con un simple chasquido cuando una verga se enganchó en un saliente de la muralla, pero entonces se partieron varias más mientras el barco se restregaba contra la superficie de hielo. Después se oyeron varios sonidos bruscos de madera astillada a medida que el barco raspaba en su avance, y los tablones partidos saltaron por los aires sobre columnas de agua espumosa. Un mástil perdió su parte superior, que se llevó consigo velas y aparejos. Un bloque de hielo se estrelló contra la cubierta a unos palmos de Tiffany, regándola de esquirlas.

—¡Estas cosas no funcionan así! —resolló aún agarrada al timón.

Cásate conmigo, dijo el Forjador de Invierno.

El agua blanca y revuelta rugió a lo largo de todo el barco mientras lo mandaba a pique. Tiffany se quedó sujeta un momento más; entonces una ola fría la devoró… solo que de repente no era fría, sino cálida. Pero seguía impidiéndole respirar. En la oscuridad, intentó abrirse paso hacia la superficie, hasta que de pronto la negrura se apartó a un lado, se le llenaron los ojos de luz y una voz dijo:

—Estoy segura de que estos colchones son demasiado blandos, pero cualquiera le dice algo a la señora Ogg.

Tiffany parpadeó. Estaba en la cama y de pie a su lado había una mujer muy flaca, con el pelo recogido y la nariz más bien roja.

—Estabas revolviéndote como una loca —continuó la mujer mientras dejaba una taza humeante en la mesita de noche—. Un día de estos va a desfixiarse alguien, ya lo verás.

Tiffany volvió a pestañear. Se supone que debería estar pensando: Ah, solo ha sido un sueño. Pero no ha sido solo un sueño. No mi sueño.

—¿Qué hora es? —logró decir.

—Como las siete —respondió la mujer.

—¡Las siete! —Tiffany apartó las sábanas—. ¡Tengo que levantarme! ¡La señora Ogg querrá el desayuno!

—Yo diría que no. Se lo he llevado a la cama no hace ni diez minutos. —La mujer lanzó a Tiffany una Mirada—. Yo me voy a casa. —Se sorbió la nariz—. Bébete el té antes de que se enfríe. —Y dicho eso enfiló hacia la puerta.

—¿La señora Ogg está enferma? —preguntó Tiffany buscando sus calcetines por todas partes. Nunca había oído que nadie comiera en la cama si no era muy mayor o estaba muy enfermo.

—¿Enferma? No creo que haya estado enferma ni un día en toda su vida —dijo la mujer dando a entender que lo consideraba una injusticia. Cerró la puerta.

Hasta el suelo del dormitorio era liso, y no porque lo hubieran alisado siglos de pies desgastando los tablones y llevándose las astillas, sino porque alguien lo había lijado y barnizado. Los pies desnudos de Tiffany se pegaban un poco. No se veía ni una mota de polvo por ninguna parte, ni una sola telaraña. La habitación era luminosa, fresca y exactamente lo contrario a lo que debería ser cualquier habitación de la casa de una bruja.

—Voy a vestirme —anunció al aire—. ¿Hay algún feegle aquí dentro?

—Aj, non —dijo una voz desde debajo de la cama. Hubo unos cuchicheos frenéticos y entonces la voz continuó—: O sea, casi non estamos aquí ninguno de nosotrus en absoluto.

—Entonces cerrad los ojos —indicó Tiffany.

Se vistió dando sorbos al té mientras tanto. ¿Que te trajeran una taza de té a la cama sin estar enferma? ¡Esas cosas solo les pasaban a los reyes y las reinas!

Y entonces reparó en los cardenales de sus dedos. No le dolían lo más mínimo, pero tenía la piel azul en el lugar donde le había dado el timón del barco. De acuerdo…

—¿Feegles? —llamó.

—Pardiez, non dejarémonos embabucar por segunda vez —dijo la voz de debajo de la cama.

—¡Sal aquí donde te vea, Wullie Chiflado! —ordenó Tiffany.

—Esu sí que son arpiadas de las buenas, señorita, lo de que siempre sepa que soy yo.

Tras algunos susurros apremiantes más, Wullie Chiflado (pues de verdad era él) desfiló fuera de la cama junto con otros dos feegles y Horacio el queso.

Tiffany se quedó boquiabierta. Vale, era un queso azul, así que tenía más o menos el color de los feegles. Y se comportaba como un feegle, eso no podía negarse. Pero aun así, ¿por qué llevaba una tira mugrosa de tartán feegle envolviéndolo?

—Encontronos él a nosotros —dijo Wullie Chiflado pasando un brazo alrededor de tanto Horacio como alcanzó—. ¿Puedu quedármelo? ¡Entiende cada palabra que dígole!

—Es asombroso, porque yo no —repuso Tiffany—. Oye, ¿anoche estuvimos en un naufragio?

—Oh, sí. Más o menus.

—¿Más o menos? ¿Fue real o no lo fue?

—Ah, sí —asintió el feegle nervioso.

—¿Cuál de las dos?

—Fue comu real, y comu non real, de algún modo realmente non real —dijo Wullie Chiflado con un poco de vergüenza—. Non tengo la sabienda de las palabriñas correctas…

—¿Los feegles estáis todos bien?

—Ah, sí, señorita —respondió Wullie más animado—. Non problemo. Fue solu un barco de sueño en un mar de sueño, a fin de cuentas.

—¿Y un iceberg de sueño? —preguntó Tiffany.

—Aj, no. El iceberg fue real, señorita.

—¡Ya me lo parecía! ¿Estás seguro?

—Sí. Dásenos bien la sabienda de esa clase de cosas. ¿A que sí, muchachos?

Los otros dos feegles, totalmente sobrecogidos en presencia de la arpiíña grandullona sin la seguridad de estar rodeados por cientos de hermanos, asintieron en dirección a Tiffany y entonces intentaron ponerse cada uno detrás del otro.

—¿Hay un iceberg con mi forma flotando por el mar? —preguntó Tiffany horrorizada—. ¿Metiéndose en las rutas de los barcos?

—Ajá. Pudiera ser —respondió Wullie Chiflado.

—¡Me voy a meter en un lío enorme! —exclamó Tiffany mientras se levantaba.

Hubo un crujido y el extremo de un tablón del suelo se desencajó de golpe y se quedó elevado, rebotando arriba y abajo con el sonido de una mecedora. Había arrancado dos clavos largos de cuajo.

—Y para colmo, esto —dijo Tiffany con un hilo de voz. Pero los feegles y Horacio habían desaparecido.

Alguien rió detrás de Tiffany, aunque tal vez fuese más bien una risita, sonora, auténtica y con la leve insinuación de que quizá alguien hubiera contado un chiste verde.

—No corren ni nada esos diablillos, ¿eh? —comentó Tata Ogg entrando en el dormitorio con paso tranquilo—. Muy bien, Tiff, quiero que te gires despacito y vayas a sentarte en la cama con los pies levantados. ¿Crees que podrás?

—Claro, señora Ogg —dijo Tiffany—. Mire, lamento mucho lo de…

—Quita, quita, ¿qué importa un tablón más o menos? Me preocupa mucho más Esme Ceravieja. ¡Dijo que podría pasar algo como esto! ¡Ja, tenía razón y la señorita Lento se equivocaba! ¡No va a haber quien la aguante después de esto! ¡Se inflará tanto que los pies no le tocarán el suelo! —Con un «spioioioiiing» saltó otro tablón del suelo—. Y sería buena idea que los tuyos tampoco lo tocaran. Vuelvo en un pis pas.

Resultó ser una unidad de tiempo equivalente a veintisiete segundos, tras los que Tata regresó con un par de zapatillas de andar por casa de un violento color rosa y con conejitos.

—Son mi segundo mejor par —dijo mientras, a su espalda, un tablón hacía «¡plunc!» y arrojaba cuatro largos clavos contra la pared del fondo. De los tablones que ya habían saltado empezaron a brotar cosas con todo el aspecto de hojas. Eran finas y enclenques, pero eran hojas y no otra cosa.

—¿Eso lo estoy haciendo yo? —preguntó Tiffany inquieta.

—Me da en la nariz que Esme querrá explicártelo ella misma —la tranquilizó Tata mientras ayudaba a Tiffany a ponerse las zapatillas—. Lo que tenemos aquí, jovencita, es un caso grave de ped fecundis.

Al fondo de la memoria de Tiffany, el doctor Sensibilidad Bullicio, Dr. M. y Fil., Lic. L. Elem., despertó un momento y se encargó de traducir.

—¿Pies fértiles? —dijo Tiffany.

—¡Muy bien! No me esperaba que los tablones del suelo reaccionaran, ojo, pero en realidad si lo piensas tiene sentido. Son de madera, al fin y al cabo, así que intentan crecer.

—¿Señora Ogg?

—¿Sí?

—¡Por favor! ¡No tengo ni la menor idea de lo que está diciéndome! ¡Siempre llevo los pies muy limpios! ¡Y creo que soy un iceberg gigante!

Tata Ogg le dedicó una mirada pausada y amable. Tiffany observó aquellos ojos oscuros y brillantes. No intentes engañarla ni ocultar nada a esos ojos, dijeron sus Terceros Pensamientos. Todo el mundo dice que es la mejor amiga de Yaya Ceravieja desde que eran muy jóvenes. Y eso significa que, debajo de todas esas arrugas, ha de haber unos nervios de acero.

—Tengo el hervidor puesto al fuego en la cocina —dijo Tata en tono animado—. ¿Por qué no bajamos y me lo cuentas todo?

Tiffany había buscado «zorrona» en el Diccionario sin expurgar, y sabía que significaba «mujer de moral relajada» y «mujer de vida alegre». Por lo tanto, decidió, después de rumiarlo un poco, que la señora Gytha Ogg, conocida como Tata, debía de ser una persona muy respetable. Llevaba una vida alegre, para empezar. Y que encontrara la moral relajada significaba que no le costaba esfuerzo comportarse en consecuencia.

Tuvo la sensación de que no era eso a lo que se había referido la señorita Traición, pero con la lógica no podía discutirse.

Tata Ogg era muy buena escuchando, eso desde luego. Escuchaba como si toda ella fuese una enorme oreja y, antes de darse cuenta, Tiffany estaba contándoselo todo. Todo. Tata estaba sentada al otro lado de la gran mesa de la cocina, dando caladas suaves a una pipa tallada en forma de puercoespín. A veces le hacía alguna preguntita, como «¿Eso por qué pasó?» o «¿Qué ocurrió entonces?», y seguían adelante. La sonrisa amistosa de Tata podía sacarte cosas que ni siquiera sabías que sabías.

Mientras hablaban, los Terceros Pensamientos de Tiffany repasaban la habitación por el rabillo del ojo.

Estaba tan limpia y brillante que daba gusto mirarla, y por todas partes tenía adornos del tipo barato y jovial, de los que llevan escrito «A la mejor mamá del mundo». Y en las superficies que no tenían adornos había retratos de bebés, niños y familias.

Tiffany había pensado que solo las personas de alto copete vivían en lugares como aquel. ¡Si hasta tenía lámparas de aceite! ¡Había una bañera de estaño colgada bien a mano de un clavo fuera del retrete! ¡Había una bomba de agua dentro de la casa! Pero Tata se paseaba en su vestido negro raído, sin alto copete ni nada.

Desde la mejor butaca de la sala de los adornos, un gato grande y gris contemplaba a Tiffany con un ojo entreabierto que destellaba maldad absoluta. Tata se había referido a él como «Greebo… no le hagas caso, es solo un viejo grandullón blandengue», frase que Tiffany sabía que debía interpretarse como «Te dará zarpazos por todas las piernas si se te ocurre acercarte a él».

Tiffany habló como si nunca antes hubiera mantenido una conversación. Debe de ser una clase de magia, concluyeron sus Terceros Pensamientos. Las brujas enseguida descubrían formas de controlar a los demás usando la voz, pero Tata Ogg usaba la escucha.

—Ese chico, Roland, el que no es tu chico —dijo Tata cuando Tiffany paró a respirar—. ¿Estás pensando en casarte con él o qué?

No le mientas, insistieron sus Terceros Pensamientos.

—Yo… bueno, se te pasa todo tipo de cosas por la mente cuando no estás prestando atención, ¿verdad? —respondió Tiffany—. No es que lo haya pensado, pensado. ¡Además, todos los otros chicos que conozco solo hacen que mirarse los pies como unos bobos! Petulia dice que es por el sombrero.

—Bueno, quitártelo ayuda —convino Tata Ogg—. Ojo, llevar un corpiño escotado también ayudaba cuando yo era joven. ¡Dejaban de mirarse los pies como unos bobos, eso te lo digo yo!

Tiffany vio los ojos oscuros clavados en ella. Se echó a reír. La cara de la señora Ogg se deshizo en una enorme sonrisa que debería estar encerrada por atentado a la decencia pública, y por algún motivo Tiffany se sintió mucho mejor. Había superado alguna especie de prueba.

—Eso sí, con el Forjador no creo que funcionara, claro —dijo Tata, y volvió a caer el abatimiento.

—Los copos de nieve no me importaron —explicó Tiffany—, pero el iceberg… creo que ahí se ha pasado.

—Pavoneándose delante de las chicas —afirmó Tata con una chupada a su pipa de puercoespín—. Sí, suelen hacerlo.

—¡Pero podría matar a gente!

—Es el invierno. Se dedica a eso. Pero para mí que está un poco aturullado porque nunca antes se había enamorado de una humana.

—¿Enamorado?

—Bueno, sin duda él cree que lo está. —De nuevo, sus ojos la observaron minuciosamente—. Es un elemental, y es cierto que son simples —siguió diciendo—, pero este intenta volverse humano. Y eso es complicado. Estamos atiborrados de cosas que él no entiende… que no puede entender, en realidad. La furia, por ejemplo. Una ventisca nunca está furiosa. La tormenta no odia a quienes mueren en ella. El viento nunca es cruel. Pero cuanto más piensa en ti, más tiene que afrontar sentimientos como ese, y no tiene a nadie que le enseñe. No es demasiado listo. Nunca le ha hecho falta. Y lo interesante del asunto es que tú también estás cambiando…

Llamaron a la puerta. Tata Ogg se levantó a abrir. Era Yaya Ceravieja con la señorita Lento mirando por encima de su hombro.

—Que las bendiciones caigan sobre esta casa —dijo Yaya, pero en un tono que sugería que si había que retirar las bendiciones podía hacerlo con la misma facilidad.

—Que no hayan caído ya —apuntilló Tata Ogg.

—¿Es ped fecundis, entonces? —Yaya señaló a Tiffany con la barbilla.

—Parece un caso grave. Los tablones del suelo se han puesto a crecer cuando los ha pisado con los pies descalzos.

—¡Ja! ¿Le has dado alguna cosa? —preguntó Yaya.

—Le he recetado un par de zapatillas.

—De verdad que no comprendo cómo puede estar teniendo lugar una avatarización, no tratándose de elementales, no le veo el… —empezó a decir la señorita Lento.

—Deje de parlotear, señorita Lento, haga el favor —la cortó Yaya Ceravieja—. Me he fijado en que parlotea cuando algo sale mal, y no ayuda en nada.

—No quiero preocupar a la niña, eso es todo. —La señorita Lento cogió la mano de Tiffany, le dio una palmadita y dijo—: Tú tranquila, Tiffany, nosotras…

—Es una bruja —interrumpió Yaya con voz severa—. Basta con decirle la verdad.

—¿Creéis que estoy convirtiéndome en una… una diosa? —intervino Tiffany.

Valió la pena solo por ver las caras que pusieron. La única boca que no hizo una O fue la perteneciente a Yaya Ceravieja, que hizo una sonrisita. Tenía la expresión de alguien cuyo perro acababa de hacer un truco de los buenos.

—¿Cómo lo has sabido?

Se le ha ocurrido al doctor Bullicio: «avatar», encarnación de un dios. Pero eso no voy a decírtelo, pensó Tiffany.

—¿Sí o no? —preguntó.

—Sí —asintió Yaya Ceravieja—. El Forjador de Invierno cree que eres… bueno, tiene muchos nombres. El de Dama de las Flores es bueno. O la Dama del Verano. Ella crea la estación cálida, igual que él hace el invierno. Piensa que eres ella.

—Muy bien —dijo Tiffany—. Pero nosotras sabemos que se equivoca, ¿no es así?

—Eh… no se equivoca tanto como nos gustaría —confesó la señorita Lento.

La mayoría de los feegles habían acampado en el granero de Tata Ogg, donde estaban manteniendo una conferencia de guerra, aunque trataba de algo que no era del todo lo mismo.

—Lo que tenemus aquí —declaró Rob Cualquiera— es un casu de romance.

—¿Eso qué es, Rob? —preguntó un feegle.

—¿Eso es lo de cómu hácense los bebiños? —quiso saber Wullie Chiflado—. Contástenoslo el año pasado. Fue muy interesante, aunque algo fantasiosu en mi opinión.

—Non exactamente —dijo Rob Cualquiera—. Y es un poquiño difícil de explicar. Pero me da que el Forjador quiere romancear a la arpiíña grandullona, y ella non sabe qué hacer al respectu.

—¿Entonces sí que va de cómu hácense los bebiños? —insistió Wullie Chiflado.

—Non, porque eso sábenlo hasta las bestias y los únicos que saben de romancear son las personas —puntualizó Rob—. Cuandu un toro bestamú conoce a una señora bestamú, non tiene que decirle: «Mi corazón hace catapún-catapún cada vez que véote la cariña», porque ya llévanlo comu incorporado a las testas desde el principiu. La gente tiénelo más complicado. Romancear es muy importante, ¿sabéis? Básicamente, es que el rapaz pueda acercarse a la rapaza sin que ella revuélvase y sáquele los ojos con las uñas.

—Pues non sé cómu vamos a enseñarle nosotros todu eso —dijo Angus Levemente Loco.

—La arpiíña grandullona lee libros —respondió Rob Cualquiera—. Cuandu ve un libro, es superior a sus fuerzas. Y yo —añadió con orgullo— tengo un Plan.

Los feegles se relajaron. Siempre les alegraba que Rob tuviera un Plan, sobre todo porque casi todos sus planes se reducían a gritar y embestir contra algo.

—Cuéntanos el Plan, Rob —pidió Yan Grande.

—Alégrome de que pregúntesmelo —dijo Rob—. El Plan es: buscarle un libro sobre romancear.

—¿Y cómu encontraremos ese libro, Rob? —preguntó Billy Mandíbula poco convencido. Era un gonnagle leal, pero también lo bastante listo como para preocuparse siempre que Rob Cualquiera tenía un Plan.

Rob meneó una mano, dándose aires.

—Aj —asintió—, ¡este truco sabémosnoslo ya! ¡Solo hácenos falta un sombreru ben grande y un abrigu y un percheru y un palo de escoba!

—Conque sí, ¿eh? —dijo Yan Grande—. ¡Pídome non volver a estar abaju en la rodilla!

Con las brujas, todo es una prueba. Por eso hicieron pruebas a los pies de Tiffany.

Apuesto a que soy la única persona de todo el mundo que está a punto de hacer esto, pensó mientras bajaba los dos pies hacia una bandeja llena de tierra que había recogido Tata a toda prisa con una pala. Yaya Ceravieja y la señorita Lento estaban sentadas en sencillas sillas de madera, a pesar de que Greebo, el gato gris, ocupaba todo un butacón blando y grande. No convenía despertar a Greebo cuando quería dormir.

—¿Notas algo? —preguntó la señorita Lento.

—Un poco de fresco y ya está… Oh… pasa algo…

Aparecieron brotes verdes alrededor de sus pies, y siguieron creciendo deprisa. Entonces se volvieron blancos por la base y, poco a poco, empujaron los pies de Tiffany a medida que se hinchaban.

—¿Cebollas? —dijo Yaya Ceravieja con desdén.

—Bueno, son las únicas semillas que tenía a mano —explicó Tata Ogg tocando los brillantes bulbos blancos—. Buen tamaño. Así me gusta, Tiff.

Yaya puso cara de espanto.

—No pensarás comértelas, ¿verdad, Gytha? —preguntó en tono acusador—. Sí que lo piensas, ¿verdad? ¡Vas a comértelas!

Tata Ogg, ya de pie y con un manojo de cebollas en cada mano regordeta, pareció sentirse culpable, pero solo un momento.

—¿Por qué no? —replicó tenaz—. La verdura fresca nunca está de más en invierno. Y además, lleva los pies bien limpios.

—No lo veo correcto —terció la señorita Lento.

—A mí no me ha hecho daño —dijo Tiffany—. Solo he tenido que poner los pies en la bandeja un segundo.

—¿Veis? Dice que no le ha hecho daño —insistió Tata Ogg—. Muy bien, creo que tengo unas semillas viejas de zanahoria en el cajón de la cocina… —Vio las expresiones en los rostros de las demás—. De acuerdo, de acuerdo, como queráis. No hace falta que me miréis así. Solo intentaba verle el lado positivo, nada más.

—¿Alguien podría decirme lo que está pasándome? —gimió Tiffany.

—La señorita Lento te responderá usando bastantes palabras largas —dijo Yaya—, pero vienen a significar esto: es la Historia sucediendo. Está haciéndote encajar en ella.

Tiffany procuró no tener el aspecto de alguien que no había entendido ni una palabra de lo que le habían dicho.

—Creo que me vendría bien algún detalle más, si puede ser —dijo.

—Pues yo creo que voy a hacer más té —replicó Tata Ogg.

# IMAGE

El Forjador de Invierno y la Dama del Verano… danzaban. Su baile no tenía fin.

El invierno nunca muere, al contrario que la gente. Permanece en las escarchas tardías y en el olor a otoño de una tarde veraniega, y huye a las montañas cuando llega el calor.

El verano nunca muere. Se hunde en el suelo; en las profundidades, se forman yemas invernales en los lugares resguardados y los brotes blancos reptan bajo las hojas muertas. Una parte de él huye a lo más profundo de los desiertos más calientes, donde hay un verano que nunca termina.

Para los animales el verano y el invierno son solo clima, solo una parte del todo. Pero el ser humano se alzó y les puso nombre, igual que llenó el cielo estrellado de héroes y monstruos, porque así se convertían en historias. Y los humanos adoraban las historias, porque una vez convertidas las cosas en historias, era posible cambiar las historias. Y ahí estaba el problema, justo ahí.

Ahora la Dama y el Forjador danzaban a lo largo del año, intercambiando sus lugares en primavera y en otoño, y el ciclo funcionó durante miles de años, hasta el preciso instante en que una chica no pudo controlar sus pies y llegó al baile en el momento más inoportuno de todos.

Pero la Historia también tenía vida. Ahora era más bien una obra de teatro. Seguiría transcurriendo a lo largo del año y, si una protagonista no era la actriz de verdad sino una chica que se había colado en el escenario, pues en fin, mala suerte. Tendría que llevar el disfraz, decir sus frases y esperar que todo aquello acabara con un final feliz. Si alguien cambia la historia, aunque sea sin pretenderlo, la historia le cambia a ella.

La señorita Lento utilizó muchas más palabras que estas, palabras como «personificación antropomórfica», pero eso fue lo que se le quedó a Tiffany en la cabeza.

—Entonces… ¿no soy una diosa? —preguntó.

—Ay, ojalá tuviera una pizarra —suspiró la señorita Lento—. Pero les sienta fatal el agua, y además no veas cómo se empapa la tiza, claro…

—Lo que creemos que pasó en la Danza —dijo Yaya Ceravieja en voz muy alta— es que tú y la Dama del Verano os… mezclasteis.

—¿Nos mezclamos?

—Puede que tengas algunos de sus talentos. El mito de la Dama del Verano dice que las flores crecen por dondequiera que pisa —aclaró Yaya Ceravieja.

—Doquiera —corrigió con pedantería la señorita Lento.

—¿Cómo? —se sorprendió Yaya, que estaba paseándose adelante y atrás frente a la chimenea.

—Se dice «por doquiera que pisa» —dijo la señorita Lento—. Es más… poético.

—¡Ja! —replicó Yaya—. ¡Poesía!

—¿Voy a meterme en líos por esto? —preguntó Tiffany—. ¿Y qué pasa con la auténtica Dama del Verano? ¿Va a enfadarse?

Yaya Ceravieja dejó de pasearse y miró a la señorita Lento, que dijo:

—Hum, ya, eh… estamos explorando todas las posibilidades…

—Significa que no lo sabemos —resolvió Yaya—. Esa es la verdad. Esto es un asunto de dioses, ¿entiendes? Pero sí, ya que lo preguntas, pueden ser un poco quisquillosos.

—A ella no la vi en el baile —declaró Tiffany.

—¿Y al Forjador lo viste?

—Bueno… no —reconoció Tiffany. ¿Cómo podía describir aquel momento de giro maravilloso, inacabable y dorado? Iba más allá de los cuerpos y los pensamientos. Pero sí que le había dado la impresión de que dos personas decían: «¿Quién eres?». Volvió a ponerse las botas—. Eh… ¿dónde está ella ahora? —preguntó mientras ataba los cordones. A lo mejor tenía que salir por piernas.

—Supongo que habrá vuelto bajo tierra para pasar el invierno. La Dama del Verano no camina sobre el suelo en esta época.

—Hasta ahora —intervino Tata Ogg en tono alegre. Parecía estar disfrutando con todo aquello.

—Ah, la señora Ogg ha puesto el dedo en el otro problema —dijo la señorita Lento—. El… hum, el Forjador de Invierno y la Dama del Verano son, esto… quiero decir, ellos nunca… —Lanzó una mirada de súplica a Tata Ogg.

—Nunca se encuentran excepto en la Danza —apuntó Tata—. Pero aquí estás tú, y él te siente como si fueras la Dama del Verano, paseándote por ahí con todo el descaro del mundo en su estación del año, así que es posible que estés… a ver cómo lo digo…

—… excitando sus propensiones románticas —interrumpió a toda prisa la señorita Lento.

—Yo no iba a decirlo del todo así —dijo Tata Ogg.

—¡Sí, ya me imagino que no! —apuntó Yaya—. ¡Me imagino que ibas a usar Lenguaje!

Tiffany oyó caer la L mayúscula, lo que daba a entender que el lenguaje al que se refería no debía pronunciarse entre gente educada.

Tata se levantó con un gesto que pretendía que fuese altivo, algo difícil de conseguir si se tiene una cara que parece una manzana feliz.

—En realidad iba a llamar la atención de Tiff sobre esto —dijo cogiendo un adorno de la saturada repisa de la chimenea. Era una casita. Tiffany la había visto antes de pasada; había dos pequeñas puertas en la fachada y, en aquel momento, un diminuto hombre de madera con sombrero de copa estaba junto a una de ellas—. Se llama casa del tiempo —dijo Tata pasándosela a Tiffany—. No sé cómo funciona, tendrá un cordel especial o alguna cosa, pero está el hombrecillo de madera, que sale si va a llover, y una mujercita de madera que sale si va a hacer sol. Pero están montados en un pivotito de esos, ¿lo ves? Nunca pueden estar los dos fuera a la vez, ¿a que no? Nunca. Y cuando cambia el tiempo, siempre me pregunto si el hombre verá a la mujer por el rabillo del ojo y pensará…

—¿Esto va de sexo? —preguntó Tiffany.

La señorita Lento miró al techo. Yaya Ceravieja carraspeó. Tata soltó una risotada que habría hecho sonrojarse hasta al hombrecillo de madera.

—¿Sexo? —repitió—. ¿Entre Verano e Invierno? Esa sí que es una idea.

—No… la… tengas —dijo Yaya Ceravieja con severidad. Se giró hacia Tiffany—. Está fascinado contigo, eso es lo que pasa. Y no sabemos qué parte del poder de la Dama del Verano hay en ti. Podría ser bastante débil. Tendrás que ser un verano en el invierno hasta que el invierno acabe —añadió rotunda—. Eso es justicia. Sin excusas. Tomaste una decisión. Te quedas con lo que elegiste.

—¿No podría ir a buscarla y decir que lo siento…? —preguntó Tiffany.

—No. Los viejos dioses no son muy de disculpas —explicó Yaya volviendo a pasearse arriba y abajo—. Saben que solo son palabras.

—¿Sabes lo que creo yo? —dijo Tata—. Yo creo que ella te está observando, Tiff. Está diciéndose: «¿Quién es esta chavala tan creída que se ha metido en mis zapatos? ¡Muy bien, pues a ver cómo le sienta caminar un trecho con ellos!».

—Es posible que la señora Ogg haya dado en el blanco —asintió la señorita Lento, que estaba hojeando la Mitología de Pinzonero—. Los dioses esperan que cada uno pague por sus errores.

Tata Ogg dio unas palmaditas en la mano de Tiffany.

—Si quiere ver lo que puedes hacer, demuéstrale lo que puedes hacer, Tiff, ¿de acuerdo? ¡Así es como se hace! ¡Sorpréndela!

—¿A la Dama del Verano, dice? —preguntó Tiffany.

Tata le guiñó un ojo.

—¡Ah, y a la Dama del Verano también!

Hubo un sonido muy parecido al inicio de una carcajada por parte de la señorita Lento antes de que Yaya Ceravieja la fulminara con la mirada.

Tiffany suspiró. Era muy bonito hablar de decisiones, pero allí no había decisión posible.

—Muy bien. ¿Qué más puedo esperar aparte de… bueno, los pies?

—Estoy, hum, comprobándolo —dijo la señorita Lento, que aún pasaba páginas del libro—. Ah… aquí dice que era, perdón, que es, más hermosa que todas las estrellas del cielo…

Las tres miraron a Tiffany.

—Puedes probar a hacerte algo en el pelo —sugirió Tata Ogg al cabo de un rato.

—¿Como qué? —respondió Tiffany.

—Como cualquier cosa, en realidad.

—Aparte de los pies y de hacerme algo en el pelo —insistió Tiffany con voz seca—, ¿hay algo más?

—Aquí se cita un manuscrito muy antiguo: «Ella faze despertar las yerbas en abril e llena las colmenas de dulçe miel» —informó la señorita Lento.

—¿Y cómo hago yo eso?

—No lo sé, pero sospecho que sucede de todas formas —respondió la señorita Lento.

—¿Y la Dama del Verano se pone la medalla?

—Creo que solo tiene que existir para que suceda, en realidad —dijo la señorita Lento.

—¿Alguna otra cosa?

—Eh… sí. Tienes que asegurarte de que el invierno concluya —continuó la señorita Lento—. Y, por supuesto, encargarte del Forjador de Invierno.

—¿Y cómo hago eso?

—Creemos que solo tienes que… estar ahí —dijo Yaya Ceravieja—. O a lo mejor sabrás qué hacer cuando llegue el momento.

—¿Miu?

—¿Estar dónde? —siguió preguntando Tiffany.

—En todas partes. En cualquier parte.

—Yaya, tu sombrero ha sonado —dijo Tiffany—. ¡Ha hecho miu!

—No es verdad —ladró Yaya Ceravieja.

—Sí que lo ha hecho, Esme —apuntó Tata Ogg—. Yo también lo he oído.

Yaya Ceravieja gruñó y se quitó el sombrero. La gatita blanca, hecha un ovillo en torno a su apretado moño, parpadeó por la luz.

—No tengo más remedio —refunfuñó Yaya—. Si dejo al condenado bicho solo, se mete bajo el aparador y se desgañita a llorar. —Miró a las demás como si las retara a decir algo—. En todo caso, así tengo la cabeza caliente.

En su butacón, la rendija amarilla del ojo izquierdo de Greebo se ensanchó con parsimonia.

—Tú, abajo —ordenó Yaya levantando a la gatita de su cabeza y depositándola en el suelo—. Me atrevería a decir que la señora Ogg tendrá algo de leche en la cocina.

—No mucha —respondió Tata—. ¡Juraría que algo se ha estado dedicando a bebérsela toda!

Greebo abrió el ojo del todo e inició un gruñido bajo y continuo.

—¿Seguro que sabes lo que haces, Esme? —dijo Tata Ogg buscando un cojín que arrojar—. Es muy celoso de su territorio.

La gatita Tú se sentó en el suelo y se limpió las orejas. Entonces, cuando Greebo se levantó, fijó en él una mirada inocente y saltó por los aires directa hacia su hocico, sobre el que cayó con todas las garras extendidas.

—Ella también —replicó Yaya Ceravieja mientras Greebo salía disparado del butacón y cruzaba la sala como una exhalación antes de desaparecer en la cocina. Se oyó un estrépito de cacerolas seguido del «gloioioioing» de una tapa de cazuela girando en el suelo hasta el silencio.

La gatita regresó a la sala, subió de un salto al butacón vacío y se enrolló sobre sí misma.

—La semana pasada Greebo se trajo a casa medio lobo —dijo Tata Ogg—. No habrás estado hexperimentand. con ese[[5]](#footnote-5) pobre animalito, ¿verdad?

—No se me ocurriría en la vida —respondió Yaya—. Es que sabe lo que quiere, y ya está. —Se volvió hacia Tiffany—. Para mí que el Forjador no va a preocuparse mucho de ti en una temporada. El invierno de verdad está a punto de echársenos encima, y eso lo tendrá entretenido. Mientras tanto, la señora Ogg te enseñará… cosas que sabe ella.

Y Tiffany pensó: ¿Cómo de bochornoso va a ser esto?

Hundido en la nieve, en el centro de un páramo invadido por el viento, había un pequeño grupo de bibliotecarios nómadas acurrucados alrededor de su estufa cada vez más fría y preguntándose qué quemar a continuación.

Tiffany nunca había podido averiguar gran cosa sobre los bibliotecarios. Se parecían un poco a los sacerdotes y maestros ambulantes que llegaban incluso a los pueblos más pequeños y solitarios para llevarles aquellas cosas —oraciones, medicamentos, hechos— sin las que la gente podía pasar durante semanas seguidas pero que a veces necesitaba en grandes cantidades. Los bibliotecarios prestaban un libro por un penique, aunque solían aceptar comida o ropa buena de segunda mano. Si alguien les daba un libro a ellos, tenía diez préstamos gratis.

A veces se veían dos o tres de sus carromatos apartados del camino en algún claro y se olían las colas que cocían para restaurar los libros más viejos. Algunos de los volúmenes que prestaban eran tan antiguos que las letras se habían vuelto grises por el desgaste de que las leyeran tantos ojos.

Los bibliotecarios eran misteriosos. Se decía que podían acertar el libro que necesitabas con solo mirarte y que podían quitarte la voz con una palabra.

Pero ahora estaban registrando los estantes en busca de la famosa obra de T. H. Agarratón Supervivencia en la nieve.

La situación estaba volviéndose crítica. Los bueyes que tiraban del carromato habían roto sus correajes para huir entre la ventisca, la estufa estaba casi sin combustible y, lo peor de todo, las velas estaban agotándose, por lo que muy pronto no podrían leer libros.

—Aquí dice, en Entre las comadrejas de las nieves de K. Puntamuelle Pastoso, que los miembros de la malhadada expedición a la bahía Ballenas sobrevivieron haciendo sopa con sus propios dedos de los pies —dijo el bibliotecario adjunto Grizzler.

—Qué interesante —repuso el bibliotecario titular Swinsley, que estaba rebuscando en el estante inferior—. ¿Incluye la receta?

—No, pero podría haber algo en Cocine en situaciones desesperadas de Superflua Cuervo. De ahí sacamos la sorprendente receta de anoche para la «nutritiva sorpresa de calcetines hervidos»…

Alguien llamó a la puerta con golpes atronadores. La puerta era de dos hojas, por lo que podían abrir solo la de arriba y emplear una repisa que tenía la de abajo como pequeño mostrador para timbrar libros. La nieve se coló por el resquicio mientras continuaba el aporreo.

—Espero que no vuelvan a ser los lobos —comentó el señor Grizzler—. ¡Anoche no pude pegar ojo!

—¿Los lobos llaman a las puertas? Podríamos consultarlo en Costumbres de los lobos del capitán W. E. Frívol —sugirió el bibliotecario titular Swinsley—, o bien podría abrir la puerta y en paz. ¡Deprisa! ¡Se nos acaban las velas!

Grizzler abrió la hoja superior de la puerta. Había alguien de gran estatura subido al estribo, difícil de ver a la intermitente luz de luna que dejaban pasar las nubes.

—Vengo buscandu romance —dijo el desconocido a voz en grito.

El bibliotecario adjunto pensó durante un momento y luego preguntó:

—¿Ahí fuera no hace un poco de frío?

—¿Vosotrus sois los que tienen todus esos libros? —exigió saber el recién llegado.

—Sí, por supuesto… ¡Ah, romance! ¡Claro que tenemos! —dijo el señor Swinsley con alivio en el rostro—. En ese caso, creo que deben hablar con la señorita Jenkins. Adelante, señorita Jenkins.

—Paréceme a mí que ahí dentru estáis congelándoos —dijo la extraña figura—. Tenéis témpanus ahí colgando del techu.

—Sí. Pero hemos logrado que no se acerquen a los libros —respondió el señor Swinsley—. Ah, señorita Jenkins. El, hum, caballero ha venido en busca de romance. Es su departamento, si no me equivoco.

—Sí, señor —asintió la señorita Jenkins—. ¿Qué clase de romance está buscando?

—Ah, unu que tenga portada, ya sabes, y páginas llenas de palabriñas —aclaró el extraño.

La señorita Jenkins, que estaba acostumbrada a cosas como aquella, se perdió de vista entre la penumbra del fondo del carromato.

—¡Estos pámpanos están comu chotas! —Era una voz distinta. Parecía salir de algún lugar del cuerpo del oscuro cliente, pero mucho más abajo que la cabeza.

—¿Disculpe? —dijo el señor Swinsley.

—Aj, non problemo —respondió enseguida la figura—. Padezcu de rodilla gruñona, téngola así desde siempre…

—¿Por qué non queman todus esos libros, eh? —gruñó la rodilla oculta.

—Lo lamentu, ya sabe cómu son las rodillas, siempre vergüenzándolo a uno en público. La mía es un supliciu —dijo el extraño.

—Ya le entiendo. Yo me lo noto en el codo cuando va a llover —convino el señor Swinsley. Había algún tipo de trifulca librándose en las regiones bajas del usuario, que se sacudía como una marioneta.

—Será un penique —dijo la señorita Jenkins—. Y tendrá que dejarme su nombre y su dirección.

La oscura silueta se estremeció.

—Ah, yo… ¡nosotrus nunca damos nuestru nombre y dirección! —se apresuró a decir—. Prohíbelo nuestra religión, ya sabes. Estu… Non dígolo por ponerme en plan rodillero, peru ¿por qué estáis todos ahí dentru a punto de morir congelados?

—Nuestros bueyes han escapado y, por desgracia, la nieve es demasiado profunda para cruzarla a pie —explicó el señor Swinsley.

—Ajá. Pero tienes ahí una estufa y carretadas de libros viejos y secos —dijo la figura oscura.

—Sí, ya lo sabemos —admitió el bibliotecario con aire perplejo.

Se produjo el tipo de pausa lamentable que hay cuando dos personas no entenderían el punto de vista del otro ni aunque pasaran mil años. Y después:

—Mira lo que dígote, vamos a marchar… mi rodilla y yo, y traerémoste las vacas, ¿vale? —dijo la misteriosa figura—. Esu tiene que valer un penique, ¿eh? ¡Yan Grande, non veas el mamporro que voy a atizarte en un minutu!

La silueta descendió hasta desaparecer. La nieve saltó por los aires bajo la luz de luna. Durante un momento hubo ruidos que sonaban a escaramuza, y luego otro que sonaba a «¡Pardiez!» mientras se perdía en la distancia.

Los bibliotecarios estaban a punto de cerrar la puerta cuando oyeron los bramidos aterrorizados de sus bueyes, ganando volumen a marchas forzadas.

Dos rizadas olas de nieve avanzaban hacia ellos por el resplandeciente páramo. Las bestias cabalgaban sobre las olas, mugiendo a la luna. La nieve se asentó a poco más de un metro de distancia del carromato. Se entrevió en el aire un borrón azul y rojo, que se llevó consigo el libro romántico.

Pero lo que había sido extraño de verdad, coincidieron todos los bibliotecarios, fue que cuando los bueyes estaban acercándose a toda velocidad, daban la impresión de avanzar de espaldas…

Era difícil sentirse abochornada por la señora Ogg porque su risa espantaba el bochorno. No había nada que avergonzara a aquella mujer.

Aquel día Tiffany, con un segundo par de calcetines puesto para evitar desafortunados incidentes florales, la acompañó a «hacer la ronda», como lo llamaban las brujas.

—¿La hiciste alguna vez con la señorita Traición? —preguntó Tata mientras salían. Unos nubarrones inflados estaban acumulándose entre las montañas; aquella noche habría otra buena nevada.

—Ya lo creo. Y con la señorita Cabal y la señorita Sehúnde.

—¿Y te gustaba? —dijo Tata arrebujándose con la capa.

—A veces. O sea, sé por qué lo hacemos, pero de vez en cuando te hartas de lo boba que es la gente. La parte de la medicina me gusta bastante.

—¿Se te dan bien las hierbas, entonces?

—No. Se me dan de maravilla las hierbas.

—Anda, mírala qué presumida, la chica.

—Si no supiera que soy buena con las hierbas sería tonta, señora Ogg.

—Es verdad. Bien. Es bueno que se te dé bien algo. A ver, el siguiente favorcillo que vamos a hacer es…

… bañar a una anciana, o al menos hacer todo lo posible con un par de piletas de latón y unos paños limpios. Y era brujería. Después pasaron a ver a una mujer que acababa de ser madre, y era brujería, y a un hombre que tenía una herida muy fea en la pierna que Tata Ogg dijo que estaba mejorando mucho, y era brujería también, y por último, en un grupo de casitas aisladas de las afueras, subieron los estrechos escalones de madera hasta un minúsculo dormitorio donde un anciano les disparó con ballesta.

—Viejo diablo, ¿todavía no te has muerto? —dijo Tata—. ¡Tienes buen aspecto! ¡El hombre de la guadaña tiene que haberse olvidado de dónde vives, o no me lo explico!

—¡Aquí le espero, señora Ogg! —respondió alegre el anciano—. ¡Si yo caigo, pienso llevármelo por delante!

—Esta de aquí es mi chica, Tiff. Está aprendiendo a brujear —dijo Tata levantando la voz—. Este es el señor Cerdorejil, Tiff… ¿Tiff? —Chasqueó los dedos frente a los ojos de Tiffany.

—¿Eh? —Tiffany se sobresaltó. Seguía con la mirada fija, horrorizada.

El tañido de la ballesta nada más abrirse la puerta ya había sido bastante perturbador, pero además, durante una fracción de segundo, habría jurado que la flecha había atravesado por completo a Tata Ogg antes de clavarse en una jamba de la puerta.

—Vergüenza tendría que darte disparar a una jovencita, Bill —le riñó Tata mientras le ahuecaba las almohadas—. Y la señora Zahorina dice que siempre que sube a verte le disparas —añadió dejando su cesta junto a la cama—. Esa no es forma de tratar a una respetable mujer que viene a traerte la comida, ¿a que no? ¡Será posible!

—Lo siento, Tata —murmuró el señor Cerdorejil—. Es que está flaca como un palillo y siempre va de negro. Con poca luz es fácil confundirse.

—El señor Cerdorejil está al acecho de la Muerte, Tiff —dijo Tata—. La señora Ceravieja te ayudó con las trampas y las flechas especiales, ¿verdad que sí, Bill?

—¿Trampas? —susurró Tiffany. Tata le dio un codazo y señaló el suelo. Los tablones estaban cubiertos de cepos de afilados dientes. Todos ellos dibujados con carboncillo.

—¿Es verdad o no, Bill? —repitió Tata, en voz más alta—. ¡Te ayudó con las trampas!

—¡Eso hizo! —respondió el señor Cerdorejil—. ¡Ja! ¡Pobre del que le busque las cosquillas a esa mujer!

—Muy bien, pues entonces nada de tirar flechas a nadie excepto a la Muerte, ¿de acuerdo? O si no, la señora Ceravieja ya no te hará más —dijo Tata dejando una botella sobre la vieja caja de madera que hacía de mesita de noche para el señor Cerdorejil—. Te he traído jarabe del tuyo, recién hecho. ¿Dónde te dijo que pusieras el dolor?

—Lo tengo aquí encima del hombro, señora, sin dar problemas.

Tata le puso una mano en el hombro y pareció quedarse pensativa un momento.

—¿Es un pegote marrón y blanco? ¿Más o menos oblongo?

—Exacto, señora —dijo el señor Cerdorejil tirando del corcho de la botella—. Se queda ahí meneándose y yo me río de él. —El corcho saltó. De pronto, la habitación olió a manzanas.

—Se está poniendo gordo —concluyó Tata—. Esta noche vendrá la señora Ceravieja a llevárselo.

—Lo que usted diga —asintió el anciano llenándose una taza hasta el borde.

—Procura no dispararle, ¿de acuerdo? Le cabrea muchísimo.

Cuando salieron de la casucha volvía a nevar, en copos grandes y algodonosos que señalaban que la cosa iba en serio.

—Creo que ya está bien por hoy —anunció Tata—. Tengo un par de cosas que hacer allá en Tajada, pero iremos mañana en escoba.

—Esa flecha que nos ha disparado… —dijo Tiffany.

—Imaginaria. —Tata Ogg sonrió.

—¡Ha parecido real por un momento!

Tata soltó una risita.

—¡Es increíble lo que Esme Ceravieja puede hacer que imagine la gente!

—¿Como cepos para atrapar a la Muerte?

—Y tanto. Bueno, así el viejo muchacho tiene algo que le entretiene. Está con un pie al otro lado de la Puerta. Pero al menos Esme se ha encargado de que no haya dolor.

—¿Porque está flotando encima de su hombro? —dijo Tiffany.

—Sí. Se lo puso un poco fuera del cuerpo, y así no lo nota —explicó Tata mientras incrustaba las botas en la nieve.

—¡No sabía que podía hacerse!

—Yo puedo hacerlo para menudencias: dolores de muelas y esas cosas. Pero Esme es la mejor con diferencia. A ninguna se nos caen los anillos por pedirle ayuda. ¿Sabes? Se le da muy bien la gente. Es curioso, en realidad, porque la gente no le gusta mucho.

Tiffany echó un vistazo al cielo, y Tata era de la clase de personas inconvenientes que se fijan en todo.

—¿Te preguntas si tu cariñito va a dejarse caer? —dijo con una sonrisa enorme.

—¡Tata! ¡Por favor!

—Pero te lo preguntas, ¿verdad? —insistió Tata, que no conocía la vergüenza—. Claro que en realidad siempre ronda cerca, si te paras a pensarlo. Estás andando a través de él, lo notas en tus pies, te lo despegas de las botas a pisotones antes de entrar en casa…

—¿Podrías dejar de decir esas cosas, por favor? —pidió Tiffany.

—Además, ¿qué es el tiempo para un elemental? —siguió charlando Tata—. Y digo yo que los copos de nieve no se hacen ellos solos, sobre todo si quieres que te queden bien los brazos y las piernas…

Está mirándome por el rabillo del ojo para ver si me ruborizo, pensó Tiffany. Lo sé.

Entonces Tata le dio un codazo en las costillas y rió con una de aquellas risas que harían enrojecer a una piedra.

—¡Suerte tuya! —exclamó—. ¡Yo he tenido unos cuantos novios que me habría encantado despegarme de las botas a pisotones!

Tiffany estaba a punto de meterse en la cama cuando encontró un libro bajo la almohada.

Su título, escrito en letras rojas llameantes, era JUGUETE DE LA PASIÓN, de Marjory J. Corpiño, y a menor tamaño podía leerse: «¡¡Dioses y Hombres declararon que el suyo era un amor prohibido, pero ellos le desafiaron!! ¡¡¡El torturado relato de un romance tempestuoso, de la autora de Corazones escindidos!!!».

La portada mostraba un primer plano de una muchacha con el cabello oscuro y unas ropas algo escasas en opinión de Tiffany; el viento hacía mecerse tanto el cabello como la ropa. En la joven se veía una determinación desesperada, y también un poquito de frío. Un hombre a caballo la observaba desde cierta distancia. Parecía que amenazaba tormenta.

Qué raro. Dentro llevaba el cuño de una biblioteca, y Tata nunca iba a la biblioteca. Bueno, tampoco le haría daño leer un poco antes de apagar la vela.

Tiffany empezó por la página uno. Leyó la página dos. Al llegar a la página diecinueve se levantó para acercar el Diccionario sin expurgar.

Tenía hermanas mayores y ya sabía algunas de aquellas cosas, se dijo. Pero Marjory J. Corpiño tenía tan poca idea de otras que daba risa. Las chicas de la Caliza no tenían por costumbre huir de un joven lo bastante rico para poseer un caballo, o al menos no durante mucho tiempo o sin darle una oportunidad de alcanzarlas. Y estaba claro que Megs, la heroína del libro, no sabía nada de llevar una granja. ¿A qué joven iba a interesarle una mujer que no pudiera medicar a una vaca ni cargar un lechón? ¿De qué iba a servirle en casa? ¡Quedarse plantada con los labios como cerezas no dejaría ordeñadas a las vacas ni esquiladas a las ovejas!

Esa era otra. ¿Marjory J. Corpiño había oído hablar siquiera de las ovejas? Todo aquello ocurría en una granja de ovejas y en verano, ¿no? Entonces, ¿cuándo las esquilaban? ¿La segunda ocasión más importante del año en una granja ovejera y no valía la pena ni mencionarla de pasada?

De acuerdo, a lo mejor criaban una raza como la oveja calva de Habacuc o la adoquina de la vega, que no se esquilaban, pero eran variedades muy inusuales y cualquier escritor razonable habría hecho referencia a ello, sin duda.

Y la escena del capítulo cinco, donde Megs dejaba a las ovejas a su suerte mientras se iba a recoger castañas con Roger… ¡había que ser idiota! Podían haberse marchado a cualquier sitio, pero se empeñaban en creer que encontrarían castañas en junio.

Leyó un poco más y pensó: Ah. Ya veo. Hum. Je. Vale, no tenía nada que ver con las castañas. En la Caliza lo llamaban «buscar nidos de cuco».

Apartó un momento el libro y bajó a coger una vela nueva, regresó a la cama, esperó a que se le calentaran los pies y siguió leyendo.

¿Megs debía casarse con el taciturno William, de ojos oscuros y propietario de dos vacas y media, o dejarse seducir por Roger, que la llamaba «mi orgullosa belleza» pero a todas luces era malo porque montaba un semental negro y llevaba bigote?

¿Por qué pensaba que debía casarse con uno de los dos?, se preguntó Tiffany. Además, pasaba demasiado tiempo apoyándose significativamente contra cosas y haciendo mohínes. ¿Es que allí no trabajaba nadie? Y si se vestía siempre de esa manera, acabaría pillando un buen resfriado.

Era asombroso lo mucho que soportaban aquellos hombres por ella. Pero daba que pensar.

Apagó la vela y se hundió suavemente bajo el edredón, que era blanco como la nieve.

La nieve cubría la Caliza. Caía en torno a las ovejas y el contraste les daba un color amarillo sucio. Cubría las estrellas, pero brillaba con su propia luz. Se quedaba pegada a las ventanas de las casas, encerrando la luz anaranjada de las velas. Pero nunca recubriría el castillo, que se alzaba sobre una colina algo apartada del pueblo, de modo que la torre de piedra dominara todas las casas de techo de paja. Parecía como si hubieran crecido del mismo terreno, pero el castillo fuese un clavo que lo retuviera. El castillo decía: Poseo.

En su cuarto, Roland escribía con esmero. No hizo caso a las insistentes llamadas a la puerta.

Annagramma, Petulia, la señorita Traición… Las cartas de Tiffany estaban llenas de personas lejanas con nombres extraños. A veces intentaba imaginárselas, y se preguntaba si serían invenciones de Tiffany. Todo el asunto de la brujería le parecía… bueno, distinto a la publicidad. Era más como…

—¿Oyes esto, niño malcriado? —dijo la tía Danuta con voz triunfal—. ¡Ahora también está atrancada por este lado! ¡Ja! Es por tu propio bien, ya lo sabes. ¡Te quedarás ahí dentro hasta que te disculpes!

… como trabajo duro, la verdad. Valioso, por supuesto, visitando a enfermos y demás, pero muy ajetreado y no muy mágico. Había oído lo de «bailar sin las calzas puestas» y había procurado con todas sus fuerzas no imaginarlo, pero de todos modos no daba la impresión de que hicieran nada parecido. Hasta lo de volar en escoba sonaba…

—¡Y ya nos hemos enterado de tu pasadizo secreto, que lo sepas! ¡Están tapiándolo! ¡Se acabó tomarle el pelo a las personas que solo quieren lo mejor para ti!

… aburrido. Se detuvo un momento y miró con indiferencia las hogazas y salchichas que tenía pulcramente apiladas junto a la cama. Esta noche tengo que traer unas cebollas, pensó. El general Tacticus dice que son insuperables para el correcto funcionamiento del sistema digestivo si no se tiene fruta fresca.

Qué escribir, qué escribir… ¡ya está! Le contaría la fiesta. Solo había acudido porque su padre, en uno de sus momentos buenos, se lo había pedido. Era importante llevarse bien con los vecinos, ¡aunque no con sus tías! A Roland le había sentado bien salir, y además había aprovechado para dejar el caballo en la cuadra del señor Resuelto, donde a sus tías no se les ocurriría buscarlo. Sí… a Tiffany le gustaría leer sobre la fiesta.

Sus tías ya volvían a dar voces, ahora sobre poner un cerrojo a la puerta del dormitorio de su padre. Y estaban bloqueando el pasadizo secreto, con lo que solo le quedaban la losa suelta que se abría detrás del tapiz de la sala contigua, la baldosa floja que le permitía bajar a la habitación inferior y, por supuesto, la cadena fuera de la ventana con la que podía descender al suelo. Y en su escritorio, encima del libro del general Tacticus, tenía un juego de llaves del castillo nuevecito. Le había pedido al señor Resuelto que se las hiciera. El herrero era un hombre listo que veía razonable llevarse bien con el próximo barón.

Podía entrar y salir a su antojo, hicieran lo que hicieran. Podían intimidar a su padre, podían gritar tanto como les diera la gana, pero nunca le poseerían a él.

De los libros podía aprenderse mucho.

El Forjador de Invierno estaba aprendiendo. Era una tarea ardua y lenta cuando había que ir creando el cerebro a partir de hielo. Pero había aprendido sobre los muñecos de nieve. Los levantaban los humanos del tipo más pequeño. Era interesante. Aparte de los que llevaban sombreros puntiagudos, los humanos grandes no parecían oírle. Sabían que las criaturas invisibles que les hablaban desde el aire vacío no existían.

Los pequeños, por su parte, no habían averiguado qué era imposible.

En la gran ciudad había un gran muñeco de nieve.

En realidad, sería más acertado llamarlo muñeco de pringue. En teoría era nieve pero, al caer dando vueltas entre la niebla, el esmog y el humo de la gran ciudad, ya cogía un tono gris amarillento, y luego la mayoría de la que acababa en la acera era la que habían levantado de la calzada las ruedas de las carretas. Como mucho, era un muñeco de casi nieve. Pero había tres niños manchados construyéndolo de todas formas, porque construir algo que pudiera llamarse muñeco de nieve era lo que debía hacerse. Aunque fuera amarillo.

Habían hecho lo que podían con lo que tenían a mano, y le habían puesto dos manzanas de caball. por ojos [[6]](#footnote-6)y una rata muerta por nariz.

Momento en el cual el muñeco de nieve les habló dentro de sus cabezas.

Pequeños humanos, ¿por qué lo hacéis?

El chico que podría ser el mayor de todos miró a la chica que podría ser la mayor de todas.

—Te digo que lo he oído si me dices que también lo has oído —dijo.

La chica aún era lo bastante joven para no pensar «los muñecos de nieve no hablan» cuando uno acababa de hablarle, así que respondió:

—Hay que ponerle todo eso para que sea un muñeco de nieve, señor.

¿Eso me vuelve humano?

—No, porque… —La niña titubeó.

—No tienes entrañas —soltó el tercer y más pequeño de los presentes, que podía ser el niño más pequeño o la niña más pequeña, pero las capas y capas de ropa le daban una forma esférica indescifrable. Llevaba un sombrero rosa de lana con borla, pero eso no quería decir nada. Alguien se preocupaba de la criatura, pese a todo, porque le había bordado una I y una D en las manoplas, una P y una E en el pecho y la espalda del abrigo, una A en la parte de arriba del gorro y posiblemente una S en la suela de las botas de goma. Gracias a eso, aunque no pudiera saberse qué era, se podía garantizar que estaba de pie y hacia dónde se encaraba.

Pasó una carreta y levantó una nueva oleada de pringue.

¿Entrañas?, dijo la voz secreta del muñeco de nieve. ¡Hechas de un polvo especial, sí! Pero ¿qué polvo?

—Hierro —dijo el posible niño mayor—. Bastante hierro para hacer un clavo.

—Ah, sí, es verdad, era así —asintió la posible niña mayor—. La cantábamos para jugar a la rayuela. Era… «Bastante hierro para hacer un clavo… Bastante agua para ahogar una vaca…».

—Un perro —corrigió el posible niño mayor—. Es «Bastante agua para ahogar un perro, bastante azufre para quitar las pulgas». Lo otro es «Bastante veneno para matar una vaca».

¿Qué es eso?, preguntó el Forjador.

—Es… como… una canción antigua —explicó el posible niño mayor.

—Más como una poesía. Se la sabe todo el mundo —dijo la posible niña mayor.

—Se llama Estas son las cosas que hacen un hombre —informó la criatura que sin duda estaba de pie.

Decidme todo lo demás, exigió el Forjador, y sobre la helada acera se lo contaron, al menos todo lo que se sabían.

Al terminar, el posible niño mayor dijo, esperanzado:

—¿Hay alguna posibilidad de que te nos lleves volando?

No, respondió el Forjador de Invierno. ¡Tengo cosas que encontrar! ¡Cosas que hacen un hombre!

Una tarde, cuando el cielo se enfriaba, alguien llamó con insistencia a la puerta de Tata. Resultó ser Annagramma, que casi se cayó de bruces al entrar. Tenía un aspecto terrible y los dientes le castañeteaban.

Tata y Tiffany la llevaron junto a la chimenea, pero empezó a hablar antes de que se le calentaran los dientes.

—¡C-c-c-cráneos! —logró decir.

Ay, madre, pensó Tiffany.

—¿Qué pasa con ellos? —dijo mientras Tata Ogg llegaba correteando desde la cocina con una bebida caliente.

—¡Los c-c-c-cráneos d-d-de la señ-ñ-ñorita T-t-t-traición!

—¿Sí? ¿Qué pasa con los cráneos?

Annagramma dio un sorbo de la taza.

—¿Qué hiciste con ellos? —preguntó dando boqueadas mientras le goteaba cacao de la barbilla.

—Enterrarlos.

—¡Oh, no! ¿Por qué?

—Eran cráneos. ¡No se pueden dejar cráneos tirados por ahí!

Annagramma miró a su alrededor como un animal salvaje.

—Entonces, ¿me prestas una pala?

—¡Annagramma! ¡No puedes excavar la tumba de la señorita Traición!

—¡Pero necesito unos cráneos! —insistió Annagramma—. La gente de allí… ¡bueno, es como en los viejos tiempos! ¡Encalé la casa con mis propias manos! ¿Tú sabes lo que se tarda en encalar sobre negro? ¡Pues protestaron! ¡Y no quieren saber nada de la cristaloterapia, solo me miran mal y dicen que la señorita Traición les daba un potingue negro y pegajoso que sabía fatal pero funcionaba! Y no paran de pedirme que resuelva unos problemas estúpidos que no tengo ni idea de en qué consisten. Y esta mañana se ha muerto un hombre viejo y tengo que prepararlo y quedarme toda la noche velándolo. Bueno, o sea, es que es… puaj…

Tiffany lanzó una mirada a Tata Ogg, que estaba sentada en la butaca dando caladas tranquilas a su pipa. Le brillaban los ojos. Al ver la expresión de Tiffany, guiñó un ojo y dijo:

—Os dejo solas un ratito para que charléis, ¿eh, chicas?

—Sí, Tata, por favor. ¿Y puedes no escuchar por la puerta?

—¿Yo, una conversación privada? ¡Qué cosas dices! —replicó Tata, y se fue a la cocina.

—¿Escuchará? —susurró Annagramma—. Si se entera la señora Ceravieja, me muero.

Tiffany suspiró. ¿Es que Annagramma no sabía nada?

—Por supuesto que escuchará —respondió Tiffany—. Es una bruja.

—¡Pero ha dicho que no lo haría!

—Escuchará, pero luego fingirá que no lo ha hecho y no se lo contará a nadie. Al fin y al cabo, está en su casa.

Annagramma parecía desesperada.

—¡Y creo que el martes tengo que ir a asistir a un parto en no sé qué valle! ¡Vino una vieja y se puso a parlotear sobre eso!

—Será la señora Habilia —supuso Tiffany—. Te dejé unas notas, ¿recuerdas? ¿No las leíste?

—Creo que la señora Carcoma debió de tirarlas —dijo Annagramma.

—¡Tendrías que haberles echado un vistazo! ¡Me costó una hora escribirlas! —le regañó Tiffany—. ¡Tres folios! Mira, tranquilízate, ¿quieres? ¿No aprendiste nada de partería?

—La señora Carcoma dice que dar a luz es un acto natural y que debe permitirse que la naturaleza siga su curso —replicó Annagramma, y Tiffany estuvo segura de oír un resoplido tras la puerta de la cocina—. Me sé un cántico relajante, eso sí.

—Bueno, supongo que servirá de algo —musitó Tiffany con voz débil.

—La señora Carcoma dice que en los pueblos ya saben lo que hay que hacer —insistió Annagramma esperanzada—. Me dijo que confíe en su sabiduría pueblerina.

—Bueno, pues la mujer que fue a verte es la señora Arrillo, y lo único que tiene es ignorancia pueblerina —dijo Tiffany—. Si la dejas suelta, pone hojas podridas en las heridas de la gente. Mira, que a una mujer no le queden dientes no significa que sea sabia. A lo mejor es solo que lleva mucho tiempo siendo tonta. No dejes que se acerque a la señora Habilia hasta que haya llegado el bebé. Ya va a ser un parto complicado sin tenerla a ella rondando por ahí.

—Bueno, conozco varios hechizos que vendrán bien…

—¡No! ¡Nada de magia! ¡Solo para aliviar el dolor! Eso sí que deberías saberlo.

—Sí, pero la señora Carcoma dice…

—¿Por qué no vas a pedirle ayuda a la señora Carcoma, entonces?

Annagramma miró a Tiffany. Esa frase le había salido un poco más alta de lo que pretendía. Entonces la cara de Annagramma adoptó lo que seguramente consideraba una expresión amistosa. Le daba un poco de pinta de loca.

—¡Eh, tengo una idea genial! —dijo brillante como un cristal a punto de resquebrajarse—. ¿Por qué no te vuelves conmigo a la casita y trabajas para mí?

—No. Tengo otro trabajo que hacer.

—Pero tú eres muy buena con las cochinadas, Tiffany —dijo Annagramma con voz acaramelada—. Da la impresión de que te salga natural.

—Es porque empecé de pequeña, ayudando en la cría de corderos. Las manitas pueden meterse y desenredar cosas.

Y Annagramma puso la cara de animal acorralado que ponía cuando se enfrentaba a algo que no entendía a la primera.

—¿Meterse? ¿En la oveja? ¿Quieres decir por…?

—Sí. Claro.

—¿Desenredar cosas?

—A veces los corderos intentan nacer de espaldas —aclaró Tiffany.

—De espaldas.

—Y puede ser peor, si vienen gemelos.

—Gemelos… —Entonces Annagramma dijo, como si hubiera descubierto el fallo—: Oye, he visto un montón de dibujos de pastores y ovejas y nunca sale nada de eso. Yo creía que solo había que… quedarse de pie y mirar cómo comen hierba.

Había veces en que daba la impresión de que el mundo sería un lugar mejor si Annagramma se llevara un cachete de vez en cuando. Sus tontos insultos involuntarios, su enorme falta de interés por todo lo que no fuera ella misma, su forma de tratar a todo el mundo como si fuera un poco sordo y un poco idiota… podía encender la sangre. Pero había que tolerarlo porque, muy de vez en cuando, se captaba un atisbo de lo que había al otro lado. En el fondo había una carita inquieta y frenética que miraba al mundo como un conejo mira al zorro, y se liaba a chillidos con la esperanza de que se marchara sin hacerle daño. Y en una reunión de brujas, que en teoría eran mujeres listas, le habían entregado una encomienda que sería difícil de llevar hasta para la más pintada.

No tenía sentido.

No, ningún sentido.

—Solo ocurre si es un parto complicado —explicó Tiffany mientras su cerebro funcionaba a toda máquina—. Y eso significa que está oscuro, hace frío y llueve. Los dibujantes no suelen andar por allí en esas ocasiones, qué casualidad.

—¿Por qué estás mirándome así? —preguntó Annagramma—. Como si no estuviera.

Tiffany pestañeó. Vale, pensó, ¿cómo se supone que debo afrontar esto?

—Mira, iré contigo y te ayudaré a preparar el cuerpo —dijo con toda la calma que pudo amasar—. Y supongo que puedo echarte una mano con la señora Habilia. O pídeselo a Petulia. Es muy buena. Pero el velatorio tendrás que hacerlo tú sola.

—¿Quedarme toda la noche sentada junto a un muerto? —Annagramma se estremeció.

—Llévate un libro para leer —aconsejó Tiffany.

—Supongo que podría trazar un círculo de protección alrededor de la silla… —musitó Annagramma.

—No —dijo Tiffany—. Nada de magia. ¿No te lo dijo la señora Carcoma?

—Pero un círculo de protección…

—Llama la atención. Podría presentarse algo para ver qué hace allí. No te preocupes, en realidad solo lo hacemos para tener contenta a la gente mayor.

—Eh… cuando dices que podría presentarse algo… —empezó a decir Annagramma.

Tiffany suspiró.

—Vale, me sentaré contigo, pero solo esta vez —claudicó. Annagramma sonrió encantada—. Y lo que decías de los cráneos… espera un momentito. —Subió la escalera y cogió el catálogo de Boffo que tenía escondido en su vieja maleta. Bajó con él cuidadosamente enrollado y se lo dio a Annagramma—. No lo mires ahora. Espérate a estar sola. A lo mejor te sugiere alguna idea. ¿De acuerdo? Iré esta tarde, alrededor de las siete.

Cuando Annagramma se hubo marchado, Tiffany se sentó y contó en voz baja. Cuando llegó a cinco, Tata Ogg entró y quitó el polvo con brío a unos adornos antes de decir:

—Anda, ¿tu amiguita se ha marchado?

—¿Crees que he hecho una tontería? —dijo Tiffany.

Tata dejó de fingir que se ocupaba de las tareas del hogar.

—No sé de qué me hablas, claro, porque no estaba escuchando, pero si hubiera oído algo te diría que no van a agradecértelo, eso te diría.

—Yaya no debió entrometerse.

—No debió, ¿eh? —protestó Tata con cara inexpresiva.

—No soy boba, Tata —admitió Tiffany—. Ya he caído en la cuenta.

—Conque en la cuenta, ¿eh? Qué chica más lista. —Tata Ogg se sentó en su butaca—. ¿Y cuál es esa cuenta en la que has caído, si puede saberse?

Aquello iba a complicarse. Normalmente Tata siempre estaba alegre. Cuando se volvía solemne, como en aquel momento, ponía nervioso a cualquiera. Pero Tiffany no aflojó.

—Yo no podía quedarme con una casa —dijo—. Sí, sé hacer casi todo lo del día a día, pero hay que ser más mayor para llevar una encomienda. Hay cosas que la gente no va a decirte si tienes trece años, con sombrero o sin él. Pero Yaya corrió la voz de que me proponía a mí, de modo que todas lo vieron como una competición entre Annagramma y yo, ¿verdad? Y la eligieron a ella porque es mayor y da la impresión de ser muy competente. Y ahora todo se viene abajo. No es culpa suya que le enseñaran magia en vez de brujería. Yaya solo quiere que fracase para que todas sepan que la señora Carcoma es mala maestra. Y no creo que eso sea bueno.

—Yo en tu lugar no me daría tanta prisa en decidir qué es lo que quiere Esme Ceravieja —sugirió Tata Ogg—. No diré ni una palabra, ojo. Tú ve a ayudar a tu amiga si quieres, pero eso no te libra de trabajar conmigo, ¿de acuerdo? Lo que es justo es justo. ¿Qué tal los pies?

—Los tengo bien, Tata, gracias por preguntar.

A más de ciento cincuenta kilómetros de allí, el señor Fusel Johnson no sabía nada de Tiffany ni de Tata Ogg, y en realidad tampoco de prácticamente nada aparte de los relojes de pared y bolsillo que construía para ganarse la vida. También sabía cómo enjalbegar una cocina, que era una forma fácil y barata de dejarla bien blanca, aunque el potingue de cal goteara un poco. Y por eso no entendió nada cuando, antes de poder añadirle el agua, varios puñados de polvo blanco se elevaron del barreño como si fuera una fuente, se quedaron un momento suspendidos en el aire como un fantasma y desaparecieron chimenea arriba. Acabó achacándolo a que estaban mudándose demasiados trolls al vecindario. No era una conclusión muy lógica, pero ese tipo de creencias no suele serlo.

Y el Forjador de Invierno pensó: ¡Bastante cal para hacer un hombre!

Aquella noche Tiffany la pasó sentada con Annagramma y el anciano señor Tissot, solo que él estaba tumbado porque había muerto. A Tiffany nunca le había gustado velar a los difuntos. No era precisamente una tarea que pudiera gustar. Siempre era un alivio que el cielo se pusiera gris y los pájaros empezaran a cantar.

A veces, durante la noche, el señor Tissot hacía pequeños ruidos. Pero, por supuesto, no era el señor Tissot, que se había encontrado con la Muerte hacía horas. Era solo el cuerpo que había dejado atrás y los sonidos que hacía, en el fondo, eran los mismos que hacía una casa vieja al enfriarse.

Era importante recordarlo alrededor de las dos de la madrugada. Decisivo cuando temblaba la llama de la vela.

Annagramma estaba roncando. Nadie que tuviera la nariz tan pequeña debería ser capaz de dar semejantes ronquidos. Era como serrar troncos. Si algún espíritu maligno rondaba la casa aquella noche, el ruido seguramente lo espantaría.

La peor parte no era el «ñog ñog ñog», y Tiffany podía soportar el «¡bloooooorrrrt!». Era la pausa entre los dos, cuando concluía el «ñog ñog ñog» pero antes de que empezara el largo y descendente «¡bloooooorrrrt!» lo que de verdad le crispaba los nervios. Nunca era igual de larga. En ocasiones era «ñog ñog ñog ¡bloooooorrrrt!», uno justo detrás del otro, y a continuación podía haber tanto hueco después del «ñog ñog ñog» que Tiffany se sorprendía a sí misma conteniendo la respiración hasta que llegara el «¡bloooooorrrrt!». Si Annagramma se ciñera a una pausa de longitud fija, no sería tan horrible. A veces paraba por completo y caía un bendito silencio hasta que arrancaba un festival de «blorts», en general precedido por un débil «mni mni mni» cuando Annagramma chasqueaba los labios y cambiaba de postura en la silla.

¿Dónde estás, Dama de las Flores? ¿Qué eres? ¡Tendrías que estar durmiendo!

La voz fue tan tenue que Tiffany podría no haberla oído si no estuviera esperando con tanta tensión el próximo «ñog ñog ñog». Y ahí llegaba…

—¡Ñog ñog ñog!

Déjame mostrarte mi mundo, Dama de las Flores. ¡Déjame enseñarte todos los colores del hielo!

—¡Bloooooorrrrt!

Unas tres cuartas partes de Tiffany pensaron: ¡Oh, no! ¿Me encontrará si respondo? No. Si pudiera encontrarme, estaría aquí. No me pica la mano.

La otra cuarta parte pensó: Un dios o ser divino está hablando conmigo, Annagramma, y me vendría muy bien que pararas de roncar, muchísimas gracias.

—¡Ñog ñog ñog!

—Te dije que lo siento —susurró a la bailarina luz de la vela—. Vi el iceberg. Fue muy… esto… amable por tu parte.

He hecho muchos más.

—¡BLOOOOOORRRRT!

Muchos más icebergs, pensó Tiffany. Montañas gigantescas, heladas y flotantes que se parecen a mí, arrastrando con ellas masas de niebla y nevascas. Me pregunto cuántos barcos chocarán con ellos.

—No tendrías que haberte molestado —murmuró.

¡Estoy haciéndome más fuerte! ¡Estoy escuchando y aprendiendo! ¡Estoy entendiendo a los humanos!

Fuera de la casa, un tordo empezó a cantar. Tiffany apagó la vela con un soplido y la luz gris empezó a colarse en la habitación.

Escuchar y aprender… ¿Cómo podía una ventisca entender nada?

¡Tiffany, Dama de las Flores! ¡Estoy convirtiéndome en un hombre!

Hubo un complejo gruñido cuando el «ñog ñog ñog» y el «¡bloooooorrrrt!» de Annagramma chocaron de frente y la despertaron.

—Ah —dijo desperezándose y bostezando. Miró a su alrededor—. Bueno, parece que todo ha ido bien.

Tiffany se quedó mirando la pared. ¿Qué quería decir con lo de convertirse en un hombre? Seguro que…

—No te habrás quedado dormida, ¿verdad, Tiffany? —preguntó Annagramma en lo que debía de considerar un tono juguetón—. ¿Ni siquiera un segundito de nada?

—¿Qué? —Tiffany aún miraba la pared con el ceño fruncido—. Ah… no. ¡Claro que no!

La gente empezaba a moverse en la planta de abajo. Al cabo de poco llegó un crujido desde la escalera y se abrió la pequeña puerta de la habitación. Un hombre de mediana edad, que miraba el suelo con timidez, dijo:

—Madre dice que si les gustaría desayunar alguna cosa, señoritas.

—No, no, ¿cómo vamos a aceptarles lo poco que tienen…? —empezó a decir Annagramma.

—Sí, por favor, se lo agradeceríamos mucho —aceptó Tiffany, más alto y más deprisa. El hombre asintió una vez y cerró la puerta.

—Pero ¿cómo has podido decirle eso? —le recriminó Annagramma mientras los pasos del hombre crujían hacia abajo—. ¡Esta gente es pobre! Creía que no querrías…

—Cállate, ¿quieres? —exclamó Tiffany—. ¡Cállate y despierta! ¡Son personas de verdad, no una especie de, de, de idea! ¡Ahora bajaremos y tomaremos el desayuno y les diremos que está muy bueno y les daremos las gracias y nos marcharemos! Y de ese modo todos habremos hecho lo correcto según dicta la costumbre, y para ellos es lo importante. ¡Además, no creen que sean pobres, porque aquí todo el mundo es pobre! ¡Pero no tanto como para no poder permitirse hacer lo correcto! ¡Eso sí que sería pobre!

Annagramma estaba mirándola boquiabierta.

—Ten cuidado con lo que vas a decir —le advirtió Tiffany entre jadeos—. De hecho, mejor no digas nada.

Para desayunar había huevos con jamón. Comieron en educado silencio. Al terminar, con el mismo silencio pero ya fuera de la casa, volvieron volando a lo que la gente, casi a ciencia cierta, seguiría considerando para siempre la casa de la señorita Traición.

Había un niño pequeño merodeando por el claro. Tan pronto como aterrizaron desembuchó:

—La señora Arrillo dice que ya llega el bebé y que tienen que darme un penique por venir.

—Tienes una bolsa, ¿verdad? —dijo Tiffany girándose hacia Annagramma.

—Sí, eh… muchas.

—Me refiero a una bolsa para las llamadas. Ya sabes, se tiene junto a la puerta con todo lo que te hará falta si… —Tiffany vio la mirada de terror en la cara de su compañera—. Vale, no tienes bolsa. Tendremos que hacer todo lo que podamos y ya está. Dale un penique y vámonos.

—¿No podemos llamar a alguien para que nos ayude si sale mal? —preguntó Annagramma mientras despegaban.

—La ayuda somos nosotras —respondió Tiffany llanamente—. Y como estamos en tu encomienda, voy a darte el trabajo difícil de verdad…

… que consistía en distraer a la señora Arrillo. La mujer no era bruja, aunque la mayoría de la gente pensaba que sí. Tenía aspecto de bruja —es decir, aspecto de alguien que había comprado el catálogo entero de Boffo el día de la oferta especial en Verrugas Peludas—, estaba algo loca y no debería permitírsele acercarse a menos de dos kilómetros de ninguna mujer a punto de ser madre primeriza, porque se dedicaba a explicarles (o más bien a balbucearles) con pelos y señales todas y cada una de las cosas que podían salir mal, de una forma que daba a entender que saldrían todas mal a la vez. No era mala enfermera, sin embargo, una vez impedías que pusiera cataplasmas de hierba podrida en todo.

El proceso fue ruidoso y dio algo de trabajo, pero nada comparado con las predicciones de la señora Arrillo, y el resultado fue un bebé varón que lloró a la primera, y habría llorado mucho más a la segunda si Tiffany no lo hubiera atrapado; Annagramma no sabía sostener a un bebé.

Pero sí le quedaba muy bien el sombrero puntiagudo, y como evidentemente era mayor que Tiffany y apenas se había ensuciado las manos, las otras mujeres dieron por hecho que estaba al mando.

Tiffany la dejó con el bebé en brazos (esta vez con la cabeza hacia arriba) y cara de orgullo, y emprendió el largo vuelo entre los bosques de regreso a Tir Nani Ogg. Era una tarde helada y seca, pero soplaba un poco de viento que hacía saltar cristales de nieve de los árboles. Fue un trayecto agotador y muy, muy frío. No puede saber dónde estoy, se repetía a sí misma mientras volaba al anochecer. Y él no es demasiado listo. El invierno tiene que acabar en algún momento, ¿no?

Esto… ¿cómo?, dijeron sus Segundos Pensamientos. Vale, la señorita Lento dijo que solo tienes que estar presente, pero seguro que habrá que hacer algo más, digo yo.

Supongo que tendré que pasearme sin zapatos, pensó Tiffany.

¿Por todas partes?, se preguntaron sus Segundos Pensamientos mientras Tiffany daba virajes bruscos entre los árboles.

Probablemente es como ser una reina, dijeron sus Terceros Pensamientos. Solo tienen que estar sentadas en un palacio y salir de vez en cuando en carruaje a saludar, y con eso mantienen el monarquismo en marcha por todo un reino enorme.

Pero mientras Tiffany esquivaba más árboles, también intentaba esquivar el pequeño pensamiento escurridizo que trataba de colarse en su mente: Tarde o temprano, de un modo u otro, te encontrará… Y ¿cómo puede convertirse en un hombre?

El director adjunto de correos Ardite no creía en los médicos. Opinaba que ponían enfermos a sus pacientes. De modo que se echaba azufre dentro de los calcetines y se enorgullecía de decir que no había estado enfermo ni un solo día en la vida. Tal vez se debiera a que casi nadie se acercaba mucho a él por el olor. Pero algo se acercó. Un vendaval entró rugiendo en su oficina de correos cuando abrió la puerta una mañana y le dejó los calcetines vacíos.

Y nadie oyó[[7]](#footnote-7) al Forjador de Invierno exclamar:

—¡Bastante azufre para hacer un hombre!

Tata Ogg estaba sentada junto al fuego cuando entró Tiffany, tras despegarse el hielo de las botas a pisotones.

—Estás toda helada —dijo Tata—. Te hace falta un vaso de leche caliente con un chorrito de coñac, ya lo creo que sí.

—S-s-s-sí, p-por f-f-favor —logró responder Tiffany entre el castañeteo de sus dientes.

—Prepárame otro a mí, ¿quieres? Es broma, mujer. Tú caliéntate un poco, yo me ocupo de la leche.

Tiffany notaba sus pies como bloques de hielo. Se arrodilló frente al fuego y acercó la palma de la mano a la caldera que colgaba de su gran garfio negro. Siempre estaba burbujeando.

Pon la mente como debe estar y equilibra. Extiende los brazos y ahueca las manos alrededor, y concéntrate, concéntrate de verdad, en tus botas heladas.

Al poco rato sintió calor en los dedos de los pies, y entonces…

—¡Au! —Tiffany retiró las manos y se chupó los dedos.

—No tenías la mente como debe estar —dijo Tata Ogg desde el umbral.

—Bueno, ya sabes, es que cuesta un poco cuando has tenido un día muy largo y llevas tiempo sin dormir demasiado y te está buscando el Forjador de Invierno —replicó Tiffany.

—Al fuego le trae sin cuidado. —Tata se encogió de hombros—. Marchando una de leche calentita.

Todo mejoró un poco cuando Tiffany se hubo calentado. No sabía cuánto coñac había añadido Tata a la leche. Había preparado otro vaso para ella, seguramente con algo de leche añadida al coñac.

—Mira qué bien estamos aquí las dos —dejó caer Tata al cabo de un tiempo.

—¿Esto va a ser la charla sobre sexo? —preguntó Tiffany.

—¿Quién ha dicho que tenga que haberla? —dijo Tata con inocencia.

—Me ha dado la sensación —respondió Tiffany—. Y ya sé de dónde vienen los bebés, señora Ogg.

—Eso espero.

—También sé cómo llegan ahí. Vivo en una granja y tengo muchas hermanas mayores.

—Muy bien —asintió Tata—. Bueno, ya veo que estás bien preparada para la vida, pues. Supongo que no me queda mucho que explicarte. Y que yo recuerde, a mí nunca me ha prestado atención ningún dios. ¿No te sientes halagada?

—¡No! —Tiffany observó la sonrisa de Tata—. Bueno, un poco —reconoció.

—¿Y él te da miedo?

—Sí.

—Bueno, el pobre aún no termina de aclararse. Empezó bien, con las rosas de hielo y todo eso, y luego quiso enseñarte los músculos. Típico. Pero no tendría que darte miedo. Tendrías que darle miedo tú a él.

—¿Por qué? ¿Porque estoy fingiendo que soy la mujer de las flores?

—¡Porque eres una chica! Mal va el mundo si una chica lista no puede hacer que un chico coma de su mano. Está colado por ti. Podrías convertir su vida en un infierno con una sola palabra. ¡Caramba, cuando yo era joven un chico casi se tiró del puente de Lancre porque rechacé sus proposiciones!

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasó?

—Que las desrechacé. Bueno, es que estaba muy guapo allí de pie, y pensé: oye, pues tiene un culete estupendo, de los mejores que he visto. —Tata se reclinó—. Y fíjate en el pobre Greebo. Se enfrenta a todo lo que se le ponga por delante. Pero la gatita blanca de Esme le saltó directa a la cara y ahora no se atreve a entrar aquí sin mirar antes desde el marco de la puerta para comprobar que no está, pobrecito mío. Y tendrías que verle la carita que pone. Toda arrugada. Desde luego, podría hacerla pedazos con una sola garra, pero ahora ya no sería capaz porque ella le ha trastocado la cabeza.

—No estarás diciéndome que intente arrancarle la cara al Forjador, ¿verdad?

—No, no hace falta que seas tan directa. Déjale un poquito de esperanza. Sé amable pero firme…

—¡Quiere casarse conmigo!

—Bien.

—¿Bien?

—Significa que seguirá siendo amable. No le digas que no, pero tampoco que sí. Compórtate como una reina. Tiene que aprender a mostrarte algo de respeto. ¿Qué estás haciendo?

—Apuntármelo. —Tiffany garabateaba en su diario.

—No hace falta apuntarlo, cariño —dijo Tata—. Lo llevas escrito en alguna parte. En una página que todavía no has leído, me parece a mí. Lo que me recuerda que ha llegado esto mientras no estabas. —Tata hurgó entre los cojines del asiento y sacó un par de sobres—. Mi hijo Shawn es el cartero, así que sabía que te has mudado aquí.

Tiffany casi se las arrancó de las manos. ¡Dos cartas!

—¿Te gusta, entonces? ¿Ese joven tuyo del castillo? —preguntó Tata.

—Es un amigo que me escribe —dijo Tiffany altiva.

—¡Eso es, ahí has puesto la expresión y la voz que necesitas para tratar con el Forjador! —exclamó encantada Tata—. ¿Quién se cree que es, atreviéndose a hablar contigo? ¡Así se hace!

—Las leeré en mi cuarto.

Tata asintió.

—Una de las chicas nos ha preparado un estofado riquísimo. —Tata era famosa por no recordar jamás los nombres de sus nueras—. Tienes de sobra en el horno. Yo me voy al pub. ¡Mañana madrugamos!

Sola en su cuarto, Tiffany leyó la primera carta.

A primera vista, en la Caliza nunca pasaba gran cosa. La región había esquivado la Historia. Era un lugar de cosas pequeñas. A Tiffany le gustaba leer sobre ellas.

La segunda carta parecía más de lo mismo… hasta que llegó a la parte del baile. ¡Había ido a un baile! ¡Fue en casa de lord Zambullido, un noble vecino! ¡Había bailado con su hija, que se llamaba Mercromina porque a su padre le parecía un nombre de chica encantador! ¡¡Habían bailado tres veces!! ¡¡Y tomado helado!! ¡¡¡Mercromina le había enseñado las acuarelas que pintaba!!!

¡¡¡¿Cómo había sido capaz de sentarse y escribirle esas cosas?!!!

Los ojos de Tiffany siguieron hacia abajo, sobrevolando las noticias cotidianas acerca del mal tiempo y de lo que había pasado con la pierna de la vieja Aggie, pero las palabras no llegaron a su cabeza porque estaba en llamas.

¿Quién se creía que era, bailando con otra chica?

Tú bailaste con el Forjador de Invierno, dijeron sus Terceros Pensamientos.

Vale, pero ¿y las acuarelas, qué?

El Forjador te enseñó los copos de nieve, dijeron sus Terceros Pensamientos.

¡Pero yo solo me mostré educada!

A lo mejor él también estaba mostrándose educado.

Vale, pero me conozco a esas tías suyas, pensó Tiffany con rabia. ¡Nunca les he caído bien porque soy solo una chica de granja! ¡Y lord Zambullido es muy rico y no tiene más hijos que ella! ¡Están conspirando!

¿Cómo tenía las narices de sentarse a escribirle como si tomar helado con otra chica fuera lo más normal del mundo? ¡Era igual de malo que… bueno, igual que algo bastante malo, como mínimo!

Y lo de ir a mirar sus acuarelas…

Solo es un chico con el que resulta que te carteas, dijeron sus Terceros Pensamientos.

Ya, bueno…

Ya, bueno, ¿qué?, insistieron sus Terceros Pensamientos. Estaban poniéndole los nervios de punta. ¡Tu propio cerebro debería tener la decencia de ponerse de tu parte!

Solo «ya, bueno…», ¿vale?, pensó enfadada.

No estás siendo muy racional con esto.

¿Ah, no? ¡Bueno, pues ya llevo todo el día siendo racional! ¡Llevo años siendo racional! Creo que se me deben cinco minutos de estar irracionalmente cabreada, ¿no te parece?

Abajo hay estofado y no has comido nada desde el desayuno, dijeron sus Terceros Pensamientos. Te sentirás mejor cuando tengas algo en el estómago.

¿Cómo voy a comer estofado si la gente se dedica a mirar acuarelas? ¿Cómo se atreve a mirar acuarelas?

Pero sus Terceros Pensamientos tenían razón… por mucho que le pesara. Si vas a estar enfadada y abatida, bien puedes estarlo con el estómago lleno. Bajó la escalera y encontró el estofado en el horno. Olía bien. Todo esfuerzo es poco para la adorada suegra.

Abrió el cajón de los cubiertos para sacar una cuchara. El cajón se atascó. Tiffany lo sacudió, tiró de él y dijo algunas palabrotas, pero se quedó atascado.

—Claro, venga, adelante —dijo una voz a sus espaldas—. A ver si hay un milagro y funciona. ¿Para qué ser sensata y meter la mano con cuidado por la rendija, para quitar lo que está atascándolo? Qué va, qué va. ¡Sacudir y maldecir, así es como se hace!

Tiffany se giró.

Había una mujer delgaducha y de aspecto cansado de pie junto a la mesa de la cocina. Parecía ir envuelta en una sábana y fumaba un cigarrillo. Tiffany nunca había visto fumar cigarrillos a una mujer, y mucho menos uno que ardía con una llama roja y gorda y soltaba chispas.

—¿Quién eres y qué haces en la cocina de la señora Ogg? —le soltó Tiffany.

Esta vez fue la mujer quien puso cara de sorpresa.

—¿Puedes oírme? —preguntó—. ¿Y verme?

—¡Sí! —rugió Tiffany—. ¡Y esto es una zona de preparación de alimentos, para que lo sepas!

—¡Se supone que no deberías poder verme!

—¡Pues te estoy mirando!

—Espera un segundo. —La mujer se quedó mirando a Tiffany con el ceño fruncido—. Tú no eres solo humana, ¿verdad…? —Bizqueó un momento y luego dijo—: Ah, eres ella. ¿Me equivoco? ¿La nueva Verano?

—A mí déjame tranquila; ¿quién eres tú? —espetó Tiffany—. ¡Y solo fue un baile!

—Mollestya, diosa de las Cosas Que Se Quedan Atascadas En Los Cajones —añadió la mujer—. Encantada de conocerte. —Dio otra calada al cigarrillo ígneo y saltaron más chispas. Algunas cayeron al suelo, pero no lo dañaron.

—¿Hay una diosa solo para eso? —preguntó Tiffany.

—Bueno, también encuentro los sacacorchos y las cosas que se cuelan debajo de los muebles —dijo Mollestya, como quien no quiere la cosa—. A veces hasta las cosas que se escurren bajo los cojines del sofá. Quieren que me encargue de las cremalleras atascadas, pero estoy pensándomelo. Aun así, sobre todo me manifiesto cuando la gente sacude cajones atascados e invoca a los dioses. —Dio una calada—. ¿Tienes té?

—¡Pero yo no he invocado a nadie!

—Claro que sí —dijo Mollestya provocando más chispas—. Has soltado palabrotas. Tarde o temprano, toda palabrota es una oración. —Hizo un gesto con la mano que no sostenía el cigarro y algo en el cajón hizo «pling»—. Ya se abre. Era el laminador de huevos duros. Todo el mundo tiene uno, y nadie sabe por qué. ¿Alguna vez alguien en el mundo ha salido expresamente de casa para comprar un laminador de huevos? Yo creo que no.

Tiffany probó el cajón. Salió suavemente.

—¿Qué me dices de ese té? —insistió Mollestya tomando asiento.

Tiffany puso el hervidor al fuego.

—¿Sabías quién soy? —preguntó.

—Ah, sí —respondió Mollestya—. Ya hacía bastante tiempo desde la última vez que un dios se enamoró de un mortal. Todo el mundo quiere ver cómo resulta.

—¿Enamorarse?

—Oh, sí.

—¿Y dices que los dioses están mirando?

—Ya lo creo —asintió Mollestya—. ¡La mayoría de los grandotes apenas hacen nada más, últimamente! ¡Pero a mí me toca ocuparme de las cremalleras, claro, y se me engarrotan mucho las manos con este tiempo!

Tiffany levantó la mirada hacia el techo, que se había llenado de humo.

—¿Miran a todas horas? —preguntó horrorizada.

—He oído que estás acaparando más interés que la guerra de Klatchistán, y eso que fue muy popular —dijo Mollestya enseñándole sus manos enrojecidas—. Mira, sabañones. Pero ellos como si lloviera, claro.

—¿Hasta cuando me… lavo? —quiso saber Tiffany.

La diosa soltó una fea risotada.

—Sí. Y además pueden ver en la oscuridad. Lo mejor es no pensar en ello.

Tiffany volvió a mirar hacia el techo. Esa noche tenía ganas de darse un baño.

—Lo intentaré —dijo en tono lúgubre, y añadió—: ¿Es… difícil ser una diosa?

—Tiene sus días buenos —respondió Mollestya. Se puso de pie con el codo que sostenía el cigarrillo acunado en la otra mano, sosteniendo el cilindro ardiente y chispeante cerca de su cara. Entonces dio una calada profunda, levantó la cabeza y sopló una nube de humo que se sumó al esmog del techo. Las chispas cayeron al suelo como la lluvia—. No hace mucho que llevo el tema de los cajones. Antes era una diosa volcánica.

—¿En serio? —se sorprendió Tiffany—. Nunca lo hubiera dicho.

—Pues sí. El trabajo estaba bien, aparte de los chillidos —dijo Mollestya, y luego añadió en tono más agrio—: ¡Ja! Y el dios de las tormentas no hacía otra cosa que lloverme en la lava. Así son los hombres, querida. Te llueven en la lava.

—Y miran acuarelas —apostilló Tiffany.

Mollestya entrecerró los ojos.

—¿Las acuarelas de otra?

—¡Sí!

—¡Hombres! Son todos iguales —dijo Mollestya—. Tú hazme caso, querida, y enséñale la puerta a don Forjador. Solo es un elemental, a fin de cuentas. —Tiffany miró la puerta de reojo—. Dale la patada, querida, mándalo a hacer gárgaras y cambia la cerradura. Que sea verano todo el año, igual que en los países cálidos. Uvas por todas partes, ¿por qué no? ¡Cocos en todos los árboles! Ja, cuando estaba en el negocio de los volcanes me salían los mangos por las orejas. Ya está bien de tanta nieve y niebla y pringue. ¿Tienes ya el trasto?

—¿El trasto? —dijo Tiffany preocupada.

—Ya aparecerá, supongo. Dicen que si no le pillas el truco… Ups, oigo un traqueteo, tengo que irme, no te preocupes, no le diré dónde estás…

Desapareció. Lo mismo hizo el humo.

Sin saber qué otra cosa hacer, Tiffany sirvió un plato de nutritiva carne con verduras y se lo comió. Así que… ¿ahora podía ver a los dioses? ¿Y ellos sabían quién era? Y todo el mundo quería darle consejos.

No convenía llamar la atención de quienes ocupan lugares elevados, le había dicho su padre.

Pero era impresionante. Conque enamorado de ella, ¿eh? ¿Y diciéndoselo a todo el mundo? Pero en realidad era un elemental, no un dios como correspondía. ¡Solo sabía mover el viento y el agua de un lado a otro!

Aun así… vaya. ¡Algunas tenemos elementales que están locos por nosotras! ¡Claro que sí! ¡Chúpate esa! Si había gente tan tonta como para bailar con chicas que pintaban acuarelas para atraer a hombres honrados hacia su Perdición, ella podía mirar por encima del hombro a gente que eran casi dioses. Debería mencionarlo en una carta, solo que no pensaba escribirle después de lo que había hecho él. ¡Ja!

Y a pocos kilómetros de distancia, la vieja madre Gorronegro, que se hacía su propio jabón a partir de grasa animal y potasa que, en efecto, sacaba de un pote de ceniza vegetal, notó que le quitaban una barra de jabón de las manos cuando se disponía a hervir unas sábanas. Además, el agua de la tina se congeló.

Como era bruja, dijo al instante:

—¡Hay un ladrón de lo más raro!

Y el Forjador de Invierno dijo:

—¡Bastante potasa para hacer un hombre!

# 

# IMAGE

Esa noche, después de que Tata Ogg se hubiera acostado, al final Tiffany se dio el baño que le había apetecido. No era para tomárselo a la ligera. En primer lugar, había que descolgar la bañera de estaño de su gancho detrás del retrete, que estaba en la parte más baja al final del jardín, y luego arrastrarla entre la noche oscura y gélida hasta su puesto de honor frente al fuego. Había que calentar agua en la chimenea y en el fogón negro de la cocina, y ya se sudaba tinta para lograr aunque fuesen quince centímetros de agua tibia. Al acabar había que achicar el agua e ir echándola al desagüe, y llevar la bañera a un rincón para sacarla al día siguiente. Si había que hacer todo eso, ya puestos frotabas hasta el último centímetro cuadrado.

Tiffany hizo una cosa más: escribir «¡¡PRIVADO!!» en una cartulina y sostenerla en la lámpara que pendía del techo, de forma que solo pudiera leerse desde arriba. No estaba segura de que fuera a disuadir a ningún dios inquisitivo, pero se sintió mejor después de hacerlo.

Esa noche durmió sin soñar. Por la mañana, la nieve había dado una capa nueva a los ventisqueros y un par de nietos de Tata Ogg estaban haciendo un muñeco de nieve en el jardín. Al rato entraron en la casa a exigir una zanahoria para la nariz y dos trozos de carbón para los ojos.

Tata se llevó a Tiffany al aislado pueblo de Tajada, cuyos habitantes siempre se alegraban y se sorprendían de ver a alguien que no fuese familiar suyo. Tata Ogg paseó de casa en casa por caminos de nieve excavada, tomando una cantidad de tazas de té suficiente para poner a flote a un elefante y practicando la brujería aquí y allá. Sobre todo parecía consistir en chismorrear pero, en cuanto se le cogía el tranquillo, podía oírse la magia. Tata Ogg cambiaba la forma de pensar de la gente, aunque fuera solo durante unos minutos. Los dejaba creyendo que eran personas un poco mejores. No era cierto pero, como decía Tata, les daba algo a lo que apuntar.

La siguiente noche tampoco hubo sueños, pero Tiffany se despertó de sopetón a las cinco y media sintiéndose… rara.

Frotó la ventana para quitarle la escarcha y vio el muñeco de nieve a la luz de la luna.

¿Por qué los hacemos?, se preguntó. Aún no han caído cuatro copos y ya estamos levantando muñecos de nieve. Sí que adoramos al Forjador de Invierno, en cierto modo. Hacemos humana la nieve… Le damos ojos de carbón y una nariz de zanahoria para que cobre vida. Ah, y veo que los nietos de Tata le han puesto bufanda. Justo lo que necesita un muñeco de nieve, una bufanda para estar calentito…

Bajó a la silenciosa cocina y, como no tenía nada más que hacer, fregó la mesa. Trabajar con las manos le ayudaba a pensar.

Había cambiado algo, y era ella. Antes se preocupaba de lo que haría y lo que pensaría él, como si fuera solo una hoja volando a merced del viento. Aborrecía oír la voz de él dentro de su cabeza, donde no tenía ningún derecho a estar.

Pero ahora no. Ya no.

Era él quien debía preocuparse por ella.

Sí, Tiffany había cometido un error. Sí, era culpa suya. Pero no iba a dejarse intimidar. No podía permitirse a los chicos que fuesen por ahí lloviendo en la lava de unas y adorando las acuarelas de otras.

Encuentra la historia, decía siempre Yaya Ceravieja. Ella pensaba que el mundo estaba lleno de formas de historias. Si las dejabas, te controlaban. Pero si las estudiabas, si averiguabas cosas de ellas… podías utilizarlas, podías cambiarlas…

La señorita Traición lo había sabido todo sobre las historias, ¿verdad? Las había hilado como una telaraña para darse poder a sí misma. Y funcionaban porque la gente quería creer en ellas. Tata Ogg también contaba una historia. La gorda y dicharachera Tata Ogg, que nunca decía que no a una copa (ni tampoco a una segunda copa, muchas gracias) y era la abuela favorita de todo el mundo… pero esos ojitos centelleantes podían perforarte la cabeza y leer todos tus secretos.

Hasta la abuela Dolorido tenía una historia. Había vivido en la vieja cabaña de pastoreo, arriba en las colinas, escuchando el soplar del viento sobre la hierba. Era una mujer misteriosa, solitaria… y las historias subían flotando y se congregaban a su alrededor, todas aquellas historias de encontrar corderitos perdidos aun estando muerta, todas esas historias de que seguía cuidando de la gente…

La gente quería que el mundo fuera una historia porque las historias tenían que sonar bien y debían tener sentido. La gente quería que el mundo tuviera sentido.

Bien, pues su historia no iba a ser la de una niñita que se dejaba zarandear de aquí para allá. Eso sí que no tenía sentido.

Pero el caso… es que no es malo de verdad. Los dioses que salían en la Mitología daban la impresión de que sabían cómo ser humanos —un poco demasiado humanos, a veces—, pero ¿cómo podía aprenderlo una nevasca o un vendaval? El Forjador era peligroso y terrorífico… pero no se podía evitar tenerle lástima…

Alguien aporreó la puerta trasera de Tata Ogg. Resultó ser una figura alta vestida de negro.

—Se ha equivocado —dijo Tiffany—. Aquí no hay nadie ni un poco enfermo.

Una mano levantó el borde de la capucha negra y, desde sus recovecos, una voz siseó:

—¡Soy yo, Annagramma! ¿Está en casa?

—La señora Ogg aún no se ha levantado.

—Bien. ¿Puedo pasar?

En la mesa de la cocina, con una reconfortante taza de té delante, Annagramma se lo reveló todo.

—¡Vinieron a verme dos hombres hablando de no sé qué vaca idiota que los dos piensan que es suya!

—Serán Joe Portaescoba y Furtivo Adams. También te lo dejé anotado —dijo Tiffany—. Cada vez que uno de los dos se emborracha, discuten por esa vaca.

—¿Qué se supone que debo hacer yo?

—Asentir y sonreír. Esperar a que muera la vaca, decía siempre la señorita Traición. O uno de los hombres —añadió Tiffany—. Es la única manera.

—¡Y una mujer vino a verme con un cerdo enfermo!

—¿Qué hiciste?

—¡Decirle que no me dedico a los cerdos! Pero se puso a llorar, así que probé a lanzarle la Panacea Universal de Brazalio.

—¿Usaste eso en un cerdo? —dijo Tiffany escandalizada.

—Bueno, la bruja de los cerdos usa magia, así que no entiendo por qué… —empezó a decir Annagramma a la defensiva.

—¡Ella sabe qué cosas funcionan! —exclamó Tiffany.

—¡Estaba como una rosa cuando lo hice bajar del árbol! ¡La mujer no tenía por qué ponerse así! ¡Seguro que volverán a crecerle las cerdas! ¡Con el tiempo!

—No sería un cerdo con manchas, ¿verdad? ¿Y una mujer bizca? —preguntó Tiffany.

—¡Sí! ¡Creo que sí! ¿Tiene importancia?

—La señora Tocón aprecia mucho ese cerdo —respondió Tiffany en tono de regañina—. Lo sube a la casita como una vez por semana. Normalmente solo es que tiene el estómago revuelto. Le da de comer demasiado.

—¿En serio? Entonces la próxima vez no le abriré la puerta —dijo Annagramma con firmeza.

—No, déjala entrar. En realidad lo que pasa es que está muy sola y quiere charlar.

—Bueno, yo diría que tengo mejores cosas que hacer que escuchar a una anciana que solo quiere charlar —replicó Annagramma indignada.

Tiffany la miró. ¿Por dónde empezar, que no fuese coger la cabeza de la chica y darle golpes contra la mesa hasta que comenzara a funcionarle el cerebro?

—Escucha con atención —dijo—. Me refiero a ella, no solo a mí. No hay mejor forma de emplear tu tiempo que escuchar a las ancianas que quieren charlar. Todo el mundo cuenta cosas a las brujas. Así que escúchales a todos y no digas gran cosa, y piensa en lo que dicen y en cómo lo dicen, y vigila sus ojos… Todo se vuelve como un gran rompecabezas, pero tú eres la única que ve todas las piezas. Sabrás lo que quieren que sepas, y lo que no quieren que sepas, y hasta lo que creen que no sabe nadie. Por eso hacemos la ronda por las casas. Por eso tú harás la ronda por las casas, hasta que formes parte de sus vidas.

—¿Todo eso, solo para tener algún poder sobre un hatajo de granjeros y campesinos?

Tiffany giró sobre sí misma y dio tal puntapié a una silla que le partió una pata. Annagramma retrocedió deprisa.

—¿Por qué lo has hecho?

—Eres lista, ¡adivínalo!

—Ah, se me había olvidado… tu padre es pastor…

—¡Bien! ¡Te has acordado! —Tiffany vaciló. La certeza estaba empapando su cerebro, cortesía de sus Terceros Pensamientos. De pronto reconoció a Annagramma—. ¿Y tu padre? —preguntó.

—¿Cómo? —Annagramma se infló por instinto—. Ah, es dueño de varias granjas…

—¡Mentira!

—Bueno, quizá podría decirse que es granjero… —su nerviosismo empezó a asomar.

—¡Mentira!

Annagramma retrocedió un paso.

—¿Cómo te atreves a hablarme as…?

—¡Cómo te atreves a no decirme la verdad!

En el silencio que se abrió, Tiffany lo oyó todo: el tenue crepitar de la madera en el fogón, el sonido de los ratones en el sótano, su propia respiración rugiendo como el mar en una caverna…

—Trabaja para un granjero, ¿vale? —soltó Annagramma con rapidez, y entonces pareció sorprenderse de sus propias palabras—. No poseemos tierra, no poseemos siquiera la casa donde vivimos. Esa es la verdad, si la quieres. ¿Ya estás contenta?

—No. Pero gracias —dijo Tiffany.

—¿Se lo vas a contar a las demás?

—No. No importa. Pero Yaya Ceravieja quiere que lo eches todo a perder, ¿comprendes? No tiene nada contra ti… —Tiffany titubeó antes de continuar—. O sea, no más que contra todo el mundo. Solo quiere hacer ver a la gente que el estilo de brujería de la señora Carcoma no funciona. ¡Es muy propio de ella! No ha dicho ni una palabra en tu contra, se ha limitado a dejarte tener exactamente lo que querías. Es como un cuento. Todo el mundo sabe que, si consigues exactamente lo que deseas, todo sale mal. Y tú deseabas una casita. Y vas a fastidiarla.

—Solo me hacen falta un par de días más para coger el truco de…

—¿Por qué? Eres una bruja con tu casita. ¡Deberías ser capaz de manejarlo! ¿Por qué lo aceptaste si no eras capaz?

¡Deberías ser capaz de manejarlo, chica de las ovejas! ¿Por qué lo aceptaste si no eras capaz?

—Entonces, ¿no piensas ayudarme? —Annagramma miró furiosa a Tiffany, pero entonces su expresión tuvo el raro gesto de suavizarse un poco y dijo—: ¿Te encuentras bien?

Tiffany pestañeó. Es horrible que te llegue el eco de tu propia voz desde la otra punta de tu mente.

—Mira, yo no tengo tiempo —contestó débilmente—. A lo mejor las demás pueden… ¿echarte una mano?

—¡No quiero que se enteren! —El pánico trazó curvas en el rostro de Annagramma.

Sabe hacer magia, pensó Tiffany. Lo que pasa es que la brujería no se le da bien. Va a fastidiarla. Va a fastidiar a la gente.

Se rindió.

—De acuerdo, a lo mejor puedo sacar un poco de tiempo. Aquí en Tir Nani Ogg tampoco hay muchas tareas que hacer. Y explicaré las cosas a las otras. Van a tener que estar en el ajo. A lo mejor te ayudan. Tú aprendes rápido… habrás entendido lo más básico en una semana, más o menos.

Tiffany observó la cara de Annagramma. ¡La chica se lo estaba pensando! Si fuera a ahogarse y le lanzaras una cuerda, se quejaría del color…

—Bueno, si quieren venir a ayudarme… —dijo Annagramma empezando a animarse.

Casi se podía admirar a la chica por la forma en que era capaz de reorganizar el mundo real dentro de su cabeza. Otra historia, pensó Tiffany; esta trata solo de Annagramma.

—Sí, iremos a ayudarte. —Suspiró.

—A lo mejor podríamos decir que las chicas venís a verme para aprender cosas, ¿no te parece? —propuso Annagramma esperanzada.

La gente decía que había que contar hasta diez antes de perder los estribos. Pero si era con Annagramma, había que conocer números más altos, quizá hasta el millón.

—No —respondió Tiffany—. Me parece que eso no lo haremos. La que va a aprender eres tú.

Annagramma abrió la boca para protestar y entonces vio la mirada de Tiffany y cambió de idea.

—Eh… sí —asintió—. Claro. Esto… gracias.

Eso fue una sorpresa.

—Supongo que ayudarán —dijo Tiffany—. No quedaría bien que una de nosotras fracasara.

Para su asombro, Annagramma estaba llorando de verdad.

—Es que en realidad no pensaba que ellas fuesen mis amigas…

—No me cae bien —dijo Petulia, que estaba metida hasta las rodillas en cerdos—. Me llama la bruja de los cerdos.

—Bueno, es que eres una bruja de los cerdos —replicó Tiffany desde fuera de la pocilga. El enorme cobertizo estaba lleno de cerdos. El sonido era casi tan malo como el olor. Fuera caía una nieve fina como el polvo.

—Sí, pero cuando lo dice ella hay demasiado cerdo y no la suficiente bruja. Cada vez que abre la boca creo que he hecho algo malo. —Petulia movió una mano frente a la cara de una cerda y musitó unas palabras. El animal bizqueó y abrió la boca. Se tragó una buena dosis de líquido verde procedente de una botella.

—No podemos dejar que se las apañe sola —insistió Tiffany—. Haría daño a la gente.

—Bueno, no sería culpa nuestra, ¿verdad que no? —dijo Petulia tratando a otra cerda. Se hizo bocina con las manos y gritó por encima del barullo en dirección al hombre que estaba en el otro extremo de la pocilga—: ¡Fred, estas ya están! —Entonces salió del cercado y Tiffany vio que llevaba el vestido recogido en la cintura y unos gruesos pantalones de cuero por debajo—. Esta mañana están muy revoltosos. Será que están poniéndose un poco retozones.

—¿Retozones? —repitió Tiffany—. Ah… ya.

—Escucha, desde aquí se oye a los verracos chillar en su pocilga. Huelen la primavera.

—¡Pero si aún no es ni la Vigilia de los Puercos!

—Será pasado mañana. De todas formas, mi padre siempre dice que la primavera duerme bajo la nieve —dijo Petulia mientras se lavaba las manos en un cubo.

No hay «hums», dijeron los Terceros Pensamientos de Tiffany. Cuando trabaja, Petulia nunca dice «hum». Cuando trabaja, sabe las cosas a ciencia cierta. Pone la espalda recta. Está al mando.

—Mira, es que sí que será culpa nuestra si vemos que algo va mal y no hacemos nada —dijo Tiffany.

—Ah, Annagramma otra vez. —Petulia se encogió de hombros—. Vale, a lo mejor puedo pasarme una vez por semana a partir de la Vigilia y enseñarle cuatro cosas básicas. ¿Así te quedarás contenta?

—Estoy segura de que te lo agradecerá.

—Yo estoy segura de que no. ¿Se lo has pedido ya a las demás?

—No. He pensado que, si sabían que tú estabas de acuerdo, sería más fácil convencerlas.

—¡Ja! Bueno, supongo que al menos podremos decir que lo intentamos. ¿Sabes? Antes pensaba que Annagramma era muy lista porque sabía muchas palabras y lanzaba hechizos que brillaban. ¡Pero enséñale un cerdo enfermo y no sirve para nada!

Tiffany le habló del cerdo de la señora Tocón y Petulia se quedó estupefacta.

—Eso es intolerable. ¿En un árbol? A lo mejor intento pasarme esta tarde, entonces. —Vaciló—. ¿Sabes que a Yaya Ceravieja no va a hacerle ninguna gracia? ¿Queremos meternos entre ella y la señora Carcoma?

—¿Estamos haciendo lo correcto o no? —dijo Tiffany—. Además, ¿qué es lo peor que podría hacernos?

Petulia soltó una carcajada desprovista por completo de humor.

—Bueno —respondió—, en primer lugar podría hacer que nuestros…

—No lo hará.

—Ojalá estuviera tan segura como tú —dijo Petulia—. De acuerdo, pues. Por el cerdo de la señora Tocón.

Tiffany voló sobre las copas de los árboles. De vez en cuando una rama alta le rozaba las botas. Lucía el suficiente sol de invierno para volver la nieve limpia y brillante, como una tarta helada.

Había sido una mañana ajetreada. El aquelarre no había estado muy interesado en ayudar a Annagramma. Parecía que el aquelarre en sí había tenido lugar mucho tiempo atrás. Estaba siendo un invierno de mucho trabajo.

—Lo único que hacíamos era perder el tiempo mientras Annagramma nos mangoneaba —contó Cortiza Jaleo mientras trituraba minerales y los vertía, muy poco a poco, en una cacerola diminuta que calentaba con una vela—. Estoy demasiado ocupada para trastear con la magia. Nunca ha servido para nada. ¿Sabes lo que le pasa a esa chica? Que se cree que puedes ser bruja a base de comprar cosas.

—Solo tiene que aprender a tratar con la gente —insistió Tiffany. En ese momento, la cacerola explotó.

—Bueno, creo que podemos decir sin miedo a equivocarnos que eso no era un remedio para el dolor de muelas —dijo Cortiza quitándose esquirlas de cacerola del pelo—. De acuerdo, puedo acercarme de vez en cuando si Petulia va a hacerlo. Pero no servirá de mucho.

Lucy Warbeck estaba tumbada cuan larga era y totalmente vestida en una bañera de latón llena de agua cuando apareció Tiffany. Tenía la cabeza sumergida por completo, pero cuando vio que Tiffany la miraba levantó un letrero que decía: ¡NO ESTOY AHOGÁNDOME! La señorita Lento había dicho que llegaría a ser una buena buscadora de brujas, de modo que estaba entrenando mucho.

—No sé por qué hemos de ayudar a Annagramma —dijo mientras Tiffany le ayudaba a secarse—. Disfruta machacando a la gente con esa voz sarcástica que tiene. Y de todas formas, ¿a ti qué más te da? Sabes que no te tiene aprecio.

—Yo creía que siempre nos habíamos llevado bien… más o menos —repuso Tiffany.

—¿En serio? ¡Tú sabes hacer cosas que ella no puede ni intentar! Como eso de volverte invisible… ¡lo haces tú y parece fácil! Pero luego vienes a las reuniones y te comportas igual que todas y hasta te quedas a recoger luego, ¡y eso la vuelve loca!

—Oye, no entiendo nada de lo que me estás diciendo.

Lucy cogió otra toalla.

—No soporta la idea de que alguien sea mejor que ella y no se pavonee.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —preguntó Tiffany patidifusa.

—Porque es lo que haría ella en tu lugar —dijo Lucy volviendo a clavar con sumo cuidado el cuchillo y el tenedor en su moño—. Cree que está[[8]](#footnote-8)s burlándote de ella. Y ahora, ay, madre mía, tiene que depender de ti. Es como si le hubieras metido alfileres por la nariz.

Pero Petulia se había apuntado, así que Lucy y las demás hicieron lo mismo. Petulia se había convertido en la historia de éxito más sonada entre las brujas, después de ganar las Pruebas de Brujería dos años antes con su famoso Truco del Cerdo. La gente se había reído de ella —bueno, Annagramma se había reído y las demás habían puesto sonrisas incómodas—, pero Petulia había perseverado en lo que mejor sabía hacer y ahora la gente decía que tenía una maña con los animales que no podía igualar ni Yaya Ceravieja. Además, se había labrado un respeto firme. La gente no entendía la mayor parte de lo que hacían las brujas, pero si alguien podía curar a una vaca enferma… bueno, había que admirar a esa persona. De modo que todo el aquelarre, cuando pasara la Vigilia de los Puercos, iba a dedicarse en cuerpo y alma a Annagramma.

Tiffany regresó volando a Tir Nani Ogg con la cabeza dando vueltas. Nunca se le había ocurrido que alguien pudiera tenerle envidia. Vale, había aprendido un par de cosas, pero podía hacerlas cualquiera. Solo había que saber apagarse a una misma.

Se había sentado en la arena del desierto que había tras la Puerta, se había enfrentado a perros con dientes como cuchillas… no eran momentos que le apeteciera recordar. Y por si no hubiera bastante, ahí estaba el Forjador de Invierno.

No podía encontrarla sin el caballo, de eso estaban seguras todas las brujas. Podía hablarle a la mente, y ella podía hablar con él, pero era una especie de magia y no tenía nada que ver con los mapas.

Llevaba ya tiempo muy callado. Debía de estar haciendo icebergs.

Aterrizó la escoba en un montículo pelado que había entre los árboles. Desde allí no se veía ninguna casa.

Bajó de la escoba pero no la soltó, por si acaso.

Las estrellas estaban saliendo. Al Forjador le gustaban las noches despejadas. Eran más frías.

Y las palabras vinieron. Eran sus palabras, pronunciadas con su voz, y conocía su significado, pero salieron con una especie de eco.

—¡Forjador de Invierno! ¡Yo te reclamo!

Mientras parpadeaba en reacción a lo agudas que habían sonado las palabras, llegó la respuesta.

¿Quién reclama al Forjador de Invierno?

—Soy la Dama del Verano. —Bueno, pensó, vengo a ser como su sustituta.

Entonces, ¿por qué te escondes de mí?

—Temo tu hielo. Temo tu frío. Huyo de tus avalanchas. Me oculto de tus tormentas. —Así, así. En lenguaje de diosa.

¡Vive conmigo en mi mundo de hielo!

—¿Cómo osas darme órdenes? ¡No oses darme órdenes!

Pero tú escogiste morar en mi invierno… El Forjador sonaba inseguro.

—Voy allá donde me place. Despejo mi propio camino. No busco el consentimiento de hombre alguno. En tu país, me honrarás… ¡o habrá consecuencias! —Y eso último es mío, pensó Tiffany contenta de haber podido meter baza.

Se produjo un largo silencio, lleno de incertidumbre y perplejidad. Entonces el Forjador dijo: ¿Cómo puedo serviros, mi dama?

—No más icebergs que tengan mi aspecto. No quiero ser el rostro que hundió mil barcos.

¿Y la escarcha? ¿Podemos compartir la escarcha? ¿Y los copos de nieve?

—La escarcha, no. Dejarás de escribir mi nombre en las ventanas. No puede traer más que disgustos.

Pero ¿permitirás que te honre con copos de nieve?

—Esto… —Tiffany se detuvo. Las diosas no decían «esto», eso lo tenía claro—. Los copos de nieve serán… aceptables. —Al fin y al cabo, pensó, no es que lleven mi nombre escrito. O sea, la mayoría de la gente ni se dará cuenta, y los que se den no sabrán que soy yo.

Habrá copos de nieve, dama mía, hasta que bailemos de nuevo. ¡Y lo haremos, pues estoy convirtiéndome en un hombre!

La voz del Forjador de Invierno… se marchó.

Tiffany volvía a estar sola entre los árboles.

Salvo que… no lo estaba.

—Sé que sigues ahí —dijo dejando con su aliento un brillo en el aire—. Estas ahí, ¿verdad? Puedo sentirte. No eres mis pensamientos. No te estoy imaginando. El Forjador se ha marchado. Puedes hablar usando mi boca. ¿Quién eres?

El viento derribó la nieve de los árboles cercanos. Las estrellas titilaron. No se movió nada más.

—Estás ahí —repitió Tiffany—. Me has puesto pensamientos en la cabeza. Hasta has hecho que mi propia voz me hablara. Eso no volverá a pasar. Ahora que conozco la sensación, puedo impedirte el paso. Si tienes algo que decirme, dilo ahora. Cuando me marche de aquí, te cerraré mi mente. No permitiré…

¿Qué se siente al verte tan impotente, chica de las ovejas?

—Eres Verano, ¿verdad que sí?

Y tú eres una chiquilla vestida con ropa de su madre, con los piececitos metidos en zapatones, con el vestido arrastrándose por el polvo. El mundo se congelará por culpa de una niña tonta…

Tiffany hizo… algo que le sería imposible describir, y la voz se redujo al zumbido de un insecto lejano.

La colina daba sensación de soledad y frío. Y no quedaba otra cosa por hacer que seguir adelante. Podía chillar, llorar y echar espumarajos por la boca pero, aparte de consolarse, no serviría de nada. Podía decir que era injusto y sería cierto, pero al universo le daba igual porque no sabía lo que significaba «justo». Ese era el gran inconveniente de ser una bruja: dependía de ti. Siempre dependía de ti.

La Vigilia de los Puercos llegó con más nieve y unos pocos regalos. Ninguno de casa, aunque algunos carruajes lograban abrirse paso hasta allí arriba. Se dijo que debía de haber un buen motivo e intentó creérselo.

Era el día más corto del año, lo que resultaba conveniente porque así encajaba bien con la noche más larga. Era el corazón del invierno, pero Tiffany no se esperaba el regalo que llegó el día siguiente.

Había nevado mucho, pero el cielo vespertino estaba rosa y azul y gélido.

Cayó del cielo rosa de la tarde con un silbido y se estrelló en el jardín de Tata Ogg, levantando una nube de polvo y dejando un buen boquete.

—¡Hala, adiós repollos! —exclamó Tata mirando por la ventana.

Cuando salieron, del cráter emanaba vapor y un fuerte olor a col.

Tiffany se esforzó por distinguir algo entre el vapor. El objeto estaba cubierto de tierra y tallos, pero entrevió algo redondeado.

Se dejó resbalar más adentro del socavón, hasta llegar entre el barro, el vapor y el objeto misterioso. Ya se había enfriado un poco y, mientras le quitaba cosas de encima, empezó a tener la horrible sensación de que sabía lo que era.

Era, sin duda, el «trasto» del que le había hablado Mollestya. Parecía lo bastante misterioso. Y mientras lo sacaba de entre el fango, cayó en que lo había visto antes…

—¿Va todo bien ahí abajo? ¡Con tanto vapor no te veo! —la llamó Tata Ogg. Por el sonido, los vecinos habían llegado corriendo; había comentarios emocionados.

Tiffany se apresuró a tapar lo que había caído del cielo con barro y pulpa de repollo y gritó:

—Creo que podría explotar. ¡Manda a todo el mundo a casa! Y luego dame la mano para que salga, ¿quieres?

Hubo algo de griterío por encima de ella y el sonido de los pies a la carrera. Apareció la mano de Tata Ogg tanteando entre la niebla y ayudó a Tiffany a salir del socavón.

—¿Deberíamos meternos bajo la mesa de la cocina? —dijo Tata mientras Tiffany intentaba sacudirse el barro y el repollo del vestido. Entonces Tata guiñó un ojo—. Lo digo por si explota de verdad.

Su hijo Shawn llegó corriendo por un lado de la casa con un cubo de agua en cada mano y se detuvo con aire de estar decepcionado al no poder hacer nada con ellos.

—¿Qué ha pasado, mamá? —jadeó.

Tata miró a Tiffany, que dijo:

—Hum… ha caído del cielo una roca gigante.

—¡Las rocas gigantes no pueden quedarse en el cielo, señorita! —exclamó Shawn.

—Por eso se habrá caído, hijo —intervino Tata con ímpetu—. Si quieres hacer algo útil, puedes montar guardia y asegurarte de que nadie se le acerque.

—¿Qué hago si explota, mamá?

—Vienes y me avisas, ¿de acuerdo? —respondió Tata.

Azuzó a Tiffany hacia el interior de la casa, cerró la puerta después de entrar y dijo:

—Yo soy una mentirosa atroz, Tiff, y sé reconocer a otra. ¿Qué hay ahí abajo?

—Bueno, no creo que vaya a explotar —dijo Tiffany—. Y si explotara, creo que lo peor que puede pasar es que acabemos cubiertas de ensalada de col. Me parece que es la Cornucopia.

Llegaron unas voces desde fuera y la puerta se abrió de golpe.

—Que las bendiciones caigan sobre esta casa —saludó Yaya Ceravieja quitándose la nieve de las botas a pisotones—. Tu chico ha dicho que no debía entrar, pero creo que se equivoca. He venido tan deprisa como he podido. ¿Qué ha pasado?

—Tenemos cornucopias —respondió Tata Ogg—, sean lo que sean.

La tarde había avanzado. Esperaron a que oscureciera antes de sacar la Cornucopia del agujero. Era mucho más ligera de lo que había esperado Tiffany; en realidad, transmitía la sensación de ser algo muy, muy pesado que, por motivos propios, se había vuelto ligero durante un rato.

Ahora estaba en la mesa de la cocina, ya limpia de barro y repollos. Tiffany pensó que parecía vagamente viva. Era cálida al tacto y daba la impresión de vibrar un poquito bajo sus dedos.

—Según Pinzonero —dijo con la Mitología abierta en el regazo—, el dios Ío el Ciego creó la Cornucopia a partir de un cuerno de la cabra mágica Almeg para alimentar a los dos hijos que había engendrado con la diosa Bisonomía, que más tarde fue transformada en lluvia de ostras por Emplado, Dios de las Cosas con Forma de Pata, después de insultar a Resonata, Diosa de las Comadrejas, arrojando un topo a su sombra. Ahora es el instrumento distintivo de la diosa del verano.

—Siempre he opinado que esas cosas sucedían a menudo en los viejos tiempos —dijo Yaya Ceravieja.

Las brujas miraron el objeto. Era cierto que se parecía un poco a un cuerno de cabra, pero era mucho más grande.

—¿Cómo funciona? —quiso saber Tata Ogg. Metió dentro la cabeza y gritó—: ¡Hola! —Regresaron más «holas» en ecos que duraron mucho tiempo, como si la voz de Tata hubiera llegado mucho más lejos de lo esperado.

—Pues a mí me parece una concha marina enorme —sentenció Yaya Ceravieja. La gatita Tú se paseó en torno al objeto gigante, olisqueándolo con delicadeza. (Greebo estaba escondido detrás de las ollas del estante de arriba. Tiffany lo había comprobado).

—No creo que lo sepa nadie —dijo Tiffany—. Pero otra forma de llamarla es el Cuerno de la Abundancia.

—¿Cuerno? ¿Se puede tocar una melodía en él? —preguntó Tata.

—Creo que no. Contiene… eh… cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Yaya Ceravieja.

—Bueno, técnicamente… todo —respondió—. Todo lo que crece.

Les enseñó la ilustración del libro. De la amplia boca de la Cornucopia emergían frutas de todo tipo, verduras y grano.

—Pero es casi todo fruta —observó Tata—. No veo muchas zanahorias, aunque supongo que estarán arriba, en la punta. Ahí encajarían mejor.

—Típico de los artistas —dijo Yaya—. Solo ha pintado delante las cosas más resultonas. Conque somos demasiado orgullosos para pintar una honrada patata, ¿eh? —Dio golpecitos a la página con su dedo acusador—. ¿Y qué pasa con esos querubines? No irán a aparecer aquí también, ¿verdad? No me gusta ver a bebés volando por los aires.

—Salen en muchos cuadros antiguos —explicó Tata Ogg—. Los ponen para que se sepa que es arte y no solo dibujos cochinos de mujeres sin mucha ropa puesta.

—Bueno, pues a mí no me engañan —concluyó Yaya Ceravieja.

—Venga, Tiff, prueba a ver —dijo Tata Ogg rodeando la mesa.

—¡No sé cómo! —protestó Tiffany—. ¡No hay instrucciones por ninguna parte!

Y entonces, demasiado tarde, Yaya gritó:

—¡Tú! ¡Sal de ahí!

Pero, con una sacudida de la cola, la gatita corrió al interior.

Dieron golpes al cuerno. Lo sostuvieron bocabajo y lo agitaron. Intentaron dar voces hacia dentro. Le pusieron delante un platito de leche y esperaron. La gatita no volvió. Entonces Tata Ogg tanteó en el interior de la Cornucopia con una bayeta que, para escasa sorpresa de todas, recorrió más distancia en la Cornucopia que Cornucopia había por fuera.

—Saldrá cuando tenga hambre —dijo Tata en tono tranquilizador.

—No si encuentra algo de comer ahí dentro —repuso Yaya Ceravieja.

—Me parece que no encontrará comida para gatos —añadió Tiffany estudiando detenidamente la ilustración—. Pero sí que podría haber leche.

—¡Tú! ¡Sal de ahí ahora mismo! —ordenó Yaya con una voz que habría sacudido montañas.

Llegó un «miu» distante.

—¿No se habrá atascado? —Tata pensó en voz alta—. O sea, es como una espiral, más pequeña cada vez, ¿no? Los gatos no andan muy bien hacia atrás.

Tiffany vio la mirada en la cara de Yaya y suspiró.

—¿Feegles? —llamó a la sala en general—. Sé que hay algunos de vosotros en la habitación. Salid, por favor.

Aparecieron feegles desde detrás de cada adorno. Tiffany dio unas palmadas en la Cornucopia.

—¿Podéis sacar de aquí a una gatita? —preguntó.

—¿Solu eso? Sí, non problemo —dijo Rob Cualquiera—. ¡Esperábame que fuera a ser algo difícil!

Los Nac Mac Feegle desaparecieron trotando hacia el interior del Cuerno. Sus voces se fueron apagando. Las brujas esperaron.

Esperaron un poco más.

Y un poco más.

—¡Feegles! —gritó Tiffany por el agujero. Le pareció oír un muy lejano y muy tenue «¡Pardiez!»—. Si esto puede producir grano, a lo mejor han encontrado cerveza dentro. ¡Y entonces no se cansarán de beber hasta que se agote la cerveza también!

—¡Los gatos no pueden vivir de cerveza! —dijo Yaya Ceravieja con brusquedad.

—Bueno, yo me he hartado de esperar —replicó Tata—. Mirad, el lado puntiagudo también tiene agujerito. ¡Voy a soplar por él!

Lo intentó, al menos. Sus mofletes se pusieron grandes y rojos y los ojos se le hincharon, y quedó bastante claro que allí iba a estallar algo, ya fuera el cuerno en sonido o Tata sin más… momento en el que el cuerno se rindió. Se produjo un rugido lejano e inconfundiblemente enroscado que fue haciéndose más y más fuerte.

—Aún no veo nada —dijo Yaya mirando por la amplia boca del cuerno.

Tiffany la apartó de un tirón en el instante en que Tú salía de la Cornucopia al galope con la cola recta y las orejas gachas. Resbaló en la mesa, brincó al vestido de Yaya Ceravieja, trepó hasta su hombro y se giró para enseñar los dientes.

Con un grito de «¡Parrrrrrrrdiez!», los feegles salieron del cuerno en tropel.

—¡Todo el mundo detrás del sofá! —vociferó Tata—. ¡Corred!

Ahora el rugido era como un trueno. Creció y creció y entonces…

… se detuvo.

En medio del silencio, tres sombreros puntiagudos se elevaron desde detrás del sofá. Pequeñas caras azules se elevaron desde detrás de todo.

Entonces hubo un ruido muy parecido a «¡pfat!» y algo pequeño y arrugado salió rodando de la boca del Cuerno y cayó al suelo. Era una piña muy seca.

Yaya Ceravieja se quitó parte del polvo del vestido.

—Más vale que aprendas a usarlo —dijo a Tiffany.

—¿Cómo?

—¿No se te ocurre ninguna idea?

—¡No!

—¡Bueno, pues ha aparecido para ti, señorita, y es peligroso!

Tiffany cogió la Cornucopia como si quemara, y de nuevo tuvo la clara sensación de levantar algo terriblemente pesado que fingía, a la perfección, ser ligero.

—Puede que haga falta una palabra mágica —sugirió Tata Ogg—. O que haya que apretar en algún sitio…

Al girarlo Tiffany bajo la luz, algo brilló un instante.

—Esperad, esto parecen palabras —dijo y leyó—: IMAGE

Todo lo que desees, lo proveo con solo nombrarlo, murmuró el recuerdo del doctor Bullicio.

La siguiente línea decía:IMAGE

Crezco, me encojo, tradujo el doctor Bullicio.

—Creo que tengo una idea que a lo mejor da resultado —dijo, y en honor a la señorita Traición, declamó—: ¡Sándwich de jamón! ¡Con mostaza!

No pasó nada.

Entonces el doctor Bullicio tradujo perezosamente y Tiffany repitió:

—IMAGE

Con un «zlup», un sándwich de jamón salió volando de la boca de la Cornucopia y fue capturado por la mano experta de Tata, que le dio un mordisco.

—¡No está nada mal! —anunció—. Prueba a sacar más.

—IMAGE —dijo Tiffany, y llegó la clase de sonido que se obtiene al despertar a una cueva llena de murciélagos—. ¡Basta! —gritó, pero nada se detuvo. Entonces el doctor Bullicio susurró y ella gritó—: IMAGE

Había muchísimos sándwiches. Tantos que se habían apilado hasta el techo. Solo se veía la punta del sombrero de Tata Ogg, pero había algunos sonidos amortiguados más abajo en el montón.

Un brazo se extendió hacia fuera y Tata Ogg se abrió paso entre la muralla de pan y cerdo troceado, masticando con aire pensativo.

—No hay mostaza, ahora que me fijo. Hum. Bueno, podemos repartirlos y que esta noche cene bien todo el mundo por aquí —dijo—. Y yo ya puedo prepararme para ir haciendo sopa y más sopa. Mejor que no volvamos a probarlo aquí dentro, ¿de acuerdo?

—No me gusta nada —renegó Yaya Ceravieja con voz seca—. ¿De dónde sale todo eso, eh? ¡La comida mágica nunca ha alimentado bien a nadie!

—No es magia, es cosa de dioses —replicó Tata Ogg—. Como el maní caído del cielo, algo por el estilo. Seguro que está hecho de firmamento puro.

En realidad no es más que una mera metáfora viviente de la ilimitada fecundidad del mundo natural, cuchicheó el doctor Bullicio en la cabeza de Tiffany.

—Tú fíate de algo caído del cielo —advirtió Yaya.

—Eso fue en el extranjero, hace mucho tiempo —dijo Tata mientras se volvía hacia Tiffany—. Yo que tú, querida, me lo llevaría mañana al bosque y vería qué puede hacer. Pero, si no te importa, ahora mismo me sentarían de fábula unas uvas frescas.

—¡Gytha Ogg, no puedes usar la Cornucopia de los Dioses como una… una despensa! —exclamó Yaya—. ¡Lo de los pies ya estuvo bastante feo!

—Pero es que lo es —repuso Tata Ogg con inocencia—. Es la despensa definitiva. Es como… todo lo que espera para crecer en la próxima primavera.

Tiffany la dejó en la mesa con mucho cuidado. La Cornucopia daba sensación de… viva. No estaba nada convencida de que fuese solo una herramienta mágica. Parecía estar escuchando.

Tan pronto como tocó la madera empezó a encogerse hasta el tamaño de un jarrón pequeño.

—¿Perdón? —dijo Rob Cualquiera—. ¿Esu non hará cerveza?

—¿Cerveza? —repitió Tiffany sin pensar.

Se oyó un sonido líquido. Todos los ojos se volvieron hacia el jarrón. Un líquido marrón y espumoso empezaba a manar de la boca.

Entonces todos los ojos se volvieron hacia Yaya Ceravieja, que se encogió de hombros.

—A mí no me miréis —dijo con voz agria—. ¡Vais a bebérosla de todas formas!

Sí que está viva, pensó Tiffany mientras Tata Ogg se apresuraba a buscar más tazas. Aprende. Ha aprendido mi idioma…

Alrededor de la medianoche Tiffany se despertó porque tenía una gallina en el pecho. La apartó y bajó la mano en busca de sus zapatillas, pero solo encontró gallinas. Cuando logró encender una vela, vio media docena de gallinas subidas a los pies de la cama. El suelo estaba cubierto de gallinas. Igual que la escalera. Igual que todas las habitaciones de la planta inferior. En la cocina, las gallinas habían rebosado hasta meterse en el fregadero.

No hacían mucho ruido, solo el «uerc» esporádico que hacen las gallinas cuando no ven las cosas claras del todo, que es más o menos siempre.

Las gallinas estaban meneándose con paciencia para hacer espacio. Uerc. Lo hacían porque la Cornucopia, que había crecido hasta un tamaño un poco más grande que una gallina adulta, estaba disparando suavemente una gallina cada ocho segundos. Uerc.

Bajo la mirada de Tiffany, otra de ellas aterrizó en la montaña de sándwiches de jamón. Uerc.

Varada encima de la Cornucopia estaba Tú, con aspecto perplejo. Uerc. Y en el centro de la sala, Yaya Ceravieja daba unos ronquidos suaves en el gran butacón, rodeada de gallinas fascinadas. Uerc. Aparte de los ronquidos, el coro de «uercs» y el roce de las gallinas al moverse, todo estaba en paz a la luz de las velas. Uerc.

Tiffany clavó la mirada en la gatita. Solía frotarse contra las cosas cuando quería que le dieran comida, ¿verdad? Uerc. ¿Y hacía como «miu»? Uerc. Y la Cornucopia podía aprender idiomas, ¿no? Uerc.

Tiffany susurró:

—No más gallinas.

Y al cabo de unos segundos cesó el flujo de gallinas. Uerc.

Pero en realidad no podía dejar así las cosas. Zarandeó a Yaya por el hombro y, mientras la anciana despertaba, dijo:

—La buena noticia es que ya no quedan tantos sándwiches de jamón… esto…

Uerc.

# IMAGE

La mañana siguiente hizo más frío, una helada sorda y entumecedora que casi podría congelar las llamas de una hoguera.

Tiffany dejó la escoba apoyada entre los árboles, a cierta distancia de casa de Tata Ogg. Allí no se había acumulado mucha nieve, pero aun así le llegaba a las rodillas, y el frío le había dado una piel sólida que crujía como una tostada cuando Tiffany la pisaba.

En teoría había salido al bosque para aprender a usar la Cornucopia, pero en realidad se la había llevado para quitarla de en medio. Tata Ogg no se había enfadado mucho por las aves. Al fin y al cabo, ahora era propietaria de quinientas gallinas, que actualmente estaban paseándose por su cobertizo y haciendo «uerc». Pero el suelo se había quedado hecho un desastre, había catalinas hasta en los pasamanos y, como había señalado Yaya (en un susurro), ¿y si alguien hubiera dicho «tiburones»?

Tiffany estaba sentada en un tocón, entre los árboles repletos de nieve y con la Cornucopia en el regazo. Antes, el bosque había sido hermoso. Ahora lo odiaba. Troncos oscuros contra los ventisqueros, un mundo a franjas blancas y negras, barrotes tapando la luz. Tiffany añoraba los horizontes.

Qué curioso… la Cornucopia siempre estaba un poco tibia, incluso allí fuera, y de algún modo sabía por adelantado el tamaño que se esperaba de ella. «Crezco, me encojo», pensó Tiffany. Pues yo me noto bastante pequeña.

¿Y bien? ¿Ahora, qué? Había confiado en que el… el poder le caería desde el cielo, igual que había hecho la Cornucopia. No era así.

Existía vida bajo la nieve. La notaba en la punta de los dedos. En algún lugar allí abajo, fuera de su alcance, estaba el auténtico verano. Utilizando la Cornucopia como pala, sacó nieve hasta llegar a las hojas muertas. Allí había vida, en forma de blancas redes de hongos y raíces nuevas, pálidas. Un gusano semicongelado se alejó reptando con lentitud y se hizo un ovillo bajo un esqueleto de hoja, fino como el encaje. A su lado había una bellota.

El bosque no era silencioso. Estaba conteniendo la respiración. Estaba esperándola a ella, y ella no sabía qué hacer.

No soy la Dama del Verano, se dijo. Nunca podré ser ella. Estoy metida en sus zapatos, pero nunca seré ella. Cuando ella recorre el mundo, en estos árboles muertos se alzan océanos de savia, y en un segundo crece un millón de toneladas de hierba. ¿Yo puedo hacer eso? No. Soy una niña estúpida que conoce un puñado de trucos, nada más. Soy solo Tiffany Dolorido, y estoy dolorida de ganas de volver a casa.

Sintiendo remordimientos por el gusano, echó su aliento cálido en la tierra y volvió a taparlo con las hojas. Al hacerlo, hubo un ruidito húmedo, como si una rana chasqueara los dedos, y la castaña se abrió. Un brote blanco salió de ella y creció más de centímetro y medio mientras lo miraba.

Tiffany se apresuró a excavar con los dedos un agujero entre las hojas, metió dentro la castaña y lo cubrió de tierra.

Alguien la estaba observando. Se levantó y giró deprisa sobre sí misma. No había nadie a la vista, pero eso no significaba nada.

—¡Sé que estás ahí! —dijo sin dejar de dar vueltas—. ¡Quienquiera que seas!

Su voz reverberó entre los árboles negros. Hasta a ella le sonó débil y asustada.

Se descubrió levantando la Cornucopia.

—Muéstrate —amenazó con voz temblorosa— o…

¿O qué?, se preguntó. ¿O te acribillo con fruta?

Cayó algo de nieve de un árbol y el topetazo contra el suelo la hizo saltar y luego sentirse aún más estúpida. ¡Ahora se encogía de miedo cuando caía un puñado de copos de nieve! Una bruja nunca debería asustarse ni en el bosque más oscuro, le había dicho una vez Yaya Ceravieja, porque en el fondo de su alma debería estar segura de que lo más aterrador del bosque era ella.

Empuñó la Cornucopia y dijo, sin mucho entusiasmo:

—Fresa…

Algo salió disparado del cuerno con un «zup» y dejó una mancha roja en un árbol situado a seis metros. Tiffany no se molestó en comprobar qué era: la Cornucopia siempre cumplía lo que se le pedía.

Que era más de lo que podía decir de sí misma.

Y para colmo de males, era su día de visita a Annagramma. Tiffany suspiró profundamente. Seguro que eso también acababa saliéndole mal.

Despacio, a horcajadas sobre su escoba, desapareció entre los árboles.

Al cabo de un par de minutos, un brote verde emergió de la parte del suelo donde había echado el aliento, creció hasta unos quince centímetros y sacó dos hojitas verdes.

Se acercaron unos pasos. No eran tan crujientes como suelen ser los pasos en la nieve congelada.

Hubo un crujido, sin embargo, el de alguien arrodillándose en las hojas congeladas.

Un par de manos delgadas pero fuertes amasaron y esculpieron la nieve y las hojas para construir una muralla alta y delgada en torno al brote, cercándolo y protegiéndolo del viento como a un soldado en un castillo.

Una gatita blanca intentó restregar el hocico contra la nieve, pero fue levantada del suelo y apartada con delicadeza.

Entonces Yaya Ceravieja se internó de nuevo en el bosque sin dejar huellas. Nunca se enseña a nadie todo lo que una sabe.

Pasaron los días. Annagramma aprendió, pero hubo que sudar la gota gorda. Era difícil enseñar a alguien que se negaba a admitir la existencia de cosas que no sabía, de modo que se produjeron conversaciones como esta:

—Sabes cómo preparar la raíz de placebo, ¿verdad?

—Pues claro. Eso lo sabe todo el mundo.

Y no era buen momento para decir: «Vale, enséñamelo», porque entonces Annagramma manoseaba los ingredientes durante un rato y luego decía que le dolía la cabeza. Era buen momento para decir: «Perfecto, entonces mírame y dime si lo hago bien», y luego hacerlo sin el menor fallo. Después podía añadirse algo parecido a: «Como ya sabes, Yaya Ceravieja dice que puede usarse casi cualquier cosa en lugar de la raíz de placebo, pero lo mejor es usar la de verdad si se tiene. Preparada en jarabe, es un remedio excelente para las enfermedades menores, pero, por supuesto, ya lo sabías».

Y Annagramma respondería:

—Por supuesto.

Una semana después, en los bosques hacía tanto frío que los árboles más viejos estallaron en plena noche. Hacía mucho tiempo que no se veía algo así, dijeron los ancianos. Pasaba cuando se congelaba la savia e intentaba expandirse.

Annagramma era tan presumida como un canario en una sala llena de espejos y montaba en un pánico instantáneo siempre que afrontaba algo que no conocía, pero entendía las cosas enseguida y se le daba de fábula aparentar que sabía más de lo que sabía, un talento valioso para una bruja. En una ocasión Tiffany vio el catálogo de Boffo abierto en la mesa con círculos alrededor de algunos productos. No hizo preguntas. Estaba demasiado ocupada.

La semana siguiente, los pozos se congelaron.

Tiffany recorrió los pueblos con Annagramma unas cuantas veces y supo que al final la chica lo lograría. Tenía el boffo en la sangre. Era alta, arrogante y actuaba como si lo supiera todo hasta cuando no tenía ni la más remota idea. Así llegaría lejos. La gente la escuchaba.

No tenían más remedio. Ahora todos los caminos estaban cerrados; la gente había excavado túneles entre las casas, llenos de una fría luz azul. Todo lo que había que mover se trasladaba en escoba, incluso la gente mayor. Los levantaban del suelo, con ropa de cama, bastones y todo, y los desplazaban a otras casas. La gente apiñada se daba calor y, además, podían pasar el rato recordándose entre ellos que, por mucho frío que hiciera, ya no hacía tanto como cuando ellos eran jóvenes.

Al cabo de un tiempo, dejaron de decirlo.

A veces la nieve se fundía, solo un poco, y entonces volvía a helar. Entonces todos los tejados se decoraban con carámbanos. Cuando volvía a deshelar, apuñalaban el suelo como dagas.

Tiffany no dormía, o al menos no se iba a la cama. Ninguna de las brujas podía. Los vecinos apisonaban la nieve hasta formar un hielo duro como la roca por el que pudieran circular algunas carretas, pero seguía sin haber suficientes brujas ni suficientes horas en el día. No había suficientes horas ni en el día y la noche juntos. Petulia se había quedado dormida en la escoba y acabó en un árbol a tres kilómetros de distancia. Tiffany se cayó una vez y aterrizó en una acumulación de nieve.

Los lobos invadieron los túneles. Estaban débiles por el hambre y desesperados. Yaya Ceravieja los detuvo y nunca explicó a nadie cómo lo había hecho.

El frío era como encajar puñetazos, uno tras otro, día y noche. La nieve estaba salpicada de pequeños puntos oscuros que eran pájaros muertos, congelados en pleno vuelo. Otras aves habían encontrado los túneles y los llenaban de gorjeos. La gente les echaba sobras de comida porque traían una falsa esperanza de primavera al mundo…

… porque comida, tenían. Y tanto que la tenían. La Cornucopia no descansaba ni un minuto.

Y Tiffany pensó: tendría que haber dicho que no a los copos de nieve…

Había una choza vieja y abandonada. Y había, entre los tablones podridos, un clavo. Si el Forjador de Invierno hubiera tenido dedos, estarían temblando.

¡Aquello era lo último! ¡Cuánto había tenido que aprender! ¡Qué difícil, qué difícil había sido! ¿Quién habría imaginado que un hombre estaba hecho de cosas como tiza, hollín, gases, venenos y metales? Pero ahora el hielo se formó bajo el clavo oxidado, y la madera protestó y chirrió a medida que el hielo crecía y le obligaba a soltarlo.

Giró lentamente en el aire, y la voz del Forjador se oyó en el viento que congelaba las copas de los árboles:

—¡BASTANTE HIERRO PARA HACER UN HOMBRE!

En lo alto de las montañas, la nieve estalló. Saltó por los aires, como si hubiera delfines jugando debajo de ella, haciendo y deshaciendo formas…

Entonces, tan de repente como se había alzado, la nieve volvió a asentarse. Pero ahora había allí un caballo, blanco como la nieve, que llevaba a lomos un jinete cubierto de refulgente escarcha. Si hubieran pedido al mejor escultor de toda la historia que creara un muñeco de nieve, habría tenido el mismo aspecto que aquello.

Seguía sucediendo algo. En la figura del caballo y el hombre aún hormigueaba el movimiento a medida que se hacía más y más realista. Los detalles se asentaron. Los colores entraron a hurtadillas, siempre apagados, nunca brillantes.

Y hubo un caballo, y hubo un jinete, relucientes a la insensible luz del sol de invierno.

El Forjador de Invierno extendió un brazo y dobló los dedos. El color, al fin y al cabo, es una mera cuestión de reflejo; los dedos adoptaron el tono de la carne.

El Forjador de Invierno habló. O más bien emitió una variedad de sonidos, desde el rugido de un vendaval hasta el repiqueteo del agua al retirarse de una playa de gravilla tras una furiosa tempestad. En algún lugar entre todos ellos estaba el tono que parecía correcto. Lo repitió, lo estiró, lo revolvió y lo convirtió en habla, jugando con él hasta que sonó acertado.

Dijo:

—¿Tasbnlerizuip? ¿Ggokyziofvva? ¿Uisuip? Nananana… Ñip… nap… Ah… ¡Ah! ¡Así se habla!

El Forjador echó la cabeza atrás y cantó la obertura de Invierno de Überwald, del compositor Proku Acesov. La había oído de pasada mientras dirigía una estruendosa ventolera por los tejados cercanos al edificio de la ópera, y se había quedado atónito al descubrir que un ser humano, en el fondo poco más que una bolsa de agua sucia con patas, pudiera mostrar una comprensión tan maravillosa de la nieve.

—IMAGE —cantó al cielo helado.

Mientras su caballo trotaba entre los pinos, el Forjador de Invierno solo cometió el pequeño fallo de cantar los instrumentos además de las voces. De hecho, cantó la obertura entera, cabalgando como una orquesta itinerante, lanzando al aire los sonidos de cantantes, percusionistas y el resto de la orquesta al mismo tiempo.

¡Oler los árboles! ¡Notar el tirón del suelo! ¡Ser sólido! ¡Sentir la oscuridad que hay detrás de los ojos y saber que eres tú! ¡Ser, y saber que eres, un hombre!

Nunca antes se había sentido así. Era estimulante. Había tanto de… de todo, llegándole desde todas las direcciones. El asunto del suelo, por ejemplo. Tiraba de él, todo el tiempo. Mantenerse de pie exigía mucha concentración. ¡Y los pájaros! El Forjador nunca los había considerado más que impurezas del aire que interferían con el flujo del clima, pero ahora eran seres vivos como él. Y jugaban con los vaivenes del viento, y dominaban el cielo.

El Forjador de Invierno nunca había visto antes, nunca había tocado antes, nunca había oído antes. Esas cosas no podían hacerse si no se era algo… aparte, en la oscuridad de detrás de los ojos. Antes no había sido aparte. Había sido parte, parte del universo entero de tirones y presiones, sonido y luz, flujo, danza. Llevaba una eternidad lanzando tormentas contra las montañas, pero no había sabido qué era una montaña hasta ese día.

La oscuridad de detrás de los ojos… era algo valioso. Te daba tu… tú. Tu mano, con esas cosas tan graciosas que se meneaban al final, te daba el tacto; los agujeros a los lados de tu cabeza dejaban pasar el sonido; los agujeros de delante dejaban pasar el maravilloso olor. ¡Qué listos los agujeros, que sabían qué hacer! ¡Era asombroso! Cuando se era un elemental, ocurría todo junto, dentro y fuera, en una sola gran… cosa.

Cosa. Era una palabra de lo más útil… cosa. Cosa era cualquier cosa que el Forjador no pudiera describir. Todo era… cosas, y eran emocionantes.

¡Era bueno ser un hombre! De acuerdo, sobre todo estaba hecho de hielo sucio, pero al fin y al cabo era agua sucia, solo que mejor organizada.

Sí, era humano. Qué sencillo. Solo era cuestión de ordenar cosas. Tenía sentidos, podía moverse entre los humanos, podía… buscar. Así era como había que buscar a un ser humano. ¡Convirtiéndose en uno! Como elemental, se había visto en muchos apuros: ya era difícil hasta reconocer a un humano en el revuelto cosismo del mundo físico. Pero un humano podía hablar con otros por los agujeros del sonido. ¡Podía hablar con ellos y nunca sospecharían nada!

Y ahora que era humano, no había vuelta atrás. ¡Rey Invierno!

Solo le hacía falta una reina.

Alguien estaba zarandeando a Tiffany.

—¡Tiffany!

Se había quedado dormida en casa de Tata Ogg con la cabeza apoyada en la Cornucopia. Desde algún lugar cercano llegaba un extraño «pif», un sonido como de goteo seco. La luzdenieve azul clara inundaba la habitación.

Mientras abría los ojos, Yaya Ceravieja estaba enderezándola con suavidad hacia el respaldo.

—Has dormido desde las nueve en punto, mi niña. Creo que es hora de que vuelvas a casa.

Tiffany miró a su alrededor.

—Ya estoy, ¿no? —dijo mareada.

—No, esto es casa de Tata Ogg. Y esto es un plato de sopa…

Tiffany despertó. Había un plato de sopa emborronado delante de ella. Le pareció… reconocerlo.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste en cama? —preguntó una silueta cambiante y sombría.

Tiffany bostezó.

—¿A qué día estamos?

—A martes —respondió Yaya Ceravieja.

—Hum… ¿qué es un martes?

Tiffany despertó por tercera vez y la agarraron y la pusieron de pie.

—Ahí —dijo la voz de Yaya Ceravieja—. Esta vez quédate despierta. Tómate la sopa. Caliéntate. Tienes que irte a casa.

Esa vez el estómago de Tiffany asumió el control de una mano y una cuchara y, gradualmente, Tiffany se calentó.

Yaya Ceravieja estaba sentada enfrente con la gatita Tú en el regazo, observando a Tiffany hasta que no quedó sopa.

—Esperaba demasiado de ti —dijo—. Había confiado en que, cuando los días fueran alargándose, tú irías encontrando más poder. Tú no tienes ninguna culpa.

Los sonidos de «pif» se estaban haciendo más frecuentes. Tiffany bajó la mirada y vio cebada cayendo de la Cornucopia. La cantidad de granos se incrementaba a ojos vistas.

—Debe de ser lo único que me ha salido bien —se lamentó Tiffany.

—Ah, no sé yo. Parece que Annagramma Halcón empieza a apuntar maneras. Tiene buenas amigas, por lo que he oído. —Si la señorita Traición hubiera probado a jugar a póquer contra la cara de Yaya Ceravieja habría perdido.

El repiqueteo de los nuevos granos de pronto se hizo mucho más alto ante el silencio.

—Mira, yo… —empezó Tiffany.

Yaya dio un bufido.

—A mí no tiene que darme explicaciones nadie, desde luego —dijo en tono estirado—. ¿Me prometes que te irás a casa? Esta mañana han podido llegar un par de carruajes, y dicen que en los llanos la cosa aún no está tan mal. Vuelve a tu país de la Caliza. Eres la única bruja que tienen.

Tiffany suspiró. Deseaba volver a casa, más que nada en el mundo. Pero sería como salir corriendo.

—Podría ser como llegar corriendo —replicó Yaya retomando su vieja costumbre de responder a algo que en realidad no se había dicho.

—Me marcharé mañana, entonces —dijo Tiffany.

—Bien. —Yaya se levantó—. Ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa.

Tiffany la siguió por un túnel en la nieve que salía cerca del límite del bosque. La nieve estaba apisonada por la gente que arrastraba leña para sus casas, y al adentrarse un poco en el bosque los ventisqueros eran bastante practicables; los árboles estaban cargados de nieve, que llenaba el aire de frías sombras azules.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Tiffany.

Yaya Ceravieja señaló algo.

Había una salpicadura de verde en el blanco y el gris. Eran las hojas jóvenes de un plantón de roble, que medía como medio metro. Cuando Tiffany llegó haciendo crujir la corteza de la nieve y extendió la mano para tocarlo, notó el aire caliente.

—¿Sabes cómo lograste eso? —preguntó Yaya.

—¡No!

—Yo tampoco. No pude hacerlo. Fuiste tú, chica. Tiffany Dolorido.

—Es solo un árbol —dijo Tiffany.

—Ah, bueno. Con los robles hay que ir paso a paso.

Miraron el arbolito en silencio durante un rato. El verde parecía reflejarse en la nieve que tenía alrededor. El invierno le robaba color, pero el árbol brillaba.

—Y ahora, las dos tenemos cosas que hacer —soltó Yaya rompiendo el hechizo—. Tú, según creo, deberías estar de camino a la vieja casa de la señorita Traición. No esperaría menos de ti…

Había una fonda de postas. Estaba ajetreada, incluso a aquellas horas de la mañana. El carruaje del correo urgente había hecho una parada rápida para cambiar de caballos tras el largo ascenso a las montañas, y una diligencia en dirección a las llanuras estaba esperando a sus pasajeros. El aliento de los caballos llenaba el aire de vapor. Los cocheros daban pisotones al suelo. Estaban cargando las sacas y los pasajeros. Había hombres atareados con morrales. Otros se paseaban con las piernas arqueadas, fumando e intercambiando chismes. Al cabo de un cuarto de hora el patio de la fonda volvería a estar vacío, pero de momento todo el mundo estaba demasiado ocupado para fijarse en otro desconocido más.

Más tarde, todos contaron historias distintas y se contradijeron unos a otros a voz en grito. Tal vez la mejor descripción de los hechos fuese la de Dymfnia Rubusto, la hija del posadero, que estaba ayudando a su padre a servir el desayuno:

—Bueno, pues él como que… como que ha entrado, y ya de primeras lo he visto raro. Tenía como andares, ya sabes, iba levantando las piernas igual que un caballo al trote. Además, era un poquito así brillante. Pero por aquí viene gente de todo tipo y, si tuviéramos que empezar con los comentarios personales, no acabaríamos nunca. La semana pasada tuvimos a unos hombres lobo y eran igualitos que tú y yo, aunque sí que hubo que ponerles los platos en el suelo… Vale, sí, el hombre… Total, que se ha sentado a una mesa y ha dicho: «¡Soy un ser humano igual que vosotros!». ¡Lo ha soltado así, sin venir a cuento de nada!

»Nadie le prestaba atención, claro, pero yo le he dicho que me alegraba mucho y que qué quería tomar, porque las salchichas han salido de muerte esta mañana, y me ha dicho que solo podía tomar alimentos fríos, lo que me ha extrañado porque todos estaban quejándose del frío que había empezado a hacer en la sala, y no porque hubiera poco fuego en la chimenea, no señor. En todo caso, teníamos unas salchichas frías en la despensa que ya estaban un poco demasiado al punto, no sé si me entiendes, así que se las he llevado y entonces ha masticado una un rato, y va y me suelta, con la boca llena, por cierto: «No es lo que me esperaba. ¿Qué hago ahora?», y yo le digo que tragar y me dice: «¿Tragar?». Y yo que sí, que se traga hasta el estómago, ¿no?, y me ha dicho, escupiendo trocitos de salchicha por todas partes: «¡Ah, una cavidad!», y se ha puesto como tembloroso un momento y ha dicho: «Ah, soy humano. ¡He comido con éxito salchichas de humano!», y yo le he dicho que tampoco se pusiera así, que más que nada eran de cerdo, como siempre.

»Entonces va y me pregunta qué se supone que tiene que hacer con ellas ahora, y le he dicho que era cosa suya y a mí qué me preguntaba, y que son dos peniques, por favor, y me ha dado una moneda de oro, así que le he hecho una reverencia porque, oye, nunca se sabe. Y me ha dicho: «Soy un ser humano, igual que tú. ¿Dónde están los humanos puntiagudos que vuelan por el cielo?», que si me preguntas a mí es una forma bien rara de llamarlas, pero le he dicho que si buscaba brujas, después del puente del Lancre tenía todas las que quisiera, y ha preguntado: «¿Una que se llama Traición?», y le he dicho que estaba muerta pero que con las brujas nunca se sabe. Y se ha marchado. Estaba todo el rato con esa… era como una sonrisa, pero toda brillante, y daba un poco de repelús. También le pasaba algo con la ropa, como si la llevara pegada o algo. Pero en este negocio no puedes ponerte en plan exquisito. Ayer tuvimos a unos trolls. No pueden comer lo mismo que nosotros, ¿sabes?, por eso de que son una especie de rocas andantes, pero les apañamos una cena con vasos rotos y sebo. De todas formas, este sí que era un elemento de cuidado. Además, al marcharse, el salón se ha calentado enseguida, qué cosas.

No esperaría menos de ti…

Las palabras calentaron a Tiffany mientras volaba sobre las copas de los árboles. El fuego de su cabeza ardía de orgullo, pero contenía un par de grandes troncos de ira crepitante.

¡Yaya lo sabía! ¿Lo había planeado todo? Porque quedaba de maravilla, ¿verdad? Todas las brujas lo sabrían. La alumna de la señora Carcoma no sabía arreglárselas sola, pero Tiffany Dolorido había organizado a todas las demás chicas para que la ayudaran sin contárselo a nadie. Por supuesto, entre brujas, no contárselo a nadie era la forma perfecta de que se supiera. A las brujas se les daba muy bien escuchar lo que no se decía. Al final, Annagramma se quedaría con la casita, la señora Carcoma con la vergüenza y Yaya pagada de sí misma. Todo aquel ir y venir y todo aquel trabajo para que Yaya pudiera estar pagada de sí misma. Bueno, y por el cerdo de la señora Tocón y todo lo demás, claro. Eso era lo que lo complicaba. Si se podía, se hacía lo que había que hacer. Entrometerse era la base de la brujería. Tiffany lo sabía. Yaya sabía que lo sabía. Así que Tiffany había correteado como un pequeño ratón de relojería…

¡Habría consecuencias!

El claro estaba lleno de nieve acumulada en varios ventisqueros gélidos, pero le alegró ver que habían excavado un camino hasta la casita.

Había algo nuevo. Alrededor de la tumba de la señorita Traición había gente de pie, y le habían quitado parte de la nieve.

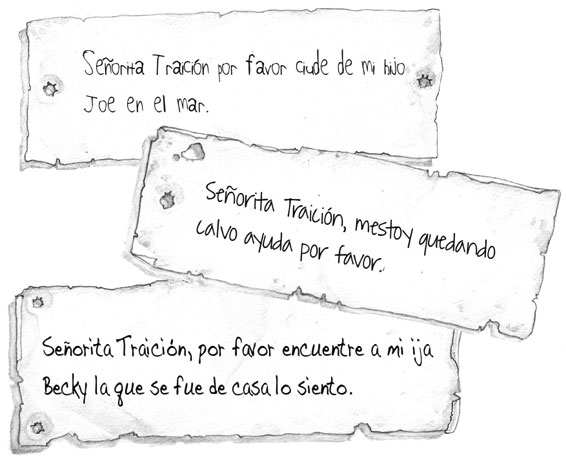
¡Oh, no!, pensó Tiffany mientras descendía en círculos. ¡Por favor, que no le haya dado por buscar los cráneos!

Resultó ser, en algunos aspectos, peor que eso.

Reconoció a las personas que rodeaban la tumba. Eran de los pueblos, y recibieron a Tiffany con las miradas entre desafiantes y preocupadas de quienes tienen un miedo atroz al pequeño pero posiblemente furioso sombrero puntiagudo que se les acerca.

Y había algo en su forma tan deliberada de no mirar al sepulcro que atrajo su atención hacia él al instante. Estaba recubierto de trocitos arrancados de papel, pinchados con palitos. Aleteaban con el viento.

Recogió unos pocos:



Había más. Y cuando estaba a punto de echar una bronca a los vecinos por no dejar tranquila a la señorita Traición ni ahora, recordó los envoltorios de tabaco Alegre Marinero que los pastores aún seguían dejando en el lugar donde había estado la vieja cabaña de pastoreo. Ellos no escribían sus peticiones, pero estaban allí de todas formas, flotando en el aire:

«Abuela Dolorido, que pastoreas las nubes en el cielo azul, por favor cuida de mis ovejas». «Abuela Dolorido, cura a mi hijo». «Abuela Dolorido, encuentra a mis corderos».

Eran oraciones de gente humilde, demasiado asustada para molestar a los dioses en sus elevados tronos. Confiaban en lo que conocían. No acertaban ni se equivocaban. Solo… tenían esperanza.

Bueno, señorita Traición, pensó, ya es leyenda con todas las de la ley. A lo mejor hasta llega a diosa. No es muy divertido, créame.

—¿Y Becky ha aparecido? —preguntó volviéndose hacia la gente.

Un hombre evitó su mirada mientras decía:

—Para mí que la señorita Traición entiende por qué la chica no querrá volver a casa en una buena temporada.

Oh, pensó Tiffany, una de esas razones.

—¿Y del chico, hay noticias? —se interesó.

—Ah, ese sí que funcionó —dijo una mujer—. Su madre recibió carta ayer diciendo que había tenido un naufragio horrible pero que lo habían recogido vivo, para que luego digan.

Tiffany no preguntó qué era lo que no tenían que decir luego. Bastaba con que luego no lo dijeran.

—Me alegro —asintió.

—Pero un montón de marineros se ahogaron —continuó la mujer—. Dieron contra un iceberg en la niebla. Una montaña enorme de hielo que flotaba, con forma de mujer, dijeron. ¿Qué os parece eso?

—Digo yo que si pasas mucho tiempo en el mar, al final todo se parece a una mujer, ¿eh? —dijo el hombre con una risita. La mujer le lanzó una Mirada.

—¿No dijeron a quién se… si se parecía, ya saben… a alguien? —dijo Tiffany intentando sonar despreocupada.

—Depende de hacia qué parte miraran… —empezó a decir el hombre con júbilo.

—Tendría que lavarse ese cerebro con lejía —le espetó la mujer clavándole un dedo en el pecho.

—Hum, no, señorita —respondió a Tiffany, mirándose los pies—. Solo que tenía la cabeza perdida de… caca de gaviota, señorita.

Ahora Tiffany intentó no sonar aliviada. Bajó la mirada hacia los trocitos aleteantes de papel sobre la tumba y luego la devolvió a la mujer, que intentaba ocultar tras la espalda lo que tal vez fuese una nueva petición.

—¿Usted cree en estas cosas, señora Carretero?

De pronto la mujer empezó a aturullarse.

—No, no, señorita, claro que no. Pero es que… bueno, ya sabe…

Te hace sentir mejor, pensó Tiffany. Es una cosa que puedes hacer cuando ya no queda nada que hacer. Y quién sabe, ¿y si funciona? Sí, lo sé. Es…

Le picaba la mano. En ese momento fue consciente de que llevaba un rato picándole.

—¿Ah, sí? —dijo entre dientes—. ¿Te atreves?

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó el hombre.

Tiffany no le hizo caso. Se acercaba un jinete y la nieve venía tras él, extendiéndose y ampliándose a su espalda como una capa, queda como un deseo, espesa como la niebla.

Sin quitarle la mirada de encima, Tiffany metió la mano en el bolsillo y agarró la diminuta Cornucopia. ¡Ja!

Avanzó.

El Forjador de Invierno desmontó de su caballo blanco como la nieve al llegar a la altura de la vieja casita.

Tiffany paró a unos seis metros, con el corazón desbocado.

—Mi dama —dijo el Forjador, y se inclinó.

Tenía un aspecto… mejor, y más mayor.

—¡Te lo advierto! ¡Tengo una Cornucopia y no me da miedo usarla! —exclamó Tiffany. Pero titubeó. Parecía casi humano, excepto por aquella sonrisa fija y extraña—. ¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—He aprendido por ti —respondió el recién llegado—. He aprendido a buscar. ¡Soy humano!

¿Ah, sí? Pues su boca no está bien, dijeron sus Terceros Pensamientos. Por dentro es todo blanco, como nieve. Eso de delante no es un chico. Solo cree que lo es.

¡Una calabaza de las gordas!, le apremiaron sus Segundos Pensamientos. En esta época del año están duras como piedras. ¡Dispárale!

La propia Tiffany, la del exterior, la que podía sentir el aire en la cara, pensó: ¡Cómo voy a hacer eso! Lo único que hace es estar ahí de pie hablando. ¡Todo esto es culpa mía!

Quiere un invierno que no acabe nunca, dijeron sus Terceros Pensamientos. ¡Morirán todas las personas que conoces!

Estaba segura de que los ojos del Forjador podían ver hasta el fondo de su mente.

El verano mata al invierno, insistieron sus Terceros Pensamientos. ¡Funciona así!

Pero no de este modo, pensó Tiffany. ¡Sé que no debería ser así! Me suena mal. No es la… historia correcta. ¡El rey del invierno no puede morir por una calabaza voladora!

El Forjador estaba observándola con atención. A su alrededor caían miles de copos con forma de Tiffany.

—¿Acabamos ahora la Danza? —dijo—. ¡Soy humano, como tú! —Extendió una mano.

—¿Sabes lo que significa humano?

—¡Sí! ¡Fácil! ¡Bastante hierro para hacer un clavo! —respondió de inmediato el Forjador. Sonrió de oreja a oreja, como si le hubiera salido bien un truco—. Y ahora, por favor, bailemos…

Dio un paso adelante. Tiffany retrocedió.

Si bailas ahora, le advirtieron sus Terceros Pensamientos, se acabó todo. Estarás confiando en ti misma y creyendo en tu estrella, y a esas cosas enormes que parpadean a miles de kilómetros de altura les da igual parpadear sobre la nieve perpetua.

—Yo… no estoy preparada —dijo Tiffany con apenas más que un susurro.

—Pero el tiempo pasa —insistió el Forjador de Invierno—. Soy humano, sé estas cosas. ¿Tú no eres una diosa con forma humana?

Los ojos se clavaron en ella.

No, no lo soy, pensó. Yo siempre seré solo… Tiffany Dolorido.

El Forjador se acercó, todavía con la mano extendida.

—Es hora de bailar, mi dama. Hora de completar la Danza.

Los pensamientos se escurrieron fuera del alcance de Tiffany. Los ojos del Forjador colmaron su mente con nada más que blancura, como un prado de nieve inmaculada…

—¡Yaaaiiiiiieeeee!

La puerta de la casita de la señorita Traición se abrió de golpe y… algo salió, trastabillando entre la nieve.

Era una bruja. No había confusión posible. La mujer —probablemente fuese mujer, pero hay cosas tan horribles que preocuparse de cómo dirigirse a ellas es una tontería— llevaba un sombrero con la punta ondulada como una serpiente. Se alzaba sobre unos chorreantes mechones de pelo revuelto y pringoso, que a su vez estaban posados en una cara de pesadilla. Era verde, igual que las manos que agitaban unas uñas negras que en realidad eran unas garras terribles.

Tiffany se la quedó mirando. El Forjador de Invierno se la quedó mirando. La gente se la quedó mirando.

A medida que se acercaba el espantajo chillón y jorobado fueron viéndose más detalles, como los dientes marrones podridos y las verrugas. Muchas verrugas. Hasta las verrugas de las verrugas tenían verrugas.

Annagramma lo había encargado absolutamente todo. Una parte de Tiffany quería echarse a reír, incluso ahora, pero el Forjador le agarró una mano…

… y la bruja le agarró el hombro a él.

—¡No la cojas de esa manera! ¡Cómo te atreves! ¡Soy una bruja, que lo sepas! —La voz de Annagramma no era dulce al oído en el mejor de los casos pero, cuando estaba enfadada o furiosa, tenía un tono de gañido que perforaba el cráneo.

»¡Que la sueltes, te digo! —chilló. El Forjador estaba pasmado. Tener que oír a Annagramma en plena rabieta tenía que ser duro para alguien que acababa de estrenar las orejas.

»¡Suéltala! —vociferó. Entonces lanzó una bola de fuego.

Falló. Posiblemente a propósito. Una bola de gas en llamas zumbando en las inmediaciones suele hacer que la gente deje lo que está haciendo. Pero la mayoría de las personas no se derriten.

La pierna del Forjador de Invierno se cayó.

Más tarde, en su viaje por la ventisca, Tiffany se preguntaría cómo funcionaba el Forjador. Estaba construido con nieve, pero podía hacerla andar y hablar. Por tanto, seguro que tendría que pensar en ello todo el tiempo. Tendría que hacerlo. A los humanos no les hacía falta pasarse el día pensando en sus cuerpos porque estos ya sabían qué hacer. Pero la nieve no sabe ni cómo mantenerse derecha.

Annagramma estaba mirando al Forjador con rabia, como si hubiera hecho algo muy molesto.

Él miró a su alrededor con aire perplejo mientras aparecían grietas en su pecho, y al instante fue solo un montón de nieve que se derrumbó en cristales brillantes.

Empezó a nevar fuerte, como si alguien estuviera exprimiendo las nubes.

Annagramma apartó a un lado la máscara y miró primero el montón de nieve y luego a Tiffany.

—Muy bien —dijo—, ¿qué acaba de pasar? ¿Se suponía que tenía que hacer eso?

—He venido a verte y… ¡es el Forjador de Invierno! —Fue todo lo que logró decir Tiffany en aquel momento.

—¿Te refieres al… Forjador, Forjador? ¿No era un simple cuento? ¿Por qué va detrás de ti? —preguntó en tono acusador.

—Es… él… yo… —balbució Tiffany, pero no tenía por dónde empezar—. ¡Es real! ¡Tengo que alejarme de él! —dijo—. ¡Tengo que alejarme! ¡Demasiado largo de explicar!

Por un momento horrible creyó que Annagramma iba a exigirle la historia completa de todos modos, pero extendió el brazo y agarró la mano de Tiffany con una garra de caucho negro.

—¡Pues vete de aquí ahora mismo! ¡Oh, no! ¿Todavía tienes la vieja escoba de la señorita Traición? ¡Es un trasto! ¡Coge la mía! —Tiró de Tiffany hacia la casa mientras la nevada arreciaba.

—«¡Bastante hierro para hacer un clavo!» —repitió Tiffany intentando no quedarse atrás. No se le ocurría nada más que decir, y de pronto era muy importante—. Creía que era humano…

—¡Solo he tumbado su muñeco de nieve, tonta! ¡Volverá!

—Sí, pero bastante hierro, ¿sabes?, para…

Una mano verde la abofeteó, pero dolió menos de lo que debería por el caucho.

—¡Basta ya de parlotear! ¡Pensaba que eras lista! Yo no sé de qué va esto pero, si esa cosa viniera detrás de mí, ¡no me quedaría charlando!

Annagramma se ajustó la Máscara Bruja Malvada Deluxe Con Mocarro Colgante Gratis, reguló la oscilación del mocarro y se volvió hacia los vecinos, que no habían movido un pie del sitio en todo el rato.

—Y vosotros, ¿qué miráis? ¿Es que nunca habíais visto una bruja? —gritó—. ¡Todos a casa! ¡Ah, y mañana me paso a llevarle un poco de purgante para su hijo pequeño, señora Carretero!

Miraron atónitos la cara verde, los dientes podridos, el pelo apestoso y el enorme mocarro, que en realidad era de cristal, y huyeron.

Aún ebria de terror y alivio, Tiffany se balanceó levemente musitando «¡Bastante hierro para hacer un clavo!» hasta que Annagramma la sacudió cogiéndola de los hombros. Los espesos copos caían tan deprisa que costaba verle la cara.

—Tiffany, escoba. Escoba vuela. ¡Vuela muy lejos! ¿Me oyes? ¡Ponte a salvo!

—Pero él… el pobre piensa que…

—Sí, sí, seguro que es muy importante —dijo Annagramma tirando de ella hacia la pared de la casita, donde estaba apoyada su escoba. Medio empujó, medio levantó a Tiffany sobre ella y miró hacia arriba. Ahora la nieve caía del cielo como una catarata.

—¡Ya vuelve! —gritó, y dijo unas palabras en voz baja.

La escoba salió disparada hacia arriba y se perdió de vista en la luz cada vez más tenue y llena de nieve.

# IMAGE

Yaya Ceravieja apartó la mirada del platito de tinta, en el que una minúscula Tiffany desaparecía en la blancura de una ventisca. Estaba sonriendo, pero en Yaya Ceravieja no significaba necesariamente que estuviera pasando algo bueno.

—Pudiéramos haberlu tumbado sin problemas —dijo Rob Cualquiera en tono de reproche—. Tendría que habernos dejadu.

—Tal vez. O tal vez os hubiera congelado como estatuas —respondió Yaya—. Además, los Nac Mac Feegle tienen una tarea mayor por delante. Vuestra arpiíña grandullona necesita que hagáis dos cosas. Una es difícil y la otra es muy difícil.

Los feegles se alegraron al oír aquello. Ocupaban la cocina entera de Tata Ogg. Algunos estaban sobre la propia Tata Ogg, y a la señorita Lento parecía incomodarle estar rodeada de ellos. Al contrario que ella, los feegles rara vez tenían ocasión de darse un baño.

—En primer lugar —comenzó Yaya—, necesita que vayáis al… Inframundo a recoger a la Dama del Verano.

La pausa significativa no dio la impresión de haber impresionado a los feegles.

—Ah, ben, esu podemos hacerlo —dijo Rob Cualquiera—. Podémonos meter en cualquier sitio. ¿Y esa fue la parte muy difícil, entonces?

—¿Y luego volver a salir? —preguntó Yaya.

—Sí, claru —asintió Rob con firmeza—. ¡Lo más normal es que échennos!

—La parte muy difícil —continuó Yaya— será encontrar un Héroe.

—Esu non es difícil —declaró Rob—. ¡Aquí todos somus héroes!

Se alzó una ovación.

—¿De verdad? —dijo Yaya—. ¿Te asusta adentrarte en el Inframundo, Rob Cualquiera?

—¿A mí? ¡Non! —Rob Cualquiera paseó la mirada por sus hermanos y sonrió de oreja a oreja.

—Pues entonces, escribe la palabra «mermelada». —Yaya Ceravieja deslizó un lápiz por la mesa de Tata Ogg y se reclinó en su silla—. Venga. Ahora mismo. ¡Y sin que te ayude nadie!

Rob retrocedió. Yaya Ceravieja era la arpía de todas las arpías, eso era un hecho. ¿Qué no sería capaz de hacerle a un feegle errante?

Cogió el lápiz con nerviosismo y puso la punta contra la madera de la mesa. Otros feegles se agolparon a su alrededor, pero bajo el ceño fruncido de Yaya ninguno se atrevió ni a animarle.

Rob miró hacia arriba moviendo los labios y con la frente perlada de sudor.

—Mmmee…

—Uno —dijo Yaya.

Rob parpadeó.

—¿Eh? ¿Quién hay contandu? —protestó.

—Yo —respondió Yaya. La gatita Tú saltó a su regazo y se hizo un ovillo.

—¡Pardiez, non díjonos que fuera a haber contamienda!

—¿Ah, no? ¡Las reglas pueden cambiar en cualquier momento! ¡Dos!

Rob garabateó una M pasable, vaciló y dibujó una R justo mientras Yaya decía:

—¡Tres!

—Ahí tiene que haber una E, Rob —señaló Billy Mandíbula. Alzó una mirada desafiante hacia Yaya y añadió—: Oí decir que las reglas pueden cambiar en cualquier momentu, ¿non?

—Desde luego. ¡Cinco!

Rob trazó una E y añadió otra M en un estallido de creatividad.

—Seis y medio —dijo Yaya acariciando a la gatita con calma.

—¿Cómu? ¡Aj, pardiez! —refunfuñó Rob, y se secó una mano sudorosa en el kilt. Entonces volvió a levantar el lápiz y dibujó una L. La base le quedó un poco torcida porque se le resbaló el lápiz de las manos y la punta se rompió.

Rob gruñó y sacó su espada.

—Ocho.

Volaron las raspaduras de madera mientras Rob sacaba una punta más bien tosca a mandobles.

—Nueve.

Aparecieron una A y una D, garabateadas por un Rob con los ojos hinchados y las mejillas rojas.

—Diez.

Rob se quedó en posición de firmes, con expresión sobre todo nerviosa pero algo orgullosa, junto a la palabra MREMLAD. Los feegles vitorearon, y los que estaban más cerca de él lo abanicaron con sus kilts.

—¡Once!

—¿Qué? ¡Pardiez! —Rob correteó hasta el final de la palabra y asestó una a minúscula.

—¡Doce!

—Puede contar todu lo que quiera, señora —dijo Rob tirando lejos el lápiz—, ¡pero non hay más mermelada que esa! —La frase provocó una nueva aclamación.

—Un esfuerzo heroico, señor Cualquiera —admitió Yaya—. Lo primero que debe conquistar un héroe es su miedo, y en cuestión de peleas, los Nac Mac Feegle no conocen el significado de la palabra.

—Ajá, verdad es —gruñó Rob—. ¡Non conocemos el significadu de miles de palabras!

—¿Podéis luchar con un dragón?

—¡Ah, claro, sáquenoslo! —Aún estaba enfadado por lo de la mermelada.

—¿Subir corriendo una montaña alta?

—¡Non problemo!

—¿Leer un libro hasta el mismo final para salvar a vuestra arpiíña grandullona?

—Sí, sí. —Rob calló. Parecía acorralado. Se humedeció los labios—. ¿Cuántas pagicosiñas de esas serían? —preguntó con voz ronca.

—Centenares —dijo Yaya.

—¿Con palabras por los dos ladus?

—Sí, por supuesto. ¡Y con la letra pequeña!

Rob se puso en cuclillas. Siempre lo hacía cuando le acorralaban para salir luchando con más impulso. La multitud de feegles contuvo el aliento.

—¡Harelo! —anunció adusto, con los puños cerrados.

—Bien —dijo Yaya—. Normal que estés dispuesto. Eso sería heroico… para ti. Pero alguien tiene que llegar al Inframundo y encontrar a la verdadera Dama del Verano. Eso es una Historia. Ya ha ocurrido antes. Funciona. Y debe hacerlo presa del miedo y el terror, como corresponde a un auténtico héroe, porque muchos de los monstruos que ha de superar son los de su cabeza, los que lleva consigo al entrar. Ya es tiempo de que sea primavera, y aún tenemos aquí el invierno con su nieve, así que debéis encontrar ya a ese héroe. Tenéis que encontrarlo y ponerle los pies en el camino. En el Camino Que Va Hacia Abajo, Rob Cualquiera.

—Sí, conocémonos ese caminu —dijo Rob.

—Se llama Roland —anunció Yaya—. Me parece que deberíais partir tan pronto como haya luz.

La escoba cruzaba la oscura tormenta de nieve como un rayo. Normalmente las escobas iban donde las brujas querían, de modo que Tiffany iba tumbada sobre el palo, intentando no morir congelada y esperando que estuviera llevándola a casa. No veía nada más que oscuridad y nieve revuelta que se le metía en los ojos, así que había puesto el sombrero hacia delante para hendir el aire de punta. Aun así, los copos de nieve la alcanzaban como pedradas y se acumulaban en la escoba. Tenía que sacudirse cada pocos minutos para que no se formara hielo.

Acertó a oír el rugido de las cataratas por debajo y sintió la repentina profundidad del aire mientras la escoba rebasaba el precipicio, elevada sobre las llanuras, e iniciaba el descenso. El frío le llegó hasta los huesos.

No podía luchar contra el Forjador, no como podía Annagramma. Sí, planearía la forma de hacerlo y se iría a la cama decidida, pero cuando lo viera…

… bastante hierro para hacer un clavo… Las palabras pululaban por su cabeza mientras la escoba seguía volando, y recordó la vieja rima que había oído hacía años, cuando los profesores itinerantes llegaron al pueblo. Todos parecían sabérsela:

Bastante hierro para hacer un clavo,

bastante cal para pintar una pared,

bastante agua para ahogar a un perro,

bastante azufre para quitar las pulgas,

bastante veneno para matar a una vaca,

bastante potasa para lavar una camisa,

bastante oro para comprar una alubia,

bastante plata para bañar una aguja,

bastante plomo para lastrar un pájaro,

bastante fósforo para alumbrar el pueblo…

Y seguía, y seguía…

Era una especie de sinsentido, de los que nunca se recuerda haber aprendido pero se saben desde siempre. Las niñas jugaban a la rayuela recitándolo y los niños lo usaban para decidir quién estaba pim-pam-fuera.

Y un buen día un profesor itinerante, que como los demás enseñaba a cambio de huevos, verdura fresca y ropa usada limpia, descubrió que comía mejor si enseñaba cosas más interesantes que útiles. Hablaba de que unos magos, hacía mucho tiempo, habían usado una magia muy habilidosa para determinar exactamente de qué estaba hecho un ser humano. Sobre todo era agua, pero había hierro y alcrebite y hollín y una pizca de casi todo lo demás, incluso una minúscula cantidad de oro, y de algún modo al final la receta salía bien.

Para Tiffany tenía tanto sentido como cualquier otra explicación, pero sí estaba segura de algo: si se cogían todas esas cosas y se metían en una cuba grande, no se convertía en un ser humano por muchos gritos que se le dieran.

No se podía pintar un cuadro echando un montón de pintura en un cubo. Si eras un ser humano, lo sabías.

Pero el Forjador de Invierno no lo era. El Forjador de Invierno no lo…

Tampoco sabía cómo terminaba la canción.

Las palabras dieron vueltas y más vueltas en su mente mientras la escoba prestada seguía perdiendo altura. En un momento dado apareció el doctor Bullicio, que con su voz aflautada y petulante le dio una conferencia sobre los Elementos Menores y sobre cómo, en efecto, los humanos estaban hechos de casi todos ellos, si bien además contenían mucho narrativio, el elemento básico de las historias, que solo podía detectarse observando la forma de comportarse de todos los demás.

Corres, huyes. ¿Qué me dices ahora, chica de las ovejas? Tú me lo robaste. ¿Es todo lo que habías deseado?

La voz salió del aire, justo a su lado.

—Me da igual quién seas —murmuró Tiffany demasiado helada para razonar—. Vete…

Pasaron las horas. El aire era un poco más caliente allí abajo y la nevada menos feroz, pero el frío seguía calando por mucha ropa que se llevara. Tiffany luchó contra el sueño. Algunas brujas podían dormir en la escoba, pero ella no se atrevía a intentarlo por si soñaba que caía y se despertaba para averiguar que era cierto, aunque pronto dejaría de serlo.

Pero ahora distinguió luces en el suelo, intermitentes y amarillas. Debía de ser la posada de Doscamisas, un importante punto de navegación.

Las brujas nunca se alojaban en posadas si podían evitarlo, porque en según qué zonas podían ser peligrosas y porque, en todo caso, la mayoría tenían la mala costumbre de exigir que les pagaran. Pero la señora Unpuente, que llevaba la tienda de souvenirs de enfrente, tenía un viejo establo en la parte de atrás y era lo que la señorita Lento llamaba ACB, es decir, Amistosa Con Brujas. Incluso había una marca brujeril tallada en la pared del establo, donde no la encontraría nadie que no la buscara: una cuchara, un sombrero puntiagudo y una gran uve alargada de profesora de escuela.

Nunca un montón de paja le había parecido algo tan maravilloso, y al cabo de dos minutos Tiffany ya estaba acostada. Al otro lado del granero, las dos vacas de la señora Unpuente mantenían el aire caliente y con olor a hierba fermentada.

Durmió profundamente. Soñó que Annagramma se quitaba la Máscara Deluxe y mostraba su cara, y entonces se quitaba la cara y debajo estaba la de Yaya Ceravieja…

Y entonces: ¿Ha valido la pena por un baile, chica de las ovejas? Has tomado mi poder y estoy débil. El mundo se tornará escarcha. ¿Ha valido la pena por un baile?

Se incorporó en la negrura del establo y le pareció ver un fulgor retorciéndose en el aire como una serpiente. Entonces volvió a hundirse en la oscuridad y soñó con los ojos del Forjador de Invierno.

# 

# IMAGE

«¡Clang-clonc!»

Tiffany se incorporó con la espalda muy recta mientras le caía paja encima. Pero solo había sido el sonido de un asa repicando contra el lado de un balde metálico.

La señora Unpuente estaba ordeñando las vacas. La pálida luz del día se filtraba por las grietas de las paredes. Levantó la mirada al oír a Tiffany.

—Ah, pensaba que podía haber llegado una de mis señoras por la noche —dijo—. ¿Quieres desayunar algo, querida?

—¡Por favor!

Tiffany ayudó a la anciana con los baldes, hizo un poco de mantequilla, acarició a su viejo perro, tomó unas tostadas con alubias y entonces…

—Tengo aquí una cosa para ti —afirmó la señora Unpuente dirigiéndose al pequeño mostrador que era la oficina de correos de Doscamisas—. A ver dónde lo he… ah, sí…

Entregó a Tiffany un pequeño fajo de cartas y un paquete plano, todo envuelto en una cinta elástica y cubierto de pelo de perro. Continuó hablando, pero Tiffany apenas se dio cuenta. Era algo sobre el pobre cochero que se había roto una pierna, pobrecito mío, y una tormenta que había tumbado muchos árboles cruzados en el camino, y luego había habido tanta nieve, cariño, que no se podía pasar ni a pie, y por eso entre una cosa y otra el correo hacia y desde la Caliza llevaba retraso y, bueno, en realidad tampoco es que hubiera apenas…

Todo aquello fue una especie de zumbido de fondo para Tiffany, porque todas las cartas iban dirigidas a ella, tres de Roland y una de su madre, y el paquete también. Tenía un aire práctico, y cuando lo abrió descubrió una elegante caja negra, que a su vez se abrió para revelar…

Tiffany nunca había visto un juego de acuarelas. No había sabido que existieran tantos colores en un mismo lugar.

—Oh, una caja de pinturas —dijo la señora Unpuente mirando por encima de su hombro—. Qué bonita. A mí me regalaron una de niña. Anda, y hasta tiene el turquesa. Ese es muy caro, el turquesa. Es de tu noviete, ¿eh? —añadió porque a las ancianas les gusta enterarse de todo, y un poquito más si se puede.

Tiffany carraspeó. En las cartas que había escrito se había apartado por completo del doloroso asunto de la pintura. Roland debía de haber pensado que le apetecería probar.

Los colores que tenía en las manos relucieron como un arcoíris cautivo.

—Hace una mañana preciosa —afirmó—, y creo que será mejor que vaya a casa…

En el tramo de río gélido previo a las atronadoras Cataratas del Lancre había un tronco amarrado. Yaya Ceravieja y Tata Ogg lo miraban desde el centro del raudal.

El tronco estaba cubierto de feegles. Todos parecían alegres. Era cierto, les esperaba una muerte segura, pero no conllevaría —y esto era importante— tener que escribir nada.

—¿Sabéis que nadie ha descendido jamás esta catarata y ha vivido para contarlo? —preguntó Tata.

—El señor Parkinson sí —dijo Yaya—. ¿No te acuerdas, hace tres años?

—Ah, sí, sobrevivió, es verdad. Pero se le quedó un tartamudeo tremendo —añadió Tata Ogg.

—Pero pudo escribirlo —repuso Yaya—. Lo tituló Mi caída por la catarata. Era bastante interesante.

—Nadie ha podido contarlo —insistió Tata—. A eso iba.

—Sí, bueeeno, nosotros somus ligeros como plumiñas —dijo Yan Grande—. Y el vientu al soplar contra el kilt puede tener a un hombre en el cielu, ya sabe.

—Seguro que eso es digno de ver —asintió Tata Ogg.

—¿Todus preparados? —preguntó Rob Cualquiera—. ¡Ben! ¿Sería tan amable de desatar la soga, señora Ogg?

Tata Ogg deshizo el nudo y empujó el tronco con el pie. El impulso lo alejó y entonces lo capturó la corriente.

—¿Al pasar la barca? —sugirió Wullie Chiflado.

—¿Qué dícesme de la barca agora? —dijo Rob Cualquiera mientras el tronco empezaba a acelerar.

—¿Por qué non cantámosla todos? —propuso Wullie Chiflado. Las paredes de la garganta se les acercaban a toda velocidad.

—Vale —dijo Rob—. Al fin y al cabu, es una alegre tonadilla marinera. Y Wullie, que ese queso tuyu non acérqueseme. Non gústame la forma en que mírame.

—Non tiene ojos, Rob —respondió Wullie con voz mansa, agarrado a Horacio.

—Sí, por eso dígolo —añadió Rob con voz agria.

—Horacio non tuvo intención de intentar comérsete, Rob —dijo Wullie dócilmente—. Y non viste lo relimpiu que saliste cuando escupiote.

—¿Y cómu sabes tú cómu llámase un queso? —preguntó Rob mientras el agua blanca salpicaba el tronco.

—Díjomelo él, Rob.

—¿Sí? —Rob se encogió de hombros—. Ah, vale. Non quieru llevarle la contraria a un queso.

En el río había trozos de hielo cabeceando. Tata Ogg se los señaló a Yaya Ceravieja.

—Esta nieve está moviendo los ríos helados —observó Tata.

—Lo sé.

—Espero que podamos confiar en las historias, Esme.

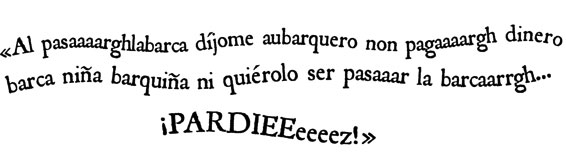
—Son historias muy antiguas. Tienen vida propia. Anhelan que las repitan. ¿Rescatar al verano de una caverna? Muy vieja —dijo Yaya Ceravieja.

—El Forjador de Invierno perseguirá a nuestra chica, aun así.

Yaya miró el tronco de los feegles hasta que dobló el recodo.

—Sí, lo hará —asintió—. ¿Y sabes qué? Casi le tengo lástima al pobre.

Y así fue como los feegles navegaron hacia casa. Aparte de Billy Mandíbula, tenían la sensibilidad musical de una bocina, pero ese inconveniente de nada palidecía ante el problema principal, que era que no hicieron el menor esfuerzo por cantar en el mismo tono, ni siquiera con la misma letra. Además, no tardaron en estallar varios altercados, como ocurría siempre que los feegles estaban pasándolo bien, de modo que el sonido que rebotó entre las rocas, mientras el tronco aceleraba hacia el borde de la catarata, fue:



Y con su cargamento de feegles, el tronco se inclinó y desapareció, junto a su canción de acompañamiento, entre la neblina.

Tiffany sobrevoló la larga espalda de ballena de la Caliza. Ahora era una ballena blanca, pero allí la nieve no parecía demasiado profunda. El viento frío que hacía caer la nieve sobre las lomas también se la llevaba. No había árboles y las pendientes contra las que acumularse eran pocas.

Mientras se acercaba a casa, contempló los campos más bajos y resguardados. Ya montaban los rediles para las parideras. Había mucha nieve para la época del año —¿y de quién era culpa?—, pero las hembras tenían su calendario, nevara o no. Los pastores sabían lo cruel que podía ser el tiempo en la época de cría; el invierno nunca se rendía sin pelear.

Aterrizó en el patio de la granja y dijo unas palabras a la escoba. No era suya, al fin y al cabo. El palo volvió a elevarse y salió disparado de vuelta a las montañas. Una escoba siempre encuentra el camino a casa, si se conoce el truco.

Hubo reencuentros, muchas risas, algunas lágrimas, el consenso general de que había que ver lo que había crecido y ya estaba tan alta como su madre y todas las otras cosas que se dicen en los momentos como ese.

Aparte de la diminuta Cornucopia que tenía en el bolsillo, lo había dejado todo atrás: su diario, su ropa, todo. Daba igual. No había salido corriendo, había llegado corriendo, y allí estaba, esperándose a sí misma. Podía volver a sentir su propio terreno bajo las botas.

Colgó el sombrero puntiagudo detrás de la puerta y salió a ayudar a los hombres que montaban los rediles.

Fue un buen día. El sol logró colarse entre los nubarrones. Contra el fondo blanco de la nieve todos los colores se veían brillantes, como si el hecho de estar allí les diera un fulgor especial. Los viejos arreos de la pared del establo relucían como la plata; hasta los marrones y los grises que pudieron resultar una vez, ahora parecían tener vida propia.

Sacó la caja de pinturas y un precioso folio de papel e intentó pintar lo que veía, y en eso también había una especie de magia. Todo dependía de lo claro y lo oscuro. Si podías atrapar en el papel la sombra y el brillo, la forma que toda criatura dejaba en el mundo, entonces podías atrapar a la cosa en sí.

Tiffany solo había pintado con tizas de colores hasta entonces. La pintura era mucho mejor.

Fue un buen día. Fue un día solo para ella. Notaba cómo salían de sus escondites partes de sí misma. Mañana habría tareas, y gente que llegaría nerviosa a la granja para pedir ayuda a una bruja. Si el dolor era intenso, a nadie le importaba que lo aplacara una bruja a la que recordaban haber visto por última vez con dos años y correteando en ropa interior.

Mañana… podía convertirse en cualquier cosa. Pero hoy el mundo invernal estaba lleno de color.

# 

# IMAGE

Por todas las llanuras se extendió el rumor de sucesos extraños. Estaba la barca de remos propiedad del anciano que vivía en la choza justo al pie de la catarata. Escapó remándose a sí misma tan deprisa, decía la gente, que resbalaba por encima del agua como una libélula… pero no había nadie dentro. La encontraron amarrada en Doscamisas, donde el río se cruzaba con el camino de las diligencias. Pero entonces el coche del correo nocturno que esperaba a su cochero fuera de la posada huyó por sí solo, dejando atrás todas las sacas. El cochero pidió prestado un caballo para darle caza y encontró el carruaje a la sombra de la Caliza, con todas las portezuelas abiertas y un caballo de menos.

El caballo lo devolvió unos días después un joven bien vestido que dijo haberlo encontrado deambulando por su cuenta. Qué raro, entonces, que pareciera bien alimentado y cepillado.

Muy, muy gruesas. Esa sería la mejor forma de describir las murallas del castillo. Por la noche no había guardias, porque cerraban a las ocho de la tarde y se iban a casa. En su lugar estaba el viejo Robbins, que una vez había sido guardia y ahora era oficialmente el vigilante nocturno, aunque todos sabían que sobre las nueve ya se había quedado roque delante del fuego. Tenía una vieja corneta que debía hacer sonar en caso de ataque, pero nadie estaba seguro del todo de con qué objetivo.

Roland dormía en la Torre de la Garza porque tenía una escalera muy larga que a sus tías no les hacía mucha gracia subir. Además, sus paredes eran muy, muy gruesas, y menos mal, porque a las once en punto alguien le puso una corneta contra la oreja y sopló bien fuerte.

Saltó fuera de la cama, se le enredó el edredón, resbaló en una alfombra que cubría el helado suelo de piedra, se dio un cabezazo contra un armario y consiguió encender una vela al tercer intento desesperado con las cerillas.

En su mesita de noche había un fuelle enorme con la corneta del viejo Robbins incrustada en el lado estrecho. La habitación estaba desierta, excepto de sombras.

—Tengo una espada, que lo sepas —dijo—. ¡Y sé cómo usarla!

—Aj, si estás muertu ya —replicó una voz desde el techo—. Trinchadu en pedaciños ben pequeños ahí en la cama, mientras roncabas como un cerdu. Es broma, hombre. Ningunu de nosotros deséate ningún mal. —Hubo unos cuchicheos acalorados en la oscuridad de las vigas y la voz siguió diciendo—: Correccionciña, casi ningunu de nosotros deséate ningún mal. Pero non empréñeste por Yan Grande, es que non cáele muy ben nadie.

—¿Quién eres?

—Ea, ahí vas otra vez, haciéndolu todo mal —dijo la voz sin malicia—. Tiénesme aquí arriba y fuertemente armadu, ¿sabes?, mientras tú estás ahí abaju en camisonciño, haciendo un blanco ben majo, y aun así créeste que haces tú las preguntas. ¿Sabes luchar, pues?

—¡Sí!

—¿Y lucharías con monstruos grandes por salvar a la arpiíña grandullona? ¿Haríaslo?

—¿La arpiíña grandullona?

—Tú llámasla Tiffany.

—¿Te refieres a Tiffany Dolorido? ¿Qué le ha pasado?

—¿Estarás dispuestu cuando ella necesítete?

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¿Quién eres?

—¿Y sabes luchar?

—¡Me he leído el Manual de esgrima de cabo a rabo!

Al cabo de unos segundos, la voz de las alturas sombrías dijo:

—Ah, creo que pusimos el dedo en una peguiña que pudiera tener este plan…

Al otro lado del patio del castillo había una armería. No era gran cosa. Había una coraza compuesta de varias piezas que no hacían juego, unas pocas espadas, un hacha de batalla que nadie había podido levantar nunca y una armadura completa de malla que parecía haber sido atacada por polillas extremadamente fuertes. Y había unos muñecos de madera montados sobre grandes muelles para practicar con la espada. Los feegles estaban observando cómo Roland atacaba a uno de ellos con grandes dosis de entusiasmo.

—Aj, buenu —dijo Yan Grande con desánimo mientras Roland saltaba de un lado a otro—. Si nunca encuéntrase nada más que cachus de madera que non resístense, puede irle ben.

—El rapaz échale ganas —señaló Rob Cualquiera mientras Roland apoyaba un pie en el muñeco e intentaba soltar la punta clavada de la espada.

—Oh, sí. —Yan Grande parecía abatido.

—Tiene movimientus ben majos, has de admitirlo —dijo Rob alegremente.

Roland logró sacar la espada del muñeco, que volvió hacia él por la acción de su vetusto muelle y le dio en la cabeza.

Parpadeando un poco, el chico miró a los feegles. Los recordaba de cuando le rescataron de la Reina de los Elfos. Nadie que hubiera conocido a los Nac Mac Feegle los olvidaba jamás, por mucho que lo intentara. Pero era un recuerdo muy vago. Parte del tiempo había estado loco, y parte inconsciente, y había visto tantas cosas extrañas que era difícil saber qué había sido real y qué no.

Ahora lo sabía: ellos eran reales. ¿Quién se inventaría algo así? Vale, uno de ellos era un queso que rodaba por iniciativa propia, pero nadie era perfecto.

—¿Qué voy a tener que hacer, señor Cualquiera? —preguntó.

Rob había estado temiéndose aquella parte. Las palabras como «Inframundo» pueden hacer que la gente se lleve la idea equivocada.

—Tienes que rescatar a… una dama —dijo—. Non a la arpiíña grandullona. Es otra… dama. Nosotrus podemos llevarte al lugar donde mora. Está comu… bajo tierra, ya sabes. Y ella está comu… durmiendu. Y lo único que has de hacer es traerla a la superficie, comu así.

—Ah, ¿quiere decir igual que Orfeum rescató a Eunífone del Inframundo? —preguntó Roland.

Rob Cualquiera se limitó a mirarle.

—Es una leyenda de Efebia —explicó Roland—. Se dice que es una historia de amor, pero en el fondo es una metáfora del regreso anual del verano. Hay muchísimas versiones de la misma historia.

Siguieron mirándole fijamente. Los feegles tienen unas miradas muy preocupantes. En ese sentido, son peores que las gallinas.

—Una metáfora e[[9]](#footnote-9)s una especie de mentira que dícese para que la gente entienda lo que es verdaderu —aclaró Billy Mandíbula, pero no sirvió de gran cosa.

—Y él ganó la libertad de ella interpretando una melodía hermosa —añadió Roland—. Creo que le daba al bandolín. O puede que fuera al salterio.

—Aj, bueeeno, eso viénenos ben —concluyó Wullie Chiflado—. Somus expertos en bandolear y asaltar.

—Son instrumentus musicales —dijo Billy Mandíbula. Levantó la mirada hacia Roland—. ¿Sabes tocar algunu, amigo?

—Mis tías tienen un piano —respondió Roland dudoso—. Pero me montarán una buena como le pase algo. Son capaces de echar las paredes abajo.

—Tendrá que ser con espada, pues —dijo Rob Cualquiera a regañadientes—. ¿Alguna vez luchaste contra una persona de verdad, amigo?

—No. Quería que me entrenaran los guardias, pero mis tías se lo prohibieron.

—Pero ¿usaste una espada alguna vez?

Roland puso cara de vergüenza.

—Últimamente no. No mucho. Esto… no y punto, de hecho. Mis tías dicen…

—Y ¿cómu practicaste? —preguntó Rob horrorizado.

—Bueno, en mi cuarto hay un espejo de cuerpo entero, ¿sabe?, y puedo… practicar… el… —empezó a decir Roland, pero dejó la frase en el aire al ver sus expresiones—. Lo siento. No creo que sea la clase de persona que buscan…

—Ah, yo non diría eso —dijo Rob Cualquiera con voz cansada—. Según la arpía de arpías, eres el rapaz perfectu. Solu necesitas a alguien con el que luchar…

Yan Grande, siempre suspicaz, miró a su hermano y siguió la mirada de este hacia la maltrecha armadura.

—¿Ah, sí? —gruñó—. ¡Buenu, pues yo non pienso hacer de rodilla!

El día siguiente fue un buen día hasta el preciso instante en que se convirtió en una pequeña y concentrada dosis de terror.

Tiffany se levantó temprano y encendió los fuegos. Cuando bajó su madre estaba fregando el suelo con mucho ímpetu.

—Esto… ¿esas cosas no deberías hacerlas con magia, cariño? —preguntó su madre, que nunca había acabado de entender en qué consistía la brujería.

—No, mamá, no debería —dijo Tiffany sin dejar de frotar.

—Pero ¿no puedes menear la mano y hacer que toda la suciedad salga volando, entonces?

—El problema es que la magia comprenda qué es la suciedad —respondió Tiffany esforzándose contra una mancha—. Oí hablar de una bruja en Plica que se equivocó y acabó perdiendo el suelo entero, sus sandalias y casi un dedo del pie.

La señora Dolorido retrocedió.

—Yo pensaba que solo había que menear las manos —musitó nerviosa.

—Funciona —dijo Tiffany—, pero solo si las meneas contra el suelo con cepillos.

Acabó el suelo. Limpió bajo el fregadero. Abrió todos los armarios, limpió a fondo y volvió a meter las cosas. Cepilló la mesa y luego le dio la vuelta y la cepilló por debajo. Hasta limpió la parte de abajo de las patas, la que tocaba el suelo. Fue entonces cuando la señora Dolorido se marchó y buscó algo que hacer, porque estaba claro que aquello no era solo labores del hogar.

No lo era. Como había dicho una vez Yaya Ceravieja, si querías caminar con la cabeza bien alta debías tener los dos pies en el suelo. Fregar baldosas, cortar madera, lavar ropa, hacer queso… esas cosas servían de cimiento, enseñaban lo que era real. Se podía asignar una pequeña parte de la mente a ellas, y así los pensamientos tenían tiempo de organizarse y asentarse.

¿Estaba a salvo allí del Forjador de Invierno? ¿El allí estaba a salvo del Forjador de Invierno?

Tarde o temprano tendría que enfrentarse a él de nuevo, a un muñeco de nieve que se creía humano y tenía el poder de un alud. La magia solo podía ralentizarlo durante un tiempo y hacerle enfadar. Contra él no serviría ningún arma convencional, y ella no tenía muchas extraordinarias.

¡Annagramma se había arrojado enfurecida sobre él! Tiffany deseó poder enfadarse tanto. Tendría que acercarse a darle las gracias, por cierto. Bueno, al menos Annagramma estaría bien. La gente la había visto transformarse en un monstruo de piel verde que profería alaridos. Podían respetar a una bruja como esa. En cuanto se tenía el respeto, se tenía todo.

También tenía que visitar a Roland. No sabía qué iba a decirle. No era un problema muy grave porque él tampoco sabría qué decirle a ella. Podían pasar juntos tardes enteras sin saber qué decirse. Seguro que estaba en el castillo ahora mismo. Mientras limpiaba la cara de abajo de un asiento, se preguntó qué estaría haciendo.

Alguien aporreó la puerta de la armería. Así eran las tías de Roland: la puerta tenía cuatro capas de roble y hierro, pero ellas aporreaban de todas formas.

—¡No vamos a tolerarte estos caprichos! —dijo la tía Danuta. Oyó un estrépito procedente del interior—. ¿Estás peleando ahí dentro?

—¡No, escribiendo una sonata para flauta! —gritó Roland. Algo pesado impactó contra la puerta.

La tía Danuta se recompuso. Tenía el perfil general de la señorita Lento, pero con ojos de ofendida perpetua y boca de quejica instantánea.

—Como no me obedezcas, le contaré a tu padre… —empezó a decir y se detuvo al abrirse la puerta de un tirón.

Roland tenía un corte en el brazo, la cara roja, sudor goteándole de la barbilla y estaba jadeando. Levantó la espada con una mano temblorosa. Detrás de él, al otro lado de la estancia gris, había una coraza completa muy abollada. Hizo girar el yelmo para mirar a las tías. Chirrió al hacerlo.

—Si os atrevéis a molestar a mi padre —dijo Roland mientras ellas aún miraban boquiabiertas la armadura—, le contaré lo del dinero que está desapareciendo del cofre grande de la cámara fortificada. ¡No mintáis!

Por un instante —con un solo pestañeo se lo habría perdido— la culpabilidad relampagueó en las facciones de la tía Danuta, pero desapareció con la misma velocidad.

—¿Cómo te atreves? Tu querida madre…

—¡Está muerta! —gritó Roland, y dio un portazo.

La celada del yelmo se alzó y media docena de feegles arriesgaron un vistazo.

—Pardiez, menudu par de viejos corviñus —soltó Yan Grande.

—Son mis tías —dijo Roland entre dientes—. ¿Qué es un corviñu?

—Es comu un par de viejas cuervas que merodean aguardando a que muérase alguien —respondió Billy Mandíbula.

—Ah, entonces ya las conocían —asintió Roland con un brillo en el ojo—. Probemos otra vez, ¿de acuerdo? Creo que voy pillándole el tranquillo.

Hubo un coro de protestas refunfuñadas desde cada parte de la armadura, pero Rob lo acalló.

—¡Venga! Daremos otra oportunidad al rapaz —dijo—. ¡A vuestrus puestos!

Hubo tañidos y muchas palabrotas mientras los feegles trepaban y se metían bajo el metal, pero a los pocos segundos la armadura pareció recobrar la compostura. Cogió una espada y se tambaleó hacia Roland, que podía oír las órdenes amortiguadas de su interior.

La espada atacó, pero Roland la desvió con un gesto rápido, dio un paso a un lado, hizo girar su propia espada como una exhalación y partió la armadura en dos con un estrépito que resonó a lo largo y ancho del castillo.

La mitad de arriba se estrelló contra la pared. La mitad de abajo solo se tambaleó, aún de pie.

A los pocos segundos, muchas cabecitas asomaron lentamente de los pantalones de hierro.

—¿Eso debería haber pasado? —preguntó Roland—. ¿Está todo el mundo, esto… entero?

Un recuento rápido reveló que no había ningún medio feegle, aunque sí se veían bastantes moratones y Wullie Chiflado había perdido su espog. Muchos de los feegles estaban andando en círculos y dándose palmadas contra las orejas, sin embargo. Había sido un golpe muy estridente.

—Non fue mal intento, ese último —declaró Rob Cualquiera con indiferencia—. Por lo vistu, estás captando la sabienda de la peleanda.

—Sí que ha estado bastante mejor, ¿verdad? —dijo Roland con aire orgulloso—. ¿Quieren que pruebe otra vez?

—¡Non! O sea… non —se apresuró a decir Rob—. Non, me da que ya está ben por hoy, ¿eh?

Roland lanzó una mirada rápida al ventanuco con barrotes que había en la parte alta del muro.

—Sí, será mejor que vaya a ver a mi padre —dijo y se marchitó el brillo de su cara—. Ya pasa de la hora de comer. Si no me ve cada día, se olvida de quién soy.

Cuando el chico se hubo marchado, los feegles se miraron entre ellos.

—Ese rapaz non lleva una vida fácil agora mesmo —observó Rob Cualquiera.

—Hay que reconocer que va mejorando —añadió Billy Mandíbula.

—Sí, sí, admitu que non es tan topetiño como creí, pero esa espada pesa demasiadu para él, y tardaremos semanas en hacer que valga para algu —dijo Yan Grande—. ¿Tenemos semanas, Rob?

Rob Cualquiera se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —respondió—. El rapaz será el Héroe, pase lo que pase. La arpiíña grandullona encontrarase con el Forjador de Inviernu ben prontu. Eso non puede evitarlo. Es como dijo la arpía de arpías: non puédese luchar contra una historia tan vieja. La historia ingeniaráselas para ocurrir. —Se hizo bocina con las manos—. ¡Va, rapaces, todus al túmulo! Esta noche volveremos. A lo mejor non puédese hacer un Héroe de una sentada.

El hermano pequeño de Tiffany era lo bastante mayor para querer ser considerado más mayor aún, lo cual era una ambición peligrosa en una granja ajetreada donde había caballos de grandes cascos, insecticida para las bañaderas y ciento un lugares donde una persona pequeña podía pasar desapercibida hasta que fuese demasiado tarde. Pero a él sobre todo le gustaba el agua. Cuando no se le veía por ninguna parte, lo normal era que hubiera bajado al río a pescar. Le encantaba el río, lo cual resultaba sorprendente considerando que una vez había saltado de él un monstruo verde y enorme para comérselo. Pero Tiffany le había atizado en la boca con una sartén de hierro. En aquel momento él había estado distraído comiendo caramelos, por lo que su único comentario al respecto había sido: «Tiffy pegó pez hace pum». Con todo, parecía estar volviéndose un pescador diestro. Esa tarde estaba pescando. Había descubierto el truco para saber dónde estaban los monstruos. Los lucios más enormes de todos merodeaban por las oquedades negras y profundas y estaban teniendo lentos pensamientos voraces hasta que el anzuelo plateado de Wentworth les cayó casi en las bocas.

Cuando Tiffany bajó a llamarle, lo encontró subiendo el camino a trompicones, todo desaliñado y cargando con un pez que debía de pesar al menos la mitad que él.

—¡Es el grande! —gritó al verla—. Pert ya pensaba que se había escondido debajo del sauce caído, ¿sabes? ¡Dice que en esta época del año le tiran bocado a todo! ¡Me ha arrastrado hasta el agua, pero he aguantado! ¡Tiene que pesar al menos quince kilos!

Unos diez, pensó Tiffany, pero los peces siempre son mucho más grandes para el hombre que los captura.

—Buen trabajo. Pero pasa dentro, anda, que va a helar.

—¿Podemos cenárnoslo? ¡Me ha costado horrores meterlo en la red! ¡Pesa dieciocho kilos lo menos! —dijo Wentworth apurado bajo el peso. Tiffany sabía que no debía ofrecerse a llevarlo. Sería un insulto.

—No, hay que limpiarlo y ponerlo un día en remojo, y mamá ha hecho estofado para hoy. Pero mañana te lo cocino yo con salsa de jengibre.

—Y habrá bastante para todos —dijo Wentworth feliz—, ¡porque pesa al menos veinte kilos!

—Al menos —aceptó Tiffany.

Y esa noche, después de que el pez recibiera la admiración debida de todos y resultara pesar once kilos con su mano ayudándole un poquito en la balanza, Tiffany fue a la recocina para limpiarlo, que era una forma educada de referirse a arrancar o cortar todo lo que no debería comerse, que si dependiera de Tiffany sería el pescado entero. No le gustaba mucho el lucio, pero una bruja nunca debería hacer ascos a la comida, ni mucho menos a la comida gratuita, y al menos una buena salsa impediría que supiera a lucio.

Entonces, mientras volcaba las tripas en el balde para los cerdos, entrevió un destello de plata. Bueno, tampoco se podía recriminar a Wentworth que se le hubiera olvidado sacar el señuelo con la emoción.

Se agachó y sacó del balde, cubierto de baba y escamas pero absolutamente reconocible, el caballo de plata.

Debería haber sonado un trueno. Solo sonó Wentworth, en la habitación de al lado, que estaba contando por décima vez su heroica captura del pez monstruo. Debería haber habido una ráfaga de viento. Una corriente inapreciable perturbó las velas.

Pero él sabía que lo había tocado. Tiffany sintió su sorpresa.

Fue a la puerta. Cuando la abrió estaba cayendo algún copo de vez en cuando pero, como si de repente se alegraran de tener público, empezaron a sumarse más hasta que —sin más sonido que un siseo— la noche se hizo blanca. Extendió un brazo para recoger algunos y se los acercó a los ojos para estudiarlos. Pequeñas Tiffanys de hielo se le derritieron en la mano.

Y tanto que la había encontrado.

Su mente se congeló, pero los engranajes cristalinos del pensamiento giraron deprisa.

¿Podía marcharse a caballo…? No, en una noche como aquella no llegaría lejos. ¡Tendría que haberse quedado la escoba!

No tendría que haber bailado.

No había lugar adonde ir corriendo. Tendría que volver a enfrentarse a él, y hacerlo allí, y pararle los pies para siempre. En las montañas, con sus bosques negros, era difícil imaginarse un invierno infinito. Allí era más sencillo, y al ser más sencillo era peor, porque él estaba llevando el invierno a su corazón. Tiffany sentía cómo se le enfriaba.

Pero la nieve ya alcanzaba varios centímetros de altura, en tan poco tiempo. Ella fue hija de pastor antes que bruja y, en aquel momento, en aquel lugar, tenía cosas más urgentes que hacer.

Entró al calor y la dorada luz de la cocina y dijo:

—Papá, tenemos que atender al rebaño.

# IMAGE

Eso fue entonces. Esto es ahora.

—Aj, pardiez —rezongó Pincho Pequeño Peligroso en el tejado del cobertizo de la carreta.

El fuego se apagó. La nieve que había cubierto el cielo empezó a clarear. Pincho Pequeño Peligroso oyó un chillido muy por encima y supo exactamente qué hacer. Levantó los dos brazos y cerró los ojos mientras el águila ratonera bajaba del cielo como una exhalación y lo recogía.

Esa parte le encantaba. Cuando abrió los ojos, el mundo se balanceaba a sus pies y una voz cercana dijo:

—¡Súbete para acá deprisa, rapaz!

Dio un tirón al fino arnés de cuero que había sobre él y las garras aflojaron su presa poco a poco.

Entonces, izándose a pulso contra el viento, trepó entre las plumas del ave hasta que pudo agarrar el cinturón de Hamish el aviador.

—Dice Rob que eres bastante mayor para bajarte con nosotrus al Inframundo —dijo Hamish por encima del hombro—. Él marchó a buscar al Héroe. ¡Eres un rapaciño con suerte!

El águila ratonera se ladeó.

Debajo, la nieve… huyó. Ya no estaban derritiéndola; se retiraba de las parideras con la misma facilidad de la marea al bajar o de una inspiración profunda, sin más sonido que un susurro.

Morag planeó a poca altura de los rediles, donde los hombres miraban confundidos a su alrededor.

—Una vejiña y una docena de corderos muertus —observó Hamish—, ¡pero la arpiíña grandullona non está! Llevósela él.

—¿Adónde?

Hamish hizo ascender a Morag en un amplio círculo. Alrededor de la granja había dejado de nevar. Pero arriba en las lomas seguían cayendo copos como martillos.

Y entonces tomaron forma.

—Ahí arriba —señaló.

Muy bien, sigo viva. De eso estoy bastante segura.

Sí.

Y siento el frío rodeándome por todas partes, pero yo no tengo frío, lo que sería bastante complicado de explicar a otra persona.

Y no puedo moverme. En absoluto.

Blancura a todo mi alrededor. Y dentro de mi cabeza, todo blancura.

¿Quién soy?

Recuerdo el nombre de Tiffany. Espero que fuera yo.

Blancura a todo mi alrededor. Eso ha pasado antes. Fue como una especie de sueño, o recuerdo, o algo distinto que no sé cómo llamar. A todo mi alrededor, la blancura cayendo. Y amontonándose en torno a mí, y elevándome. Era… las tierras de caliza al componerse, en silencio, al fondo de los mares de la antigüedad.

Eso es lo que significa mi nombre.

Significa Tierra Bajo Ola.

Y, como una ola, el color volvió a inundar su mente. Fue sobre todo la rojura de la rabia.

¡Cómo se atreve!

¡Ha matado a los corderos!

La abuela Dolorido nunca lo habría permitido. Ella nunca perdió un cordero. Podía devolverles la vida.

Nunca debí marcharme, para empezar, pensó Tiffany. Tal vez debí quedarme e intentar aprender las cosas yo sola. Pero si no hubiera viajado, ¿seguiría siendo yo misma? ¿Sabría lo que sé? ¿Habría sido tan fuerte como mi abuela o soltaría carcajadas histéricas? Bueno, ahora soy fuerte.

Si hacía un tiempo asesino por culpa de la naturaleza ciega, solo se podía maldecir; pero si el mal tiempo caminaba sobre dos piernas… entonces era la guerra. ¡Y habría consecuencias!

Intentó moverse y en esa ocasión la blancura cedió terreno. Tenía la consistencia de nieve endurecida, pero no la sintió fría al tacto; se desprendió, dejando un hueco.

Delante de ella se extendía un suelo liso y algo transparente. Había grandes columnas que se alzaban hasta un techo oculto por alguna especie de niebla.

Y había paredes hechas del mismo material que el suelo. Parecía hielo —hasta se veían burbujitas en su interior—, pero al tocarlas solo las notó frescas.

Era una sala inmensa. No había muebles de ninguna clase. Era exactamente el tipo de sala que construiría un rey para decir: «¡Mira, puedo permitirme desperdiciar todo este espacio!».

Sus pasos levantaron ecos mientras exploraba. No, ni siquiera una silla. Y aunque encontrara una, ¿esperaba que fuese muy cómoda?

Lo que sí encontró, al cabo de un tiempo, fue una escalera que subía (a no ser, por supuesto, que se estuviese arriba). Llevaba a otra sala que por lo menos tenía muebles. Había la clase de divanes en los que se suponía que se recostaban las mujeres ricas, con aspecto cansado pero hermoso. Ah, y había vasijas, unas vasijas bastante grandes, y también estatuas, todo hecho del mismo hielo templado. Las estatuas eran de atletas y dioses, muy parecidas a las ilustraciones de la Mitología de Pinzonero, haciendo cosas vetustas como arrojar jabalinas o matar a serpientes gigantes con las manos desnudas. Entre todas no reunían ropa para una sola, pero los hombres llevaban unas hojas de parra que Tiffany, en aras de la investigación, comprobó que no podían quitarse.

Y había un fuego encendido. Lo primero extraño que tenía era que los troncos también estaban hechos del mismo hielo. La otra cosa extraña era que las llamas eran azules… y frías.

Aquel nivel tenía ventanas altas y coronadas en punta, pero empezaban a mucha distancia del suelo y por ellas solo se veía el cielo, donde el sol mortecino era un fantasma entre las nubes.

Otra escalera, esta muy esplendorosa, llevaba a otro piso con más estatuas, divanes y vasijas. ¿Quién podía vivir en un lugar como aquel? Alguien que no necesitaba comer ni dormir, claro. Alguien que no necesitaba estar cómodo.

—¡Forjador de Invierno!

Su voz se reflejó de pared a pared, devolviéndole unos «ERNO… Erno… erno…» hasta que se desvaneció.

Subió otra escalera más, y en esta ocasión encontró algo nuevo. Sobre un pedestal que podría haber sostenido a una estatua había una corona. Levitaba en el aire a poco más de un metro de la base, rotando con suavidad y refulgente de escarcha. Un poco más allá había otra estatua más pequeña que casi todas las anteriores, pero alrededor de esta bailaban y titilaban luces azules, verdes y doradas.

Eran idénticas a las luces del Eje que podían verse a veces en lo más profundo del invierno, flotando sobre las montañas del centro del mundo. Algunos creían que estaban vivas.

La estatua era de la misma altura que Tiffany.

—¡Forjador de Invierno!

Siguió sin recibir respuesta. Un palacio hermoso sin cocina, sin cama… Él no necesitaba comer ni dormir, así que ¿para qué lo quería?

Ya sabía la respuesta: para mí.

Alargó el brazo para tocar las luces danzarinas y le subieron en tropel por el brazo y se extendieron por todo su cuerpo, tomando la forma de un vestido que resplandecía como la luz de luna sobre los campos nevados. Se sorprendió, y luego se enfureció. Luego deseó tener un espejo, se sintió culpable por desearlo, volvió a enfurecerse y decidió que, si por casualidad encontraba un espejo, lo miraría con el único objetivo de comprobar lo enfurecida que estaba.

Después de buscar durante un rato, encontró un espejo que no era nada más que una pared de hielo de un verde tan oscuro que era casi negro.

En efecto, parecía enfurecida. E increíblemente, hermosamente centelleante. Había pequeños destellos de oro sobre el azul y el verde, igual que en el cielo durante las noches invernales.

—¡Forjador de Invierno! —Tenía que estar observándola. Podía estar en cualquier sitio—. ¡Muy bien! ¡Aquí me tienes! ¡Y lo sabes!

—Sí. Lo sé —dijo el Forjador de Invierno detrás de ella.

Tiffany giró en redondo y le dio una bofetada en toda la cara, y entonces le atizó una más con la otra mano.

Fue como dar contra la roca. Ahora aprendía muy deprisa.

—Eso por los corderos —añadió agitando los dedos para devolverlos a la vida—. ¡Cómo te atreves! ¡No tenías que hacerlo!

Tenía un aspecto mucho más humano. O se había puesto ropa de verdad o se había esforzado en hacer que pareciera real. De hecho, se las había ingeniado para resultar… bueno, guapo. Ya no emanaba frialdad, sino… frescura.

Solo es un muñeco de nieve, objetaron sus Segundos Pensamientos. Recuérdalo. Lo que pasa es que es demasiado listo para llevar ojos de carbón y nariz de zanahoria.

—Au —se quejó el Forjador, como si acabara de recordar que debía decirlo.

—¡Exijo que me dejes marchar! —ladró Tiffany—. ¡Ahora mismo!

Eso es, dijeron sus Segundos Pensamientos. Quieres que acabe encogido detrás de las ollas del estante de arriba. Como si fuera…

—En este momento —dijo el Forjador con toda la calma del mundo—, soy un temporal que hace naufragar a los barcos a dos mil kilómetros de aquí. Soy las cañerías congeladas de un pueblo aislado. Estoy helando el sudor de un moribundo, perdido en una terrible ventisca. Me cuelo silencioso por debajo de las puertas. Pendo de los canalones. Acaricio el pelo a la osa durmiente, al fondo de su cueva, y circulo con la sangre de los peces bajo el hielo.

—¡Me da igual! ¡No quiero estar aquí! ¡Y tú tampoco deberías estar!

—Muchacha, ¿caminarás conmigo? —preguntó el Forjador de Invierno—. No voy a hacerte daño. Aquí estás a salvo.

—¿Frente de qué? —dijo Tiffany, y entonces, como pasar mucho tiempo con la señorita Lento acababa afectando a la forma de hablar hasta en los momentos más tensos, se corrigió—: ¿Frente a qué?

—Frente a la muerte —respondió el Forjador—. Aquí no morirás nunca.

Al fondo de la cantera de caliza de los feegles habían sacado más piedra de la pared vertical para excavar un túnel de metro y medio de altura y casi la misma profundidad.

Delante de él estaba Roland de Chumsfanleigh (no era culpa suya). Sus antepasados habían sido caballeros y habían acabado poseyendo la Caliza después de matar a los reyes que pensaban que era suya. Espadas, en eso había consistido todo. Espadas y decapitaciones. Así es como se obtenía tierra en los viejos tiempos, y luego alteraron las reglas para que ya no fuese necesaria una espada para poseer tierras, sino solo el papel adecuado. Pero sus antepasados no se habían desprendido de las espadas, por si a la gente le daba por pensar que el asunto aquel de los papeles no era justo, ya que por supuesto nunca llueve a gusto de todos.

Roland siempre había querido saber manejar la espada y se había llevado un disgusto al comprobar cuánto pesaban. Se le daba de maravilla blandir la espada de aire. Delante de un espejo, podía enfrentarse a su reflejo y ganar casi siempre. Con las espadas de verdad era imposible. Intentabas hacerlas girar y acababan girándote ellas a ti. Había comprendido que tal vez tuviera mejor madera para los papeles. Además, tenía que llevar gafas, lo que podía ser un poco peliagudo bajo un yelmo, sobre todo si había alguien dándole espadazos.

Ahora llevaba un yelmo y sostenía una espada que era (aunque jamás lo admitiría) demasiado pesada para él. También llevaba una armadura de malla completa que le molestaba mucho al andar. Los feegles habían hecho todo lo posible para ajustársela, pero la entrepierna de las brafoneras colgaba a la altura de sus rodillas y tenía un vaivén gracioso cuando Roland se movía.

No soy un héroe, pensó. Tengo una espada que solo puedo levantar usando las dos manos, y tengo un escudo que también pesa un quintal, y tengo un caballo con cortinas alrededor que al final he tenido que dejarme en casa (y mis tías van a echar humo si entran en la sala de estar), pero por dentro soy un niño al que le gustaría mucho saber dónde está el retrete…

Pero ella me rescató de la Reina de los Elfos. De no haberlo hecho, yo aún sería un crío estúpido en vez de… un joven que espera no ser demasiado estúpido.

La horda de los Nac Mac Feegle había vuelto a irrumpir en su cuarto después de abrirse paso a través de la tormenta que se había desatado aquella noche y, según decían, había llegado el momento de que Roland fuera un Héroe por Tiffany… así que lo sería. De eso estaba seguro. Bastante seguro. Pero llegado el momento, el paisaje no era como había esperado.

—¿Saben? Esto no tiene ninguna pinta de ser la entrada del Inframundo —dijo.

—Ah, cualquier cueva puede ser una entrada —replicó Rob Cualquiera, que estaba sentado en el yelmo de Roland—. Peru has de tener la sabienda del pasi-corri. Vale, Yan Grande, tú marchas el primero…

Yan Grande desfiló hasta el interior del agujero en la caliza. Sacó los brazos por detrás de la espalda, con los codos doblados. Se inclinó hacia atrás extendiendo una pierna para equilibrarse. Entonces meneó el pie en el aire unas cuantas veces, regresó a la vertical y desapareció en el mismo instante en que su pie tocó el suelo.

Rob aporreó el yelmo de Roland con el puño cerrado.

—Muy ben, gran Héroe —gritó—. ¡Tira para allá!

No había salida. Tiffany ni siquiera sabía si había entrada.

—Si fueras la Dama del Verano, bailaríamos —dijo el Forjador de Invierno—. Pero ahora sé que no eres ella, aunque parezcas serlo. Pero, por complacerte, ahora soy humano y debo tener compañía.

La mente afanosa de Tiffany le mostró imágenes: la bellota brotando, los pies fértiles, la Cornucopia. Tengo lo suficiente de diosa para engañar a unos tablones del suelo, a una bellota y a un puñado de semillas, pensó. Soy igualita que él. Bastante hierro para hacer un clavo no vuelve humano a un muñeco de nieve, y un par de hojas de roble no me vuelven diosa a mí.

—Ven —le pidió el Forjador de Invierno—, permíteme que te muestre mi mundo. Nuestro mundo.

Cuando Roland abrió los ojos, lo único que vio fueron sombras. No eran sombras de cosas… sino solo sombras, meciéndose como telarañas.

—Esperaba un lugar más… caliente —dijo intentando que no se le notara el alivio en la voz. A su alrededor aparecieron feegles de la nada.

—Ah, tú estás pensandu en infiernos —contestó Rob Cualquiera—. Sí que suelen estar algo chamuscadiños, sí. Los inframundos son más en plan tenebrosu. Es el sitiu donde acaba la gente que piérdese, ya sabes.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que si te extravías en una noche oscura…?

—¡Aj, non! Dígolo más ben como por los que murieron cuando non debieran y no tienen sitiu a donde marchar, o si cáense por un agujeru entre mundos y non conócense el camino. Algunos non saben ni dónde están, pobreciños. De esos hay un buen montón. Los inframundos non son lugares muy alegres. A este antes llamábanle Limbo, ¿sabes?, porque la puerta era muy baja. Paréceme a mí que echose a perder bastante desde la última vez que vinimus. —Levantó la voz—. ¡Y un fuerte aplausu, zagales, para el joven Pincho Pequeño Peligroso, que viénese por primera vez con nosotrus! —Hubo un coro irregular de vítores y Pincho Pequeño Peligroso saludó con la espada.

Roland se abrió paso entre las sombras, que de verdad ofrecían algo de resistencia a su avance. Allí abajo hasta el mismo aire era gris. A veces oía gemidos o alguna tos en la lejanía… y entonces unos pasos que se arrastraban hacia él.

Desenvainó la espada y escrutó en la penumbra.

Las sombras se abrieron y una mujer muy anciana vestida con ropa gastada y raída pasó frente a él, arrastrando una caja grande de cartón tras de sí. La caja rebotaba y a la mujer le costaba tirar de ella. Ni siquiera miró a Roland de reojo.

Bajó la espada.

—Pensaba que habría monstruos —dijo mientras la mujer se perdía en la oscuridad.

—Ajá —asintió Rob Cualquiera con voz grave—. Haylos. Piensa en algu sólido, ¿quieres?

—¿Algo sólido?

—¡Non estoy de broma! ¡Piensa en una montaña ben grande y maja, o en un martillu! ¡Hagas lo que hagas, non desees ni arrepiéntaste ni tengas esperanza!

Roland cerró los ojos y luego subió una mano hacia ellos.

—¡Aún puedo ver! ¡Pero tengo los ojos cerrados!

—¡Sí! Y verás más con los güeyus cerrados. ¡Mira a tu alrededor, si atréveste!

Roland, sin abrir los ojos, dio unos pasos y miró a su alrededor. No parecía haber cambiado nada. Si acaso, todo estaba un poco más sombrío. Entonces lo vio: un destello de brillante color naranja, una línea en la oscuridad que iba y venía.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Non sabemus cómo llámanse a sí mesmos. Nosotrus llamámoslos espantus —respondió Rob.

—¿Son como luz parpadeante?

—Aj, ese estaría ben lejos —dijo Rob—. Si hácete ilusión ver uno de cerca, tiéneslo justu al lado… —Roland se giró—. Aj, verás, ahí cometiste el típico error —añadió Rob con amabilidad—. ¡Abriste los ojos!

Roland los cerró. El espanto estaba a quince centímetros de él.

No se encogió. No chilló. Sabía que estaban observándolo centenares de feegles.

Al principio pensó: es un esqueleto. Cuando volvió a destellar parecía un pájaro, alto como una garza. Después fue una figura de líneas, como la dibujaría un niño. Una y otra vez se redibujaba a sí mismo sobre la oscuridad con trazos finos, ardientes.

Garabateó una boca para sí mismo y se inclinó hacia delante un momento, revelando cientos de dientes como agujas. Entonces se esfumó.

Se alzó un murmullo entre los feegles.

—Sí, hicístelo ben —dijo Rob Cualquiera—. Mirástelo directu a la boca y non diste ni un pasu atrás.

—Señor Cualquiera, tenía demasiado miedo para correr —musitó Roland.

Rob Cualquiera se inclinó hasta la altura de la oreja del chico.

—Ajá —susurró—. ¡Eso non viéneme de nuevas! ¡Muchos hombres convirtiéronse en héroes porque tuvieron demasiadu miedo para correr! Pero non gritaste ni zurraspástete los tumbos, y eso es buenu. Encontrarémonos con más de esos. ¡Non dejes que éntrente en la testa! ¡Que sigan fuera!

—¿Por qué, que te…? ¡No, no me lo diga! —exclamó Roland.

Siguió adentrándose en las sombras, parpadeando para que no se le escapara nada. La anciana se había ido, pero la penumbra empezó a poblarse de gente. La mayoría de ellos estaban quietos o sentados en sillas. Algunos se paseaban en silencio. Dejaron atrás a un hombre vestido con ropajes antiguos que estaba mirándose la mano como si no la hubiera visto nunca.

Había una mujer que oscilaba suavemente y canturreaba una cancioncita sin sentido en voz baja y aniñada. Dedicó a Roland una sonrisa extraña y enloquecida cuando pasó junto a ella. Tenía un espanto justo al lado.

—De acuerdo —dijo Roland adusto—. Ya pueden decirme lo que te hacen.

—Cómensete los recuerdos —explicó Rob Cualquiera—. Para ellos tus pensamientus son reales. ¡Los deseos y la esperanza son comu comida! Son alimañas, en el fondu. Esto es lo que pasa cuando descuídanse estos sitius.

—¿Y cómo los mato?

—Míralo, qué voz más fiera pone. ¡Ahí tenemus al heroíño grandullón! Non pierdas el tiempu con ellos, rapaz. Todavía no atacarante y tenemos trabaju que hacer.

—¡Odio este lugar!

—Sí, los infiernos son muchu más animados —convino Rob Cualquiera—. Vale, ve frenandu… estamos en el río.

Un río cruzaba el Inframundo. Era tan negro como la tierra firme y lamía sus orillas en ondas lentas y aceitosas.

—Ah, creo que de esto había oído hablar —dijo Roland—. Hay un barquero, ¿verdad?

SÍ.

De pronto estaba allí, de pie en una barca alargada y baja. Vestía todo de negro, por supuesto, con una profunda capucha que ocultaba su cara y transmitía la clara sensación de que todo estaba bien.

—Hola, rapaz —saludó Rob Cualquiera con alegría—. ¿Cómo llévaslo?

AH, NO, VOSOTROS OTRA VEZ NO, dijo la figura oscura con una voz que se sentía más que se oía. CREÍA QUE ESTABAIS EXPULSADOS.

—Eso fue un malentendido tontu, ya sabes —dijo Rob resbalando de la armadura de Roland—. Debes dejarnos entrar porque ya estamos muertus.

La figura extendió un brazo. La túnica se remangó y lo que estaba señalando a Roland se parecía pero que mucho, en su opinión, a un dedo óseo.

PERO ÉL DEBE PAGAR AL BARQUERO, dijo en tono acusador, con voz de criptas y cementerios.

—No hasta que llegue al otro lado —repuso Roland con firmeza.

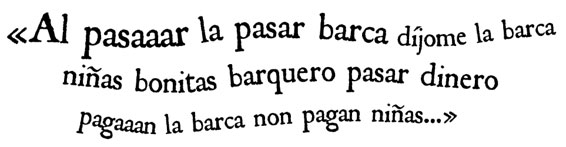
—¡Ah, venga ya! —exclamó Wullie Chiflado al barquero—. ¡Si está claru que es un Héroe! Si non fíaste de un Héroe, ¿de quién vas a fiarte?

El hueco de la capucha contempló a Roland durante lo que le pareció un siglo.

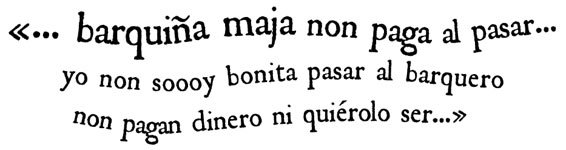
AH, COMO QUERÁIS.

Los feegles abordaron la barca medio podrida en tropel con su habitual entusiasmo y gritos de «¡Pardiez!», «¿Dónde está el bebercio en este cruceru?» y «¡Menus mal que non vinimos en época de estigiaje!», y Roland subió con cautela, sin dejar de mirar al barquero con desconfianza.

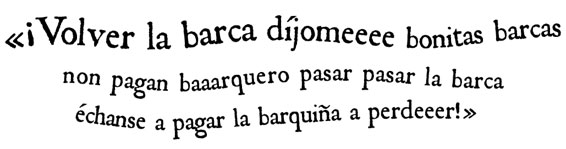
La figura con túnica empujó su larga pértiga y zarparon con un crujido que vino seguido, por desgracia y para gran disgusto del barquero, de una canción. De más o menos una canción, en realidad, interpretada a todos los compases y ritmos posibles y sin la menor consideración por la melodía:



¿QUERÉIS CALLAROS?



¡ESTO ES DE LO MÁS IRREGULAR!



—¿Señor Cualquiera? —dijo Roland mientras avanzaban a sacudidas.

—¿Sí?

—¿Por qué estoy sentado al lado de un queso azul envuelto con una tira de tartán?

—Ah, ese tiene que ser Horacio —respondió Rob Cualquiera—. Es compadre de Wullie Chiflado. Non estarate molestandu, ¿verdad?

—No. ¡Pero intenta cantar!

—Buenu, el queso azul siempre fue un poco cantosu.

—Mnamnam mnam mnamnam —cantó Horacio.

La barca topó contra la orilla opuesta y el barquero se apresuró a bajar a tierra.

Rob Cualquiera trepó por la manga de la cota de malla de Roland y cuchicheó:

—¡Cuandu dígatelo yo, echa a correr!

—Pero puedo pagar al barquero. Tengo el dinero —dijo Roland palpándose el bolsillo.

—¿Lo qué?

—Tengo el dinero —repitió Roland—. La tarifa para cruzar el Río de los Muertos son dos peniques. Es una tradición antigua. Los dos peniques que se ponen en los ojos del muerto para pagar al barquero.

—Ah, caramba, sí que eres listu —dijo Rob mientras Roland soltaba dos monedas de cobre en la ósea mano del barquero—. ¿Y non ocurriósete traer cuatru peniques?

—En el libro ponía que los muertos llevan dos —contestó Roland.

—Ah, puede que sí —asintió Rob—, ¡pero es porque los muertus non esperan tener que volver!

Roland miró atrás por encima del tenebroso río. Los destellos de luz naranja se habían acumulado en la ribera que acababan de abandonar.

—Señor Cualquiera, una vez fui prisionero de la Reina del País de las Hadas.

—Ajá, ya sabíalo.

—Fue durante un año de nuestro mundo, pero allí me parecieron solo unos días… solo que las semanas transcurrían como siglos. Era tan… aburrido que al poco tiempo ya no podía recordar nada. Ni mi nombre, ni la luz del sol en la piel, ni el sabor de la comida de verdad.

—Sí, sabémoslo… ayudamos a rescatarte. Nunca dístenos las gracias, peru estuviste todo el tiempu medio ido de la testa, así que non ofendímonos.

—Entonces permítame que se lo agradezca ahora, señor Cualquiera.

—Non hay de qué. De nada. Hicímoslo encantados.

—Tenía mascotas que te daban de comer sueños hasta que morías de hambre. Odio las cosas que intentan llevarse lo que eres. Quiero matar a esas cosas, señor Cualquiera. Quiero matarlas a todas. Cuando te llevas los recuerdos, te llevas a la persona. Todo lo que son.

—Paréceme un propósitu muy digno —asintió Rob—, pero tenemos un trabajiño que hacer, non sé si acuérdaste. Ah, pardiez, estu es lo que pasa cuandu descuidas el sitio y llénase todo de espantus.

Había un gran montón de huesos en el camino. Sin duda eran huesos de animal, y los collares podridos y las cadenas oxidadas daban otra pista sobre su naturaleza.

—¿Tres perros grandes? —preguntó Roland.

—Un perru enorme con tres testas —dijo Rob Cualquiera—. Esa raza es muy popular en los inframundos. Puede arrancarle la garganta a un hombre de un bocadu. ¡Tres veces! —añadió con entusiasmo—. Pero si déjasle en el suelu tres galletiñas para perros una al lado de la otra, el pobreciño quédase ahí sentado estirándose y gimoteando todu el día. ¡Es una risa, dígotelo yo! —Dio un puntapie a los huesos—. Sí, hubo un tiempu en que los lugares como este tuvieron algo de personalidad. Ay, mira lo que hicieron aquí tambén.

Un poco más allá había lo que probablemente fuese un demonio. Tenía una cara horrorosa, con tantos colmillos que algunos tenían que ser solo de adorno. Tenía unas alas, pero no había forma de que pudieran elevarlo. Había encontrado un trozo de espejo y, cada pocos segundos, le echaba un vistazo y se estremecía.

—Señor Cualquiera —dijo Roland—, ¿aquí abajo hay algo que esta espada que llevo podría matar?

—Ah, non. Matar non. Non funciona con los espantus. Non es una espada mágica, ¿sabes?

—Entonces, ¿para qué cargo con ella?

—Porque eres un Héroe. ¿Quién oyó hablar nunca de un Héroe sin su espada?

Roland tiró hasta sacarla de la vaina. Era un arma pesada, todo lo contrario a la hoja de plata veloz y liviana que había imaginado frente al espejo. Se parecía más a un garrote de metal con filo.

La empuñó con las dos manos y consiguió arrojarla hasta el centro del río lento y oscuro.

Justo antes de que tocara el agua, un brazo blanco se alzó y la atrapó. La mano dio un par de pases con la espada antes de desaparecer bajo el agua con ella.

—¿Eso es normal que ocurra?

—¿Qué un hombre tire su espada? —bramó Rob—. ¡Non! ¡Non es normal que lanzaras una buena espada a la bebicosa!

—No, me refiero a lo de la mano.

—Aj, aparecen de vez en cuandu. —Rob Cualquiera hizo un ademán despectivo, como si las apariciones de malabaristas subacuáticos de espadas en plena corriente fuesen sucesos cotidianos—. ¡Pero agora marchas desarmadu!

—¡Si me acaba de decir que las espadas no dañan a los espantos!

—Ya, peru hay que guardar las apariencias, ¿vale? —dijo Rob apretando el paso.

—Pero no llevar espada debería hacerme más heroico, ¿no? —replicó Roland mientras los demás feegles trotaban tras ellos.

—En teoría, ajá —asintió Rob Cualquiera a regañadientes—. Peru puede que tambén más muertu.

—Además, tengo un plan.

—¿Tienes un Plan? —dijo Rob.

—Sí. Quiero decir, ajá.

—¿Escritu?

—Se me acaba de ocurrir… —Roland paró. Las cambiantes sombras se habían abierto y ante ellos se extendía una gran caverna.

En su centro, rodeando lo que parecía una losa de piedra, había un tenue resplandor amarillo. Una figura menuda estaba tendida en la losa.

—Aquí estamus —dijo Rob Cualquiera—. Tampoco fue tan malo, ¿a que non?

Roland parpadeó. Alrededor de la losa había centenares de espantos congregados, pero parecían guardar cierta distancia, como si no les apeteciera demasiado acercarse ni un poco más.

—Veo… a alguien tumbado.

—Esa es Veranu en persona. Estu tendrémoslo que hacer dándole al guardibulto.

—¿Guardibulto?

—Como… con cuidadu —explicó Rob—. Las diosas puédense poner un pelín complicadiñas. Cuidan mucho su imagen.

—¿No podemos… ya sabe, agarrarla y salir corriendo? —preguntó Roland.

—Ah, sí, acabaremos haciendu algo por el estilu —admitió Rob—. Pero tú, amigu, serás el que téngala que besar antes. ¿Parécete bien la idea?

Los rasgos de Roland se tensaron un poco, pero dijo:

—Sí, eh… bien.

—Las damas espéranselo, ya sabes —siguió Rob.

—¿Y luego salimos corriendo? —insistió esperanzado Roland.

—Ajá, porque me da que entonces será cuandu los espantus intenten evitar que démonos el piriño. Lo que non gústales es que la gente márchese. Tira para allá, rapaz.

Tengo un plan, pensó Roland mientras se acercaba a la losa. Y voy a concentrarme en él para no pensar en el hecho de que estoy cruzando una multitud de monstruos garabateados que solo existen si parpadeo y ya me están llorando los ojos. ¿Lo que hay dentro de mi cabeza es real para ellos, entonces?

Voy a parpadear, voy a parpadear, voy a…

… parpadear. Terminó en un momento, pero el escalofrío duró mucho más tiempo. Estaban por todas partes, y todas las bocas dentadas lo miraban a él. No debería ser posible mirar con los dientes.

Echó a correr con los ojos llorosos por el esfuerzo de no cerrarlos, y bajó la mirada hacia la persona que yacía en el centro del resplandor amarillo. Era mujer, respiraba, estaba dormida y su aspecto era el de Tiffany Dolorido.

Desde la cúspide del palacio de hielo, la vista de Tiffany abarcaba kilómetros a la redonda, y eran kilómetros de nieve. Solo en la Caliza se veía algún rastro de verde. Era una isla.

—¿Ves cómo aprendo? —dijo el Forjador de Invierno—. La Caliza es tuya. De modo que el verano llegará y tú serás feliz. Y serás mi esposa y yo seré feliz. Y todo será feliz. La felicidad viene cuando las cosas son correctas. Ahora que soy humano, comprendo todo eso.

No chilles, no grites, dijeron sus Terceros Pensamientos. Tampoco te quedes como un pasmarote.

—Oh… ya veo —asintió—. ¿Y el resto del mundo se quedará en el invierno?

—No, hay algunas latitudes que nunca sienten mi escarcha —dijo el Forjador—. Pero las montañas y los llanos hasta llegar al Mar Circular… ya lo creo.

—¡Morirán millones de personas!

—Pero solo una vez, fíjate. Por eso es tan maravilloso. Después de eso, ¡no más muertes!

Y Tiffany lo vio, igual que una tarjeta de la Vigilia de los Puercos: pájaros congelados a sus ramitas, caballos y vacas quietos en los prados, briznas como cuchillas de hierba helada, sin el humo saliendo de ninguna chimenea; un mundo sin muerte porque no quedaba nada para morir, y donde todo tenía un brillo de espumillón.

Asintió con cautela.

—Muy… sensato —dijo—. Pero sería una pena que no se moviera nada en absoluto.

—Es fácil de resolver. Muñecos de nieve —replicó el Forjador—. ¡Puedo hacerlos humanos!

—¿Bastante hierro para hacer un clavo?

—¡Sí! Es sencillo. ¡He comido salchicha! ¡Y puedo pensar! Antes nunca había pensado. Era una parte. Ahora soy aparte. Solo cuando eres algo aparte sabes quién eres.

—Me hiciste rosas de hielo —dijo Tiffany.

—¡Sí! ¡Ya apuntaba maneras!

Pero las rosas se derritieron al amanecer, añadió Tiffany para sí misma, y miró de reojo el amarillo claro del sol. Tenía la fuerza justa para hacer que el Forjador de Invierno centelleara. Es cierto que piensa como un ser humano, se dijo mientras observaba la extraña sonrisa. Piensa como un humano que nunca ha conocido a otro humano. Carcajadas histéricas. Está tan loco que nunca entenderá lo loco que está.

Lo que pasa es que no tiene ni idea de lo que significa «humano», no es consciente del horror que planea, simplemente no… entiende. Y está tan feliz que casi inspira ternura…

Rob cualquiera aporreó el yelmo de Roland.

—Venga, a ello, rapaz —exigió.

Roland se quedó mirando a la mujer brillante.

—¡No puede ser Tiffany!

—Aj, es una diosa, pueden parecerse comu quieran —explicó Rob Cualquiera—. Solo un piquín en el moflete, ¿vale? Non entusiásmeste, que non tenemos todo el día. Un piquín de nada y dámonos el piriño.

Algo dio un empujón al tobillo de Roland. Era un queso azul.

—Non empréñeste por Horacio, solu quiere que hagas lo correctu —dijo el feegle demente que habían presentado a Roland como Wullie Chiflado.

Se acercó mientras el resplandor crepitaba a su alrededor, porque ningún hombre quiere portarse como un cobarde delante de un queso.

—Esto es un poco… embarazoso.

—¡Pardiez, que es para hoy, hombre!

Roland se agachó y tocó la mejilla durmiente con los labios.

La mujer abrió los ojos y se apartó de él muy deprisa.

—¡Esa no es Tiffany Dolorido! —exclamó y pestañeó. Los espantos se habían amontonado a su alrededor como briznas de hierba.

—¡Agora cógela de la mano y corre! —dijo Rob Cualquiera—. Los espantus pondranse desagradables cuando vean que marchamos. —Dio unos golpetazos animosos en un lado del yelmo y añadió—: Pero non pasa nada, ¿verdad? ¡Porque tienes un Plan!

—Espero no equivocarme. Mis tías dicen que siempre me paso de listo.

—Alégrome de oírlu —asintió Rob Cualquiera—, ¡porque es muchu mejor que quedarse cortu de listo! ¡Agora agarra a la rapaza y corre!

Roland intentó evitar la mirada furibunda de la chica mientras le cogía la mano y la bajaba de la losa con delicadeza. Ella le dijo algo en un idioma que no entendía, aunque sonaba como si llevara signos de interrogación.

—He venido a rescatarte —dijo él.

Ella le miró con los ojos dorados de una serpiente.

—La chica de las ovejas está en apuros —habló por fin con una voz llena de desagradables ecos y siseos—. Qué triste, qué triste…

—Bueno, hum, tendríamos que correr —logró decir Roland—, seas quien seas.

La no-Tiffany le sonrió. Fue una sonrisa incómoda, de las que llevan un matiz burlón. Corrieron.

—¿Cómo pelean ustedes con los espantos? —jadeó cuando el ejército feegle ya marchaba por las cavernas.

—Aj, non gústales demasiado comu sabemos los feegles —dijo Rob Cualquiera mientras las sombras se abrían—. Puede ser porque pensamos mucho en la bebienda y eso déjalos achispadus. ¡Non pares!

Y en ese momento los espantos atacaron, aunque no sea la mejor forma de definirlo. Fue más como chocar contra una muralla de susurros. Nada intentó agarrarlos; no había garras. Si miles de animales débiles y minúsculos, como camarones o moscas, intentaran detener a alguien, la sensación sería la misma.

Pero el barquero estaba esperando. Levantó una mano mientras Roland se acercaba trastabillando al barco.

SERÁN SEIS PENIQUES, dijo.

—¿Seis? —preguntó Roland.

—Ah, y eso que non estuvimos aquí abaju ni dos horas, pero ¡hala, adiós seis peniques! —dijo Wullie Chiflado.

UN BILLETE DE IDA Y VUELTA EN EL MISMO DÍA Y UNO SENCILLO, dijo el barquero.

—¡No llevo suficiente! —gritó Roland. Empezaba a notar unos leves tirones dentro de la cabeza. Los pensamientos tenían que esforzarse para llegar hasta su boca.

—Déjamelu a mí —dijo Rob Cualquiera. Se giró para contemplar a sus congéneres feegles y pidió silencio dando golpes contra el yelmo de Roland—. Muy ben, zagales —anunció—, ¡quedámonos!

¿QUÉ?, dijo el barquero. ¡AH, NO, VOSOTROS OS VAIS! ¡A VOSOTROS NO OS QUIERO AQUÍ ABAJO OTRA VEZ! ¡AÚN ESTÁN APARECIENDO BOTELLAS DE LA ÚLTIMA! ¡VENGA, TODOS ABORDO AHORA MISMO!

—Pardiez, non podemos marchar, amigu —replicó Rob Cualquiera—. Estamos atadus por un mochuelo y debemus ayudar a este rapaz, ¿sabes? ¡Si non marcha él, non marchamos nosotros!

¡SE SUPONE QUE LA GENTE NO QUIERE QUEDARSE AQUÍ!, estalló el barquero.

—Aj, tendremos este sitiu animado en un periquetiño —dijo Rob Cualquiera con una amplia sonrisa.

El barquero tamborileó con los dedos contra la pértiga. Hacían sonidos chasqueantes, como los dados.

AH, DE ACUERDO. ¡PERO, Y QUIERO QUE ESTO QUEDE MUY CLARO, NO ESTÁ PERMITIDO CANTAR!

Roland arrastró a la chica a la barca. Los espantos no se acercaron a ellos, por lo menos, pero mientras el barquero los alejaba de la orilla, Yan Grande dio una patada a Roland en la bota y señaló hacia arriba. Los garabatos de luz naranja estaban recorriendo el techo de la caverna a centenares. Había más de ellos en la ribera de enfrente.

—¿Cómu va ese Plan, señor Héroe? —preguntó Rob Cualquiera en voz baja mientras bajaba del yelmo del chico.

—Espero el momento oportuno —dijo Roland altivo. Se volvió para mirar a la no-Tiffany—. He venido para sacarte de aquí —le comunicó intentando no mirarla directamente a los ojos.

—¿Tú? —preguntó la no-Tiffany como si la idea fuera graciosa.

—Bueno, nosotros —se corrigió Roland—. Todo está…

Hubo una sacudida cuando la barca encalló en la orilla opuesta, donde los espantos esperaban apelotonados como espigas de trigo.

—Tira para allá, pues —dijo Yan Grande.

Roland tiró de la no-Tiffany por el camino durante unos pasos y se detuvo. Si parpadeaba, tenía por delante una masa anaranjada que se retorcía. Sentía los pequeños tirones que le daban, no más fuertes que una brisa. Pero además habían llegado a su cerebro. Eran fríos y mordisqueaban. Aquello era una idiotez. No podía funcionar. No sería capaz de hacerlo. Esa clase de cosas se le daban fatal. Era caprichoso, inconsiderado y desobediente, justo como… decían… sus tías.

Detrás de él, Wullie Chiflado gritó con su habitual jovialidad:

—¡Haz que tus tiíñas estén orgullosas de ti!

Roland hizo ademán de girarse, furioso de repente.

—¿Mis tías? Espera y te cuento un par de cosas de mis tías…

—¡Non hay tiempo, rapaz! —gritó Rob Cualquiera—. ¡Hazlo de una vez!

Roland miró a su alrededor, con la mente en llamas.

Nuestros recuerdos son reales, pensó. ¡Y no pienso tolerar esto!

Se volvió hacia la no-Tiffany y dijo:

—No tengas miedo. —Entonces extendió su mano izquierda y susurró entre dientes—: Recuerdo… una espada.

Cuando cerró los ojos, allí estaba, tan ligera que casi no la notaba, tan fina que casi no la veía, una línea en el aire que estaba hecha sobre todo de la esencia del filo. Con ella había matado a mil enemigos ante el espejo. Nunca se le hacía pesada, se movía como una parte de su cuerpo, y allí la tenía. Un arma capaz de segar todo lo que se aferraba y mentía y robaba.

—A lo mejor sí que puédese hacer un Héroe de una sentada —dijo pensativo Rob Cualquiera mientras los espantos se trazaban a sí mismos a la existencia y morían. Miró a Wullie Chiflado—. ¿Wullie Chiflado? ¿Puedes recordar cuándo fue que díjete que a veces dices exactamente lo que hay que decir?

Wullie Chiflado se quedó desconcertado.

—Agora que menciónaslo, Rob, non recuerdo que dijérasme eso nunca.

—¿Ah? —dijo Rob—. Buenu, pues si hubiéralo hecho, esta sería una de esas veces.

Wullie Chiflado puso cara de preocupación.

—Entonces, ¿eso estuvo ben? ¿Dije algo a derechas?

—Ajá. Dijístelo, Wullie Chiflado. Por primera vez. Estoy orgullosu de ti.

La cara de Wullie Chiflado se quebró en una inmensa sonrisa.

—¡Pardiez! ¡Eh, rapaces, dije…!

—¡Pero que non súbasete a la testa! —añadió Rob.

Cada vez que Roland descargaba la espada de aire se quitaba de encima a los espantos como si fueran telarañas. Llegaban más, siempre más, pero la línea plateada siempre daba con ellos y lo liberaba. Los espantos retrocedieron, probaron nuevas formas, rehuyeron la furiosa rabia que ardía como el fuego en su cabeza. La espada giraba dando zumbidos. Los espantos se desdibujaban al palo del filo, chillaban y se descomponían en el suelo con un chisporroteo…

… y alguien le daba golpetazos en el yelmo. Ya llevaba algún tiempo haciéndolo.

—¿Eh? —Se detuvo y abrió los ojos.

—Acabáronse —dijo Rob Cualquiera.

Entre resuellos, Roland miró a su alrededor. Tuviera los ojos abiertos o cerrados, las cuevas estaban despejadas de franjas anaranjadas. La no-Tiffany estaba mirándole con una extraña sonrisa en los labios.

—Podemos salir agora —planteó Rob— o puedes quedarte aquí esperandu a que vengan más, ¿qué dícesme?

—Y ahí vienen —anunció Billy Mandíbula. Señaló al otro lado del río. Una masa de puro naranja estaba llenando la cueva, con tantos espantos que no dejaban espacio entre uno y otro.

Roland titubeó, aún recuperando el aliento.

—¿Sabes qué? —dijo Rob en tono tranquilizador—. Si agora eres buen rapaz y rescatas a la dama, traerémoste otra vez, peru con unos bocadillos y así pasamus el día.

Roland parpadeó.

—Eh… sí. Hum, lo siento. No sé lo que me ha pasado hace un momento…

—¡Hora de darse el piriño! —gritó Yan Grande.

Roland cogió la mano de la no-Tiffany.

—Y nada de mirar atrás hasta que hayamos salidu —ordenó Rob Cualquiera—. Viene a ser comu tradicional.

En la cima de la torre, la corona de hielo apareció en las manos pálidas del Forjador de Invierno. Brillaba más de lo que eran capaces los diamantes, incluso a la tenue luz del sol. Era del hielo más puro, sin burbujas, grietas ni taras.

—La he hecho para ti —dijo—. La Dama del Verano no se la ceñirá nunca —añadió con tristeza.

Se ajustaba a la perfección. No se notaba fría.

El Forjador dio un paso atrás.

—Y ahora, está hecho.

—Hay otra cosa que tengo que hacer yo —afirmó Tiffany—, pero antes hay algo que quiero saber. ¿Encontraste las cosas que hacen un hombre?

—¡Sí!

—¿Cómo averiguaste cuáles eran?

El Forjador de Invierno le habló con orgullo de los niños mientras Tiffany respiraba con cautela, obligándose a tranquilizarse. La lógica del Forjador era muy… lógica. Al fin y al cabo, si una zanahoria y dos trozos de carbón podían convertir un montón de nieve en un muñeco, entonces un cubo grande lleno de sales, gases y metales debería convertirlo a él en humano. Tenía… sentido. Al menos, sentido para el Forjador de Invierno.

—Pero verás, es que no te sabes la canción entera —dijo Tiffany—. Sobre todo trata de las cosas de las que están hechos los humanos. No de lo que son los humanos.

—Había algunas cosas que no pude encontrar —admitió el Forjador—. Eran incongruentes. No tenían sustancia.

—Sí —asintió Tiffany con tristeza—. Los tres últimos versos, me imagino, que son los que le dan sentido a todo. De verdad que lo lamento.

—Pero las encontraré. ¡Lo haré!

—Espero que las encuentres, algún día —respondió Tiffany—. Oye, ¿has oído hablar alguna vez del boffo?

—¿Qué es ese boffo? ¡No salía en la canción! —protestó el Forjador inquieto.

—Ah, el boffo es la forma en que los humanos cambiamos el mundo engañándonos a nosotros mismos —dijo Tiffany—. Es maravilloso. Y el boffo dice que ningún objeto tiene un poder que no le haya dado un ser humano. Puedes crear cosas mágicas, pero no puedes crear un ser humano a partir de cosas por arte de magia. Es solo un clavo en tu corazón. Solo un clavo.

Y ha llegado el momento y sé qué debo hacer, se dijo ensoñada. Sé cómo tiene que terminar la Historia. Debe terminar como corresponde.

Tiró del Forjador hacia ella y vio el asombro en sus facciones. Se sentía liviana, como si los pies no le tocaran el suelo. El mundo se volvió… más simple. Era un túnel que llevaba al futuro. No había nada más para ver que la fría cara del Forjador, nada más para oír que su propia respiración, nada más para sentir que la calidez del sol en su pelo.

No era el globo ardiente del verano, pero seguía siendo mucho más grande que cualquier hoguera, por más leña que se le echara.

Allá donde esto me lleve, allá elijo ir, pensó, dejando que la calidez la inundara. Yo elijo. Yo elijo hacer esto. Y voy a tener que ponerme de puntillas, añadió.

Trueno en mi mano derecha. Relámpago en mi mano izquierda. Fuego sobre mí…

—Por favor, llévate el invierno. Vuelve a tus montañas. Por favor.

Hielo delante de mí…

—No. Soy Invierno. No puedo ser nada más.

—Entonces no puedes ser humano —dijo Tiffany—. Los últimos tres versos son: «Bastante fuerza para construir un hogar, bastante tiempo para sostener a un bebé, bastante amor para romper un corazón».

Equilibrio… Llegó raudo, salido de la nada, elevándola en su interior.

El centro del balancín no se mueve. No siente ni la arribez y la abajez. Está equilibrado.

Equilibrio… y sus labios eran como hielo azul. Más adelante lloraría por el Forjador de Invierno que quiso ser humano.

Equilibrio… y la vieja kelda le había dicho una vez: «Tienes ese trocitiño menudo dentro de ti que non derrítese ni fluye».

Llegó la hora del deshielo.

Cerró los ojos y besó al Forjador de Invierno…

… e hizo bajar el sol.

Hielo a fuego.

Toda la cúspide del palacio de hielo se fundió con un estallido de luz blanca que proyectó sombras en las paredes a cientos de kilómetros de distancia. Una columna de vapor se elevó rugiente, cosida con relámpagos, y creció y se extendió sobre el mundo como un paraguas que borró el sol del cielo. Entonces empezó a precipitarse en forma de lluvia suave y cálida, que al caer perforó pequeños agujeros en la nieve.

Tiffany, que solía tener la cabeza repleta de pensamientos, no llevaba encima ni uno. Se tumbó en una losa de hielo bajo la llovizna y escuchó el colapso del palacio a su alrededor.

Hay veces en las que todo lo que puede hacerse ya está hecho y solo queda acurrucarse y esperar a que pase la tronada.

El aire tenía algo distinto, un reflejo dorado que se esfumaba cuando intentaba mirarlo y volvía a aparecer en el rabillo del ojo.

El palacio estaba fundiéndose como una catarata. La losa de Tiffany medio resbaló y medio flotó por una escalera que empezaba a bajar como un río. Por encima, las enormes columnas se derrumbaban, pero pasaban de ser hielo a agua templada mientras caían, de modo que solo le salpicaban.

Adiós a la corona brillante, pensó Tiffany con un ápice de remordimiento. Adiós al vestido de luz danzarina, y adiós a las rosas de hielo y los copos de nieve. Qué pena. Qué pena.

Y entonces notó la hierba por debajo, y a su alrededor corría tanta agua que solo podía levantarse o ahogarse. Consiguió ponerse de rodillas, al menos, y aguardó hasta que fue posible erguirse sin caer derribada.

—Tienes una cosa que es mía, niña —dijo una voz a sus espaldas.

Al girarse, la luz dorada se acumuló y tomó forma. Era su propia forma, pero los ojos estaban… raros, como los de una serpiente. En aquel momento y lugar, con el rugiente calor del sol llenándole todavía los oídos, no le pareció muy asombroso.

Poco a poco, Tiffany sacó la Cornucopia del bolsillo y se la entregó.

—Eres la Dama del Verano, ¿verdad? —preguntó.

—¿Y tú eres la chica de las ovejas que quiere ser yo? —Las palabras traían un siseo.

—¡No quería! —se apresuró a decir Tiffany—. ¿Por qué tienes mi aspecto?

La Dama del Verano se sentó en la hierba. Era muy raro verte a ti misma, y Tiffany se fijó en que tenía un lunar pequeño en la parte de atrás del cuello.

—Se llama resonancia —dijo—. ¿Sabes lo que es?

—Significa «vibrar a la vez que» —respondió Tiffany.

—¿Cómo sabe eso una chica de las ovejas?

—Tengo un diccionario. Y además soy una bruja, si no te importa.

—Bueno, pues mientras tú ibas cogiendo características mías, yo he ido cogiendo características tuyas, bruja de las ovejas —dijo la Dama del Verano. A Tiffany empezaba a recordarle muchísimo a Annagramma, lo que en realidad suponía un alivio. No hablaba como alguien sabio, ni simpático… era solo otra persona que por casualidad era muy poderosa pero tampoco demasiado lista y que resultaba, sinceramente, un poco molesta.

—¿Cuál es tu forma real? —preguntó Tiffany.

—La forma del calor sobre un camino, la forma del olor a manzanas.

Buena respuesta, pensó Tiffany, pero no muy informativa.

Tiffany se sentó al lado de la diosa.

—¿Estoy metida en un lío? —quiso saber.

—¿Por lo que le has hecho al Forjador de Invierno? No. Tiene que morir cada año, igual que yo. Morimos, dormimos y despertamos. Además… has sido entretenida.

—¿Ah? ¿Así que he sido entretenida? —repitió Tiffany entrecerrando los ojos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó la Dama del Verano. Sí, pensó Tiffany, igualita que Annagramma. No captaría una indirecta ni aunque midiera un kilómetro.

—¿Qué quiero? —dijo Tiffany—. Nada. Solo el verano, muchas gracias.

La Dama del Verano pareció perpleja.

—Pero los humanos siempre queréis algo de los dioses.

—Pero las brujas no aceptamos pagos. Bastará con la hierba verde y el cielo azul.

—¿Cómo? ¡Eso lo tendrás de todas formas! —La Dama del Verano sonaba confundida y enfadada a la vez, lo que fue música para los oídos de una parte pequeña y maliciosa de Tiffany.

—Bien —dijo.

—¡Has salvado al mundo del Forjador de Invierno!

—En realidad lo he salvado de una chica tonta, señorita Verano. Solo he enderezado lo que torcí.

—¿Por una simple equivocación? Serías una chica muy tonta si no aceptases recompensa.

—Sería una joven sensata si la rechazara —replicó Tiffany, y le sentó bien decirlo—. El invierno ha terminado. Lo sé. Lo he recorrido entero. Allá donde me ha llevado, allá he elegido ir. Yo elegí cuando bailé con el Forjador.

La Dama del Verano se levantó.

—Sorprendente —dijo—. Y extraño. Esto es nuestra despedida. Pero antes, hay más cosas que deben ser tomadas. Ponte en pie, jovencita.

Tiffany lo hizo y, cuando miró el rostro de Verano, los ojos dorados se convirtieron en pozos que la absorbieron.

Y entonces el verano la rebosó. Debieron de pasar solo unos segundos, pero dentro de ellos pareció durar mucho más. Tiffany supo cómo era ser la brisa que acaricia el trigo verde en un día de primavera, madurar una mañana, hacer que el salmón saltara los rápidos… Las sensaciones llegaron todas a la vez y se fundieron en una gran, brillante y dorada sensación estival…

… que siguió calentándose. Ahora el sol estaba rojo en un cielo ardiente. Tiffany vagó por el aire como el aceite caliente hacia la abrasadora calma del desierto profundo, donde hasta los camellos mueren. Allí no había nada vivo. Nada se movía salvo la ceniza.

Resbaló hasta un cauce reseco con huesos de animales de un blanco puro en ambas riberas. No había barro, ni una sola gota de humedad en aquel horno de tierra. Aquel era un río de piedras, ágatas con franjas como ojos de gato, granates aquí y allá, geodas con sus anillos de color, rocas de color marrón, naranja, blanco cremoso, algunas con vetas negras, todas pulidas por el calor.

—Aquí está el corazón del verano —siseó la voz de la Dama del Verano—. Temedme tanto como teméis al Forjador de Invierno. No somos vuestros, aunque nos deis forma y nombre. Fuego y hielo somos, en equilibrio. No volváis a interponeros entre nosotros…

Y entonces, por fin hubo movimiento. Salieron de los huecos entre las piedras como piedras traídas a la vida: bronce y rojo, ocre y amarillo, negro y blanco, con rombos de color y mortíferas escamas relucientes.

Las serpientes probaron el aire abrasador con sus lenguas bifurcadas y sisearon, triunfantes.

La visión desapareció. El mundo regresó.

El agua había terminado de fluir. El incesante viento había amasado las neblinas y los vapores para formar largas serpentinas de nube, pero el sol invicto hallaba su camino entre ellas. Y, como siempre ocurre, y ocurre demasiado pronto, lo extraño y maravilloso se transforma en un recuerdo y un recuerdo se transforma en un sueño. Al día siguiente no queda nada.

Tiffany caminó por la hierba donde se había alzado el palacio. Quedaban algunos bloques de hielo, pero no durarían ni una hora. Quedaban las nubes, pero las nubes se las llevaba el viento. El mundo normal hizo presión contra ella, con sus cancioncillas aburridas. Estaba recorriendo un escenario después de terminar la función, y ¿quién podía asegurar que se hubiera representado?

Algo crepitó en la hierba. Tiffany se agachó y recogió un trozo de metal. Aún conservaba algo del calor que lo había deformado, pero se veía a las claras que había sido un clavo.

No, no voy a aceptar un regalo para que se sienta mejor quien lo ofrece, pensó. ¿Por qué debería? Encontraré mis propios regalos. Para ella he sido… «entretenida», nada más.

Pero él… él me hizo rosas e icebergs y escarcha y nunca comprendió…

Se giró de golpe al oír voces. Los feegles bajaron dando brincos por la pendiente de las lomas, a la velocidad justa para que un humano pudiera seguirles el ritmo. Y Roland estaba siguiéndoselo, jadeando un poco, corriendo como un pato por culpa de su armadura de malla demasiado grande.

Rio.

Dos semanas más tarde, Tiffany regresó a Lancre. Roland la llevó hasta Doscamisas y el sombrero puntiagudo la guió el resto del camino. Tuvo un poco de suerte. El cochero se acordaba de la señorita Lento y, teniendo un sitio libre en el techo de la diligencia, no le apetecía volver a pasar por todo aquello. Los caminos estaban inundados, las acequias borbotaban, los ríos hinchados chasqueaban contra los puentes.

En primer lugar visitó a Tata Ogg, a quien tuvo que contarle todo. Eso ahorró algo de tiempo, porque decirle cualquier cosa a Tata Ogg significaba más o menos decírsela a todo el mundo. Cuando se enteró de lo que Tiffany le había hecho exactamente al Forjador de Invierno, rio y rio.

Tiffany se llevó prestada la escoba de Tata y cruzó los bosques en un vuelo lento hasta la casa de la señorita Traición.

Estaban ocurriendo cosas. En el claro, varios hombres araban la zona de las verduras y había mucha gente revoloteando cerca de la puerta, así que retrocedió al bosque para aterrizar, metió la escoba en una conejera y el sombrero bajo un arbusto y llegó a pie.

En el último abedul antes de que la senda desembocara en el claro había clavada… una muñeca, tal vez, hecha de muchas ramitas atadas. Era nueva y un poco inquietante. Probablemente estaba puesta con esa idea.

Nadie la vio levantar el pestillo de la puerta de la recocina ni colarse en la casita. Se apoyó contra la pared de la cocina y se volvió silenciosa.

Desde la habitación de al lado llegó la inconfundible voz de Annagramma en su estado annagrammatical más típico.

—… solo un árbol, ¿entendido? Córtenlo y pártanse la madera. ¿De acuerdo? Y ahora dense la mano. Venga. Lo digo en serio. ¡Como debe ser, o me enfado! Bien. ¿A que se sienten mucho mejor? Que no se repitan las tonterías como esta…

Tras diez minutos de escuchar cómo la gente recibía regañinas, gruñidos y zarandeos generales, Tiffany volvió fuera a hurtadillas, dio un rodeo por el bosque y entró en el claro por la senda. Una mujer correteaba en su dirección, pero paró cuando Tiffany le dijo:

—Disculpe, ¿aquí cerca hay alguna bruja?

—Uuuh, sí —dijo la mujer y miró a Tiffany con cara de pocos amigos—. Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—No —respondió Tiffany, y pensó: Estuve viviendo aquí meses, señora Carretero, y nos cruzábamos casi a diario. Pero yo siempre llevaba el sombrero. La gente habla al sombrero. Sin él, estoy de incógnito.

—Bueno, está la señorita Halcón —dijo la señora Carretero como si le dolieran prendas revelar un secreto—. Pero ve con cuidado. —Se inclinó hacia ella y bajó la voz—. ¡Cuando se enfada, se convierte en un monstruo terrible! ¡Yo la he visto! A nosotros nos trata bien, por supuesto —añadió—. ¡Están viniendo muchas brujas jóvenes a aprender cosas de ella!

—¡Caray, sí que tiene que ser buena!

—Es una cosa asombrosa —continuó la señora Carretero—. ¡No lleva aquí ni diez minutos y ya lo sabe todo de nosotros!

—Asombrosa —repitió Tiffany. Casi se diría que alguien se lo escribió todo. Dos veces. Pero eso no sería demasiado interesante, ¿verdad? ¿Y quién iba a creer que una bruja de verdad comprara su cara a Boffo?

—Y tiene un caldero que rebosa burbujas verdes —añadió la señora Carretero con sumo orgullo—. Chorrean por todas partes. Eso es brujería de la buena, ya te lo digo yo.

—Sí que lo parece —dijo Tiffany. Ninguna de las brujas que conocía había hecho nada con un caldero aparte de estofado, pero de algún modo la gente creía en el fondo de sus corazones que el caldero de una bruja tenía que rebosar burbujas verdes. Y debía de ser por eso que el señor Boffo vendía su Producto nº 61, Caldero de Burbujas Verdes, 14$, sobrecitos adicionales de Verde a 1$ la unidad.

En fin, funcionaba. Probablemente no debería, pero la gente era como era. No creyó que Annagramma estuviera muy interesada en recibir visitas ahora mismo, y menos de alguien que se había leído el catálogo de Boffo de cabo a rabo, así que recuperó la escoba y siguió hacia la casita de Yaya Ceravieja.

En el jardín de atrás ahora había un corral de gallinas. La cerca era de tiras de avellano meticulosamente entretejidas, y del otro lado salían unos «uercs» satisfechos.

Yaya Ceravieja estaba saliendo por la puerta trasera. Miró a Tiffany como si la chica acabara de volver de un paseo de diez minutos.

—Tengo que hacer unos recados abajo en el pueblo —dijo—. No me importaría si me acompañaras.

Viniendo de Yaya, aquello era tanto como una banda de música y una pancarta iluminada de bienvenida. Tiffany llegó a su lado mientras Yaya se alejaba por el camino a zancadas.

—¿Qué tal está, señora Ceravieja? —preguntó acelerando para mantener el ritmo.

—Sigo aquí después de otro invierno, eso es todo lo que sé —respondió Yaya—. Tienes buen aspecto, chica.

—Ah, sí.

—Desde aquí arriba se vio el vapor.

Tiffany no dijo nada. ¿Eso era todo? Bueno, sí. Viniendo de Yaya, eso sería todo.

Al cabo de un rato, Yaya dejó caer:

—Has venido a ver a tus jóvenes amigas, ¿eh?

Tiffany respiró hondo. Había practicado aquella conversación en su cabeza docenas de veces: qué diría ella, qué le respondería Yaya, qué gritaría entonces, qué le gritaría Yaya…

—Sabías lo que hacías, ¿verdad? —dijo—. Si hubieras propuesto a cualquiera de las otras, era probable que se quedara con la casita, así que me propusiste a mí. Y sabías, sabías de sobra, que ayudaría a Annagramma. Y al final todo ha salido bien, ¿verdad? Seguro que todas las brujas de las montañas se han enterado ya de lo que pasó. Seguro que la señora Carcoma está que echa humo. Y lo mejor de todo es que nadie salió herido. Annagramma ha seguido desde donde lo dejó la señorita Traición, todos los vecinos están contentos, ¡y tú has ganado! Sí, me imagino que ahora dirás que fue todo para tenerme ocupada y que aprendiera cosas importantes y no pensara en el Forjador, ¡pero aun así has ganado!

Yaya Ceravieja siguió caminando sin alterarse. Luego dijo:

—Veo que has recuperado tu baratija.

Era como ver un relámpago y que no llegara el trueno, o tirar una china a un estanque y que no hubiera chapuzón.

—¿Qué? Ah. El caballo. ¡Sí! Mira, yo…

—¿Qué pez era?

—Eh… un lucio —dijo Tiffany.

—Vaya. Hay a quien le gusta, pero a mí me sabe demasiado a barro.

Y ahí quedó la cosa. Contra la parsimonia de Yaya no había maniobra posible. Podía pincharla, podía suplicar y no le serviría de nada. Tiffany se consoló con el hecho de que, al menos, Yaya sabía que ella lo sabía. No era gran cosa, pero era todo lo que iba a obtener.

—Y el caballo no es la única baratija que veo —prosiguió Yaya—. Conque okultismo, ¿eh? —Siempre metía la K en cualquier ocultismo que no aprobara.

Tiffany bajó la mirada hacia el anillo que llevaba en el dedo. Tenía un brillo apagado. Nunca se oxidaría mientras se lo pusiera, le había dicho el herrero, por los aceites de su piel. El hombre hasta se había molestado en tallar pequeños copos de nieve con un cincel minúsculo.

—Solo es un anillo que encargué que me hicieran a partir de un clavo.

—Bastante hierro para hacer un anillo —dijo Yaya, y Tiffany se quedó petrificada en el sitio. ¿De verdad se metía en las mentes de la gente? Tenía que ser algo parecido—. ¿Y por qué decidiste que querías un anillo? —le preguntó.

Por todo tipo de motivos que nunca acababan de verse claros del todo en la cabeza de Tiffany, esa era la respuesta. Lo único que se le ocurrió fue:

—Parecía buena idea en el momento.

Esperó la explosión.

—Entonces es probable que lo fuera —asintió Yaya con calma. Se detuvo, señaló fuera del camino (en la dirección del pueblo y la casa de Tata Ogg) y añadió—: Yo le puse la valla alrededor. Tiene más protecciones, de eso puedes estar segura, pero algunos animales son demasiado tontos para dejarse asustar.

Era el plantón de roble, que ya medía metro y medio. Estaba rodeado por una cerca de postes y ramas entretejidas.

—Crece rápido para ser un roble —dijo Yaya—. Vengo a ver cómo va de vez en cuando. Pero vamos, vamos, o nos lo perderemos. —Echó a andar de nuevo, cubriendo rápido el terreno. Desconcertada, Tiffany corrió tras ella.

—¿Perdernos qué? —jadeó.

—¡La danza, por supuesto!

—¿No es pronto aún?

—Aquí arriba no. ¡Aquí es donde empiezan!

Yaya se apresuró por caminitos y partes traseras de jardines hasta llegar a la plaza Mayor, que estaba a rebosar de gente. Habían montado tenderetes. Había muchas personas de pie con aire algo desesperado, el de qué-pintamos-aquí que tienen las multitudes cuando hacen lo que les pide el corazón pero da vergüenza a la cabeza, aunque al menos había pinchos de cosas calientes para comer. También había muchas gallinas blancas. Ponían unos huevos estupendos, había dicho Tata, así que sería una pena sacrificarlas.

Yaya avanzó hasta la primera fila. No hubo necesidad de apartar a la gente a empujones. Se hacían a un lado por sí mismos, sin darse cuenta.

Habían llegado justo a tiempo. Los niños aparecieron corriendo por la calle del puente, solo un poco por delante de los bailarines que, acercándose con paso trabajoso, parecían bastante feúchos y del montón; eran hombres que Tiffany veía muchas veces, trabajando en las forjas o llevando carros. Todos llevaban ropa blanca, o al menos ropa que una vez fue blanca, y parecían un poco avergonzados igual que el público, con expresiones que sugerían que aquello era solo un rato de diversión, en realidad, que no había que tomárselo en serio. Incluso saludaban con la mano a sus conocidos de entre el gentío.

Tiffany miró en todas las direcciones y vio a la señorita Lento, a Tata y hasta a la señora Carcoma… a casi todas las brujas que conocía. Ah, y estaba Annagramma, sin los pequeños complementos del señor Boffo y con cara de mucho orgullo.

Este otoño no era así, pensó. Había sido una ceremonia oscura y callada y oculta, todo lo que esto no era. ¿Quién estaba observándola desde las sombras?

¿Quién está observando ahora desde la luz? ¿Quién está aquí en secreto? En ese momento, Yaya Ceravieja se quitó el sombrero y dejó a la gatita Tú en el suelo.

Un tamborilero y un hombre con acordeón apartaron a la muchedumbre para llegar al centro, acompañados por el propietario del pub con ocho pintas de cerveza en una bandeja (porque ningún hombre hecho y derecho está dispuesto a bailar delante de sus amigos con cintas en el gorro y campanillas en los pantalones a no ser que exista la clara perspectiva de una bebida bien grande).

Cuando el ruido se apagó un poco, el tamborilero dio unos golpes con las baquetas y el acordeonista tocó un acorde prolongado, el aviso legal de que va a iniciarse un baile Morris y cualquiera que se quede por allí después de oírlo no puede echar la culpa a nadie aparte de a sí mismo.

La banda de dos músicos empezó a tocar. Los hombres, en dos hileras enfrentadas de tres, contaron los tiempos y entonces brincaron… Tiffany se volvió hacia Yaya mientras doce botas con tachuelas chocaban contra el suelo, haciendo saltar chispas.

—Dime cómo se quita el dolor —dijo haciéndose oír por encima del ruido del baile.

«¡Catacroc!»

—Es difícil —repuso Yaya sin apartar la mirada de los bailarines. Las botas volvieron a hacer «catacroc».

—¿Puedes sacarlo del cuerpo?

«¡Catacroc!»

—A veces. O esconderlo. O hacerle una jaula y llevármelo. Y todo ello es peligroso y puede matarte si no le tienes respeto, jovencita. Es todo precio y ningún beneficio. Estás pidiéndome que te enseñe a meter la mano en la boca del león.

«¡Catacroc!»

—Necesito saberlo para ayudar al barón. Está muy mal. Tengo mucho por hacer.

—¿Tú eliges hacer esto? —preguntó Yaya todavía mirando el baile.

—¡Sí!

«¡Catacroc!»

—¿Por ese barón tuyo al que no le gustan las brujas? —dijo Yaya mientras pasaba la mirada entre las caras de la multitud.

—Pero ¿a quién le gustan las brujas hasta que necesitan una, señora Ceravieja? —replicó Tiffany con dulzura. «¡Catacroc!»—. Aquí me planto; estas son las consecuencias, señora Ceravieja —añadió. Al fin y al cabo, después de besar al Forjador de Invierno cualquier atrevimiento parece poco. Y Yaya Ceravieja sonrió, como si Tiffany hubiera hecho todo lo que se esperaba de ella.

—¡Ja! ¿Lo son? —respondió—. Muy bien. Ven a verme otra vez antes de marcharte y veremos lo que puedes llevarte a tu tierra. Y espero que sepas cerrar las puertas que estás abriendo. ¡Ahora fíjate en la gente! ¡A veces puedes verla!

Tiffany prestó atención a la danza. El Bufón había aparecido mientras estaba distraída, paseando y recogiendo dinero en su mugrosa chistera. Si alguna chica tenía pinta de ir a chillar si la besaba, le daba un beso. Y a veces se metía de un salto en el baile, sin previo aviso, y giraba entre los hombres sin dar un solo paso en falso.

Entonces Tiffany lo vio. En los ojos de una mujer al otro lado del baile hubo un destello dorado, solo durante un instante. Ahora que lo había visto una vez, siguió advirtiéndolo: en los ojos de un niño, de una niña, del hombre que sostenía la cerveza, pasando de cabeza en cabeza para no perder de vista al Bufón…

—¡Verano está aquí! —dijo Tiffany, y se dio cuenta de que estaba llevando el ritmo con el pie; se dio cuenta porque una bota más pesada acababa de pisarlo y lo tenía retenido, suave pero firmemente, contra el suelo. Junto al pie, Tú levantó la cabeza y la miró con una inocencia de ojos azules que se convirtió, solo durante la mínima fracción de un segundo, en los perezosos ojos dorados de una serpiente.

—Se supone que debe estar —dijo Yaya Ceravieja retirando la bota.

—¿Unas monedas para que le traigan buena suerte, señorita? —pidió una voz cercana, y se oyó el sonido del dinero al agitarse dentro de una chistera vetusta.

Tiffany giró la cabeza y contempló unos ojos de color violeta grisáceo. La cara que los rodeaba estaba arrugada, morena y sonriente. Llevaba un pendiente de oro.

—¿Un par de cobres de nada, encantadora damisela? —la aduló—. ¿Oro o plata, quizá?

Hay veces, pensó Tiffany, en las que ves claro en tu cabeza cómo debe salir todo…

—¿Hierro? —preguntó quitándose el anillo de la mano y dejándolo caer en la chistera.

El Bufón lo recuperó con delicadeza y lo lanzó hacia arriba con el pulgar. La mirada de Tiffany siguió al anillo pero, de algún modo, ya no estaba en el aire sino reluciendo en la mano del hombre.

—El hierro es bastante —dijo, y le dio un súbito beso en la mejilla.

Solo fue un poquito gélido.

Las galerías del túmulo feegle estaban atestadas pero silenciosas. Aquello era importante. Estaba en entredicho el honor de todo el clan.

En el centro había un libro grande, más alto que Rob y lleno de coloridas ilustraciones. Estaba muy embarrado de su trayecto hasta el interior del túmulo.

Rob había sido desafiado. Durante años, se había considerado a sí mismo un héroe, pero entonces la arpía de arpías díjole que non éralo, non en realidad. Buenu, con la arpía de arpías non podíase discutir, pero él pensaba estar a la altura del retu, y tantu que sí, o non llamábase Rob Cualquiera.

—«¿Dónde está mi vaca?» —leyó—. «¿Es esa mi vaca? ¡Dice cocorocó! Es un… un… ¡gallu! ¡Non es mi vaca!» Y luegu hay como un dibujiño de un par de pollus. Eso fue otra página entera, ¿verdad?

—En efectu, Rob —asintió Billy Mandíbula.

Los feegles reunidos estallaron en vítores mientras Rob corría alrededor del libro con las manos en alto.

—Y esu que este fue mucho más difícil que El abiciño, ¿a que sí? —dijo al completar la vuelta—. ¡Aquel fue fácil! Una trama de lu más previsible. El que escribiera ese libro non sudó tinta precisamente, en mi opinión.

—¿Refiéreste a El abecedario? —preguntó Billy Mandíbula.

—Sí. —Rob Cualquiera dio unos saltitos con los dos pies juntos y unos puñetazos al aire—. ¿Tienes algu un pelín más complicado? —El gonnagle miró la pila de libros maltrechos que los feegles habían reunido de diversas formas—. Algo a lo que puédase hincarle el diente —añadió Rob—. Un libru grande.

—Buenu, tenemos aquí uno que llámase Principios de contabilidad moderna —dijo Billy no muy convencido.

—¿Y trátase de un gran libro heroicu de leer? —preguntó Rob, corriendo sin desplazarse.

—Ajá. Probablemente, pero…

Rob Cualquiera levantó una mano para pedir silencio y miró a Jeannie, que tenía una tropa de feegles pequeños a su alrededor. Jeannie estaba sonriéndole y sus hijos miraban a su padre en silencioso asombro. Un día, pensó Rob, ellos podrán acercarse hasta a las palabras más largas y darles una buena paliza. ¡No los detendrán ni las comas ni esos punticomas tan traicionerus!

Tenía que ser un héroe.

—Está sentándome bien esta leyenda de hoy —dijo Rob Cualquiera—. ¡Tráelu para acá!

Y pasó toda la mañana leyendo Principios de contabilidad moderna pero, para hacerlo interesante, le añadió un montón de dragones.



# IMAGE

La danza Morris…

… se baila por tradición el primer día de mayo, para dar la bienvenida al verano. Su historia es algo confusa, tal vez porque suele bailarse cerca de los pubs, pero hoy en día es el baile tradicional inglés por excelencia. Los bailarines acostumbran a vestir de blanco y llevan campanillas cosidas a la ropa.

El Morris Oscuro lo inventé yo para otro libro (o al menos creo haberlo inventado), basándome en que, si el año es redondo, las estaciones podrían necesitar más de un empujón. Una vez, estando en una gira por las librerías para firmar libros, se presentó una cuadrilla Morris vestida toda de negro, solo para mí. Bailaron el Morris Oscuro en silencio y con un ritmo perfecto, sin la música ni las campanillas de la danza «del verano»…

Fue muy hermoso. Pero también fue un poco inquietante. Así que tal vez sea buena idea que no lo intentéis en vuestra casa…

1. Esto… Caza de brujas para tontos. [↑](#footnote-ref-1)
2. Habitación contigua a la cocina donde se friegan los cacharros y se hacen otras faenas aparatosas y húmedas sin ensuciar la cocina en sí. Aunque a lo largo de la historia se ha sugerido aplicar la idea a otras habitaciones, se consideró que construir rerretretes era llevarla demasiado lejos. [↑](#footnote-ref-2)
3. Kevin, Neville y Trevor. [↑](#footnote-ref-3)
4. Es un hecho revelador sobre las brujas que una vieja amiga y una vieja enemiga puedan ser, muy a menudo, la misma persona. [↑](#footnote-ref-4)
5. Hexperimentar: usar la magia solo para ver qué pasa. [↑](#footnote-ref-5)
6. Llamadas así porque salen de los caballos y tienen el tamaño aproximado de las manzanas. [↑](#footnote-ref-6)
7. El suceso apareció en los periódicos, y poco después una viuda escribió una carta al señor Ardite explicándole lo mucho que admiraba a un hombre que de verdad entendía en qué consistía la higiene. Más tarde se les vio paseando juntos, y ya dicen que quien siembra vientos. [↑](#footnote-ref-7)
8. Todas las brujas son un poco raras. Es mejor tener claras las propias rarezas desde el principio. [↑](#footnote-ref-8)
9. Uerc. [↑](#footnote-ref-9)